PEDRO FEIJOO

LA BUENA MUERTE



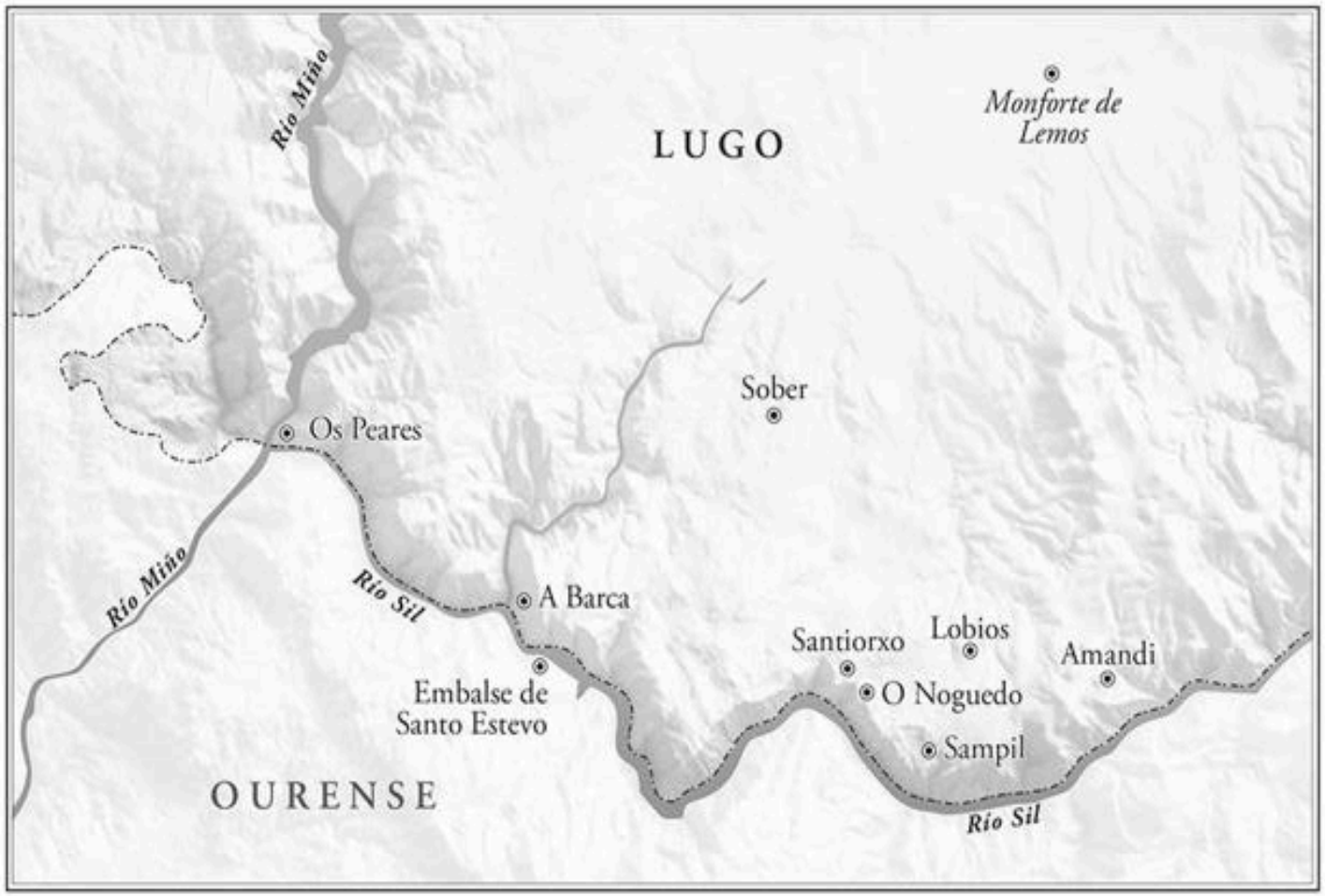
La buena muerte

Pedro Feijoo

Para Geni,
la mujer que me enseñó el valor de palabras
como dignidad, nobleza y, sobre todo, honestidad.
Desde lo más profundo del corazón,
gracias por toda una vida

Estos acontecimientos no ocurrieron nunca, pero existen siempre.

SALUSTIO, *Sobre los dioses y el mundo*,
capítulo IV


Río Miño
LUGO
Monforte de Lemos
Sober
Os Peares
Río Miño
Río Sil
A Barca
Embalse de Santo Estevo
Santiorxo
Lobios
Amandi
O Noguedo
Sampil
OURENSE
Río Sil

Al entrar en los cañones, lenta y suavemente, el río Sil se convierte poco a poco en un animal salvaje. Tal vez en un primer instante no parezca más que una corriente de agua deslizándose casi en silencio, una especie de cicatriz de plata grabada en la tierra. Pero a medida que pasa del valle a la colosal garganta de piedra, el río se transforma en una bestia. Apenas unos pocos metros bajo la superficie, allá donde la luz empieza a desaparecer, el agua acelera su curso a la vez que se vuelve negra, densa y pesada. Y esto nada más es a medio camino hacia la oscuridad, cuando aún no cesa la caída, pausada pero imparable, hacia la tumba silenciosa que es el lecho del río. Porque muchos, muchos metros más abajo, acomodado sobre las rocas sumergidas y frías como el hielo de mil inviernos, descansa un cuerpo menudo.

A tanta profundidad, las corrientes son tan fuertes que podrían arrasar a la propia montaña si quisieran. Pero el río se torna manso a su altura para no arrastrar el cuerpo, para no desgarrar las ropas que aún lo envuelven, tejidas de la misma luz en la que se visten los fantasmas. Aquí, en lo más profundo de la mayor violencia, el agua se arremolina para ensortijar su cabello, acaricia su rostro, se filtra entre sus dedos que se mecen con suavidad, como un campo de espigas en el viento. Aquí abajo, a tanta profundidad, el río parece deslizarse como un susurro. Aunque nada más sea para no molestar este descanso. El descanso de los muertos.

PRIMERA PARTE

El vino y la sangre

1

Acabar

Sober, cañones del río Sil
En la actualidad

David observa el espacio a su alrededor. Su cuerpo desnudo, acomodado en la bañera, una imponente pieza de piedra y metal de diseño que en su momento fue otro de los caprichos de Sandra. A su derecha, el cuarto de baño en toda su amplitud, ahora apenas iluminado por la luz tenue de unas cuantas velas dispuestas aquí y allá. Y, a su izquierda, el enorme ventanal. Toda la pared es una sola hoja de cristal que ofrece una panorámica tan imponente como espectacular del bosque primero y, a continuación, de la colosal entrada al cañón del río Sil al atardecer, justo antes de abocar su curva hacia la garganta de Santiorxo. Es verdad que al principio apenas valoró la propuesta. En aquel momento tan solo le pareció otra estupidez por parte de Sandra, su esposa. Pero con el tiempo tuvo que reconocer que era una buena idea. Muchos matarían por poder relajarse en un mirador con vistas como esta que él tiene ahora, con el río recortado como un reflejo de plata en las últimas horas de la tarde. Sí, todo esto es muy bonito. Si lo sabrá él, que es quien lo ha pagado. Pero ahora eso no es lo importante. No, ahora

el problema es otro: por más que se esfuerce en intentar comprenderlo, David no tiene ni la más mínima idea de cómo ha llegado aquí.

No recuerda haber entrado en el cuarto de baño, ni haberse desnudado, ni tampoco haberse metido en la bañera. Maldita sea, es que ni siquiera recuerda haber pensado en darse ningún baño. Entonces ¿cómo coño ha acabado ahí dentro? ¿Quién lo ha desnudado? ¿Tal vez la misma persona a la que también le ha dado por llenarlo todo con esas velitas de mierda? Joder, concéntrate, David, concéntrate…

Sandra está de viaje. Porque lo está, ¿no? Sí, sí, eso es cierto. Y Jimena, la hija de ambos, se ha quedado con los abuelos. Correcto, él mismo la dejó con ellos el día anterior. Pero esto… ¿Qué coño has hecho, David?

Concéntrate, joder, ¡concéntrate!

Aturdido, David Quiroga vuelve a mirar a su alrededor. Y de repente siente el frío. Claro, ese otro detalle. Si está en pelotas y en la bañera, entonces… ¿por qué no hay agua?

David intenta reaccionar, pero le cuesta. Está aturdido, la cabeza le pesa, tiene sueño… Y el estómago revuelto. ¿Qué has hecho, David? ¿Qué cojones has hecho esta vez?

En ese momento algo vuelve a llamar su atención. Es una voz. Sí, una que viene de fuera. Del pasillo. Sí, alguien murmura algo. David intenta escuchar lo que sea que alguien dice en el corredor. Se trata de un rumor suave, fino. Y de improviso cambia. No, espera. Esa voz… No, joder, no es de mujer. Pero entonces ¿quién coño lo ha desnudado?

—¿Hola?

De pronto el murmullo cesa.

—¡Hola! —repite.

Silencio.

—Venga, no me jodas, ¡te acabo de oír!

David cae en la cuenta de lo mucho que le cuesta hablar. ¿Qué demonios se ha metido esta vez?

—Sal ya, joder. Esto no tiene… ¡No tiene gracia! Y encima se me están helando las pelotas, co… coj… ¡cojones ya!

Sí, David repara en que balbucea y siente la boca pastosa. Pero, con todo, ese sigue sin ser el mayor de sus problemas. Porque, de hecho, las cosas están a punto de ponerse todavía más feas. Justo cuando la silueta de alguien alto y fuerte se recorta contra el marco de la puerta.

—¿Quién…?

Pero es inútil. Por más que se esfuerce, que entorne los ojos y haga por enfocar, David Quiroga no logra identificar a nadie. La penumbra primero, el contraluz de las velas después, lo que sea que lleve dentro… Es inútil, David no podría reconocer ni a su propia madre así entrara por la puerta.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De qué coño va todo esto?

Es entonces cuando la persona, que hasta ese momento ha permanecido inmóvil junto a la puerta, da un par de pasos al frente. Despacio, sin prisa. ¿Y para qué correr? De sobra sabe que David no irá a ninguna parte. Es al pasar junto a las primeras velas que David Quiroga puede verlo con mayor claridad. Y si hasta ese momento no comprendía nada, ahora, al reconocer a la persona que atraviesa el baño, menos todavía.

—¿Tú?

David cierra los ojos con fuerza para intentar aclarar la mirada, las ideas, lo que coño sea que pueda aclarar.

—Pero qué mierda…

No le da tiempo a más.

—Chisss…

Antes de que pueda decir nada, quienquiera que sea ha venido a colocarse detrás de David, asomado desde la cabecera de la bañera. Ha metido los brazos por debajo de sus hombros y ha tirado de su cuerpo hacia arriba.

Ahora le acomoda la cabeza contra el borde de la tina con suavidad, y luego le coloca las dos manos en los laterales del cráneo, una en cada sien. A pesar de la brusquedad inicial, por un instante a David Quiroga le parece percibir cierta delicadeza extraña en el gesto. Casi cariño…

—¿Pero qué coño estás haciendo?

Como en una caricia, la otra persona encaja la cabeza de David Quiroga entre sus manos. La derecha ha venido a recoger su nuca mientras la otra, la izquierda, juega con su frente para mayor desconcierto de David, claro, que ahora ya no está para arrumacos de ningún tipo. Lástima que, por algún motivo, le cueste tanto moverse.

—¿Se puede saber de qué hostias va todo esto? —protesta—. Tan pronto como te ponga la mano encima te juro que te…

Pero tampoco esta vez llega a acabar David su amenaza.

Porque antes de que pueda hacerlo, la otra persona ha pasado de la delicadeza a la brusquedad y, con fuerza y determinación, ha empujado la cabeza de David Quiroga contra el borde pulido de la bañera.

Y ya está.

Todo se ha acabado. Así, de repente. De golpe.

Despacio, con suavidad, la otra persona había levantado el cuerpo lo bastante como para que la cabeza de David quedara sin apoyo, de manera que al empujarla con tanta fuerza hacia atrás incluso el mismo Quiroga sintiera el golpe. El sonido, hueco y sordo, de su cuello partiéndose a la altura de las cervicales.

Ese crac, la estupefacción en los ojos de David, el espasmo sacudiendo su espina dorsal.

El terror.

Y ya está.

Todo se ha acabado para David Quiroga.

2

Volver

Es sábado por la tarde. La plaza del Ayuntamiento de Sober es una extensión amplia, diáfana. Un par de sucursales bancarias, ahora cerradas. Una especie de pequeña alameda lateral, ahora desierta. Y, al fondo, la antigua Casa del Pueblo, ahora vacía. Y poco más. Asfalto, superficie descubierta y un coche, detenido a primera hora de la tarde en una de las muchas plazas de aparcamiento libres.

En realidad, llegó hace un buen rato. Pero, como si algún ángel exterminador le impidiera salir del vehículo, su único ocupante permanece en el interior, aún con el motor en marcha y las manos sobre el volante.

Se trata de Mateo Romano, quien, aunque nada más sea para sí, desde que arribó no deja de repetirse la misma advertencia una y otra vez.

—Esto no es una buena idea.

Y no, claro, por supuesto que no lo es. Haber accedido a venir aquí, a regresar a este lugar, está a un millón de años luz de ser nada parecido a una buena idea. Porque Mateo, o, mejor dicho, el inspector Mateo Romano, es policía, y con el sueldo que le corresponde por ser jefe de la Brigada de Investigación Criminal de la comisaría de la Policía Nacional en Vigo ya viene de serie un

millón de problemas, como para venir a buscar unos cuantos más de manera gratuita en su puñetero día libre. Incómodo, Mateo repiquetea los dedos sobre el volante de su coche sin dejar de observar el espacio a su alrededor.

—Estás a tiempo de largarte —se dice a sí mismo—. Estás a tiempo…

Pero no lo hace. Por fin, como el héroe de la tragedia griega que comprende que si está en el escenario es porque alguien lo ha puesto en la tesitura de enfrentarse a su destino, apaga el motor, abre la puerta y, todavía con desgana, baja del coche.

Fuera, a la vez que cierra la puerta, echa un vistazo a su alrededor. No, nada parece haber cambiado demasiado a pesar de los años. Ni siquiera el frío, este aire gélido de enero que te corta la piel para abrirse camino hacia tus huesos.

Mateo se sube el cuello de la parka, se frota las manos con fuerza y, de camino al bar en el que han quedado, se las vuelve a guardar en los bolsillos del abrigo. En el interior de uno de ellos juguetea con su teléfono móvil, el mismo en el que el día anterior recibió la llamada.

Esa llamada…

3

La llamada del día anterior

La incomodidad tomó el timón de la situación incluso antes de que contestara. Tan pronto como vio su nombre en la pantalla del teléfono.

—¿Sí? —respondió al fin, no sin bastante recelo.

—Mateo.

—Sí.

—Hola, soy…

—Lo sé. Tu número está guardado en mi agenda.

—Ah, vale. Era por si…

—No —se le adelantó Mateo—, no lo he borrado.

Por un segundo sintió la tentación de decir algo más. «No sé por qué no lo he hecho» o tal vez «Ganas no me faltan». Pero no lo hizo. En lugar de ello, optó por guardar silencio y esperar.

—Necesito hablar contigo —oyó al fin.

—Claro —respondió Mateo, sin hacer demasiado por ocultar su hastío—. Por qué otra razón si no habrías de llamar, ¿verdad?

—Mateo, por favor…

—Déjalo estar, da igual. Di, ¿qué quieres?

Silencio. Como si del otro lado alguien dudase.

—Por teléfono no.

Mateo arquea las cejas, sorprendido.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que quieres que haga, entonces?

—Que vengas.

Esta vez es Mateo el que calla.

—Perdón, ¿cómo has dicho?

—He dicho que quiero que vengas —repitió la voz, esa vez casi al instante—. Lo necesito…

—Que lo necesitas, dices.

—Sí.

—Ya, claro. ¿Y a dónde necesitas que vaya, si puede saberse?

—Tú ya lo sabes.

Esta vez es Mateo el que tarda en responder, como si no entendiera lo que está ocurriendo. O, mejor dicho, como si no quisiera entenderlo.

—¿Qué pasa, acaso te estás muriendo?

—Como todos, Mateo, todos nos estamos muriendo. Es lo que tiene la vida, que mata. Pero ahora lo que necesito es que vengas.

Mateo responde al instante.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene esta llamada ahora?

Como si desde el otro lado se pudiera percibir la duda, quienquiera que sea quien ha llamado vuelve a hablar:

—Escucha, sé que ha pasado mucho tiempo. Probablemente demasiado. Y también intuyo qué piensas de mí. Pero esto es importante. Por favor, te ruego que me creas. No te lo pediría de no ser así.

Todavía de pie, inmóvil en su despacho, el inspector Mateo Romano aparta la mirada en dirección a ninguna parte y maldice para sí.

—De acuerdo —murmura—. Mañana.

Y cuelga.

Y resopla.

Y masculla algo entre dientes.

Maldita sea la gracia que le hacen los griegos y sus historias, esa insistencia por parte del destino en encontrar siempre el número de teléfono del héroe. Por más que este se esfuerce por mantenerse fuera de cobertura.

4

El hombre al fondo del bar

Mateo atraviesa la plaza y luego de doblar la siguiente esquina entra en el primer bar que le sale al paso.

El Ribeira Sacra es uno de esos cafés de pueblo que lo mismo sirven para el menú del mediodía como para la ronda de cervezas al final de la jornada. Siempre ha sido así. Y por eso Mateo sabe que a estas horas aún se está preparando para las partidas de la sobremesa. Con todos los clientes ocupados en sus conversaciones de tapete verde, nadie repara en su llegada. O por lo menos nadie aparenta hacerlo. Excepto el tipo al fondo del bar.

Sentado a la última mesa, justo entre la barra y las puertas de los servicios, un hombre calienta sus manos sujetando entre ellas el pocillo de café humeante. Está solo, como siempre. Nunca de espaldas a la puerta. Mejor poder ver en todo momento quién sale y, sobre todo, quién entra. Como ahora. Por eso ha visto llegar a Mateo mucho antes incluso de que atravesase la puerta. Lo ha observado pasar andando por delante de las dos ventanas del local, y en dirección contraria antes, cuando ha cruzado con su coche hacia la plaza. Lo estaba esperando, y por eso ahora, tan pronto como Mateo ha entrado en el bar, se ha encontrado con sus ojos clavados en los suyos.

Y, por supuesto, el inspector Romano también lo ha reconocido al instante. A pesar de los muchos años que han transcurrido, el tipo sentado en la mesa del fondo sigue teniendo esa mirada oscura, amenazante. Negra.

La mirada de Romano el viejo.

La mirada de su padre.

5

Morir entonces, morir ayer

Mateo nunca ha tenido una buena relación con él. Jamás. Durante su infancia, la de su padre siempre fue una figura autoritaria. Tal vez todas lo sean en cierto modo, pero la de Saúl, el padre del inspector Romano, siempre lo fue en exceso. Daba igual lo mucho que el pequeño Mateo se esforzase, para su padre nada parecía nunca suficiente. Siempre fue una relación tensa, complicada. Severo y distante, a Mateo nunca dejó de darle la sensación de que su padre trataba a todo el mundo como si fuera de su propiedad, una especie de gran plantilla de empleados subalternos, comenzando por su propia familia: él y su madre. Y aunque las cosas nunca fueron bien, todo se arruinó de manera definitiva el día en que ella se suicidó.

O cuando sucedió lo que fuera que allí sucediera, en realidad.

Ocurrió cuando Mateo apenas llevaba un par de meses en Ávila, en la academia de la Policía Nacional. En aquella ocasión también fue una llamada de su padre la encargada de transmitirle la mala noticia. Solo que entonces la conversación había sido aún más fría, más aséptica. «Tu madre ha muerto. Tienes que venir». Y ya.

Por si tal frialdad no hubiera sido bastante, las cosas aún se complicaron más cuando Mateo llegó a Lobios, su aldea. En el entierro, una de las viejas amigas de su madre se le acercó y, entre

sollozos, justo cuando lo abrazó para darle lo que él supuso que sería el pésame, pegó su boca al oído de Mateo y murmuró algo: «Tenía los pies en el suelo. Cuando vinieron a descolgarla, vi que sus pies tocaban el suelo».

Y nada más.

Al separarse, Mateo, atónito, buscó la mirada de la mujer, pero sus ojos apenas se encontraron durante una décima de segundo, tal vez incluso menos. Como si no hubiera dicho nada de mayor importancia, ella se limitó a despegarse de Mateo para, acto seguido, marcharse por donde había venido, pasando justo al lado de Saúl, su padre, que en ningún momento había dejado de observar el encuentro con el gesto serio y severo, casi inquisidor.

Durante algún tiempo Mateo intentó investigar qué había ocurrido. Incluso llegó a hablar con el médico forense que había participado en el levantamiento del cadáver para comprobar si era cierto aquello que le había murmurado la vecina. Pero este tampoco le aclaró demasiado. Más bien nada.

«Lo que importa es la determinación, hijo. Si tu madre había tomado la decisión de… marcharse, esos detalles no son relevantes. Saltó desde la silla hacia delante con tanta fuerza que da igual que sus pies tocasen el suelo o no, su cuello se rompió al primer impacto. Créeme, muchacho, lo he visto muchas veces en lugares como este. Cuando una persona ya no quiere vivir, esos pequeños errores de cálculo no importan. Un alma atormentada siempre acaba encontrando la salida».

Lo único que hacía aún más preocupante lo endeble de tal argumentación era aquel otro detalle: la buena relación que parecía haber entre el médico y su padre. Al igual que entre los guardias

civiles y su padre. Y que entre el cura y su padre. Y que entre toda la aldea y su padre.

Cuantas más preguntas hacía Mateo, más parecían cerrarse las filas en torno a su progenitor. Como si de un modo u otro todos en el lugar se esforzasen en dejar claro que el viejo no había tenido nada que ver en la muerte de su mujer. Esto, por supuesto, no hizo sino provocar que en el pensamiento del futuro inspector no dejase de resonar con fuerza aquello de *excusatio non petita, accusatio manifesta*…

Hasta que esa fue la única verdad, tan incómoda e insoportable como indemostrable. Al final, Mateo acabó marchándose para siempre de aquel pueblo con la duda más que razonable de hasta dónde había sido su propio padre el responsable de la muerte de su madre. En aquel entonces él no se atrevió a preguntárselo, y su padre, que reconoció la incertidumbre en la mirada del hijo, optó por guardar aquella duda como una ofensa. Mateo se largó, Saúl se quedó, y nunca más volvieron a hablar. O por lo menos no más allá de lo estrictamente necesario.

Hasta ahora mismo, hasta este preciso instante.

—Pues tú dirás —da Mateo por todo saludo a la vez que aparta la silla vacía frente a su padre—. ¿Para qué me has hecho venir?

—Buenas tardes para ti también.

—Sí, buenísimas. Venga, déjate de historias, ¿qué es eso tan urgente que no me podías explicar por teléfono?

Impertérrito ante el apremio de su hijo, Saúl Romano da un trago largo a su café, todavía caliente.

—Ayer se mató un vecino de aquí al lado.

—¿Se mató? —repite Mateo—. ¿Quieres decir que se suicidó?

—No. Quiero decir que se mató. Fue un accidente.

—No es lo mismo.

—No, no lo es. Fue aquí cerca —responde a la vez que vuelve a dejar la taza sobre su platillo, aún sin devolverle la mirada a Mateo —, en O Noguedo.

—Sí, me suena. Antes de… de Lobios.

—Sí. Se llamaba David Quiroga, y era el hijo de un buen amigo. De hecho, de aquí me voy para el velatorio. Es ahí enfrente.

—Vaya, lo siento. Quiroga, has dicho. ¿Tenía algo que ver con…?

—Sí. Era el hijo de don Víctor, el dueño de las bodegas.

—Ya, claro. ¿Y cómo se mató?

Saúl se limita a remover los restos del café en el pocillo.

—Se partió la crisma —apunta casi en un murmullo—. Dicen que resbaló al salir de la bañera.

—Joder.

Mateo aparta la mirada, incómodo.

—Pues ya te digo que lo siento mucho —lamenta—. Pero no veo qué tiene que ver eso conmigo si ha sido un…

—La semana pasada se mató otra persona —se le adelanta el viejo—. Álvaro Maseda, alguien a quien yo tenía en muy buena estima.

—Ya. Y este también la palmó como el otro, ¿no?

Saúl endurece su mirada.

—Álvaro era un buen amigo —le responde, molesto por la manera en que Mateo se ha referido a la muerte de Maseda—. Y eso dijeron, sí. Que también había sido un accidente, esta vez en el pazo de Santiorxo.

—¿El pazo? —Mateo arruga el entrecejo—. No recuerdo que hubiera ningún pazo en Santiorxo.

—Porque no lo hay. Es como se ha llamado siempre a la casona de la aldea, la que está junto a la iglesia. Maseda la compró hace unos cuantos años y la estaba rehabilitando poco a poco, junto con los terrenos, que siempre han sido lo más valioso del pazo. De hecho, fue allí donde murió.

—¿Cómo ocurrió?

Saúl Romano vuelve a clavar los ojos en los de Mateo.

—Por lo visto, Álvaro se cayó de una escalera mientras trabajaba en los castaños del pazo, junto a las viñas.

Y Mateo comprende.

—Caramba, cuántas caídas.

—Eso mismo pensé yo.

El inspector vuelve a apartar la mirada, incómodo. Y, aunque a desgana, comienza a asentir en silencio.

—Ya —murmura aún sin dejar de afirmar—, comprendo… Y me imagino que nadie ha propuesto ninguna otra hipótesis, ¿me equivoco?

—De ser así no te habría pedido que vinieras.

Mateo se muerde el labio, más incómodo a cada instante. Este no es su territorio, esta no es su gente… Este no es su lugar.

—Eran buenas personas —le remarca su padre con gesto grave y apremiante—, ambos se merecían que alguien se tomase sus fallecimientos con un poco más de interés. Y, la verdad, creo que ese alguien deberías ser tú.

Mateo levanta una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué, si puede saberse?

Pero en vez de responder al momento a la pregunta de su hijo, Saúl Romano se limita a mantener los ojos grises de lobo viejo clavados en los de Mateo.

—Todos tenemos alguna deuda pendiente con el valle.

Y por un instante los dos hombres vuelven a permanecer en silencio, ahora observándose el uno al otro.

Saúl se limita a esperar, ver el efecto que provocan sus palabras en su hijo.

Y Mateo se limita a escudriñar la mirada de su padre. ¿A qué ha venido eso de que todos tenemos deudas con el valle? ¿Qué sabe él de sus deudas?

No, Mateo no está cómodo. No le gusta el asunto, y aún menos la compañía. Ya está, ha respondido a la llamada. Ha venido y, de hecho, ha tenido bastante para refrescar la memoria del rechazo que siente por su padre. Si por él fuera se largaría ahora mismo. Lo dejaría allí con un palmo de narices, se metería en el coche y regresaría a Vigo sin decir ni adiós. Pero al fin y al cabo…

—Joder —murmura a la vez que niega despacio—. Joder…

Al fin y al cabo, Mateo es policía. Y al parecer han muerto dos personas.

O se han matado.

Tiempo atrás. Verano de 1950

La sed que no cesa

Aquí la vida es dura, y la tierra no da nada si se le pide por favor. No, si alguien quiere algo de este lugar, de sobra sabe que lo que tiene que hacer es tomarlo por las bravas. Enfrentarse al cañón como si este fuera el mismísimo diablo —si acaso no lo es, en realidad— y, con su cuello aferrado entre las manos, pelearlo con los dientes y el alma apretados, acatando la certeza de que unas veces ganarán los hombres y las mujeres y, otras, el cañón. La tierra dura, el agua helada. La montaña, tan asombrosamente vertical. El río, frío y profundo. Despiadado. No, aquí no hay clemencia para los débiles, porque aquí la vida es dura.

En la aldea de Lobios, como en la de Sampil o en la de Pinol, en Santiorxo, Cadeiras o Santa Marta, y en todos los lugares que quedan en la margen norte del río, desde el comienzo del cañón hasta su encuentro con el Cabe, el afluente cuya garganta nada tiene que envidiar a la del Sil, ni en profundidad ni tampoco en exigencia, la vida es dura.

En esta parte del mundo hombres y mujeres se dejan la piel arrancándole a la tierra la escasa vida que esta tenga a bien concederles. De sol a sol, abren los campos con sus manos, las mismas que hunden en las aguas heladas por un invierno frío y feroz

como pocos conocen. Jornadas de oscuridad, con la luz justa para llegar a Monforte o a Castro Caldelas los días de feria y, con algo de suerte, vender la fruta, la verdura, los *carranchos*, que es como llaman a los cerdos, el poco ganado que hay…

Pero si el invierno es duro, las cosas empeoran aún más en verano. De pronto, ese frío que muerde en los huesos se convierte en un calor asfixiante que hace que las jornadas de trabajo en los bancales se vuelvan interminables. Horas sin fin cavando las viñas, bajando las terrazas de vid, en algunos casos a más de trescientos metros de profundidad, con el río ya lamiendo los cultivos. Es en septiembre cuando llega lo más duro con la vendimia. Lomos reventados de burros y personas, cargados unos y otros como bestias con las cestas desbordadas de racimos. Algún día llamarán a esto viticultura heroica. Algún día… Por el momento, los hombres y las mujeres del cañón no saben de mayores heroicidades que la necesidad de aplacar el hambre. Y la sed.

Porque, también algún día, este que ahora se le exprime al cañón, el de Amandi, será un vino famoso que gozará de un gran prestigio. Pero hoy todavía no es el caso. No, aún no. Ahora, lejos de ser siquiera un buen caldo, el de Amandi llega a ser un vino de mesa decente, lo bastante digno en el mejor de los casos para que los hombres del cañón puedan venderlo a unos cuantos bares del valle, de Doade a Monforte, de Os Peares a, con suerte, la mismísima ciudad de Ourense. Pero no mucho más.

En la mayoría de los casos, elaborado todavía sin demasiado control ni mimo, este vino es poco más que el líquido con el que intentar ahogar un ansia que no cesa jamás. La sed que deja la rabia, la frustración, una vida sin más futuro ni esperanza que la de

sobrevivir al siguiente día, al siguiente desafío, al siguiente golpe. Del invierno, del frío, de la montaña. Del cañón.

Y entretanto, mientras los hombres se envenenan poco a poco el cuerpo y también el alma, las mujeres se arropan y se guardan entre ellas para seguir sacando sus casas y a sus cachorros adelante. Discretas, silenciosas, se reúnen en los lavaderos del río, en las *palleiras* de las casas, alrededor del fuego, en los cruces de los caminos. Y en las iglesias. Es justo ahí, en el templo, donde se recuentan.

El culto constituye un mandato, y su asistencia no es una opción, de manera que es ahí donde se hablan con el mayor de los detalles. En silencio, sin apenas palabras. La mayoría de las veces basta con una mirada. Otras, incluso con un gesto. Todas, jóvenes y mayores, tienen que asistir a misa. Siempre. De manera que la falta de una ya es la primera señal de advertencia para las demás. Algo serio, grave, debe de haber sucedido para que una mujer no asista al culto.

Y luego está la cuestión del velo, claro. Su uso es absolutamente imprescindible, obligatorio incluso, desde que Saulo de Tarso les hizo saber a los corintios que todas las mujeres debían entrar en la iglesia tocadas con un velo. Blanco para las más jóvenes, negro para las demás. Y tan solo hay tres opciones posibles: el pequeño, una tela de encaje redondo que apenas cubre la cabeza; el grande, que baja tapando las orejas hasta descansar sobre los hombros, y el de las viudas, el más grande de los tres, el que también tapa una parte de la frente. Y, a veces, incluso los ojos.

De modo que la ausencia de una mujer en la iglesia es algo que no pasa inadvertido para las demás. Pero si cuando esta regresa lo hace esforzándose por ocultar el rostro con alguno de esos velos de

mayor tamaño, entonces todas comprenden lo que está sucediendo. Porque ¿acaso ha existido nunca otro motivo por el que una mujer esconda su rostro de las miradas de otras? No, cuando una mujer oculta su cara, sus marcas, son los puños de su marido a los que está alumbrando. Y esa es una señal que toda mujer sabe identificar. Sobre todo, cinco mujeres en particular.

Las hijas de Mamá Dolores.

Cinco mujeres sabias con acceso a ciertos conocimientos. Cinco mujeres para las que ese velo no solo es una señal de alarma, sino también una advertencia. La de que, tal vez, tengan que intervenir.

6

Aquí no hay nada para ti

Aún sin demasiada convicción, Mateo regresa al exterior e, incómodo, resopla a la vez que vuelve a hundir sus puños en los bolsillos de su parka.

—Esto no es una buena idea —repite para sí mientras observa cómo el aire caliente que sale de sus pulmones se convierte en vaho —. De hecho, es una idea de mierda, Mateo…

Cruza la calle y avanza con determinación hacia la parte alta del pueblo. Al fin y al cabo, está a punto de meter las narices en los culos de perros que quedan muy lejos de su jurisdicción. Qué menos que, como mínimo, pasar antes por la perrera municipal. Vamos, que sea lo que sea lo que haya sucedido, este es territorio de la Guardia Civil, de modo que Mateo opta por comenzar su periplo por el cuartel de Sober. Aunque nada más sea por presentarse.

En realidad, se trata de un puesto auxiliar, pero eso ahora no es relevante. No por ello les va a parecer menos mal si se enteran de que un inspector de la Policía Nacional de Vigo está haciendo preguntas relacionadas con dos casos de su competencia. Claro, mejor comenzar por una visita de cortesía. No queremos incomodar a nadie… Esto es lo que Mateo lleva en el pensamiento mientras avanza ya hacia la entrada del puesto. Concentrado, apenas repara

en el agente uniformado que sale al mismo tiempo que él entra. Pero el guardia civil sí se lo queda mirando, como si su cara le sonara de algo.

—¿Romano?

Sorprendido, Mateo se vuelve.

—Mateo Romano, eres tú, ¿no?

Se trata de un sargento, tal como puede identificar por los distintivos que luce en las mangas de su guerrera.

—Sí —responde—, soy yo. Pero…

El desconcierto en su expresión denota que Mateo no reconoce al guardia civil.

—No te acuerdas de mí, ¿eh?

La evidencia lo coge desprevenido.

—Pues me vas a tener que disculpar, pero, la verdad…

—Saldaña —se le adelanta el sargento—. Javier Saldaña.

—Ah, claro —responde Mateo, aún sin demasiada convicción—. Saldaña —repite, a la vez que hace todo lo posible por ubicar algún recuerdo que responda a tal entrada en los registros de su memoria.

—Coincidimos en el colegio. Cuando aún vivías aquí.

Y entonces sí, Mateo recuerda, aunque de manera vaga.

—Sí, sí —asiente—, ahora sí. Javier, claro. Perdona, ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado —admite el guardia civil—. ¿Y cómo es que andas por aquí? No me digas que estás pensando en volver al terruño.

—No, no. Tan solo he venido por mi padre.

—Hombre, el señor Romano. ¿Qué ocurre, acaso tiene algún problema? Si está en nuestra mano ayudar en lo que sea, ya sabe que no tiene más que…

—No —rechaza Mateo con ligereza, como queriendo quitarle hierro al asunto—, en realidad estoy seguro de que no es nada.

Javier ladea un poco la cabeza en un ademán escéptico.

—¿Una nada que te trae al puesto de la Guardia Civil?

—A ver, es por lo de estos dos fallecimientos que al parecer habéis tenido en los últimos días.

Esta vez Saldaña frunce el ceño, tal vez más receloso que dubitativo.

—¿Fallecimientos?

—Sí. Alguien que se golpeó la cabeza en el cuarto de baño hace un par de días. Y creo que otra persona más, una caída en el campo hace una semana.

—Ah, ya —asiente el sargento, aún con gesto serio—. Te refieres a Quiroga y a Maseda.

—Quiroga, sí —confirma Mateo—. David, ¿verdad?

—Sí —Saldaña aflige visiblemente el gesto—, David Quiroga y Álvaro Maseda. ¿Qué ocurre con ellos?

Mateo coge aire.

—A ver, me imagino que nada, pero mi padre está preocupado. Al parecer ambos eran amigos suyos. O personas cercanas, no lo sé. El caso es que le ha impactado. Dos personas conocidas, muertas en tan poco tiempo… Yo qué sé.

Saldaña asiente en silencio, como si, ahora sí, comprendiera el motivo de la preocupación.

—Ya entiendo, claro… Pero ahí no hay nada, eh.

—¿Tú crees?

—Nada —reafirma el guardia civil—. A ver, yo no te puedo decir mucho, al fin y al cabo se trata de expedientes recientes. Pero,

vamos, ya te digo que ahí no hay nada, Romano. Accidentes de manual. Muy desafortunados, es verdad, pero sin más.

—Ya, comprendo. ¿Os lo han corroborado las autopsias?

Esta vez, Saldaña extraña su mirada.

—¿Autopsias? Por supuesto que no. —El guardia civil responde a la vez que niega con la cabeza, como si tal posibilidad le pareciese absurda—. A ver, te lo estoy diciendo, se trata de accidentes. Uno resbaló y se cayó de la escalera mientras trabajaba en unos castaños de su finca. Y David… Bueno, este se mató al salir de la bañera. Ya te digo, accidentes. De libro.

El sargento Saldaña encoge los hombros, como si todo fuese tan obvio que hiciera descabelladas más explicaciones. Y Mateo asiente al reparar en lo evidente.

—No hay motivo —zanja el sargento.

—No hay motivo —repite el inspector.

Y Mateo resopla con desgana, maldiciendo para sí a su padre.

—Bueno, pues si no os importa me acercaré hasta la casa del último, de David. Más que nada por tranquilizar al viejo, ya sabes.

Javier Saldaña vuelve a encoger los hombros, como si acabara de rendir cualquier reticencia por su parte.

—Como consideres. Pero ve con tiento, por favor. Su familia…

—Sí, sí, lo sé —se adelanta el inspector—. Sé quiénes son.

—Gente tan querida como respetada en todo el valle.

—Claro, no te preocupes.

—Pero ya te digo que pierdes el tiempo —insiste Saldaña a la vez que vuelve a alejarse de Mateo—. Fue un accidente. Aquí no hay nada para ti.

7

Carreteras de invierno

La carretera de toda la vida, la LU-P-5903… A medida que su coche avanza sobre un asfalto tan viejo como el camino mismo, Mateo identifica cada curva, cada desvío. Cada lugar. De hecho, siente que recuerda el trayecto con tanto detalle como incomodidad. ¿Cuántos años hace que no recorre esta carretera? Muchísimos, desde luego. Pero, también «desde luego», no los bastantes como para haberla olvidado. Cada aldea.

Cada mala memoria.

La carretera discurre hacia el este en paralelo al río, si bien este permanece invisible en todo momento, oculto al fondo del cañón. Como un secreto del que no se habla, o tal vez como una amenaza que todos prefieren no mencionar. Hoy, toda la llamada Ribeira Sacra se ha convertido en uno de los principales destinos turísticos de Europa, y el corazón del río Sil es la joya de la corona. En primavera y verano la zona se llena de todo tipo de visitantes, atraídos, bien por la belleza del paisaje, bien por la fama de sus vinos. La vida se cuenta en publicaciones de Instagram, donde las catas en las bodegas más prestigiosas se pelean con las selfis más glamurosas en puestas de sol increíbles, asomados todos a los diferentes

miradores sobre el río, a cada cual más espectacular. Pero Mateo sabe que aquí las cosas no siempre fueron así.

No, Mateo aún se acuerda de cuando este era un lugar feroz, agresivo. Menos amable. Para él, claro. Y todos y cada uno de esos recuerdos parecen contemplarlo a su paso por cada curva. Lo observan en silencio pasar. Como si, en apenas un hilo de voz, todos y cada uno de esos malos recuerdos murmurasen a su paso: «Pensábamos que nunca volveríamos a verte por aquí».

La casa de David Quiroga está un poco más allá de O Noguedo, otra más de las pequeñas aldeas que salpican toda la margen norte del cañón. Tan pronto como le han abierto el enorme portal de forja, Mateo se ha visto en el interior de un jardín de parra y flores que rodea la construcción principal, una casa de piedra de dos alturas, antigua y reformada.

Por fin fuera del vehículo, un viejo Lada Niva tan destartalado como sucio, un vistazo rápido a su alrededor basta para comprender que la vista desde la parte meridional de la casa debe de ser impresionante. No en vano, aquí es donde el cauce del río entra en los cañones, inmensas paredes de piedra levantadas a más de trescientos metros sobre el nivel del agua.

—¿En qué puedo ayudarle?

Una mujer sudamericana, probablemente brasileña a juzgar por su acento, sale a recibirlo.

—Soy el inspector Mateo Romano, de la Policía Nacional. Estoy aquí por la muerte del señor Quiroga.

Impertérrita, la mujer, una mulata menuda y delgada, de unos treinta años y guapa, se limita a asentir con la cabeza.

—Por supuesto —responde—. Pase, la señora está dentro.

Mateo sigue por el interior de la vivienda a la que ahora sabe que es la empleada de la casa, hasta que la mujer le hace un gesto para que se detenga junto a una puerta cerrada. Es la chica mulata la que entra, y desde el pasillo Mateo escucha la conversación.

—¿Quién es, Denise?

—Un inspector de la Policía Nacional, señora. Dice que ha venido por el fallecimiento del señor David.

—Por favor, acabo de llegar del puñetero tanatorio, ¿es que no me van a dar un respiro? Estoy agotada, por el amor de Dios…

—¿Quiere que le diga que regrese en otro momento?

Silencio.

—No, da igual. Acabemos con esto de una vez. Dile que pase.

Por fin dentro, la estancia resulta ser un amplio salón. Sofás de piel, muebles de diseño, lámparas por todas partes, una gran mesa de comedor para no menos de veinte comensales y, al otro lado, unos enormes ventanales. En efecto, la vista sobre el río resulta impresionante, tanto como para hacer que en la reforma toda esa pared de piedra se sustituyese por una de cristal.

Inmóvil en el centro de la estancia, una mujer permanece en pie, expectante. De apenas cuarenta años, si es que los tiene, alta, esbelta y elegante. Muy elegante. Viste un mono blanco que acentúa todavía más las líneas de su cuerpo. Un collar de perlas enmarca el nacimiento de su cuello, y el pelo, castaño y recogido de manera casi informal tras la cabeza, estiliza todavía más los rasgos de su rostro. La primera mujer era guapa, pero esta es, definitivamente, distinguida. Y muy atractiva.

—Le ruego que me disculpe, pero lo cierto es que no esperaba su visita, señor…

—Romano —responde Mateo a la vez que avanza hacia ella con la mano tendida—. Inspector Mateo Romano.

—Inspector —repite ella, aunque en realidad no sea más que para señalar su sorpresa mientras le aprieta la mano.

Por un instante, a Mateo le da la sensación de que la mujer no comprende su presencia aquí. Como si le resultara extraño ver a un policía en el escenario de un fallecimiento.

—Soy Sandra Molina, la esposa…

Se detiene a la vez que aparta ligeramente la mirada, y Mateo comprende que está reconsiderando su manera de presentarse.

—La esposa de David —escoge, desechando la etiqueta de «viuda»—. ¿Acaso hay algún problema? Nadie me dijo que vendrían más policías. Ayer la Guardia Civil ya se encargó de…

—No, no. Ningún problema —se le adelanta Mateo—. Tan solo estoy haciendo unas preguntas de rigor —miente—. Cuestión de procedimiento.

—Ah —contesta Sandra, sin demasiada convicción por su parte—, comprendo. Pues no sé, usted dirá.

—Antes de nada, permítame que le dé el pésame, señora Molina. Entiendo que ha tenido que ser un golpe durísimo para la familia.

—Sí, sí, desde luego. —Asiente—. Sobre todo, para Jimena.

—¿Jimena?

—Nuestra hija. Aún es demasiado pequeña para comprender por qué papá ya no… ya no estará más.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

Mateo frunce los labios.

—Lo es, sí… Entiendo que se ha tratado de algo totalmente inesperado.

Sandra extraña la expresión.

—¿Acaso no lo son siempre? Por definición, un accidente suele ser algo inesperado.

—Por supuesto. Me refería a si el señor Quiroga padecía algún problema de salud previo. Algo que pudiera provocarle tal vez un desvanecimiento o alguna circunstancia por el estilo.

—No, no. A ver, no es que David se cuidase como un atleta precisamente. Pero no, no tenía ningún problema de salud. Vamos —considera—, que yo supiese, claro.

A Mateo no le pasa inadvertido ese matiz final. «Que yo supiese». Curioso.

—¿Estaba usted en casa cuando sucedió?

—No. Me encontraba en un viaje de negocios. Y la niña estaba con los abuelos. David se hallaba… solo.

—Comprendo. Dice que estaba usted en un viaje de negocios.

—Sí, en Milán. Llevamos un tiempo trabajando en una nueva campaña para la internacionalización de la marca, y no llegué hasta el día siguiente. O sea, ayer por la mañana. Por Dios, qué horror. Menos mal que aún no habían traído a Jimena de vuelta.

—¿Fue usted quien descubrió el cuerpo? ¿O tal vez el servicio?

—No. Como ya le expliqué a sus compañeros de la Guardia Civil, David prefiere que…

Se detiene.

—Prefería —se corrige— que no hubiera nadie en casa cuando se quedaba solo, él sabría por qué.

No, Mateo está seguro de que este no era el matrimonio mejor avenido del mundo.

—Ya, entiendo. Y, dígame, ¿podría describirme cómo se lo encontró?

La mujer vuelve a mostrar su extrañeza, esta vez dejando entrever una incomodidad más que evidente.

—Perdone, pero es que no entiendo a qué vienen estas preguntas. Todo esto ya se lo conté ayer a los agentes de la Guardia Civil. ¿Qué pasa, que no hablan entre ustedes? ¿O es que ha aparecido algún otro problema del que no me han informado?

—No, no —vuelve a apresurarse Mateo en la respuesta, intentando no perder la comunicación con la esposa de Quiroga—. Tan solo se trata de meros formalismos. Sé que son incómodos, más en circunstancias como esta. Pero tenemos que hacerlos —vuelve a mentir—. De verdad, le ruego que nos disculpe.

—Ya… Pues como ya les conté a sus compañeros —insiste, reticente a dejar de señalar lo mucho que esta situación la incomoda —, Serafín, el chófer, me trajo desde el aeropuerto, así que no debían de ser más de las dos de la tarde cuando llegamos. Al entrar en la finca vi que el coche de David estaba en el garaje. Y sí, me extrañó que no estuviera en las bodegas, sobre todo siendo viernes. Por eso saludé al entrar en la casa. Pero no me respondió nadie, claro. La verdad es que tampoco le di más importancia. Subí a dejar la maleta y, al pasar por delante del baño, pues…

Sandra vuelve a detenerse, esta vez al recordar la escena.

—Me encontré el cadáver de David arriba, en el baño principal, el grande. Lo cual…

Sandra vuelve a detenerse. La pausa no llega siquiera a un segundo, pero a Mateo le da tiempo a captar algo en ella. No es siquiera una mueca, tan solo apenas una microexpresión. Pero ahí está: la extrañeza, tal vez incluso el desconcierto.

—Bueno, ya lo he contado. David estaba dentro de la bañera. Al parecer resbaló cuando iba a salir y se cayó de espaldas. Por lo que me dijeron, se desnucó al instante, así que por lo menos no sufrió.

—Ya, comprendo… Perdone, una pregunta: me dice usted que ayer estaba en Milán.

—Sí, así es. En una reunión de trabajo.

—Por favor, perdone mi ignorancia, pero ¿le importa decirme en qué trabaja usted?

La mujer vuelve a torcer el gesto. Es de nuevo una mueca apenas perceptible, pero Mateo también la reconoce. Parece como si a Sandra le molestara tener que explicar algún tipo de evidencia.

—Soy directora de comunicación y relaciones públicas de Abadía de Quiroga.

—¿La bodega?

Sandra Molina se limita a arquear las cejas, como si la respuesta fuese de lo más evidente.

—No creerá usted que las congregaciones religiosas tienen directores de comunicación, inspector…

Mateo hace ver que no ha escuchado la pulla.

—O sea, que usted también trabaja para los Quiroga.

—Para los Quiroga no, inspector, sino para las bodegas.

—Claro, comprendo.

—Pues entonces también comprenderá la magnitud del golpe que esto supone para todos nosotros.

—Claro, claro.

Y, de nuevo en silencio, Mateo vuelve a dudar por un instante. La verdad, no sabría decir a quién se refiere la viuda de Quiroga con ese «nosotros». Si a la familia o, tal vez más probablemente, a la empresa.

—Con el debido respeto, inspector, no se imagina usted lo mucho que nos ha costado llegar hasta aquí. Ser alguien diferente…

Tiempo atrás. Otoño de 1955

Alguien diferente

Mal que bien, todos en la comarca sobreviven de la misma forma: como pueden. La tierra, el trabajo, la vida, todo aquí es duro. Veranos de fuego e inviernos de hielo. Y siempre esa bruma densa y pesada que, como un fantasma, sube desde el río para envolverlo todo cada atardecer. Esta niebla, como un manto que todo lo cubre para que nada de lo que ocurre en su interior se sepa, convierte cualquier cosa en un secreto. Y para buena parte de los hombres del cañón solo hay una manera de sobrellevar esta suerte de ceguera y de invisibilidad constante: fabricando la forma de aplacar todas sus sedes.

En el cañón, como en el valle, los hombres elaboran sus propias cosechas de vino. No, aún no se trata de hacerlo exquisito. Con que aplaque la rabia de todos los demonios que viven en la niebla es suficiente. Que ahogue sus voces, las de la soledad, las de la desesperanza. Aunque encienda otras…

Todos los hombres preparan sus caldos. Y, por supuesto, con lo que sobra elaboran sus aguardientes. Lo que sea con tal de conseguir un poco más de calor. Para los cuerpos. Para el alma.

En el valle, como en el cañón, todos los hombres cuecen sus conjuros. Para ellos, para sí mismos. Todos excepto uno.

En el cañón, en donde la tierra se llama Lobios, hay un hombre capaz de ver más allá, de intuir las formas al otro lado de la niebla, de identificar la luz que nos guiará a todos para salir de este pozo oscuro y profundo.

Como todos los demás, Rogelio también elabora vino y aguardiente. Pero, a diferencia de estos, además de sed, también tiene hambre. De crecer, de medrar, de ir más allá del cañón y del valle. De la miseria. Y también tiene una idea.

Porque Rogelio es un tipo avispado, con visión de algo que, tal vez, podría parecerse al futuro. Y qué remedio, si a la fuerza ahorcan. A sus treinta años, Rogelio ya se ha casado, y también tiene un par de criaturas bajo su responsabilidad. Una niña, Carmen, y un niño, Víctor. Y, además de todas estas circunstancias, tiene las cuentas echadas: una suma que no da. No, si Rogelio no hace algo con su vida, en el total no aparece más que la miseria que ya conoce. La misma con la que cargan todos y cada uno de los vecinos del cañón sobre espaldas deslomadas por la pendiente sin fin de la garganta colosal, cargando y carreteando las uvas de otros que viven lejos para elaborar los vinos de otros de aún más lejos. No, eso no es futuro. Pero ¿y si…?

Sí, Rogelio tiene una idea, en la que cabe algo más grande que la suma de todas las partes. Porque… ¿qué pasaría si lograse convencer a los demás vecinos del cañón, en su mayoría hombres tan miserables como ignorantes, para, unidos, comercializar ese mismo producto que elaboran con el fin de distribuirlo a una escala mayor? Es cierto que algunos de ellos ya les venden unos cuantos barriles a ciertos bares del valle, sobre todo alrededor de Monforte. Pero ¿por qué quedarse ahí? Si todos se unen, tal vez como socios

de una cooperativa o, si no quieren, si no se atreven, permitiéndole a él distribuir sus productos, no solo tendrán más cantidad, sino también más opciones. Y entonces ¿por qué no llegar también a Ourense? ¿O a Lugo?

¿O a toda Galicia?

Sí, Rogelio sabe que, si se mueve de la manera correcta, podría haber una oportunidad para todos.

O, como mínimo, para él.

Es conocedor de que, tanta como hambre, también tiene labia. De hecho, ya ha empezado a entonar esta canción en los oídos de algunos vecinos, hombres que, en la mayoría de los casos, han comenzado a dudar.

¿Y si el muchacho este, el Rogelio, tuviera razón?

Y así, a la sed habitual, Rogelio ha venido a sumar algo nuevo. O tal vez sea más a contagiar a los vecinos una sensación tan nueva como inquietante, una codicia que nadie había experimentado hasta ahora en el cañón.

Rogelio observa con satisfacción cómo su pequeña siembra comienza a dar frutos. Pero, por curioso que parezca, satisfecho como está, no se ha dado cuenta de otro pequeño detalle: al mismo tiempo que él contempla a sus vecinos, alguien ha empezado a observarlo a él. Se trata de Senda, la mayor de las cinco hijas de Mamá Dolores, a quien también le ha llamado la atención la maniobra de Rogelio. Ella ha sido la primera en percibir esta nueva codicia por parte de todos los actores y en experimentar el recelo.

Desde la distancia, Senda niega en silencio. No, mejor será no dejar de observar con atención lo que sea que pretenda hacer este muchacho, el tal Rogelio Quiroga.

8

Un detalle

Sin duda no, a Mateo no deja de llamarle la atención la forma en que Sandra Molina le habla de lo sucedido. No solo es el relato, el qué, sino también la forma, que es siempre lo más importante de este, el cómo. Resulta evidente que Sandra está incómoda con la situación, pero no se debe al dolor por la pérdida de su marido, sino a otra cosa.

Puede ser que el matrimonio atravesara problemas. O, más probablemente, que ya estuviera roto, a juzgar por esa ausencia de pesar que la viuda de Quiroga no oculta. Pero aquí parece haber algo más. Algo…

Algo que a Mateo, como casi con toda seguridad también a la Guardia Civil antes que a él, se le ha pasado por alto. Hace memoria de todo lo que Sandra le ha dicho. Y entonces, ahora sí, cae en la cuenta. Ese pequeño detalle.

—Perdone, pero si me lo permite me gustaría preguntarle algo más antes de dejarla tranquila.

—Usted dirá.

—Hace un rato, cuando me estaba contando cómo descubrió el cuerpo de su marido…

—Sí.

—Dice que se lo encontró en uno de los baños de arriba.

—Sí, en el grande.

—Eso es. Corríjame si me equivoco, pero cuando me lo estaba contando me dio la sensación de que hay algo que a usted también le llamó la atención, ¿no es así? De hecho, juraría que hizo una pausa al recordarlo.

Sandra comprende y, justo a continuación, aprieta los labios en una mueca dubitativa. Sea lo que sea, parece evidente que contarlo no es algo que le resulte agradable.

—¿Qué ocurre, señora Molina?

La duda deja paso a un gesto a la vez desganado y cansado en la expresión de la mujer. Y en la mirada que le dedica en ese momento, Mateo comprende que Sandra Molina está evaluando cuánta confianza le sugiere el inspector Romano.

—Mire, a mí extrañarme ya no me extraña nada. De David cabía esperar cualquier cosa. Pero lo del baño…

De nuevo el silencio. Es evidente que se trata de algo incómodo.

—De acuerdo —resuelve al fin—, acompáñeme.

Sandra Molina sale del salón y Mateo la sigue por el interior de la casa hasta unas escaleras que llevan al piso superior. Por fin arriba, toma el pasillo hacia la derecha y se detiene ante la primera puerta a su izquierda. La abre, enciende la luz, y entonces se descubre el escenario.

Están en un cuarto de baño. La estancia es grande, amplia. Pero eso no es lo más llamativo: si las vistas desde el salón de la planta baja eran impresionantes, las del cuarto de baño no se quedan atrás. Toda la pared del fondo, la exterior, que Mateo identifica como una prolongación de la que viene desde abajo, es de cristal, y solo

se interpone entre ellos y una espectacular vista del río, que en este momento ya está vestido con los colores del atardecer, una fabulosa bañera, casi más una pequeña piscina que otra cosa, asomada a las vistas del cañón.

—¿Fue aquí donde lo encontró?

—Sí. Y eso es lo extraño. O, mejor dicho, el problema.

—¿Por qué?

—Porque David nunca utilizaba este baño —responde Sandra—. Nunca.

—Ah, ¿no?

—No. Él era más de ducharse cada mañana, y para eso utilizaba el aseo del dormitorio.

—Entonces, este baño…

—Este era mi aseo, inspector. Fue a mí a quien se le ocurrió diseñarlo de esta manera, con la gran bañera sobre el mirador. Y, como ya le he dicho, ahí es donde está el problema.

—¿Por?

A Sandra se le escapa una especie de sonrisa, tan breve como resignada.

—Al principio, cuando construimos esta casa, pensé que sería un buen lugar para relajarnos juntos. Pero…

Se detiene. Y Mateo identifica la duda. Claro, eso era…

—Escuche, puede confiar en mí. Ignoro cuál era su problema en particular, pero si algo le puedo asegurar es que sé de qué va eso de sentirse solo.

Sandra le mantiene la mirada. Y, por un segundo, le parece identificar algo conocido en los ojos de Mateo, similar a un vacío, a una ausencia. Y, esta vez sí, deja correr una sonrisa desganada,

cargada incluso de un hastío que al inspector le da la sensación de ser tan viejo como profundo.

—Bueno, mire, estoy muy cansada para seguir interpretando el papel de viudita afligida. No sé cuál será su historia, inspector, pero en nuestro caso le puedo asegurar que lo de ser felices y comer perdices se acabó pronto. Si le soy sincera, no recuerdo haber compartido esa bañera con David ni una sola vez en los últimos cinco o quizá seis años.

—Ya, entiendo.

—Y, sin embargo, ahora…

Se hace un nuevo silencio.

—Cuando llegué, todo esto estaba lleno de velas apagadas, derretidas. Como si…

Sandra vuelve a quedarse callada, y es Mateo el que decide ahorrarle el mal trago acabando la frase por ella.

—Como si no estuviera solo.

Ella asiente a la vez que Mateo comprende.

—Por eso quitó usted las velas, ¿no es así?

Sandra Molina encoge los hombros a la vez que cruza los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué otra cosa habría hecho usted? El valle no es tan grande, inspector, aquí todo se sabe. Y ya son muchas las veces que David me ha humillado en vida como para permitir que también lo haga una vez muerto.

—Lo entiendo, señora Molina. Lo entiendo.

De regreso abajo, a punto de marcharse, a Mateo se le ocurre otra incógnita, ahora ya tal vez más evidente si cabe.

—Perdone que le haga una última pregunta.

—Dígame.

—El hombre que falleció la semana pasada.

—Álvaro Maseda —apunta Sandra.

—El mismo. ¿Lo conocía?

—Como ya le he dicho, señor Romano, el valle no es tan grande. Aquí nos conocemos todos.

—¿Había algún tipo de relación estrecha entre ustedes?

—No. Ahora ya hace tiempo que no tratamos con él. Pero al principio, cuando yo conocí a David, Maseda trabajaba para ellos. ¿Lo ve, inspector? Él sí que trabajaba en la bodega.

Sandra esboza una sonrisa fatigada, ya sin rastro de agresividad o defensa en ella.

—Claro. ¿Y sabe usted cuál era su función?

La mujer aprieta los labios.

—Eso ya no se lo puedo decir. Como le he explicado, hace ya mucho tiempo de ello. Pero si le pregunta a Víctor…

—Víctor Quiroga.

—¿Acaso hay otro en esta parte del mundo? Por supuesto, inspector. Víctor Quiroga. El padre de David. Y el dueño de todo esto.

Sandra abre los brazos al decir lo último, y por «todo esto» Mateo no alcanza a adivinar si se refiere a toda esta casa, al valle… o al mundo.

Por fin de vuelta en el coche, Romano tiene algo claro: por más que tanto su padre como el sargento Saldaña insistan, David Quiroga parece no ser precisamente el ejemplo de virtud y respetabilidad del que tanto le han hablado. Sin embargo, tanto Saúl como la propia Guardia Civil parecen haber cerrado filas respecto a

sus propias opiniones, y ahora Mateo tiene por delante dos cadáveres relacionados entre sí. Dos accidentes. Y una bodega más que poderosa… Por lo menos, en una de las muertes cabe la posibilidad de que el fallecido no estuviera solo antes de estrenar su condición de difunto. Sí, por más que a Mateo le incomode reconocerlo, puede que su padre tenga razón y aquí haya algo más. El problema es que, como Saldaña le dejó claro, la Guardia Civil ya ha tomado una decisión al respecto. «Ahí no hay nada, Romano», le dijo Javier Saldaña.

De acuerdo, Mateo comprende que ha llegado el momento de afrontar las cosas por otra vía. La suya.

9

Un buen tipo

Ya recogida, de hecho, casi dormida en el número uno de la calle Cervantes, la comisaría de la Policía Nacional en Monforte de Lemos apenas ocupa el bajo de un edificio de tres plantas a las afueras de la villa. Acostumbrada como está a la tramitación de carnets de identidad, pasaportes y poco más, a estas horas de la tarde, ya más noche de invierno que otra cosa, la comisaría es poco más que un refugio para la calma. En este espacio tranquilo, casi en penumbra, un agente uniformado y cómodamente sentado al otro lado de su escritorio aparta por un instante la placidez de su expresión al ver cómo la puerta se abre para que este desconocido entre y suba los dos escalones que separan al agente del sosiego en el que suele estar sumido el pueblo a estas horas.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

Desde el otro extremo de la mesa, el recién llegado le muestra su placa.

—Inspector Mateo Romano, de la comisaría de Vigo.

A pesar de la presentación, y de acabar de descubrirse ante un superior, el agente de guardia no parece especialmente impresionado. De hecho, bastante es que apenas parezca vivo, la verdad.

—¿Algún problema entonces, inspector?

Por toda compensación al desinterés del agente, Mateo deja correr una sonrisa.

—Pues eso todavía no lo sé. Pero sí, podríamos tenerlo.

—Esperemos que no —aún le responde el otro, viva imagen de la calma—. Dígame, ¿en qué le podemos ayudar?

—Verá, agente…

Mateo deja la frase en el aire, y el policía capta la invitación a presentarse.

—Rodeiro.

—Rodeiro —repite Mateo—, estupendo. ¿Sabe si están ustedes al tanto de las dos muertes que ha habido en Sober a lo largo de las últimas dos semanas?

—Sí, lo estamos.

La respuesta es categórica. Pero no viene del agente Rodeiro, sino de una voz situada a la espalda de Mateo. El inspector se vuelve sobre sí mismo y se encuentra con un tipo algo más joven que él, tal vez en torno a los cuarenta, cuarenta y cinco como mucho. Moreno y delgado, pero a todas luces fibroso, camina hacia Mateo sujetando una bolsa de deporte que carga sobre el hombro izquierdo, enfundado todo él en un chándal holgado.

—Lo estamos —repite—. ¿Por qué? ¿Quién lo pregunta?

Es el agente Rodeiro quien se encarga de responder:

—Un compañero, subinspector. Este es el inspector Mateo Romano. De la comisaría de Vigo.

—¿Subinspector? —pregunta Mateo al tiempo que le tiende la mano al recién llegado.

—Eso dicen. Subinspector Jacobo Veloso —se presenta a la vez que corresponde al gesto de Mateo.

En efecto, el modo en que el subinspector le aprieta la mano, firme y determinado, deja a las claras que Veloso es un tipo fuerte.

—¿De Vigo? —repite Jacobo esta vez.

—Eso dicen —le devuelve Mateo su propia respuesta, acompañada esta vez de una sonrisa franca.

—Pues está usted un poco lejos de casa, inspector.

Aunque de manera casi imperceptible, Mateo arquea una ceja. Como si sin palabras estuviera diciendo «Ni te lo imaginas…».

—¿Qué ocurre, entonces? ¿Acaso están investigando en Vigo algo que tenga que ver con estas dos muertes?

—No —responde Mateo casi al instante—. Es más bien un asunto personal.

—Ah —murmura Jacobo, a la vez que deja en el suelo la bolsa de deporte.

Al hacerlo, esta se abre ligeramente, lo justo para que Mateo identifique en su interior un par de guantes de boxeo.

—Pues eso ya me encaja más, porque, según tenía entendido, parece que en ambos casos se trata de accidentes. ¿Algún familiar suyo?

—No, no. Conocidos de mi padre, que es de la zona, de Sober.

—Comprendo.

—Entiendo que desde aquí no se ha realizado ninguna intervención, ¿verdad?

—No —responde casi con aire dubitativo—. A ver, es verdad que dos accidentes mortales en apenas una semana son demasiados para una comarca en la que nunca pasa gran cosa. Aquí procuramos

estar informados de todo lo que sucede en el valle, y por eso conozco los casos. Pero, bueno, ya se sabe, si no nos llaman, nosotros…

—Claro —comprende Mateo—, esto es cosa de la Guardia Civil.

—Exacto. Y ya sabe usted cómo son los chicos del Cuerpo con sus cosas, señor.

—Muy suyos.

—Por decirlo de alguna manera, sí.

—Ya. Pero, vamos, que a ti también te ha llamado la atención, ¿no?

Jacobo encoge los hombros.

—Ya se lo he dicho, señor, demasiados muertos en muy poco tiempo para un lugar tan tranquilo como este.

Mateo asiente. Y Jacobo, atento, sabe leer los ojos del inspector.

—¿Ocurre algo, señor?

Romano mantiene la mirada de Veloso, consciente de que este es el momento. Lo sabe, sabe que en función de lo que haga ahora mismo, justo en este preciso momento, puede que ya no haya vuelta atrás.

Y es esto, el silencio, lo que hace que el subinspector Jacobo Veloso acabe de comprender.

—Usted cree que no se trata de simples accidentes.

Mateo aprieta los labios. «De acuerdo —piensa—, allá vamos».

—No —responde a la vez que niega con la cabeza—. No. O, por lo menos, no en el segundo caso, el de David Quiroga.

—Uf… —Jacobo tuerce el gesto en una mueca incómoda—. El tipo de las bodegas Abadía. Una familia de mucho dinero siempre es un escenario incómodo para según qué accidentes.

—Eso parece, sí. No sé, Jacobo, pero hay algo ahí que…

—Le huele mal.

Mateo asiente a la vez que ladea la cabeza, dubitativo.

—Como poco, raro.

—Comprendo. ¿Cree entonces que deberíamos intervenir?

—Creo que por lo menos deberíamos hacer algo más que nuestros amigos del Cuerpo. Como por ejemplo pedir una autopsia.

Jacobo mueve la cabeza arriba y abajo, a la vez que aprieta la mandíbula.

—Puedo hablar con el juez Ulises Bértolo. Seguro que, si no nos la autoriza, por lo menos nos echa una mano. Su señoría es un tipo eficiente.

Mateo asiente, satisfecho de encontrar por fin algo de buena disposición.

Luego de intercambiar sus contactos y quedar en volver a hablar al día siguiente tan pronto como Jacobo tenga alguna noticia por parte del juez, se despiden, y Mateo vuelve a salir al exterior.

Por fin en la calle, saca su teléfono móvil y marca un número habitual.

—¿Santos? Sí, hola, Ana. Sí, sigo aquí, en Monforte. Sí, sí. Puede que las cosas se compliquen un poco. No lo sé, por lo pronto me quedo aquí un día más. No, no, con mi padre no, no… Para hoy he reservado una habitación en un hostal de aquí, de Monforte. Y luego… Bueno, luego ya veremos. Sí, sí, os voy informando. No, no. No creo que sea necesario que vengáis. O por lo menos no de momento. Sí, sí, os voy diciendo. De acuerdo. Venga, sí. Adiós, adiós.

Y ya está. Ha caído la noche.

Hace frío, y la proximidad al río Cabe hace que las calles de Monforte, estrechas, vacías y silenciosas, parezcan más frías, más húmedas. No, no se oye ni el ruido de un coche, ni el eco de ningún paso, ni siquiera el murmullo del agua. Monforte parece estar hecho de silencio. Pero Mateo sabe que no es verdad.

Porque así, inmóvil, todavía con los puños hundidos en el fondo de los bolsillos de su abrigo, intuye que, agazapado en ese silencio mentiroso, se esconde un rumor. Uno que tal vez solo él puede oír. Y reconocer.

Asomado a la calle que, a través de la niebla, se precipita hacia el corazón de Monforte, reconoce el sonido. La voz que, como en un susurro, murmura un nombre que viene directo del pasado. Uno que, tarde o temprano, Mateo sabía que les oiría susurrar a las calles de Monforte.

De acuerdo, si hay que hacerles frente a los fantasmas del pasado, ¿por qué no comenzar por este? Aunque también sea el que más duela justo ahí. Entre aurículas y ventrículos. Al fin y al cabo, ya lo decía el tango aquel: hay cosas primeras a las que siempre se vuelve…

10

La vergüenza

La sensación de frío se hace aún mayor al pasar por delante de la imponente fachada del Colegio de Nuestra Señora de la Antigua. Mateo atraviesa la plaza da Compañía y, apretando con más fuerza el abrigo contra su cuerpo, se pierde por la calle Duquesa de Alba. No importan los años transcurridos, la memoria instintiva guía sus pasos. Por fin ante su destino, Mateo abre la puerta del bar y, de pronto, retrocede en el tiempo. El local lleno de gente, la música sonando por encima de las voces, el olor a cerveza y, al fondo, al otro lado de la barra…

Vuelve a ser sábado. Pero no uno cualquiera, sino uno como los de antes, como los de entonces. Como los de treinta años atrás, cuando la vida todavía brillaba lo bastante como para ni siquiera plantearse si valía la pena o no.

Entonces, este era el bar del señor Matías, donde empezaban todas las noches. Cuando nada los asustaba y lo único que importaba era hallar el sitio de cada uno, Mateo sabía que aquel era su lugar. Porque aquí era donde se encontraban todos. Sus amigos, las risas… Y ella.

Candela.

Era la hija del señor Matías, el dueño del bar. Y Mateo habría seguido viniendo cada noche desde Sober hasta Monforte solo para sentarse al otro lado de la barra y reír con ella. Aunque no hubiera nada ni nadie más. Ni sus amigos, ni el local lleno de gente, ni la música. Porque no habría sido necesario. El sonido de su voz, la música de su risa, esa era la mejor de las canciones. Y aunque a Mateo todavía le faltara toda la vida por delante, de sobra sabía ya que los ojos de Candela tenían luz suficiente como para llenar todos los bares del mundo, por más oscuros, tristes y solitarios que fueran.

Candela y Mateo se habían gustado desde siempre. Se atrajeron desde el primer instante en que se vieron y juntos eran fuego y *rock and roll*, gasolina y motores calientes. Dos almas cruzando juntas el cielo nocturno a toda velocidad, kamikazes siempre a punto de estrellarse. Pero la una contra la otra. O, mejor dicho, la una en la otra.

Y entonces la vida decidió suceder.

Con la muerte de su madre, algo se rompió en el interior de Mateo. Tal vez la alegría, o quizá la capacidad de creer, de mantener vivo algo parecido a la fe, a la esperanza.

Mateo intentó mantener viva la relación. O por lo menos el contacto. Regresó un par de veces a Sober. La primera, unos cuantos meses después de la muerte de su madre. La segunda, al final de curso. Y sí, las dos veces estuvo con Candela. Solo que las cosas ya no eran iguales. Para Mateo era como si la luz hubiera perdido de alguna manera el brillo, como si el mundo se hubiese quedado sin sabor. O, tal vez, tan solo fuera que, de algún modo, Mateo ya no era la misma persona.

La primera vez que se vieron intentaron hacer como si nada hubiera cambiado. Mateo se encontró con Candela en el bar de su padre. Hablaron, bebieron, se quedaron hasta tarde y, al final, también esa noche la pasaron juntos. Como tantas otras antes de aquella. Pero no, nada entonces fue igual. No había el mismo entusiasmo, la misma ansia y el hambre del cuerpo del otro. O, por lo menos, no por parte de Mateo. No había, en realidad, ningún tipo de alegría. Sí, aquella primera noche en que volvieron a verse tras la muerte de su madre fue una triste. Pero la segunda…

Mateo regresó a principios de julio, al acabar el primer curso en la academia. Y es probable que sí, que lo primero que hiciera fuese buscar a Candela. Pero esta vez era ella quien no parecía la misma persona. «¿Qué pasa?». Y entonces se lo dijo… Lo hizo así, de golpe, sin avisar. Como lo hacía todo siempre. Solo que esta vez Mateo, para sorpresa de ambos, no supo cómo reaccionar. Y, cuando lo hizo, fue de la peor manera posible. Lo rechazó todo. «Ahora no es un buen momento. No estoy en condiciones. No puedo… ¡No es mi problema!». Y mientras a Candela se le rompía el corazón en silencio, él decidió marcharse por donde había venido. Cerró todas las puertas, quemó todos los puentes y, sin más, se fue. Así, sin avisar, sin dar ni la más mínima oportunidad. Se largó. Y ya no volvió nunca más. Hasta hoy.

Hasta ahora mismo.

11

Me habría pegado con todos por ti

Ahora mismo, la puerta del bar ha vuelto a abrirse y, esta vez, es Mateo el que aparece al otro lado. Ella lo ha visto, sí. Tan pronto como la puerta se ha abierto. Puede ser que lo haya presentido incluso antes. Y sí, ahora ahí está. Él. Después de tanto tiempo. Después de tantos años. Después de todo.

Sí, desde el otro lado de la barra Candela lo ha visto llegar, pero por ahora hace como si no lo hubiera reconocido. Como si no hubiera pensado en él desde entonces.

Mateo se abre paso entre los demás clientes y, a la vez que también él la reconoce, avanza hasta uno de los taburetes que quedan libres en el extremo opuesto. Ocupada en la conversación con una pareja, Mateo no sabe si Candela se habrá dado cuenta de su presencia y opta por acomodarse. Y esperar.

Al apoyar los codos sobre la madera, vieja y gastada, se pregunta cuántas veces habrá estado en ese mismo lugar, apoyado sobre esa misma madera. Intenta reconocer la posición. Y se le escapa una sonrisa al recordar todas las veces que la noche se convirtió en madrugada en ese mismo espacio, liquidadas las conversaciones por la llegada de las primeras luces del día asomándose al otro lado de los cristales. Incluso aquella vez en el almacén, cuando pensaron

que no quedaba nadie y, de repente, el señor Matías regresó al bar. A Mateo casi se le escapa la risa al recordar ahora las prisas con las que empujaron los pantalones por el suelo.

—Hola, niño.

Perdida la mirada en el suelo entre el taburete y la barra, Mateo no se había dado cuenta de que Candela se había acercado y permanecía inmóvil ante él. Y ahora, al levantar la vista, ahí está, al otro lado de la barra. Candela, después de tantos años.

—Hola, niña.

—Cuánto tiempo…

—Demasiado.

Por un instante ambos permanecen en silencio. Callados, sin decirse nada. Tan solo observándose el uno al otro. Por un instante, el mundo se detiene, la vida se congela y, en suspense, todo permanece en silencio a su alrededor.

—¿Y cómo tú por aquí?

Mateo lo siente, nota cómo el mundo vuelve a ponerse en marcha.

—Bueno, un par de vecinos a los que les ha dado por morir, ya ves.

—Ya veo —responde Candela, quien asiente sin dejar de contemplar a Mateo con una sonrisa extraña en los labios. Es algo parecido al gesto de quien finalmente comprueba que tenía razón, aunque nada más sea con respecto a algo que solo ella sabe.

—¿Y tú? —Mateo lanza una mirada rápida hacia el bar—. Recuerdo haber oído hace años que tu padre había muerto. Y lo sentí mucho, de verdad.

—Gracias.

—Sí, debí haber llamado…

—Debiste haberlo hecho, sí.

—Ya, lo sé. Pero de lo que no estaba seguro era de si tú habrías seguido con el negocio.

Candela vuelve a sonreír.

—Pues ya ves que sí.

—Bueno, supongo que siempre fue un buen negocio, ¿no?

—Esa fue una de las razones, sí.

—¿Hubo otras?

Candela asiente, aún sin apartar sus ojos de los de Mateo.

—Bueno —responde—, te fuiste sin decir adiós…

Él vuelve a bajar la cabeza.

—Lo siento mucho, Candela, yo…

Ambos se quedan en silencio unos instantes.

—Sé que lo que hice no estuvo bien.

Candela lo observa sin dejar de asentir con la cabeza. Una mirada extraña asoma a sus ojos.

—No te preocupes —le responde—, no te estoy reprochando nada. Tan solo pensé que, si esperaba el tiempo suficiente, quizá llegaría el día en que volvería a verte entrar por esa puerta. Y, mira —abre las manos—, aquí estás.

Esta vez es Mateo el que sostiene la mirada de Candela, casi desconcertado.

Y así permanecen un par de segundos hasta que, de pronto, ella hace más grande lo extraño de su sonrisa, hasta casi convertirla en una carcajada. Como si todo lo que acabara de decir no fuera más que una broma.

—Qué mala eres. —Mateo sonríe también al comprender—. Tú sabes que me habría pegado con todos por ti.

—Ya —le responde, aún sin apartarle la mirada—, claro… Pero no lo hiciste.

Mateo tuerce el gesto.

—No —admite—, no lo hice…

Cae sobre ellos un nuevo silencio, aún más incómodo que el anterior.

—Venga, va —resuelve ella—. ¿Qué te pongo?

Mateo coge aire, casi agradeciendo la salida que Candela le acaba de ofrecer.

—Supongo que una cerveza estará bien.

—Marchando.

Candela regresa al instante con una botella fría en una mano y un vaso en la otra.

—Invita la casa —dice a la vez que deja la bebida sobre la barra—. Por los viejos tiempos. —Y antes de volver a marcharse le guiña un ojo.

A medida que avanza la noche, Mateo no deja de observar a Candela. Y, por un instante, se pregunta cuánto puede hacer el tiempo por estrechar los corazones. Al fin y al cabo, sus experiencias anteriores no han sido las mejores. Historias de fracaso y naufragio, cartas de despidos emocionales y balances solitarios. ¿Y todo por qué? Tal vez porque, en el fondo, Mateo siempre supo cuál era la respuesta correcta.

La respuesta correcta…

Mateo entorna los ojos y hace por recordar su mejor momento. ¿Cuál fue? Por más pistolas que le pusieran contra el pecho, no sabría decirlo. Probablemente se pareciese bastante a alguno de aquellos vividos entre estas cuatro paredes tantos años atrás. Pero,

en el fondo, lo que sí sabe, o por lo menos intuye, es que lo lleva dentro. Está ahí, escondido en algún lugar. Asomándose, observando ahora mismo. Advirtiéndole, tal vez incluso a gritos, que lo más probable es que ese mejor momento tenga mucho que ver con la mujer que ahora le sonríe desde el fondo de la barra. La misma que, aún sin abandonar la sonrisa, aparta la mirada a la vez que niega con la cabeza. Y Mateo también sonríe al comprender que, casi con toda seguridad, los dos estén pensando en lo mismo. De acuerdo, tal vez sea mejor respirar.

Se levanta del taburete y, al ver que vuelve a ponerse el abrigo, Candela acude hacia él.

—¿Ya te vas?

—Sí. Mañana tengo que hacer un par de visitas. Por lo de los dos hombres estos de los que te hablé, ya sabes. Pero todavía me quedaré por aquí algún tiempo. No sé, si quieres…

Y Candela vuelve a sonreír a la vez que guarda las manos de Mateo entre las suyas, apoyadas sobre la barra.

—Claro que sí. Pero mejor fuera de aquí. ¿Dónde te alojas? ¿En la casa de tu padre?

Mateo niega con gesto cansado.

—No. Tengo una habitación aquí, en Monforte.

Candela asiente comprendiendo.

—Bueno —le responde—, ¿pues qué te parece si nos vemos mañana en el pueblo?

—¿Aún vives en el mismo sitio?

—Sí. Pero no te preocupes, mi padre ya no está. No hay peligro de que vuelva a sacar la escopeta para echarte a patadas por intentar ligar con su hija.

Mateo sonríe.

—Bueno, razón no le faltaba.

Y durante dos o tres segundos ambos vuelven a quedarse en silencio.

—Ahí estaré —contesta al fin Mateo, antes de separar sus manos de las de Candela.

—Eso espero, niño. Eso espero…

Tiempo atrás. Invierno de 1962

Más

Han pasado unos cuantos años. Tampoco demasiados, pero sí los suficientes como para que en el cañón hayan dejado de referirse a Rogelio como poco más que «el muchacho ese de las ideas raras» para empezar a hacerlo como «el señor Quiroga». De hecho, no son pocos los que se quitan las boinas para saludarlo a su paso. «Buenos días, señor Quiroga», «¿Cómo está usted, señor Quiroga?», «Adiós, señor Quiroga». Suena bien «señor Quiroga».

Ahora ya se ha acostumbrado, pero Rogelio todavía se acuerda de la satisfacción que sintió al oírlo por primera vez.

Sucedió en 1958, cuando, después de mucho pelear para ponerse de acuerdo con los viejos del cañón, por fin consiguió abrir el negocio. Primero lo hizo desde su propia casa. Pero pronto las cosas empezaron a ir bien, y desde hace tres años está instalado en una pequeña nave de Proendos, a las afueras de Sober, sobre la que luce un orgulloso cartel de madera pintado a mano que reza: ALMACÉN DE ALCOHOLES Y FÁBRICA DE AGUARDIENTES Y LICORES DEL SIL.

Desde aquí, Rogelio Quiroga vende sus productos ya a media España. Ah, estúpidos, si todos esos viejos le hubieran hecho caso desde el principio, quién sabe si no estarían vendiendo ya a toda España. O tal vez incluso a Europa. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo,

los aguardientes de Sober, los mismos que elaboran sus vecinos, son una de sus referencias más demandadas. Sí, las cosas van bastante bien.

Aunque, al parecer, podrían ir mejor. Mucho mejor, de hecho.

Y es que a Rogelio no se le va de la cabeza la conversación que tuvo con Hipólito Meixide, uno de sus viejos conocidos del cañón, hace un par de semanas.

Según parece, existe una manera de abaratar los costes y, en consecuencia, obtener beneficios aún mayores. Por lo visto, la cuestión está en el alcohol que Rogelio utiliza como base para elaborar sus propios licores.

—El etílico está muy bien —le admitió Hipólito—. Pero por lo que he oído en la feria de Monforte, se ve que hay otras opciones igual de buenas que son bastante más baratas.

—¿Como cuánto más baratas?

—Como a la mitad de lo que cuesta un litro de etílico.

A Rogelio no le hizo falta ningún tiempo para calcular la ganancia.

—Pues sí que sería interesante, sí…

Rogelio conoce la historia de los Meixide. Vecinos de Portabrosmos, en la antigua ribera del Sil, perdieron buena parte de sus tierras cuando por fin se inauguró el embalse de Santo Estevo, en 1956. En el valle se dice con orgullo que se trata de la presa más alta de toda Europa con más de cien metros de altura… Otra cosa es cómo se percibe en las aldeas más cercanas. Porque, para empezar, la crecida ha sido más que considerable y, en consecuencia, el río se ha llevado para siempre casas, plantaciones y tierras. Y, como todo el mundo sabe, los terrenos más fértiles siempre son los más próximos al río.

Por supuesto, justo esas fueron las tierras que perdieron los Meixide, tal como les explicaron, en aras de un beneficio colectivo que, la verdad, para ellos nunca llegó. Como el propio Hipólito le contó con resignación a Rogelio años más tarde: «El día después de que inauguraran la presa, a mi casa seguía llegando la misma electricidad que el anterior: ninguna». Despojado de viñas y con ocho hijos a su cargo, a Hipólito no le quedó más remedio que espabilar para sacar su casa adelante. Trabajos aquí y allá para unos y otros, algún que otro chanchullo con un vino de más que dudosa calidad y, sobre todo, mucha atención a cualquier cosa susceptible de convertirse en beneficio.

—¿Y de qué otras opciones estamos hablando, entonces?

Hipólito sonrió satisfecho al comprender que había captado la atención del señor Quiroga.

—Dígame, don Rogelio, ¿ha oído usted hablar del alcohol metílico?

12

No está bien hablar así de los muertos

Las villas como Monforte tienen algo especial los domingos por la mañana. Plazas de sol y encuentro de vecinos engalanados, y ese aire de burbuja, de espacio congelado en el tiempo, donde por mala que sea la mano que llevamos el resto de la semana, hoy, aquí y ahora, bajo el calor tibio de este sol de invierno, los problemas parecen quedarse en suspenso. Mateo ha experimentado algo parecido a esa misma sensación tan pronto como ha abierto los ojos en su habitación del hostal. Por un minuto o dos se ha dejado llevar, fantaseando con la idea de quedarse en la cama un rato más y luego coger el coche y volver a desaparecer. Pero no. Ni este es el lugar ni, sobre todo, tampoco el momento.

Si ayer empezó su pequeña investigación por el escenario en el que habían encontrado al último fallecido y, con él, surgieron las primeras incongruencias, tal vez sería buena idea echarle un vistazo al lugar en el que apareció el primero de los muertos. Quién sabe si tal vez en ese otro sitio habría también algo extraño.

Y por eso ahora Mateo acaba de detener el motor del viejo Niva aquí, junto al *cruceiro* de la aldea de Santiorxo. Justo antes del pazo del que su padre le habló ayer, que en realidad es una vieja casona a medio restaurar. De acuerdo, vamos allá…

Inmóvil frente al portal de la finca, dos inmensas hojas de madera desconchada, mal pintadas muchos decenios atrás y hoy ya casi por completo podridas, Mateo tira de la cadena a la derecha de la entrada y hace sonar una pequeña campana situada en lo alto del dintel de piedra que corona la entrada.

Pero nadie responde.

Empuja una de las hojas y asoma el cuerpo al interior.

—¿Hola?

Lo recibe un patio amplio, el típico de una antigua casa de labranza. Mateo vuelve a hacer sonar la campana, pero el resultado es el mismo silencio, de modo que opta por entrar.

Tras rodear el patio de parras, aparecen varias construcciones en los laterales. La primera es una especie de cobertizo para un carro de vacas que dejó de prestar servicio muchos años atrás, a juzgar por el deterioro de la madera. A continuación, un viejo horno de piedra, también en un estado de evidente abandono. Y, al fondo del patio, la casa, una hermosa construcción en piedra del país a dos alturas.

Las puertas de la planta baja dan acceso a las cuadras y, un poco más abajo, a las bodegas. Abiertas todas de par en par, hoy los establos para los animales parecen desocupados e inútiles, dejados al abandono también mucho tiempo atrás. Pero no así las bodegas, de donde aún emana el inconfundible olor intenso de la uva prensada.

De hecho, este perfume parece ser el único rastro de ocupación de la casa. Porque ni siquiera el piso superior, el que se supone que ocupa la vivienda, aparenta estar en mejores condiciones.

—¡Hola! —repite Mateo, esta vez un poco más alto—. ¿Hay alguien?

Asomado a las escaleras, Mateo nada más alcanza a ver una pequeña terraza de madera cubierta, el acceso a una galería de cristales sucios y cortinas corridas y, en medio, dos puertas, estas sí, cerradas.

Es extraño, porque en realidad, de no ser por el intenso olor a uva podrida y vino viejo, la casa no presenta el más mínimo indicio de que alguien viva en ella. Ni tan siquiera de que lo hayan hecho en años. Bien al contrario, más parece una casa abandonada. Grande y poderosa en su tiempo, hoy tan viva como un animal moribundo. Y, probablemente, también peligroso.

Mateo está a punto de subir por las escaleras, aunque tan solo sea para comprobar si hay alguien arriba o para intentar distinguir algo a través de los cristales mugrientos de la galería, cuando siente una voz firme a su espalda.

—No.

Se vuelve y, para su sorpresa, es una pareja de ancianos la que lo observa, inmóviles junto a la hoja abierta del portal.

—¿Perdonen?

—La respuesta a su pregunta —explica ella, una mujer menuda, de pelo corto y gris y ojos de carbón, amplificados hasta lo inmenso por unas gafas que, si alguna vez estuvieron de moda, fue muchos años atrás—. Que no, que no hay nadie.

—Ah. —Mateo esboza una sonrisa amable al comprender, a la vez que desanda el camino para acercarse a ellos—. Soy el inspector Mateo Romano, de la Policía Nacional.

Él, un hombre de unos setenta largos, tal vez incluso ochenta, alto y grueso, de ojos claros casi ocultos por una boina negra calada, asiente sin dejar de observar a Mateo ni ofrecer ninguna muestra de impresión. Como si su presentación como policía le hubiera parecido tan válida como la del papa de Roma.

—Yo soy Manuel Fernández Salgado —se presenta—. Y ella es Dolores Baralla, mi señora.

—Para servirle —añade la mujer al tiempo que estrecha la mano de Mateo—. Pero a mí si quiere puede llamarme Lola.

—Encantado, Lola. ¿Y son ustedes de aquí?

—Somos —le confirma Manuel—. Nuestra casa es esa de ahí, al otro lado del camino. ¿Y usted, también es de la zona? Porque se me quiere hacer una cara conocida la suya.

—No, no —se apresura a responder Mateo—. He venido por la muerte del señor Maseda, su vecino. Me imagino que se conocían, ¿verdad?

El tono de Mateo es afable, pero de pronto la pareja de ancianos parece recelar. Por toda respuesta, se limitan a cruzar una mirada entre ambos. Una lenta y silenciosa, como de advertencia. «Cuidado», parecen decirse sin palabras. Mateo se da cuenta e interviene de nuevo:

—¿Me equivoco, tal vez? ¿Acaso no tenían ustedes trato con Álvaro?

El silencio se vuelve extraño, reservado.

—Álvaro Maseda —puntualiza Mateo, por si fuera de alguna forma necesario—. Ya saben, el dueño de la casa…

Pero la respuesta es la misma. Más silencio, y nuevas miradas cruzadas.

—¿Qué ocurre? —Mateo vuelve a preguntar, desconcertado—. ¿No saben de quién les hablo?

—Pues claro que lo conocíamos. ¡Y maldita la hora! —contesta de repente la mujer, y escupe en el suelo para sorpresa de Mateo, que ve cómo la saliva ha venido a caer a muy poca distancia de sus zapatos.

—Lola…

El anciano llama a la prudencia de su mujer.

—Vaya —se apresura a replicar Mateo, antes de que la advertencia del hombre logre algún efecto—. ¿Y cuál fue el problema, entonces? ¿Acaso tenían ustedes líos con él, o cómo era la cosa?

—Bueno, hombre, eso tampoco —responde esta vez el viejo, que comprende que debe añadir un poco de paz a la conversación—. Digamos que sencillamente no nos llevábamos y punto.

Pero Lola no parece estar por demasiadas calmas.

—No, Manolo, y punto no —le retruca—, dile a este señor la verdad. Nosotros no nos llevábamos con ese porque hay hombres con los que no se quieren llevar ni Dios ni el demonio, ¿me entiende usted?

—Lola, por favor.

Mateo asiente en silencio.

—No sentían ustedes lo que se dice mucha simpatía por el señor Maseda.

—Hombre, mucha, lo que se dice mucha… —Es evidente que Manuel intenta reconducir el tono de la conversación, esta vez buscando la respuesta más diplomática posible—. No, más bien no mucha.

—Más bien ninguna —matiza la mujer, desbaratando toda diplomacia.

—¿Les puedo preguntar por qué?

—Porque era un cabrón.

No hay duda en la respuesta seca y rápida por parte de Lola, que tampoco esconde algo parecido a la rabia mordida en las palabras, y Manuel no puede reprimir el asomo de una mueca incómoda, cada vez más molesto por las intervenciones de su mujer.

—A ver, eso tampoco es. Lo que pasa es que el tipo no era de aquí, y cuando vino tampoco es que hiciera mucho por integrarse, ¿no sabe? Pero… ¿yo qué quiere que le diga? Si no quiere, pues no quiere. A la gente hay que dejarla vivir, ¿es o no es?

—Claro, por supuesto —le da la razón Mateo—. ¿Pero entonces cómo es que acabó aquí?

El hombre parece dudar.

—Bueno, por lo visto el tipo ya llevaba años metido en el negocio del vino.

Mateo aprovecha la oportunidad para terminar de atar cabos:

—Ahora que lo comenta, me parece haber oído en algún lugar que Maseda trabajaba para los Quiroga, ¿no es así?

Los dos viejos vuelven a cruzar una nueva mirada, pero esta vez se trata de una extrañada, como si no supieran de qué les habla Mateo.

—Eso no se lo sabemos. Nosotros lo único que le podemos decir es que él y su mujer aparecieron por aquí hará unos cinco años…

—Más, más —le corrige Lola con gesto seguro—. Por lo menos diez, Manolo. ¡Y eso a lo menos!

—Bueno, los que sean, qué más da —responde Manuel—. El caso es que el tipo llegó aquí, arregló lo justo para vivir y enseguida se puso con las viñas.

—Que era lo que le interesaba —apostilla la mujer.

—Sí —admite Manuel—. Es que, a ver, las cosas como son: estas viñas siempre le fueron muy buenas, porque…

—Espere, espere —lo interrumpe Mateo—. Dice usted que vino con su mujer. ¿Estaba casado, entonces?

—Estaba —confirma esta vez Lola—. Con Carmen, una santa.

Mateo vuelve a lanzarle una mirada a la casa, sucia y abandonada.

—Entiendo que ella ya no está aquí, ¿verdad?

—Ni aquí ni en ningún lugar de la tierra, señor. La pobre falleció hace ya unos cuantos años, y si no está en el cielo, es que ni hay Dios ni hay nada.

—Vaya, lo siento.

—Y nosotros. Pero, hágame caso —advierte la anciana a la vez que apunta a Mateo con un dedo índice delgado y huesudo—, morirse fue lo mejor que le pudo pasar.

El comentario de la mujer escandaliza a su marido.

—Lola, hombre, por favor.

—¿Y luego qué pasa, Manolo? ¿Acaso no es la verdad?

Visiblemente incómodo, el hombre opta por apartar la mirada en otra dirección.

—Pues claro que es la verdad —continúa la mujer—. Ese hombre era una mala bestia, y el pazo —advierte señalando ahora la casa—, el infierno. ¡El mismísimo infierno, amigo! ¡Se lo digo yo!

El viejo se revuelve de nuevo, cada vez más molesto.

—¡Lola, concho! No está bien hablar así de los muertos…

—¡Y por qué no, si es verdad! Eso de ahí no era un hombre, demonio, ¡era un cabrón! Mire —apunta volviendo a dirigirse a Mateo—, en el mejor de los casos, las pocas veces que no estaba borracho era como un bloque de hielo, amigo. Se lo digo yo, ese hombre era de hielo. Casi metía miedo mirarlo a los ojos, parecía que no tuvieran vida. Y, cuando bebía, que solía ser casi todo el tiempo… Por favor.

Lola se detiene para negar con la cabeza. Y, esta vez, su marido no dice nada. Como si con su silencio confirmase lo que sea que su mujer está recordando.

—Créame, caballero, muerto es como mejor está ese cerdo. Y si me apura, aún le diría más: la pena es que el diablo no se lo hubiera llevado antes, que igual así a la pobre Carmen aún le quedaba algo de buena vida…

—Vamos, que Maseda era un maltratador —concluye el inspector.

La vieja vuelve a clavar sus ojos descomunales en los de Mateo. Por un instante, a él le parece ver algo encendido en el fondo de esa mirada. Algo parecido a la furia. Al fuego.

—Eso de maltratador —responde casi en un murmullo— es como le dicen ahora, señor. Pero lo de esa casa que tiene ahí detrás no era unos malos tratos de esos. Eran unas palizas terribles —advierte con los labios arrugados en una mueca rabiosa—. Eran golpes, y empujones, y patadas, y platos rotos. Eran ruidos de peleas todas las noches, hombre. Los gritos del animal, esa mala bestia, y la pobre Carmen llorando en la cocina, que bien la veía yo desde nuestra ventana. Y al día siguiente, nada. Silencio. Ella encerrada en casa, él en la bodega… Y nada más. Hasta la próxima, claro.

—Era un cabrón, hombre. —Para sorpresa de Mateo, es Manuel el que resuelve, de pronto ajeno a cualquier disimulo—. Un cabrón…

La anciana también asiente con la cabeza.

—Se lo digo, joven, la pena es que ese cerdo no se hubiera matado antes.

13

Lo inabarcable

En efecto, Álvaro Maseda «se mató», tal y como todos parecen querer referirse a su muerte en Santiorxo. Pero no en el pazo, según le han confirmado Lola y Manuel, sino en los viñedos, que, por lo que le han explicado, quedan un poco más allá. «Atraviese el bosque —le indicaron—. Son los terrenos que caen hacia el río».

Mateo conoce bien esa zona. Tan cercana a Lobios, de sobra recuerda cómo de niño le aterrorizaba asomarse tan solo a este lugar. Y, la verdad, no es para menos.

Luego de regresar a su coche y avanzar por la estrecha carretera que se adentra en la boca negra en que se convierte el bosque de Santiorxo, Mateo detiene su vehículo allá donde acaba el camino y el asfalto se pierde bajo una inmensa pineda. Se baja del coche y anda apenas unos pocos pasos hasta la pasarela de madera. Y, al otro lado, ahí está. Colosal y profundo, descomunal, el río.

Contemplado desde el mirador de Santiorxo, el cañón del Sil se muestra de golpe en toda su magnitud. Mateo distingue la curva de la impresionante garganta de piedra, la cicatriz abierta de una herida trazada por gigantes en la piel del mundo. Se trata de una caída casi por completo vertical, donde la montaña se precipita desde algo menos de trescientos metros de altura contra las aguas de un río

que, visto desde aquí, se adivina tan profundo como silenciosamente peligroso. Tan solo el ruido de los arroyos que desde la altura discurren por los valles y las faldas del monte hacia el cauce del Sil rompe el silencio que todo lo envuelve. Callado, Mateo se detiene a escuchar la voz del agua viva arrojándose contra las rocas. Y recuerda.

De niño, cuando los juegos de los pequeños pasaban por este mismo lugar, Mateo casi prefería no mirar, evitar el contacto visual con la presencia del río, como si todo él no fuera sino un animal peligroso al que no pareciera oportuno observar fijamente a los ojos para no provocar su furia. Hoy, la vocación turística del lugar ha convertido esta parte del bosque en un fantástico balcón. Pero, asomado a él, Mateo todavía puede percibir aquella vieja impresión, la de su propia pequeñez ante la inmensidad de la naturaleza, colosal más allá de cualquier piedad.

Todavía inmóvil en el mirador, tiene la sensación de que esos recuerdos traen algo más envuelto en ellos. Algo oculto. La memoria que, en un susurro, habla de cosas apenas olvidadas, casi dolorosas.

«Me dejaste sola…».

Incómodo, Mateo sacude la cabeza y vuelve a ponerse en marcha, aunque nada más sea para dejar el río atrás. Camina hacia la izquierda del mirador y se pierde en las fincas, esa parte menos turística. Apenas unos cuantos metros monte adentro encuentra lo que estaba buscando: los viñedos del pazo de Santiorxo. El lugar en el que Maseda «se mató».

Por supuesto, ya no queda nada que denote lo sucedido, más que una escalera de aluminio apoyada contra uno de los árboles del

terreno, un enorme castaño centenario, desde donde debió de caerse el tal Maseda.

Mateo se acerca a ella y la observa. Resulta extraño. De algún modo, es como si esa sucesión de peldaños no llevara a ninguna parte. Es enero, el árbol ni siquiera está en flor. No hay nada especial en esas ramas primeras, ni muestras de poda o de cualquier otro trabajo. Entonces… ¿qué hacía Álvaro aquí? Se asoma a la escalera, mira hacia arriba e incluso pone un pie en el primer escalón.

—¿Qué estabas haciendo? —murmura para sí.

Es en ese momento cuando otro pensamiento le viene a la cabeza.

«La pena es que el diablo no se lo hubiera llevado antes…», «Era una mala bestia».

No, no parece que por aquí nadie vaya a echar de menos a Álvaro Maseda, maltratador y borracho. Y mala bestia. Es justo entonces cuando, como un relámpago, otra idea se abre paso entre sus pensamientos.

«David…».

Mateo busca el teléfono móvil en el interior de alguno de sus bolsillos. Lo saca y consulta los últimos contactos. Sí, ahí está. Pulsa el icono de llamada y espera.

—Sí, hola, perdone la molestia. Soy el inspector Romano. Sí, el mismo. Oiga, ¿está usted en casa?

14

No ha nacido hombre

Mateo tarda menos de cinco minutos en recorrer la distancia que separa Santiorxo de O Noguedo. Cuando llega, el portal de la finca está abierto y Sandra Molina ya lo espera junto a la puerta de la casa. Esta vez va vestida de negro, guardando el luto. Pero, con todo, a Mateo no le pasa inadvertido el hecho de que también se ha arreglado para la ocasión. Desde luego, es evidente que la imagen nunca está de más.

—Apenas tengo tiempo, inspector —da por todo saludo—, estábamos a punto de salir para el entierro de David.

—Comprendo, señora Molina. No se preocupe, solo será un par de minutos.

Todavía sin abandonar lo serio y distante de su expresión, la mujer concede con un ademán rápido de cabeza.

—Pues usted dirá qué es eso tan urgente de lo que me quiere hablar. ¿Acaso hay alguna novedad sobre el accidente de mi marido?

—No. Tan solo es que, como se imaginará, también estoy investigando el otro fallecimiento, ya sabe, el del señor Maseda.

—Sí, sí, Álvaro —lo apremia—. ¿Qué ocurre con él? —Sandra frunce el ceño, desconfiada—. ¿Cree que tiene algo que ver con la muerte de David?

Los labios de Mateo esconden una duda.

—Bueno —responde—, me temo que debo hacerle otra pregunta incómoda.

—¿Qué ocurre, inspector?

—Perdone que se lo pregunte así, de esta manera tan directa, pero necesito saber cómo era su marido, señora Molina. ¿Qué clase de relación había entre ustedes?

Sandra extraña la mirada, como si no acabara de entender.

—Bueno, pues no sé qué quiere que le diga, inspector. Creo que ayer ya le dejé claro que el nuestro no era precisamente el más feliz de los matrimonios. David…

Se detiene, como si de nuevo la duda pudiese más que ella. Aún inmóvil ante la puerta abierta de la casa, se vuelve y mira hacia el interior. Y Mateo comprende. Sea lo que sea lo que esté considerando, es algo que no quiere que nadie más escuche por error.

—David no era lo que se dice un marido comprometido. Si me apura, le diría que me fue infiel prácticamente desde el primer instante.

—No se lo tome a mal, pero creo que eso ya quedó de manifiesto ayer.

—Claro. Y supongo que si ha regresado es para preguntarme si tengo idea de con quién me engañaba, ¿no es eso?

Sandra suspira una sonrisa desganada.

—Consigo mismo, inspector. Consigo mismo.

La verdad es que no, esa no es la razón por la que Mateo ha regresado a O Noguedo. Pero, con todo, esta tampoco es la respuesta que esperaba.

—¿Perdone?

—David era un ególatra, señor Romano, y la única persona de la que siempre estuvo enamorado era de él mismo. El resto no importaba.

—Entiendo.

—Pero bueno, supongo que esto es como todo, ¿no? Nada es gratis en la vida, inspector, y cuanto antes conozcamos el precio de las cosas, antes sabremos si nos las podemos permitir o no.

A Mateo no deja de llamarle la atención la frialdad de Sandra.

—Entiendo que usted decidió pagar ese precio.

De pronto, su mirada se enfría.

—Entienda usted que yo hice una elección, inspector. Escogí una vida. Y, sí, pagué por ella.

Mateo asiente.

—Me imagino que no debió de ser fácil.

—No —responde Sandra con sequedad.

—¿Complicado, tal vez? Quizá incluso duro en alguna ocasión…

Silencio. Ella extraña su expresión.

—¿A dónde pretende llegar?

—A si alguna vez la relación entre ustedes se volvió violenta.

La mujer arruga la frente, casi incrédula ante lo que acaba de escuchar.

—¿Violencia, entre nosotros? A ver, inspector, es cierto que no siempre nos hablábamos en verso, pero… ¿Se refiere usted a violencia física?

Mateo asiente.

—Por supuesto que no, señor Romano. ¿Por quién me toma? Yo soy una mujer que sabe estar en su sitio.

A Mateo se le escapa una suerte de sonrisa ante el arrojo de Sandra.

—En realidad me refería al señor Quiroga. ¿Alguna vez le puso la mano encima?

De pronto, y para sorpresa de Mateo, a Sandra parece también hacerle gracia la pregunta.

—¿Me está hablando de malos tratos, inspector? —Sonríe con cinismo—. Por favor, no me haga reír… Mire, David era un hombre con carácter, eso no se lo voy a negar, pero yo también lo tengo. ¿Malos tratos?

La sonrisa de Sandra Molina se carga de desprecio.

—No, señor Romano —de pronto la voz de Sandra suena acerada, tan dura como determinada—, aún no ha nacido el hombre que se atreva a ponerme la mano encima.

Mateo asiente, todavía sin apartarle la mirada.

—Veo que, llegado el caso, sabría defenderse.

Sandra clava sus ojos en los de Mateo.

—Tal como lo dice, suena como si fuera algo malo… ¿Qué ocurre, inspector? ¿Acaso sospecha de mí?

—¿Mami?

Sandra se vuelve al oír la voz de una niña que acaba de asomarse desde el interior de la casa. Rubia y menuda, estira los brazos hacia su madre.

—¡Hola, Jimena, cariño! ¿Ya has terminado el desayuno? —pregunta a la vez que se agacha para coger a la pequeña.

—¿Quién es este señor, mami? ¿Es un amigo de papi?

Aún con la niña en brazos, Sandra vuelve a mirar a Mateo.

—No, cariño. Este es un señor que ya se iba. ¿Verdad que sí, inspector?

Tiempo atrás. Septiembre de 1963

El señorito

Al final, la de Hipólito Meixide resultó ser una buena sugerencia y lo de emplear alcohol metílico, mucho más barato que el etílico, como base para elaborar los licores de fabricación propia ha abaratado tanto los costes que, llegados a este punto, hay días en los que Rogelio Quiroga no sabe qué hacer con tantos beneficios. Por fortuna, hay otros en los que sí lo tiene claro.

Porque, quién lo iba a decir, resulta que aquel Rogelio al que nadie parecía tomar demasiado en serio apenas diez años atrás va ahora camino de convertirse en el hombre más rico del cañón. Quién sabe si con el tiempo no será también uno de los más ricos del valle de Monforte. Pero, claro, él no estará aquí para siempre…

Es cierto que tiene dos hijos, pero la mayor, Carmen, cometió en su momento el error de haber nacido mujer, de manera que no, con ella no puede contar. Por fortuna, si ahora mismo hay algo que le sobre a Rogelio es dinero, de modo que no le costará nada casarla bien, con lo que por ahí no hay mucho en qué pensar. Y, por supuesto, no es en ella en quien Rogelio tiene ahora puestos sus planes de futuro. Sino en él, su hijo varón.

A sus dieciocho años recién cumplidos, Víctor Quiroga es todo un pimpollo, uno de esos señoritos bien *plantaos*. Es cierto que ahora

mismo es poco más que un mocoso al que apenas han empezado a asomarle los primeros pelos debajo de la nariz y Rogelio supone que también entre las piernas, pero su padre ya se ha encargado de asegurarse de que el chaval sepa por dónde ha de tirar, que algún día todo esto será suyo. Y por eso Víctor lleva ya un año estudiando Derecho en Madrid. ¡Donde se forman los que dirigen el país, hombre! Que para algo tienen que servir tantos cuartos…

Al fin y al cabo, y a pesar de su juventud, el chaval también parece tener las ideas claras. Alto, guapo y con una elegancia que el padre no sabe de dónde ha sacado, a Víctor, muchacho espigado de manos fuertes y ojos verdes como la hoja de la vid, le gusta pasar las vacaciones en el cañón, caminando siempre entre las viñas, preguntando a los viticultores y anotándolo todo en una pequeña libreta de piel marrón que siempre lleva consigo. Como si quisiera conocer, aprender y saber todo lo relacionado con la tierra, con la uva, con el cultivo, con el vino. Con todo.

Sí, a sus dieciocho mal contados, Víctor Quiroga ya ha dado muestras de ser un tipo inteligente. Mucho más que su padre. Elegante, mucho más que su padre. Pero también discreto. Muchísimo más que su padre. Tal vez por eso nadie se ha dado cuenta de que este verano Víctor ha comenzado a poner sus ojos en algunas de las chicas que trabajan en las viñas. De hecho, hay una que parece resistírsele, lo cual, por supuesto, la vuelve más deseada. A Víctor le ha parecido entender que vive en Barantes, una de las aldeas que se alzan sobre el cañón. Y, por más que se resista, le da la sensación de que, en el fondo, a ella tampoco es que le desagrade la situación, el juego que se traen entre manos… Cada vez que sus ojos se cruzan con los de Víctor, que la observan e

incluso la buscan con descaro, ella aparta la mirada y hace como que no lo ha visto. Pero la muy sinvergüenza no deja de sonreír. Porque es cierto: a Sara Moure, Sarita de Barantes, también le gusta el señorito Quiroga.

Sí, la vida les sonríe. Por lo menos ahora, en el verano de 1963.

Por lo menos aún.

15

Arriba el telón

Tarde ya, Mateo conduce por la carretera del cañón, abriéndose paso lentamente entre las últimas luces de un día que a estas horas se convierte en noche.

Conduce despacio. Porque sí, es cierto que tiene ganas de volver a ver a Candela, pero no tantas de hacerlo allí a donde se dirige. Ojalá ella hubiera propuesto otro lugar… Aunque también es verdad que, tarde o temprano, acabaría teniendo que afrontar ciertos escenarios. Por poco que le apetezca. De hecho, Mateo ha aprovechado para volver a llamar a su padre y quedar con él. Su padre…

A punto están sus recuerdos de atraparlo en la enésima emboscada cuando el sonido del teléfono móvil viene a ofrecerle una salida.

—¿Sí?

—Buenas tardes, señor. Soy el subinspector Veloso.

—Ah, sí. Hola, Jacobo, dime.

—Acabo de hablar con el juez Bértolo. Y creo que tengo buenas noticias, inspector, su señoría acaba de autorizarnos la exhumación del cuerpo de David Quiroga para su posterior autopsia. Será mañana a primera hora.

—De acuerdo.

—De ahora en adelante, nosotros tomamos el control, señor.

Mateo asiente, satisfecho.

—Bien, Jacobo, bien hecho. ¿Sabemos ya dónde se le realizará la autopsia?

—Aquí, señor, en el hospital de Monforte.

—Pues mejor todavía —se complace Mateo—. Buen trabajo, compañero.

—Gracias, señor.

Mateo concluye la conversación mientras entra en la siguiente aldea. Reduce la velocidad hasta casi detener el todoterreno. Por un instante, da la sensación de que el propio coche, intimidado, no quisiera seguir avanzando ni un metro más. Y bien podría ser, porque Mateo acaba de reconocer el lugar.

Distingue el crucero de piedra primero y la serpiente enroscada en su columna después. A la derecha, un poco más allá, la pequeña construcción, la capilla de los Ángeles. Y, a la izquierda, devorada por el abandono, pero todavía en pie en medio de la finca: la casa de la familia Romano.

Después de tantos años, cuando ya nadie, ni siquiera el tiempo, esperaba por él, Mateo está de vuelta en San Xillao de Lobios, su pueblo.

—De acuerdo —murmura para sí a la vez que aferra con fuerza el volante—, arriba el telón. Que comience la tragedia.

16

Horizontes como cuchillos

Avanza apenas unos metros más, lo justo para aparcar el coche en la explanada que hay a continuación de la capilla. Por fin en el exterior, lo primero que siente es el aire frío, casi cortante, en la cara, como un remolino de cuchillas. Y el desasosiego. De alguna manera, es como si el mismo pueblo, extrañado y hostil, le estuviera preguntando qué demonios ha venido a hacer aquí después de tantos años. Como si el viento quisiera expulsarlo, empujarlo fuera de la aldea. «Este no es tu lugar, aquí no estás a salvo…», parece susurrarle.

Incómodo, se ha subido el cuello de la parka y ha desandado el camino apenas unos cuantos metros, lo justo para acercarse al muro de la finca. Allá donde las piedras caídas junto a la carretera abren un hueco, se ha asomado para poder contemplar el cuadro con un poco más de calma y observar así el esqueleto de animal muerto en que ahora se ha convertido la vieja casa familiar. Esa donde…

—Hola, niño.

Absorto como está en el balance de los restos del naufragio, no se ha dado cuenta de que alguien se le ha acercado por detrás. Mateo se vuelve, pero el recuerdo ya se le ha quedado grabado en los ojos.

—¿Qué? —le pregunta Candela—. ¿Alimentando a los demonios?

—Supongo que sí. Ya sabes, ahí fue donde apareció…

—Tu madre —asiente ella, muy despacio—. Lo sé.

Por unos segundos los dos permanecen en silencio, observando lo que un día fue la casa de Mateo.

—Entiendo que para ti tiene que ser difícil. Ya sabes, regresar, volver a estar aquí…

—Y tanto. Hace treinta años esa —indica a la vez que apunta con la barbilla en dirección a la casa en ruinas— aún era una casa viva. A su manera, pero viva. Y, sin embargo, ahora…

—Ahora no es nada, Mateo. Ni para ti ni para nadie. Sabes que tu padre la vendió hace años, ¿verdad?

Mateo asiente en silencio.

—Algo me contó en su momento. Aunque, la verdad, tampoco te creas que le presté demasiada atención. Durante mucho tiempo sentí que todo esto me era ajeno. Que ya no quedaba aquí nada que guardara ninguna relación conmigo.

Candela frunce los labios hasta esbozar una sonrisa amarga. Y Mateo comprende su error.

—Lo siento, no quería que sonara así, yo…

—No pasa nada —ataja—. En cierto modo es lo mismo que hizo tu padre. Deshacerse del pasado. Y además, mira, él sí que supo darle la vuelta a la historia.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabes?

Mateo encoge los hombros, y Candela le devuelve una sonrisa a la vez que se engancha a su brazo derecho y tira de él para que los dos comiencen a caminar en dirección a la aldea.

—A que con lo que sacó por la venta de la casa se compró otra. La antigua casa para los maestros de la escuela.

—Ah, sí, eso sí lo sabía.

—Entonces también sabrás lo que hizo con ella.

Mateo arruga el entrecejo.

—¿Lo que hizo con ella? —repite—. Pues… No, supongo que eso lo desconozco.

—La ha convertido en una casa rural —explica Candela con gesto divertido—. ¿Te lo imaginas? Tu padre administrando una casa rural. ¡Con el don de gentes que siempre ha tenido!

Mateo arruga la frente, sorprendido.

—Pues no, la verdad es que no me lo imagino de ninguna manera, no. Pero…

Mateo se detiene, como si acabara de caer en la cuenta de algún otro detalle incomprensible.

—¿Y con qué dinero? Quiero decir, ese tipo de reformas son caras, y no creo que nuestra vieja casa diera para tanto.

—Eso ya no te lo puedo decir. En su momento se rumoreó por ahí que tenía un socio. El mismo que le compró la casa, y que por eso nunca hicieron nada con ella, porque tal vez tengan otros planes para esta finca. Pero… —Ahora es Candela quien encoge los hombros—. No sé, niño. Más allá de esta pequeña colección de chismes, cotilleos y conjeturas no te puedo decir mucho más.

—Ya, claro.

Y los dos siguen caminando hasta el desvío que lleva al interior de la aldea.

Pero no, Mateo tampoco lo entiende demasiado. Un tipo tan seco y tan huraño como su padre llevando una casa rural, atendiendo a

los huéspedes y relacionándose con el mundo. No lo comprende, pero, sinceramente, eso ahora mismo le da igual. Ahora mismo, en su mente solo hay sitio para el hecho de que, después de tantos años, aquí está, caminando con Candela cogida del brazo.

Por una décima de segundo Mateo piensa que, en este instante, eso es lo único que importa.

Tiempo atrás. Diciembre de 1968

El revés de las cosas

Y, de repente, todo se torció. Después de haber invertido tanto dinero en aquel negocio, de haber distribuido decenas de miles de litros de licores propios, elaborados con bases de alcohol metílico, después de todo, aquello resultó no ser tan buena idea.

Porque a pesar de que en un principio nadie dijo nada al respecto, poco a poco empezaron a llegar noticias preocupantes. Primero fue lejos. Alguien que se había quedado ciego en algún pueblo canario del que, la verdad, nadie había oído hablar jamás. De hecho, Rogelio Quiroga tuvo que preguntar dónde demonios quedaba ese sitio, si es que realmente existía y, lo que era más importante, si era cierto que sus productos también llegaban hasta allá. Y sí, por lo visto sí llegaban. Pero, por si aquel pueblo de la isla de La Palma le parecía lo bastante apartado a Rogelio como para mantener lejos el problema, pronto las cosas se complicaron más.

Para 1965 comenzaron a aparecer testimonios de casos mucho más cercanos. El primero ocurrió en Carballiño, luego en Ribadavia, donde los vecinos presentaron problemas de visión. Algunos decían que, de un día para otro, lo veían todo blanco, como si la nieve, pese al calor estival, lo hubiera cubierto todo. Otros, del mismo modo que les había ocurrido a los canarios aquellos, se quedaban

del todo ciegos. Pero aquello no era lo peor, porque muchos, demasiados, morían. Y, por el medio, los productos de Quiroga dejaban todo tipo de lesiones y problemas mentales, incluyendo cuadros de brotes psicóticos, episodios de demencia tan súbita como irreversible, pánico…

Tardó en saltar la alarma, sí, pero solo fue por vergüenza, pues los familiares de los fallecidos rara vez querían que se relacionaran las muertes con la bebida, no fuera a ser que alguien los tuviera por borrachos. No, mejor callar. Así, al principio la gente no asoció todos aquellos casos tan graves con la ingesta de los licores elaborados por Rogelio Quiroga. Tan solo se trataba de sucesos aislados en lugares muy apartados. Pero luego apareció aquella farmacéutica canaria, empeñada en que aquello tuviera que ver con algún tipo de envenenamiento alcohólico, y entonces la gente empezó a atar cabos.

Cuando los casos llegaron también al cañón, ya no hubo vuelta atrás. Alguien sugirió el almacén de Rogelio como el origen del problema. Luego otra persona se atrevió a poner la primera denuncia y, detrás de esa, no tardaron en venir todas las demás. De esta forma, poco a poco, todo se vino abajo.

Hasta hoy.

En apenas unos días comenzará el juicio. Y aunque las cosas han llegado a pintar bastos, parece haber una nueva esperanza. Pero no porque el alcohol empleado por Rogelio Quiroga no fuera el causante de todas esas desgracias. Sí, por supuesto que lo es. Si ahora, pese a todo, parece existir algo parecido a librarse de la mayor de las condenas no es por las buenas artes de Rogelio, sino por la inteligencia y, sobre todo, la astucia de Víctor, su hijo.

Por fin licenciado, es él quien se está encargando de gestionar la situación. No solo se ocupará de la defensa de su padre en el juicio, sino que, en la sombra, lleva ya unos meses manejando los hilos sobre el escenario. Joven como es, Víctor Quiroga no solo ha aprendido cómo se hacen las leyes, sino también las trampas.

Como, por ejemplo, encontrar la forma de que las dietas no lleguen a tiempo para esos testigos que tienen que venir desde Canarias. ¿Y cómo harán entonces unos campesinos sin apenas recursos para atravesar el país y declarar? No, si el dinero de esas dietas no aparece a tiempo, al final todos esos muertos de hambre no podrán declarar en el juicio. Y Víctor, que nunca ha desaprovechado ni el tiempo ni todos los contactos que ha ido haciendo desde sus primeros días de carrera en Madrid, sabe a qué puertas llamar y, lo que es más importante, a quién pedir y recordar favores…

A pesar de la gravedad de los cargos, puede que haya encontrado una solución para el problema familiar. Por supuesto, alguien tendrá que pagar por lo ocurrido, pero, desde luego, no será su padre. O, por lo menos, no de la manera que pretenden exigirle. Al fin y al cabo, la idea de utilizar ese tipo de alcohol no fue suya, ¿no? Por supuesto que no. De hecho, ¿cómo se llamaba el tipo aquel que le vino con el cuento? ¿Acaso no era un tal Hipólito? Claro, Hipólito Meixide…

Sí, todo apunta a que al final habrá una salida para los Quiroga. Pero sin dormirnos en los laureles, que llueve sobre mojado. Víctor lleva tiempo preparando el caso, por delante y por detrás, y aún queda mucho trabajo por hacer. Claro, normal que esté cansado y, sobre todo, que no tenga la cabeza para otro tipo de cuestiones. ¡Ni

mucho menos para impertinencias! Como, sin ir más lejos, esta historia con la que la mujer esta le ha venido ahora. Sí, sí, la fresca aquella, ¿cómo se llamaba?

«Vamos, Víctor, no disimules. Que de sobra recuerdas su nombre… —le murmura la voz de la conciencia, que le habla al otro lado del espejo—. Sara, Sarita de Barantes».

Sí, bueno, como se llame. Por lo visto, ahora resulta que se ha quedado embarazada. Pues muy bien. Pero ¿y por qué le viene a él con semejante historia? Por favor, pero ¿qué pretende insinuar? ¿En serio piensa que alguien va a creerse que ese hijo que espera es suyo?

«Ah, ¿no? ¿De verdad crees que no lo es? Vamos, Víctor…».

A ver, todos aquí saben cómo son esas mujeres. El crío podría ser de cualquiera. ¡De cualquiera! Claro que ellas son muy listas, y se creen que, si consiguen embaucar a alguien con una posición como la suya, entonces ya tienen la vida resuelta. Sinvergüenzas… Por supuesto, él la ha echado de su despacho con cajas destempladas.

«Ya, claro… Y que no se le ocurra hacer un numerito de esto, ¿verdad?».

Por supuesto. Que no, que con él no van este tipo de milongas. Por no hablar de que ahora mismo un crío no entra en ninguno de sus planes, cuando menos con una mujer como la tal Sarita.

«A ver, que aquello fue nada más que un desahogo, coño, un momento de descarga en medio de tanta presión como a la que estamos sometidos últimamente».

Exacto. Un alivio… Pero nada más. Y, en confianza, tampoco es que ella pusiera excesiva resistencia. Vamos, que de la misma forma que se dejó con él se pudo haber dejado con cualquiera.

«¡A saber con cuántos!».

Eso es. Aquella no había sido la primera vez para ninguno de los dos… No, definitivamente, y sea lo que sea lo que esa mujer lleva en sus entrañas, nada tiene que ver con Víctor.

«No, ese crío jamás será un Quiroga, ¿verdad, Víctor?».

Él niega en silencio a la vez que se seca el agua frente al espejo del servicio.

«Vamos, hombre, era lo que nos faltaba», remata su conciencia.

17

Un gatito

Con calma, como si sus pasos no tuvieran prisa por llegar a ninguna parte, Candela y Mateo han seguido caminando juntos. Candela aún enganchada al brazo de Mateo, y este, tranquilo, dejándose llevar por ella. Ninguno habla. Al fin y al cabo, después de tanto tiempo sin verse, las palabras necesitan un poco de paz para encontrar el camino de vuelta a través de los años.

Justo al pasar la capilla de los Ángeles, en el cruce que lleva hacia el interior de la aldea, Candela le hace un ademán para que se acerquen a una especie de parque minúsculo, un conjunto formado por una pérgola de madera y tres bancos, del mismo material y granito, rodeados por arces rojos. Se sientan en el que queda bajo el cenador, y él se llena los pulmones de aire muy despacio, como si quisiera asegurarse de sentir cada molécula, cada instante.

—Así que al final te quedaste aquí…

Es una sonrisa extraña la que se asoma al rostro de Candela. A medio camino entre lo evidente y la resignación.

—Bueno —responde—, supongo que alguien tenía que hacerlo.

Por un instante, a Mateo le parece identificar en el comentario de Candela algo parecido a una queja, tal vez a un reproche, un «Tú te fuiste…». Siente el impulso de contestar, de explicarse, de

defenderse. Pero no lo hace. A fin de cuentas, ella tiene razón, él se fue. O quizá, mejor dicho, huyó. Y, al final, nadie dice nada.

Candela no ha soltado el brazo de Mateo. Cierra los ojos y los dos permanecen en silencio. Y sí, por él ya estaría bien así. Que sean unos cuantos minutos más o para siempre.

Pero de pronto algo llama la atención de Candela, que se incorpora con la mirada puesta en dirección a la aldea y una sonrisa franca en los labios. Mateo también la sigue con los ojos e identifica el objeto de su gesto: por el camino que viene desde la iglesia grande, la de San Xulián, una curiosa compañía avanza sin prisa.

Contra el fondo se recorta la silueta más grande, la de una mujer mayor, quizá algo por encima de los setenta, bajita pero a todas luces fuerte, de pelo cano recogido en un perfecto moño redondo sobre la cabeza, que camina envuelta en un vestido largo de punto negro acompañada de un niño.

Se trata de un chaval moreno, de unos once o doce años, de pelo ondulado y revuelto. Es menudo, pequeño y flaco, y parece esconder su mirada tras unas enormes gafas de pasta translúcida. A Mateo no deja de hacerle gracia la composición: o esas gafas son demasiado grandes, o esa cara demasiado pequeña, pero, sea como sea, la combinación no parece la más acertada. Viene empujando una bicicleta, y no deja de observarlo. Quién sabe, puede que a su vez el pequeño también se haya dado cuenta de que Mateo tampoco es que combine mucho con el pueblo.

Por último, cerrando la comitiva, tras el niño y la mujer viene un pequeño gatito, un cachorro anaranjado que corretea, salta y juega con todo lo que le sale al paso.

—Hola, guapos —los saluda Candela.

—Hola, cariño. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No. Acabamos de llegar ahora mismo.

—Ya veo —murmura la mujer, y le lanza una mirada nada discreta a Mateo—. Hoy sí que estás bien acompañada, ¿eh?

Candela se vuelve para observar a Mateo, como si también ella acabara de descubrirlo.

—Pues sí, la verdad es que sí.

—¿Y entonces? —Sonríe con picardía la mujer—. ¿No me vas a decir quién es tu amigo?

Candela entorna los ojos, como si le acabara de surgir alguna duda.

—¿No lo conoces? —le pregunta, para sorpresa tanto de la mujer como del propio Mateo—. Es que, no sé, pero ahora mismo me estaba preguntando si habríais llegado a coincidir aquí, Antoñita.

«Antoñita…».

Mateo hace por recordar al tiempo que la mujer, la tal Antoñita, saca unas gafas del bolsillo del vestido, se las coloca y se concentra en observar al amigo de Candela.

—Ay, nena —murmura mientras no deja de escudriñar con los ojos entornados el rostro de Mateo—, pues la verdad es que no te sé…

—Es Mateo —le aclara Candela—, el hijo del señor Saúl.

Y entonces algo cambia. La concentración, la curiosidad, incluso la malicia, todo desaparece de golpe del rostro de Antoñita y, en su lugar, algo serio y grave toma su expresión.

—¿El hijo de Saúl, dices?

Candela, que también se ha dado cuenta del cambio, parece dudar antes de responderle.

—Sí. Mateo Romano —le confirma.

—Ya, claro —murmura la mujer—. El hijo de…

Y se calla.

Mateo intenta cruzar una mirada con Candela, necesita saber qué está pasando.

—Bueno, pues aquí te dejo al niño. Nada, perdóname. Me voy, me voy ya. Que he dejado algo al fuego y…

Desconcertada, la mujer vuelve a observar a Mateo con gesto extraño, receloso. Entonces niega con la cabeza. Como si quisiera apartar algún pensamiento incómodo.

—Me voy —resuelve—. ¿A la misma hora mañana?

—Sí —le responde Candela, todavía confusa—. Si te va bien, claro.

—¿Y luego por qué no me iba a ir bien? Claro que sí, mujer. Venga, pues hasta mañana entonces. Y encantada de verte…, Mateo.

—Igualmente.

Y, con la misma, Antoñita da media vuelta y se va. Tras ella, el gatito echa a andar, y los dos avanzan hacia el corazón de la aldea.

Mateo, que no comprende nada, la sigue con la mirada. Lo justo para ver cómo la tal Antoñita también vuelve la cabeza para observarlo una última vez, aunque sin detenerse ni tampoco aflojar el paso. Ambos permanecen en el banco bajo la pérgola, mientras el niño juega con la bici a muy pocos metros de ellos.

—¿Qué acaba de pasar?

Candela encoge los hombros.

—Pues ni idea, la verdad. Todo iba bien hasta que le he dicho quién eras.

—Bueno, en realidad ha sido cuando le has dicho quién era mi padre, así que me imagino que los tiros irán más por ahí…

—Puede ser, sí.

—Ya te digo yo que sí, porque la verdad es que yo no la recuerdo de nada. Antoñita —repite Mateo—. ¿Es de aquí?

—Sí. Bueno, ya sabes, esta gente ha viajado mucho. Sé que nació aquí, pero su madre se la llevó para Ourense primero y después a Barcelona. No sé si alguna vez me comentó que también había vivido un tiempo en San Sebastián, pero… —Candela duda—. No sé, de eso ya no estoy segura. En todo caso, juraría que llegó poco antes de que tú te fueras, pero si no la recuerdas…

—No.

—Pues no sé, entonces igual llegó después y por eso no sabes quién es.

—Puede ser, porque lo cierto es que a mí no me suena de nada.

—La verdad es que es de aquí de toda la vida.

—¿De Lobios?

—A ver, la familia creo que viene de Portabrosmos. ¿Te acuerdas?

—Sí, está en la ribera del río.

—Exacto. La abuela de Antoñita ya vivía aquí cuando nosotros éramos pequeños. ¿Recuerdas la casa de la bruja?

Mateo sonríe.

—Sí, claro. La casa abandonada detrás de la iglesia. Jugábamos a ver quién se atrevía a entrar en ella.

—Pues resulta que esa era la casa de su familia. Aunque juraría que también tenía una rama de esta en Santiorxo.

—¿Has dicho Santiorxo?

Candela sonríe ante el interés de Mateo.

—Sí, la aldea donde vivía Álvaro Maseda.

Ha soltado el comentario a bocajarro, envuelto en una sonrisa sutil, pero sin dejar de observar a Mateo.

—No pongas esa cara, hombre. Te lo digo porque supongo que él es uno de los dos muertos de los que me hablaste ayer, ¿no? La razón por la que estás aquí.

—Pues sí.

—Por supuesto que sí. —Candela amplía su sonrisa, casi con aire satisfecho—. Y entiendo que el otro será David Quiroga, claro.

—Mal lugar para la discreción este. —Mateo asiente.

—Como todas las aldeas, niño.

—Ya veo. Pues sí, esas son las muertes que estamos investigando.

Candela extraña el gesto.

—Me pareció entender que habían sido accidentes… ¿Acaso no lo son?

Mateo se limita a arquear una ceja por toda respuesta.

—¿Tú los conocías?

—¿Y quién no? Que te olvidas de que esto es un pueblo, bobo. Aquí nos conocemos todos.

—Ya, claro.

—Entre que somos cuatro y que aquí tampoco es que se muera tanta gente todos los días, no podían ser otros. Y sí, parte de la familia de Antoñita estaba afincada en Santiorxo. De hecho, el pazo del pueblo les pertenecía a ellos, los Solina.

«El pazo…».

—¿Sabes si fueron ellos los que se lo vendieron a Maseda? Porque me han dicho que él lo compró hace relativamente poco tiempo.

—¿Qué me estás preguntando? ¿Si fue Antoñita quien se lo vendió?

—Por ejemplo.

—No. Vamos, creo que no. Hasta donde yo sé, su familia dejó el pazo mucho tiempo atrás, cuando ella aún era una niña. Ese fue el momento en que comenzó a echarse a perder. De hecho, creo que cuando Maseda lo compró, juraría que a un tío o a un tío abuelo de Antoñita, que se lo malvendió por cuatro perras, el lugar ya era poco más que una ruina. ¡Nico! —llama de repente al niño, que hasta ahora ha estado jugando con la bicicleta, rodando por el pequeño parque junto a la capilla—. ¡Ven, que nos vamos para casa!

Cuando el chaval llega por fin hasta ellos, Candela se agacha para cerrarle el abrigo sobre el pecho.

—¿Qué tal, gamberro? ¿Cómo ha ido la tarde?

Pero el niño no le responde. En lugar de hacerlo, se limita a observar a Mateo con gesto serio, desde el recelo y la curiosidad.

—Hola —lo saluda el inspector.

Pero el crío no le devuelve ninguna respuesta. Tan solo se limita a seguir observándolo con desconfianza.

Ahora que lo ve más de cerca, Mateo se da cuenta de que el niño no es tan pequeño como parece a primera vista. Tal vez es un poco menudo para su edad, pero no debe de tener menos de trece años, quizá incluso catorce.

—¡Oye! —le reprende Candela—, ¡que te están saludando! ¿Qué pasa, que me vas a dejar mal delante de mi amigo?

El chico, obstinado, se mantiene firme en su observación silenciosa.

Desconcertado, Mateo intenta identificar algún trazo familiar en él. Y sí, es cierto que en su rostro parece haber alguno de los rasgos de Candela, aunque…

—¿Es…? —Mateo duda antes de atreverse a lanzar la pregunta—. ¿Es tu hijo?

De repente, a Candela se le escapa una mirada rápida y furtiva en dirección a Mateo que reprime casi al instante. Pero él ya se ha dado cuenta. Es muy parecida a la que le echó la noche anterior, aquella que acompañaba su sonrisa cuando se encontraron en el bar.

—No, yo… —Por un instante Candela parece dudar—. No —resuelve—, yo no he tenido hijos. Pero como si lo fuera. Es mi sobrino. Nico, saluda a Mateo.

Tiempo atrás. Enero de 1973

Cuando todos callan a tu paso

Como hecha de plomo, una nube de silencio, densa y oscura, se instaló sobre las aldeas del cañón a comienzos de los años setenta. De Amandi a Os Chancís, de A Barca a Doade, los hombres y mujeres del valle se habían acostumbrado a callar, a bajar la cabeza y, sin apenas cruzar más de una mirada o dos, continuar sus caminos en silencio, advirtiéndose lo necesario de guardarse las palabras para mejores ocasiones.

Porque al final don Víctor Quiroga, el mismo al que de ahora en adelante todos saludarían con el mismo respeto con el que se le teme a Dios como el nuevo señor Quiroga, había conseguido solventar el asunto de su padre. Pero no de la mejor manera o, desde luego, no para los vecinos de Sober. Al final todo se resolvió descargando las mayores responsabilidades sobre algunos de los antiguos socios y proveedores de don Rogelio. O sea, que la culpa no había sido de su padre, sino de los pequeños bodegueros del cañón, los mismos que se habían aprovechado de la mano tendida por aquella persona confiada e inocente —como tantos otros benditos ignorantes— que en el fondo era Quiroga. Según el relato oficial, fueron ellos los que, llevados por la avaricia, habían decidido abaratar los costes, empleando para la elaboración de sus licores un

tipo de alcohol terriblemente nocivo del que, por supuesto, nada advirtieron al confiado Rogelio Quiroga.

Y así, el brillante, pero también frío, calculador y, sobre todo, despiadado, Víctor Quiroga logró que su padre pagase por las culpas que le correspondían, aunque nada más de refilón. Muy a pesar de su inmensa y casi exclusiva responsabilidad en todas aquellas muertes, Rogelio nada más tuvo que pagar una cuantiosa multa y aceptar una condena de prisión sabiendo que, en realidad, nunca llegaría a ejecutarse. En su lugar, fueron otros los que sí dieron con sus huesos en la cárcel.

Para ello, Víctor tan solo tuvo que llenar los bolsillos adecuados. En las más altas instancias, los de aquellos que manejaban las acusaciones, para que apartasen la mirada en el momento indicado. Y, por la parte más baja del elenco, Víctor solo tuvo que ser especialmente generoso a la hora de negociar tierras, viñas o, ya puestos, de sugerir posibles represalias o complicaciones venideras si alguien en el pueblo no confirmaba la denuncia señalada por el señorito Quiroga —de ahí en adelante ya señor— contra tal o cual vecino con las bodegas.

Por descontado, no hizo falta demasiado tiempo para que todos en el cañón comprendieran qué ocurría, ni para que supieran quién había sido señalado, quién había cobrado por ello, ni para que vieran que aquello era, en realidad, una gran mentira. Una que, por supuesto, venía cargada de mucho miedo.

Así las cosas, la mayor de las culpas recayó sobre Hipólito Meixide. A fin de cuentas, él había sido el primero en hablarle a Rogelio de aquella posibilidad, la de emplear alcohol metílico en lugar de etílico,

e incluso también de negociar los primeros contactos. Por supuesto, una vez que Víctor tuvo esa información, ya no soltó a su presa.

Y sí, Hipólito pagó, claro. Con cárcel primero, cuatro años en el penal provincial de Ourense. Pero, por fin fuera, la peor condena resultó ser la que lo estaba esperando a su regreso, en la aldea de Portabrosmos.

Mientras Hipólito estuvo preso, las cosas se pusieron muy difíciles para Herminia, su mujer. Tuvo que trabajar más para sacar a su prole adelante, pues ocho son muchas bocas que alimentar… Y no fue fácil. Los hombres, temerosos del poder de don Víctor y sus amenazas, fingieron ser convencidos seguidores del relato oficial y, avergonzados y escandalizados por la tropelía cometida por su marido, no abrían cuando era Herminia quien llamaba a sus puertas pidiendo trabajo. Ya fuera en sus campos o en sus casas. En silencio todos le daban la espalda.

También es verdad que, una vez pasado el primer año, la situación mejoró un poco, aunque nada más fuera por la caridad de las mujeres de aquellos hombres, siempre guiadas por el susurro de Senda y sus hermanas. Los hombres cerraban las puertas de sus casas, pero Herminia sabía que, si esperaba lo necesario, estas volvían a abrirse, lo justo para que, desde la penumbra del interior, una mano femenina asomase con un poco de leche, pan o huevos envueltos en un pedazo de tela. A veces Herminia descubría en el hatillo algo de tocino, tal vez un par de chorizos… Lo justo para sobrevivir.

Pero entonces Hipólito regresó a Portabrosmos y todo empeoró.

Para todos.

Sus pisadas llegaban siempre precedidas por el eco de todo lo que había sucedido, una vergüenza que nadie podía soportar. A su paso, todos callaban y apartaban la mirada. Fingían que allí no había nadie, ni siquiera ellos mismos. Hipólito trajo de vuelta el silencio más profundo a un lugar en el que ya apenas quedaba espacio para las palabras. Avergonzados y humillados, nadie se atrevía a mirarlo a los ojos, e Hipólito, despreciado y negado por todos, decidió darle la espalda a todo. A sus vecinos, a su mujer. Al mundo.

Convertido en señor de la casa más apestada del cañón, poco a poco comenzó a transformarse en oscuridad, en un fantasma al que la ropa le pesaba más que el cuerpo. Un saco de huesos y piel curtida, ferviente devoto de la virgen de la rabia y todos los apóstoles del rencor. Una sombra negra que se movía entre unos muros en los que ya nada más quedaba una luz encendida casi de manera permanente: la de la bodega. Un haz al calor del cual se fortalecía a su vez la furia más amarga.

18

La incomodidad de lo próximo

Lobios es una aldea pequeña, en realidad. Tanto como para que todo quede cerca: espacios, hombres y mujeres, recuerdos… A veces, demasiado. Apenas hay distancia entre ellos. Tampoco entre las casas. La de Candela, que sigue viviendo en el mismo sitio que hace treinta años, queda en la parte alta de la aldea, al otro lado de la carretera, por el camino que sube junto a la capilla de los Ángeles.

Justo antes de cruzar, un ciclomotor que viene desde Sober pasa junto a ellos. Circula despacio, ya que el cacharro, a todas luces viejo y destartalado, tampoco es que dé para muchas más velocidades, y al conductor le da tiempo de observar con calma al grupo formado por Candela, Mateo y el niño. De hecho, el piloto los observa con descaro a medida que pasa junto a ellos. Sobre todo a Mateo, que recibe una mirada extrañada, casi desconfiada. Como si al motorista su presencia allí le pareciese de lo más extraordinario. Tanto que, una vez pasado el grupo, el grandullón aún gira la cabeza para poder verlo.

—Parece que le has gustado a Odilo.

El nombre resuena en el pensamiento de Mateo.

—¿Ese era Odilo?

—Todo él.

—Vaya, cuánto tiempo. Sinceramente, me parece un milagro que siga vivo.

—¿Y eso?

Mateo encoge los hombros, casi como disculpándose por el comentario.

—Bueno, ahora no se nos ocurriría decirlo de esta manera. Pero, ya sabes, en aquel tiempo todo el mundo pensaba que Odilo era…

—Ya —entiende Candela—. Eso a lo que antes todos se referían como el tonto del pueblo, ¿es eso lo que quieres decir?

—No es que lo quiera decir, Candela, sino que en aquellos tiempos todo el mundo empleaba esa forma para referirse a una persona con cierto tipo de discapacidades. Joder, que no lo decíamos por mal. Éramos unos críos repitiendo lo que oíamos, y tampoco es que los mayores tuvieran muy clara la diferencia entre un problema mental y otro. Tú sabes que a sus espaldas todo el mundo se refería a él así, como el tonto del pueblo. Y, la verdad, el pobre tampoco es que pareciera ir nunca muy cuidado, entiéndeme…

—Ya, ya —concede ella al fin aflojando un poco la tensión—. Es verdad. Pero ya lo ves, ahí va.

—Pues me alegro. Lo que me sorprende es que todavía siga existiendo su vieja Vespino. Joder, se la recuerdo de toda la vida… Bueno, y que pueda conducirla, claro.

—¿Por?

—A ver —responde Mateo a la vez que encoge los hombros en un ademán de evidencia—, podemos llamarlo como nos dé la gana, pero no creo que Odilo reúna las condiciones necesarias para pasar ningún psicotécnico, ¿no?

A Candela se le escapa una sonrisa condescendiente.

—Ah, eso. Bueno, ya sabes cómo son las cosas en los pueblos. Lleva toda la vida haciéndolo. Él nunca sale de la zona, y aquí todos hacen la vista gorda.

Por fin al otro lado, los tres inician el ascenso por el camino. Mateo no deja de observar con curiosidad al niño, que camina un par de pasos por delante de ellos.

—Nico es el hijo de Susana —comenta Candela, también con la mirada puesta en el pequeño—. ¿Te acuerdas de ella?

Mateo asiente con una sonrisa minúscula.

—Claro que sí. Lo sentí mucho cuando me enteré.

Candela hace un gesto rápido de resignación.

—Bueno, ya sabes cómo era mi hermana. Siempre tuvo mucha prisa por vivir. Todo tenía que probarlo, y todo tenía que ser ya.

—Me dijeron que fue un accidente.

Ella encoge los hombros.

—Más de lo mismo. Las mismas prisas también para conducir. Y ya sabes, estas no son las mejores carreteras para según qué velocidades. Una curva rápida, lluvia, hielo tal vez… Y, bueno, del resto ya te haces una idea. No te imaginas la cantidad de accidentes que seguimos teniendo por aquí.

Mateo vuelve a asentir en silencio y señala al chico con la cabeza.

—¿Y el padre?

Candela coge aire con fuerza.

—Ni idea. Susana nunca nos lo quiso decir. Ya sabes cómo hacía las cosas. Un día llegó y nos dijo que iba a tener un hijo y que no le preguntásemos nada. Su vida, sus decisiones —resuelve a la vez que abre las manos en el aire. Mateo comprende que casi con toda seguridad está repitiendo alguna de las respuestas de su hermana

pequeña—. Dieron igual las amenazas de mi padre, las lágrimas de mi madre o lo mucho que yo intenté hablar con ella. Solo hubo silencio absoluto.

De pronto Candela parece pensárselo por un segundo o dos.

—Mira —continúa, pero en un tono de voz más bajo ahora—, si me apuras, yo creo que ni ella misma sabía quién era el padre. Me duele pensar así de mi hermana, pero en aquellos años Susana no era la persona más centrada del barrio. Parecía siempre enfadada, como si su única meta fuera desafiar al mundo un día tras otro.

—Comprendo.

—Yo qué sé, Mateo. —Candela suspira y prosigue—: Lo único que te puedo decir es que un día se mató con el coche, cuando este pequeñajo apenas estaba aprendiendo a vivir. Y alguien tenía que cuidar de él.

—Vosotros.

—No. Nosotras —lo corrige—. Todo esto ocurrió muy poco antes de que mi padre también falleciera, de modo que fuimos mi madre y yo quienes nos hicimos cargo de Nico.

—Debió de ser durísimo.

—Lo fue. Y ahora lo vuelve a ser.

—¿Por?

Candela le dedica una mirada de soslayo a Mateo.

—Claro, tú no lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Mi madre murió hace ahora un año.

—Vaya, lo siento mucho… —dice Mateo, visiblemente sorprendido.

—Gracias. Fue durante las Navidades. Era muy mayor ya…

—Lo siento, de verdad.

Silencio.

—Nico es un buen chaval, siempre lo ha sido. Un poco reservado quizá. Pero bueno, mira, tampoco lo ha tenido fácil, ¿no?

—¿Cuántos años tiene?

Candela sonríe con cariño antes de añadir:

—Trece hasta mayo. Así que ya ves, lo que tienes ahí delante es un pequeño ensayo de adolescente con patas. Y yo tengo que seguir haciéndome cargo del negocio…

Mateo comprende.

—Y un bar de copas no es el mejor lugar para un niño.

—Exacto. Ya hace años que he logrado dejar el turno de noche, y ya casi nunca me quedo hasta tan tarde como antes. Tan solo algún sábado, pero poco más.

—Como ayer.

Candela vuelve a sonreír.

—Sí, como ayer. Es entonces cuando los vecinos me echan una mano.

—Como Antoñita, claro.

—Ella es la que más, sí. Pero bueno, al fin y al cabo esta sigue siendo una aldea tranquila, segura. Y este mequetrefe es como un ratoncillo que se va colando en todas las casas. ¿Es así o no, chaval?

Nico se vuelve, pero no responde al comentario de su tía. En lugar de hacerlo, frunce el ceño y mantiene la mirada sobre Mateo, que le dedica una sonrisa.

—¿Y tú quién eres? —pregunta de repente—. ¿El novio de mi tía?

—¡Oye, tú! —le reprende Candela, aún sin dejar de sonreír—. ¡No seas cotilla!

—Déjalo —la detiene Mateo, también con la sonrisa en los labios —. Pues sí —le responde—. Hace muchos años, pero sí, lo fui.

Y Nico entorna los ojos. Como si de alguna manera estuviera evaluando las aptitudes de Mateo, a la vez que Candela aparta la mirada en dirección al suelo.

—¿Y qué tal vas tú? —pregunta al tiempo que vuelve a levantar la cabeza, casi como si quisiera cambiar de tema—. ¿Has podido averiguar algo sobre Maseda y David?

Mateo coge aire y arquea las cejas.

—Bueno, pues tampoco sabría qué decirte. Desde luego, sí parece que hayan sido accidentes, pero… No sé, Candela, hay algo ahí que… —Mateo niega, dubitativo—. No sé. ¿Tú los conocías bien?

—Ya te lo he dicho, esto es un pueblo, así que de un modo u otro… A ver, a Maseda apenas, la verdad. Pero…

—¿A David Quiroga?

Candela tuerce el labio en una mueca de indiferencia. O, tal vez, casi desagrado.

—Claro. Aquí todos lo conocíamos. Es verdad que por edad apenas coincidimos, que este era más joven que nosotros. Pero, al fin y al cabo, era el hijo de Víctor Quiroga. Ya sabes, de un tiempo a esta parte nuestro don Corleone particular —murmura imitando con gracia la voz de Marlon Brando en *El padrino*.

—¿Don Corleone?

Ella encoge los hombros.

—¿Y qué más necesitaría para serlo? Se trata de una familia muy poderosa en el valle, son prácticamente no solo los dueños de medio cañón, sino ahora también buena parte de la imagen del lugar. Y,

bueno —Candela aprieta los labios—, supongo que a estas alturas ya sabrás que también se cuentan cosas sobre ellos.

—Ya —asiente Mateo—, algo me ha parecido percibir.

—Pues eso. Don Víctor tiene esa aura extraña a su alrededor. La del empresario de éxito y hombre poderoso que es a la vez respetado y temido.

—¿Pasaba lo mismo con David?

A Candela se le escapa una sonrisa desganada.

—Qué va. Por aquí todos sabíamos que era un imbécil.

Sorprendido, Mateo también sonríe al volver a encontrarse con el viejo carácter de Candela, seguro y determinado. Pero entonces otro recuerdo interrumpe su memoria: Saldaña, el guardia civil.

—No todo el mundo piensa como tú.

—Ya, claro. Porque David sabía cómo relacionarse con mucha gente. Pero, hazme caso, ese tipo era un estúpido. Un pijo consentido que nació con la vida resuelta. ¿Quieres pasar?

La pregunta pilla por sorpresa a Mateo, que tiene que mirar a su alrededor para comprender. Claro, aquí están. De nuevo frente a la casa de Candela.

—A ver, tampoco es que sea el más seductor de los planes. Un baño a desgana, una cena rápida y una o dos discusiones para conseguir que este mentecato se vaya a la cama a su hora, que mañana hay cole. Pero si te apetece…

Y Mateo sonríe. Ante la propuesta o, quizá incluso, ante lo que podría haber sido su vida. Y niega casi con resignación.

—Me encantaría —murmura—. Pero tengo una cita.

—Ah, vaya. Una… ¿cita?

—Sí. —Asiente con gesto grave—. Con mi padre.

Tiempo atrás. Enero de 1973

Cuando todos bajan la cabeza a tu paso

Una de las principales virtudes del ser humano es su capacidad de adaptación ante las dificultades, la misma que se convierte en talento cuando alguien logra adivinar en lo adverso una oportunidad de mejora. Algo así debió de pensar Víctor Quiroga ante el proceso judicial que acabaría para siempre con las aspiraciones empresariales de su padre. De hecho, con el tiempo incluso hubo quien llegó a preguntarse si tal vez ese no habría sido desde siempre el verdadero objetivo de Víctor, una vez vista la ocasión.

Porque sí, es cierto que gracias a las maniobras de su hijo Rogelio consiguió salir bastante mejor parado de lo que en realidad merecía. Pero también que la reputación del viejo quedó tocada para siempre. Marcado por el escándalo y señalado por la sociedad, a Rogelio Quiroga no le quedó más remedio que apartarse, echarse a un lado de manera definitiva y dejar que, ahora sí, su hijo tomara el control de la situación.

O, mejor dicho, de la nueva situación.

Porque pretender reflotar el negocio de su padre, o intentar siquiera uno semejante, aglutinando a los demás productores del cañón, era una iniciativa absurda. Nadie volvería a confiar en tal empresa. Pero sucede que, en realidad, esa nunca había sido la

intención de Víctor. No, al nuevo señor Quiroga siempre le había interesado otra cosa: el vino.

Víctor siempre lo había tenido claro. No en vano, ya desde joven se había dedicado a recorrer campos y bancales a lo largo de todo el cañón, conociendo viñedos y pequeñas bodegas, siempre con su cuaderno de piel a mano. Observaba, preguntaba y tomaba notas de todo. De manera que sí, Víctor sabía que, si se movía de la manera adecuada, era ahí donde estaba la siguiente oportunidad. O, mejor dicho, la verdadera. Si el futuro iba a venir por algún campo, sería por el del vino. Pero no por el de uno cualquiera, por el de un buen caldo.

A partir de entonces ya no se trataría de vender vinos peleones a bares de mala muerte, ni mucho menos de copiar licores que, en realidad, en poco se diferenciaban del matarratas. No por nada, en Galicia ya se empezaba a hablar de buenos vinos, de caldos de prestigio o de buenas bodegas. De modo que por qué no poner en marcha la Abadía de Quiroga.

Por supuesto, Víctor sabía que al principio no sería fácil. De hecho, apenas han pasado unos pocos años, y en el cañón todos recuerdan aún la historia.

Y a él.

Por más que lleve poco tiempo instalado aquí, todos en el valle saben quién es Víctor Quiroga y, lo que es más importante, de qué pasta están hechos él y su determinación. Pero, de la misma forma, también son conscientes de que don Víctor tiene mucho dinero, e incluso se rumorea que, si ahora está aquí, de regreso en Amandi, es porque viene con la intención de poner en marcha algo grande.

Lo cual podría ser muy bueno para todos… Y por eso guardan silencio al paso de su coche.

Los hombres se quitan las boinas y los sombreros de paja, las mujeres bajan la cabeza y todos callan. Excepto esa mujer…

«¿Qué pasa, Víctor? —le pregunta su conciencia, acomodada junto a él en el asiento trasero de su coche—. ¿Acaso has vuelto a olvidar su nombre?».

Víctor la observa a través de la ventanilla.

«De sobra sabes que no, desgraciado. Por más que quieras engañarte a ti mismo y hacer como si no la recordaras, esa mujer sigue siendo Sara. Sarita».

En efecto, ese es el nombre de la mujer que, en silencio, le mantiene la mirada desde el arcén cada vez que él pasa, sentado en el asiento trasero de su Dodge Dart negro. Es la misma de entonces, aquella que tanto se le resistía, la que más le gustaba. Solo que ahora…

«Señor… Mírala bien, Víctor. Es como si hubiera envejecido toda una vida en apenas unos pocos años. Como si la tierra no le hubiera mostrado ninguna misericordia».

En realidad, el cuadro siempre es el mismo: Víctor la contempla desde la ventanilla trasera de su coche, y ella no hace nada. Tan solo se limita a sostenerle la mirada y permanecer inmóvil junto a la carretera. Ella y, de su mano, él. El niño.

Se trata de un crío pequeño, tal vez de unos cinco o seis años, quizá más.

«Venga, Víctor, no te hagas el tonto —le sigue murmurando la conciencia—. De sobra sabes cuándo nació el pequeño».

Es un niño de boca abierta y mirada siempre extraviada en algún punto perdido entre el cielo y las nubes. Sí, es evidente que a ese crío le ocurre algo. A ese crío que…

No se atreve a seguir pensando.

«¿Qué ocurre, Víctor? ¿Qué es lo que te inquieta? ¿Es acaso la posibilidad de que este niño también sea un Quiroga?».

Entonces Víctor parpadea. Niega en silencio y sacude la cabeza, como si quisiera expulsar de su pensamiento una idea, una posibilidad que, solo de considerarla, hace que se le revuelva el estómago.

—Acelere —le indica Víctor Quiroga a su chófer—. Se hace tarde y no quiero que la noche nos coja en esta parte del camino.

19

Al amparo de los ángeles

Candela se ha despedido de él con un beso. Uno en la mejilla, pero muy cerca de la comisura de los labios. Un beso que, tal vez, querría ser otra cosa. Todavía desconcertado por el gesto, Mateo se ha separado de Candela, no sin entregar antes la promesa de regresar por el bar. Ahora desanda el camino y se detiene un poco más abajo, junto a la antigua casa de los maestros de la escuela, tal como reza en un cartel de madera labrada en el que antes no se había fijado: CASA DOS MESTRES. Y sí, en una de las ventanas hay luz. Maldita sea la gracia que le hace esto.

No, Mateo no quiere subir los peldaños que lo separan de la puerta principal. Ni pulsar el timbre. Ni estar aquí.

Tal vez sea por eso por lo que, incómodo, aparta la mirada en otra dirección. Cualquiera, la que sea, con tal de evitar la de la casa. Como, por ejemplo, camino abajo. Es entonces cuando algo llama su atención. Allí, al abrigo del porche de la capilla de los Ángeles, dos siluetas lo observan desde la penumbra.

Una de ellas es la de un hombre, un tipo grande, alto y más bien desgarbado. Y la otra, la de una mujer, mucho más baja, menuda y tocada con un moño perfectamente redondo, que ahora murmura algo. Mateo los reconoce al instante. Desde su posición no alcanza a

oír ni una sola palabra de lo que ella está diciendo mientras el hombre se limita a asentir.

Extrañado por el movimiento, Mateo les ofrece un saludo con la mano. Pero por algún motivo que el inspector no entiende, ambos responden dando un paso atrás para ocultarse todavía más en la oscuridad del porche. Mateo niega con la cabeza, perplejo. ¿A qué viene esto? Por más que retrocedan mil kilómetros, él ya los ha reconocido. Y, además, ¿quiénes iban a ser, si no? Ella vuelve a ser Antoñita, la misma que desde la penumbra clava con gesto severo sus ojos en Mateo, todavía inmóvil en la parte alta del camino. Es una mirada muy semejante a la que le dedicó apenas unos minutos antes, cuando Candela le explicó quién era.

Y el hombre es Odilo, claro. Odilo…

Tiempo atrás. Enero de 1974

La gasolina con la que arde el infierno

Un año más tarde, las cosas no han mejorado para Hipólito Meixide. Bien al contrario, ha venido a convertirse en un paria. Un apestado olvidado a la fuerza en las profundidades de Portabrosmos. Una especie de maldito con el que nadie quiere cruzar sus pasos, ya sea por ignorancia o, en la mayoría de los casos, por miedo a la reacción que tal proximidad pueda provocar si llega a los oídos de don Víctor.

Lo intentó a lo largo de todo el año, desde que regresó a la aldea tras salir de la cárcel. Pero en el cañón ya no parece quedar nada para Hipólito. No hay viñas en las que quieran sus manos, ni tampoco quien le pague un vino en ninguna de las tabernas del valle. Tanto es el rechazo, el vacío por parte de sus vecinos, que a veces ni él mismo logra recordar con certeza si en realidad fue el culpable de algo o no, y nada en las reacciones a su alrededor lo ayuda a despejar toda esa niebla, espesa y oscura, que, como un veneno, ha ido encharcando su pensamiento. La siente en sus ojos y en sus oídos, en su lengua. La ha venido sintiendo en todo él, hasta acabar siendo ella, la niebla, quien ha tomado el control.

Hipólito es un borracho constante, un hombre sucio y turbio con un agujero negro en su interior, un pozo en el que, en lo más profundo, algo ha comenzado a revolverse bajo el fango. Una rabia,

una furia contra el mundo, contra todos… de la que solo sabe su mujer.

Porque Herminia es la que se lleva la peor parte de toda esa oscuridad. Y no importa lo mucho que suplique, lo más que se agache, todo cuanto intente protegerse. Una vez que Herminia detecta esa humedad viscosa anegando la mirada de su marido, el vacío en los ojos bebidos de Hipólito, sabe que ya no habrá paz ni misericordia para ella. Se desata una tormenta de patadas y puñetazos. Golpes e insultos, ira y saliva escupida con furia sobre su cara aterrorizada. En la casa de Hipólito y Herminia, ahogada en lo más profundo de la vieja ribera del río, ya apenas quedan platos, tampoco muebles. Porque él los ha roto todos. Rabia, impactos, fuego y brasas esparcidas por el suelo. Y luego nada.

Solo silencio y vergüenza.

Y así, una y otra vez, ahora ya casi noche tras noche.

Ahora, las palizas son ya tan constantes que, a veces, Herminia no sabe si es su marido el que ha dejado de pegarle o es ella, que ha perdido el conocimiento. Sea como sea, al día siguiente, los moratones son tantos que, si Herminia logra mantenerse en pie, en la iglesia de Lobios hace lo que puede por ocultarlos bajo el velo. Algo que, por supuesto, no pasa inadvertido para nadie. Igual que las ven las demás mujeres, las marcas de esos golpes también las tienen que ver Dios y don Secundino, su hombre en el valle. Aunque ni uno ni otro hagan nada al respecto. No, en Lobios nadie hace nada al respecto. O, por lo menos, de momento.

Porque, aunque todavía en silencio, Senda Solina no deja de observar a Herminia.

20

Un hombre recto

—Pasa —le indica Saúl a la vez que se echa a un lado de la puerta —. Te estaba esperando.

Un vistazo rápido al salón basta para comprender que, en efecto, la reforma de la antigua casa de los maestros se ha hecho con mucho gusto. Algo de lo que no recuerda especialmente dotado a su padre. Y, desde luego, con mucho dinero. Algo de lo que con toda seguridad no recuerda de ninguna manera dotado a su padre.

—Vaya —murmura Mateo a la vez que se quita el abrigo y mira a su alrededor—, qué bonito tienes todo esto.

—Sí, bueno. Eso es cosa de Maruxa.

Mateo se detiene.

—¿De quién?

El padre levanta una mano en el aire, como si quisiera frenar cualquier malentendido por parte de su hijo.

—Maruxa —repite— es la mujer que se encarga de limpiar y llevar todo lo que tiene que ver con la casa.

—Ah —responde Mateo al tiempo que toma asiento en el sofá que le indica su padre—. Pensaba que esto de la casa rural era cosa tuya.

—De ninguna manera. Yo solo soy la cara del negocio, algo parecido a un viejo bodeguero local que aún elabora vino a la antigua usanza.

—¿Bodeguero, tú? ¿Desde cuándo?

—Bueno —Saúl casi parece disculparse—, ya sabes que a mí siempre me gustó hacer vino, aunque nada más fuera para nosotros. Recuerda que en la casa vieja también teníamos una…

Saúl aborta la frase en pleno vuelo. Como si de pronto acabara de caer en las posibles consecuencias de concluirla. Pero ya es tarde.

—Una bodega —se la termina Mateo, con mirada fría y seria—. Sí, lo sé. De hecho, no la he olvidado jamás. Ni la bodega, ni el último día que entré en ella.

Silencio.

—Sí —murmura Saúl—, claro. Tu madre.

—Sí, mi madre.

Incómodo, el viejo asiente en silencio.

—Ya, bueno… En fin, dime, ¿has averiguado algo?

Mateo coge aire. Sí, mejor cambiar de tema.

—Pues mira, para empezar, parece que ninguno de los dos eran lo que se dice un ejemplo de conducta. Vamos, lo habitual por aquí.

Saúl reconoce la provocación en la respuesta de su hijo. Y no, no se arredra.

—Quién está libre de pecado, ¿verdad?

Por un instante, ambos hombres permanecen en silencio sin dejar de observarse el uno al otro. Casi como rivales que se esforzasen en escudriñar las entrañas del contrario.

—Mira, necesito que me aclares un poco las cosas, Saúl. Para empezar, ¿qué clase de relación tenías con ellos?

Esta vez sí, el viejo aparta la mirada al tiempo que también él toma aire, como si lo necesitara para poner en orden sus recuerdos.

—A Maseda lo conozco desde hace muchos años. Bueno, supongo que debería decir que lo conocía, ¿no?

—Eso ya da igual. ¿De qué lo conocías?

—Del pueblo, de siempre. Él era de Doade. Ya sabes, aquí al lado.

—Sí, después de Amandi.

—Exacto. Pero sí que es verdad que en los últimos años manteníamos una relación más estrecha, más constante.

—¿Por qué?

—Por las uvas. Desde que Maseda recuperó los viñedos del pazo de Santiorxo, era a él a quien le compraba la uva para hacer el vino. Esos viñedos siempre han sido excelentes.

—Ya, comprendo. ¿Y con David?

—Era el hijo de un buen amigo.

Mateo entorna los ojos.

—¿Ahora resulta que eres amigo de Víctor Quiroga?

Saúl detecta la sorpresa en la voz de su hijo. Pero también algo más.

—Por tu manera de preguntarlo, entiendo que ya te han hablado de él.

—Un poco.

El viejo asiente sin dejar de observarlo y, por un instante, Mateo tiene la sensación de que, en ese silencio, su padre está midiendo qué decir a continuación.

—Oirás a la gente decir muchas cosas sobre Víctor —responde al fin—. Pero ya sabes cómo son estos sitios. Muchas envidias, muchos cuentos de viejas. Y sí, es cierto que un negocio como el suyo no se

levanta sin provocar algún roce con alguien. Pero créeme, Víctor es un hombre recto.

Mateo también tarda en responder, sorprendido por semejante defensa. Defensa, por cierto, producida tras ningún ataque.

—Ya, claro —admite con gesto cínico—. Y tú de eso sabes mucho, ¿verdad?

Saúl remueve la saliva de su boca incómodo, cansado.

—Mira, Mateo, puedes pensar lo que quieras, pero la verdad es la que es. Lo era entonces, y también ahora.

—Por supuesto —le responde sin apartar la mirada de su padre, ni mucho menos aceptarle nada—, toda una selección de hombres rectos.

—Como varas —le replica Saúl—. Tú también deberías saberlo, hijo.

Mateo se limita a asentir, de nuevo en silencio, pero sin bajar en absoluto la guardia. «Tú también deberías saberlo». Al final, opta por respirar hondo y resolver la situación.

—En fin, me voy —dice a la vez que se pone en pie—, te mantendré informado si encuentro algo.

—De acuerdo —responde su padre en poco más que un murmullo.

—Ah, por cierto, hoy he conocido a una mujer. Una de tus vecinas —explica—. ¿Y sabes qué? Todo iba bien hasta que se ha enterado de quién soy. O, mejor dicho, de quién es mi padre.

Saúl arruga la expresión de su rostro, extrañado.

—Ah, ¿sí? ¿Y de quién se trata?

—Una tal Antoñita —explica Mateo mientras coge su abrigo—. Aún acabo de verla ahí fuera.

—¿Antoñita, has dicho?

—Sí. Estaba hablando con alguien en la capilla. ¿Te acuerdas de Odilo?

—Sí.

—Pues ahí estaban los dos. La verdad, esa mujer no parece tenerte mucho cariño. Y supongo que ahora tampoco a mí, claro. ¿Algo que debería saber, tal vez?

Saúl se revuelve en su sillón, molesto.

—No le hagas ni caso —masculla entre dientes—. Esa es una vieja loca.

—Ya, claro. Como todas para ti, ¿no?

—No. Esta es peor. Esta es una bruja.

21

La oscuridad que te observa

Con la luna cubierta por las nubes, la noche parece negra como pocas, y el aire, helado, golpea la cara como un peine hecho de cuchillas. Probablemente esta madrugada nieve. Es lo que le ha dicho Saúl para intentar convencerlo de que se quede en la casa.

—No tienes por qué marcharte, aquí hay habitaciones de sobra. Puedes dormir en la que quieras.

Por un instante, a Mateo le parece detectar algo más en la propuesta de su padre. Como si más que una oferta fuera casi un ruego. Como si, de alguna manera, no quisiera estar solo… Con todo, le ha dicho que no.

—He cogido una habitación en Monforte, prefiero dormir allí.

Porque esa es la verdad. Todo esto le duele como si le estuvieran abriendo viejas cicatrices con cuchillos oxidados, y antes que quedarse aquí, de nuevo bajo el mismo techo que su padre, Mateo preferiría atravesar la noche glaciar e ir a dormir al fin del mundo. O al infierno, si fuera necesario. Pero no aquí, no con su padre. No bajo la sombra de su madre.

Mateo desciende por el camino que lleva de regreso al lugar en donde ha dejado su coche. Junto a la capilla de los Ángeles. A lo lejos, recortada en la oscuridad más allá de la carretera, contempla

la silueta de la vieja casa familiar. O lo que queda de ella. Una sombra, un fantasma en la noche. Y entonces, de repente, por un instante le parece adivinar las formas de alguien en una de las ventanas. Un bulto oscuro, apenas distinguible de toda la penumbra que llena y rodea la casa. Mateo se detiene e intenta aguzar un poco más la mirada. Pero es inútil. Ahí ya no hay nadie. Bueno, si es que en algún momento lo hubo. Mateo retoma el paso y siente un escalofrío al considerar la posible identidad de las sombras. Al pensar en la imagen de su madre inmóvil al otro lado de alguna de las ventanas. Observándolo, señalándolo. Mateo sacude la cabeza y, por fin de regreso junto al todoterreno, agarra la manija de la puerta del conductor. Y entonces lo nota. ¿Qué coño…?

El primer impulso es el de apartar la mano tan rápido como puede. ¿Qué coño es esto? Un poco más calmado, vuelve a acercarla. Y lo toca.

Se trata de algo fino, suave. Como… ¿pelo?

Saca su teléfono móvil y enciende la linterna.

—Joder, ¿pero qué coño es esto?

Ve que alguien ha enroscado algo alrededor del tirador de la puerta de su coche. Parece piel, o un trozo de pellejo con pelo, o…

Con cuidado, Mateo libera lo que sea que alguien le ha dejado en la puerta de su coche. Y, por fin, desenvuelto todo a lo largo, vuelve a iluminarlo con su teléfono. Sí, es con toda seguridad la piel de algún tipo de animal, un pellejo con pelo fino y brillante de color marrón, tal vez rojizo. Mateo no puede reprimir la repulsa que el descubrimiento le produce. Siente el impulso de tirarlo al suelo, pero al instante cambia de opinión. Por supuesto, mejor guardarlo. Pero aun así no puede dejar de observarlo. ¿Qué es esto? Aturdido, opta

al final por arrojarlo al asiento del acompañante y volver a poner el coche en marcha.

En silencio, no demasiado lejos, alguien observa cómo Mateo arranca el todoterreno y vuelve a enfilar la carretera en dirección a Monforte. Alguien que, al amparo de la oscuridad, ha vuelto a dar un paso desde el interior y que ahora, con la frente echada hacia delante y la mirada afilada, ve cómo las luces del coche se pierden en la noche. Alguien que, en este preciso instante, vuelve a asomarse a una de las ventanas desnudas en la casa abandonada.

22

Matarte dos veces

Lunes. El día comenzó con la constatación de que, finalmente, no nevó durante la noche. Mientras desayunaba en el bar frente al hostal, Mateo pensaba en lo poco que le gusta la nieve cuando el sonido de su teléfono móvil lo trajo de vuelta a la razón por la que seguía estando en Monforte.

—Hola, Jacobo.

—Buenos días, señor. Durango ya tiene los resultados.

—¿Quién?

—Marcos Durango, señor, el médico forense que ha realizado la autopsia de David Quiroga. Y dice que deberíamos ir cuanto antes. Al parecer ha encontrado algo extraño.

Son las diez de la mañana cuando Jacobo y Mateo llegan al hospital, una mole de dos plantas a las afueras de la villa. Y, en efecto, el tal Durango, un tipo alto y delgado, de pelo blanco y tez huesuda, ya los espera en el depósito.

—Qué hay, Jacobo —lo saluda con familiaridad evidente al estrechar la mano del subinspector—. Y usted debe de ser el inspector Mateo Romano. Jacobo me ha hablado de usted.

—Gracias por atendernos tan rápido —le responde Mateo al tiempo que le devuelve el saludo—. Jacobo me ha dicho que al

parecer hay algo extraño en los resultados de David Quiroga.

Durango bordea su escritorio, toma aire y se sienta al otro lado de la mesa. Coge los papeles que descansan encima y, después de acomodarse las gafas de metal sobre el puente de la nariz, echa un vistazo a los informes, como si necesitara asegurarse de que lo que sea que ha encontrado sigue estando ahí.

—David Quiroga, varón, cuarenta y dos años. Causa de la muerte: fractura de la segunda vértebra cervical, sección de la médula espinal… Ah, sí, aquí está —resuelve de pronto—, esto es lo que me ha llamado la atención.

Durango se quita las gafas y clava en Mateo la mirada.

—La escopolamina.

Jacobo apenas altera la expresión, como si estuviera acostumbrado a pedir un café con escopolamina todas las mañanas. Pero Mateo frunce el ceño.

—Entiendo que eso es algo que no debería estar ahí.

Durango ladea la cabeza.

—A ver, podría estar —responde—. Pero desde luego no en cantidades tan altas. La escopolamina es un alcaloide tropánico que…

Jacobo levanta una mano en el aire.

—En cristiano, doctor.

El comentario del subinspector delata la confianza entre ambos.

—Sí, claro. Entiendo que mi amigo Veloso no es el único pagano en la sala.

—Es una manera de decirlo —concede Mateo.

Durango sonríe de manera amable.

—Le ruego que me disculpe. Habitualmente, la escopolamina se utiliza para prevenir náuseas, vómitos, mareos…

—¿Mareos?

—Así es.

—¿Y dice que la ha encontrado en el cuerpo de David Quiroga?

—En una proporción escandalosa, sí.

—Pero ¿para qué? Quiero decir, ¿con qué fin?

Durango mueve ligeramente la cabeza a uno y otro lado.

—Bueno, otra de sus utilidades es que funciona como un excelente antiespasmódico.

Mateo vuelve a extrañar la mirada, y el médico comprende.

—Para el alivio de ciertos dolores, inspector. La escopolamina es el principio activo de medicamentos como la Buscapina.

—Hombre —reacciona Jacobo—, ese sí que lo conozco. Es lo que tomo yo cuando al riñón le da por tocar las narices.

—Claro —asiente Durango—, porque la Buscapina se recomienda mucho para el alivio de los cólicos renales.

—Duelen como si estuvieras pariendo, señor.

—Sí, lo sé. Pero, a ver, no entiendo. ¿Quiere decir que David estaba en la bañera intentando aliviar los dolores de un cólico nefrítico? —En ese instante, Mateo recuerda el comentario de Sandra Molina, las velas por todo el cuarto de baño—. Perdonen, pero tengo motivos para pensar que no era ese el caso.

Durango aprieta los labios en un ademán que sugiere la posibilidad de algo más.

—A ver, más allá de las razones que usted tenga para rechazar la opción del cólico, el resultado de la autopsia tampoco nos indica nada en esa dirección. Su hígado comenzaba a dar muestras de un

cierto maltrato alcohólico, es verdad. Pero sus riñones estaban perfectos.

—¿Entonces?

—A ver, ya sé que de entrada lo que les voy a decir les puede sonar absurdo, pero…

—¿Qué?

—La Buscapina no es el único producto en el que se encuentra la escopolamina. De hecho, hay otro, bastante más conocido últimamente, y del que seguro habrá oído hablar: la burundanga.

Mateo arquea las cejas en un ademán de sorpresa evidente.

—Un momento, a ver si le estoy entendiendo bien. ¿Me está diciendo que a David Quiroga lo drogaron con algún tipo de finalidad sexual?

Durango se limita a encoger los hombros, aún sin apartar la mirada de los dos policías. Como si, en silencio, les estuviera diciendo «Ah, eso ya es cosa suya, señores». El pensamiento de Mateo vuelve al mismo comentario de la mujer. Las velas… No, Sandra estaba convencida de que David no estaba solo. Y no para rezar.

—No estaba solo —murmura Mateo.

—¿Cómo dice, señor?

—Que no estaba solo, Jacobo. Había alguien más en el cuarto de baño en el momento en que David Quiroga murió.

Jacobo no aparta la mirada de Mateo.

—¿Cómo lo sabe?

—Su viuda me lo ha dicho. Tiene motivos para pensar que había alguien más con David esa noche.

—Pero, entonces… Joder, señor, no lo entiendo. ¿Qué significa esto? ¿Que primero lo pusieron hasta las trancas de burundanga y luego le reventaron el cuello? Pero ¿por qué? ¿Es que acaso querían matarlo dos veces?

—No tiene por qué —vuelve a intervenir Durango—. La cantidad encontrada es alta, sí. Pero no tanto como para matarlo. Tal vez solo se pretendiera aturdirlo un poco.

—Vamos, que este pobre desgraciado —concluye el subinspector— estaba atontado perdido en la bañera. Tal vez intentó levantarse y al hacerlo…

—¿Perdió el equilibrio? —propone Mateo.

Durango arquea las cejas, como diciendo «Por ejemplo».

—Ya…

Mateo no parece convencido.

—Una cosa, doctor. Ha hablado usted de aturdirlo. ¿Es posible que la intención fuera sedarlo de alguna manera?

El forense asiente.

—Podría ser, sí.

Y entonces a Mateo se le ocurre algo.

—Doctor, ¿cuánto dura esta clase de restos en el cuerpo?

Durango no responde al instante.

—A ver, para asegurar este tipo de cuestiones, lo mejor sería consultar con un buen toxicólogo. Pero, hasta donde yo sé, la escopolamina se puede detectar en el cabello en una horquilla de entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas tras el fallecimiento. Quizá incluso hasta siete u ocho días si se trata de una administración prolongada. Pero no todos los alcaloides funcionan

igual. En el caso de otros principios activos, su persistencia en el organismo podría ser mayor, sí.

—¿Podríamos encontrar muestras en el cuerpo de una persona que hubiera fallecido la semana pasada?

Y entonces Jacobo también comprende.

—Maseda…

Y Mateo asiente.

—Maseda.

De nuevo en el exterior, Mateo le pide a Jacobo que vuelva a hablar con el juez.

—Explícale que tenemos indicios fiables para solicitar también la exhumación de Álvaro Maseda.

—Sí, inspector.

—Entretanto, yo voy a llamar a Sandra Molina, aunque nada más sea para descartar lo de los riñones —explica a la vez que abre la puerta de su coche.

—De acuerdo, señor. Le llamo en cuanto tenga algo.

Al tiempo que se sube al Niva, algo en el asiento del copiloto vuelve a llamar la atención de Mateo.

—¡Jacobo!

El subinspector se gira en dirección a Mateo.

—¿Sí, señor?

—¿Tú sabes qué es esto? —pregunta a la vez que echa mano de la especie de pellejo.

Jacobo extraña su expresión.

—Pues no sé, inspector. Yo diría que es la piel de algún bicho, ¿no? —Encoge los hombros—. ¿Un zorro, tal vez?

—Un zorro —repite Mateo, ahora sin dejar de observar el guiñapo de piel.

—O algo por el estilo, no sé.

—Ya, claro. ¿Y te haces una idea de por qué alguien dejaría la piel de un zorro enmarañada en la puerta de mi coche?

Jacobo abre los ojos de par en par, extrañado.

—Ni idea, señor. Hasta donde yo sé, la gente caza este tipo de bichos. Ya sabe, son peligrosos para las gallinas. Ahora, lo de utilizarlo para tunear coches, eso ya…

23

Te veo

A Mateo no deja de sorprenderle la capacidad de la memoria para su propia defensa. Por más que pasara aquí los primeros años de su vida, por momentos todo le parece extraño, desconocido, casi irreal. De nuevo en la carretera del cañón, a medida que su coche atraviesa una aldea tras otra, observa cada lugar como si fuera la primera vez que lo ve. Proendos, A Carqueixa, Barantes. Santiorxo, Pinol, Lobios. Y, por fin, Amandi.

En realidad, la aldea de Amandi poco más es que tres casas viejas como el mismo tiempo, en pie de milagro alrededor de una iglesia, un viejo templo medieval por completo reconstruido en el siglo XVIII. Y, al fondo de la aldea, su impresionante rectoral, hoy reconvertida en la sede de las bodegas Abadía de Quiroga. Es aquí desde donde don Víctor ha construido su pequeño imperio, y mientras rodea la construcción para aparcar en la parte posterior del recinto, Mateo observa el impresionante edificio, casi un pequeño palacio del siglo XIX. Y comienza a comprender lo que se dice en el valle, lo que le han contado. El poder de Víctor Quiroga.

Apaga el motor del Niva cerca de otros coches, junto al portal posterior de la bodega, en lo que parecen los accesos al almacén a

un lado y, al otro, a los viñedos, una extensión descomunal que se pierde falda abajo, en dirección al río.

Por fin fuera del coche, a punto está de dirigirse hacia la entrada al edificio cuando algo llama a su atención. Apoyado en el muro en uno de los extremos, hay algo que le resulta familiar. Un pequeño ciclomotor de color granate, notablemente destartalado.

Da un par de pasos en su dirección, pero de pronto se detiene. Algo se ha movido entre los surcos de las primeras viñas. Mateo intenta identificar el movimiento entre el follaje, pero no lo logra. Aún está mirando las viñas cuando alguien sale a su encuentro desde el interior de la bodega. Es una chica joven, vestida con un traje elegante y el nombre de las bodegas bordado en la solapa izquierda.

—¿El señor Romano?

—Inspector Romano.

La mujer le responde a la corrección con una sonrisa tan amable como impersonal.

—Acompáñeme, inspector. Don Víctor le está esperando.

Mateo aún lanza una última mirada, pero con el mismo resultado.

Mientras, desde los viñedos, alguien observa al amparo del follaje cómo Mateo Romano entra en las bodegas de Abadía de Quiroga. Alguien que mira con atención, el ceño fruncido y los ojos clavados en la espalda del inspector.

Tiempo atrás. Septiembre de 1975

Las cinco hijas de Mamá Dolores

Senda de Lobios es una mujer sabia. Todos a ambos lados del cañón la conocen, y quien no la respeta la teme. A ella, y a sus cuatro hermanas, Claudia, Moncha, Inés y Julia. Junto con Senda, las cinco hijas de Mamá Dolores se reúnen ahora en la casa de San Xillao.

Sentadas alrededor del fuego que arde sobre las losas del suelo, dibujando las sombras más extrañas contra las paredes renegridas de la cocina, las cinco observan las llamas en silencio.

—Herminia ha vuelto a faltar a la misa de hoy.

—Lo sé —responde Senda, quien no deja de mover algo entre sus manos, un pequeño trozo de una rama seca, pulida por el roce de muchos años.

—Esa mala bestia lleva ya casi dos años machacándola, Senda.

—Y la cosa no parece mejorar.

—Todas sabemos que no lo hará.

—No —confirma Senda—, no lo hará.

Julia, la más joven de las cinco, observa a su hermana mayor.

—¿Crees que ha llegado el momento?

Senda no responde. Tan solo se limita a observar el trozo de madera entre sus manos viejas. Una pieza de tejo.

—Sí —contesta al fin, aún sin apartar la vista de la rama—, ha llegado. Pero ahora aún tendremos que esperar un poco más.

—¿Más?

—Pero ¿por qué? Si no hacemos algo ya, esa bestia acabará matándola.

Senda mantiene sus ojos clavados en el fuego.

—Porque ahora es otro asunto el que está a punto de llamar a nuestra puerta.

Y al instante, como si el sonido estuviera esperando el permiso de la mujer, todas lo oyen. Tres golpes, lentos y suaves, en la puerta de la casa.

Es Inés quien se levanta para abrir. Y aunque el fuego que ilumina desde el suelo apenas alcanza para romper la oscuridad de la noche que muerde en el exterior de la vieja casa de Mamá Dolores, Senda sabe perfectamente quién es la mujer que se oculta bajo el paño que le cubre la cabeza.

—Por fin llamas a nuestra puerta —dice Senda por todo saludo cuando la sombra se acerca a la penumbra de la cocina—. Vienes desde lejos, que Barantes no queda aquí al lado… Da el paso que te falta y deja la oscuridad atrás. Eres bienvenida en nuestra casa, Sara Moure.

Despacio, casi avergonzada y aún sin levantar la cabeza, Sara entra en la cocina negra de las cinco hermanas.

—Nos preguntábamos cuánto más tardarías en venir a vernos.

—Tal vez debí haberlo hecho hace tiempo.

—De sobra sabes que debiste hacerlo incluso antes de entonces.

Aún sin apartar la mirada de la recién llegada, Senda se levanta con un candil de hierro oxidado en la mano, que alza en el aire para

reconocer con más detalle el rostro de Sara. Aprieta los labios en un ademán compungido.

—O, desde luego, tan pronto como sentiste la mordedura de la muerte en tus entrañas.

—Lo sé —reconoce Sara—, mi tiempo se acaba.

Senda asiente con gesto serio.

—No es buen color este que asoma en tus ojos, no.

—Por eso vengo. Porque puede que yo no sea muy lista, pero por lo menos sí lo suficiente para saber que mi hora está cerca.

Despacio, Senda mueve la cabeza arriba y abajo.

—Pues no perdamos más tiempo, entonces. Siéntate con nosotras junto al fuego, deja que estas llamas te calienten, y dinos. ¿Para qué te somos buenas las cinco hermanas?

Aún sin devolver la mirada, Sara Moure se sienta entre las demás mujeres y, cansada, probablemente en todos los sentidos posibles, siente cómo el fuego la reconforta. De la caminata. De todo.

—Necesito vuestra ayuda —murmura al fin—. La necesito yo. Pero, sobre todo, la necesita mi hijo.

24

El hombre en la penumbra del palacio

Víctor Quiroga es justo como uno se habría imaginado al protagonista de los relatos narrados alrededor de su persona. Un hombre mayor, con seguridad ya en la ronda de los ochenta —si no más—, pero, a pesar de su edad, de porte elegante, alto y todavía fuerte. De pelo blanco, sobriamente cortado y peinado hacia atrás, posee unos ojos grises, de mirada penetrante y tan afilada como el perfil de su finísimo bigote, un hilo blanco, alineado a la perfección sobre sus labios, finos y severos.

—Así que usted es el famoso Mateo —lo saluda a la vez que le tiende la mano, bastante firme y fuerte para su edad—. Aunque lamento que haya sido en tan tristes circunstancias, no se imagina usted las ganas que tenía de conocerlo.

A Mateo le extraña aún más el comentario. ¿Ganas de conocerlo?

—¿Ganas de conocerme?

Por un instante, supone que Sandra Molina, la nuera de Víctor, lo habrá puesto sobre aviso.

—Por supuesto —responde—. Su padre me habla mucho de usted. Y siempre con orgullo.

Vaya, eso sí que no se lo esperaba.

—¿Mi padre?

—Claro. ¿Acaso no se lo ha dicho? Saúl y yo somos muy buenos amigos. Además de socios, claro. Ya sabe, en la casa rural.

—La casa rural, claro.

Mateo comprende. De aquí es de donde ha salido el dinero para la reforma. Y, muy probablemente, también la idea.

—Ya sabe usted, señor Romano, estos son buenos tiempos para el cañón. El paisaje está de moda, nuestros vinos también… De hecho, esperamos que pronto proclamen la Ribeira Sacra Patrimonio de la Humanidad, y, humildemente, quiero pensar que nuestra familia ha tenido mucho que ver en todo esto. Una lástima que David…

De pronto, al hombre se le quiebra la voz.

—Siento mucho la pérdida de su hijo, señor Quiroga.

Don Víctor hace por recomponerse.

—Sí, gracias. Una verdadera catástrofe, desde luego. Un padre nunca debería sobrevivir a su hijo.

Mateo asiente en silencio.

—Tome asiento, por favor —le ofrece Víctor a la vez que señala un sillón de piel junto a una chimenea encendida.

Mateo aprovecha para echar un vistazo a su alrededor.

El despacho de Víctor Quiroga es una amplia sala de piedra vista, con el suelo y los techos de madera noble. En uno de los extremos el escritorio ocupa el espacio central, delante de una gran ventana con vistas a los viñedos y, al fondo, el río. En el otro lateral, luego de una enorme mesa de juntas, la chimenea encendida y, sobre ella, un gran retrato de Víctor Quiroga, hecho bastantes años atrás.

—Sé que ha ordenado usted la exhumación y autopsia de mi hijo.

—Así es.

—Ya… Como sin duda habrá podido comprobar, me aseguré de conceder todas las autorizaciones familiares a la mayor brevedad para que ustedes pudieran trabajar lo más rápido posible.

—Lo sé y se lo agradezco.

Quiroga devuelve el agradecimiento con un gesto rápido de su cabeza.

—Me han informado del procedimiento, pero nadie me ha dicho nada más. Sea ahora usted bueno con este anciano, inspector, y dígame: ¿cuál es el problema? Porque, hasta donde yo sabía, se trata de un accidente.

Mateo mantiene la mirada de Quiroga.

—Lo siento mucho, pero me temo que a eso todavía no le puedo responder con certeza, señor. Pero sí hay un par de cuestiones que me gustaría consultar con usted.

Víctor Quiroga preocupa aún más su gesto, pero hace por mantener la compostura.

—Usted dirá.

—¿Podría decirme si su hijo tenía algún tipo de problema?

Don Víctor entorna los ojos.

—¿Algún tipo de problema, inspector?

Mateo asiente en silencio, a la vez que recuerda la conversación con Sandra Molina.

—Sí. Tal vez algún tipo de relación… Complicada.

Víctor no aparta los ojos.

—Dice usted que todavía no puede responder con certeza a mis preocupaciones como padre, pero sus preguntas me muestran algo diferente, inspector.

—He hablado con su nuera —explica al fin—, y creo que oculta algo.

—¿Quién? ¿Mi nuera o mi hijo?

—Ambos. Dígame, señor Quiroga, ¿se le ocurre alguna posible respuesta?

Víctor aparta la mirada en dirección al fuego y toma aire.

—Qué quiere que le diga, inspector. Soy su padre. Perdone, lo… Lo era. Sería absurdo no reconocer que David no tenía el más ejemplar de los comportamientos. Y no, no me cuesta imaginar qué le habrá contado Sandra. De hecho, no fueron pocas las veces en que ella vino con esas mismas quejas a este despacho. Se sentía humillada por… Bueno, las continuas desatenciones de mi hijo, usted ya me entiende. Supongo que debí hacerle más caso.

Silencio.

—Pero ahora ya es tarde para corregir un error tan profundo —continúa a la vez que niega con la cabeza—. David nació en la más confortable de las cunas, y siempre supe que debí haber sido más duro con él, menos permisivo. Tal vez si le hubiera enseñado a pelear por las cosas, ahora aún estaría aquí.

Como si quisiera dejarle un instante de intimidad, Mateo aparta la mirada del anciano y sus ojos van a posarse en el retrato sobre la chimenea. Es el de un Víctor Quiroga distinto. Más joven, posando orgulloso ante los viñedos.

—Perdone que le pregunte esto, señor, ¿pero cree usted que David podía tener algún enemigo?

Víctor vuelve a levantar la cabeza.

—¿Enemigo? —De repente es como si Mateo hubiera abierto algún tipo de puerta en la que, para su gran sorpresa, Víctor Quiroga no

había reparado nunca—. Esa es una palabra muy gruesa, ¿no le parece?

—Cámbiela por la que usted prefiera.

Víctor niega a la vez que baja la cabeza, dubitativo.

—No sabría qué decirle, inspector. ¿A qué clase de enemigo se refiere usted?

—A gente con la que tuviera problemas, señor. Desde otros empresarios, proveedores, distribuidores, hasta gente más turbia. Acreedores, traficantes…

—¿Traficantes?

A Mateo le parece identificar la duda en la expresión del anciano.

—Santo Dios. ¿Cree que sería posible?

Víctor deja correr un suspiro y, por un instante, a Mateo ya no le parece tan fuerte, tan seguro de sí mismo.

—Mire, inspector, hasta donde yo sé, no me consta que mi hijo tuviera ningún tipo de problema con las drogas. ¿Que las probaba? De eso estoy seguro. Pero de ahí a tener problemas con traficantes… No. Y sobre el otro grupo de gente que menciona, ¿qué quiere que le diga? Es cierto que mi hijo y yo discrepábamos en muchas cosas. Y una de ellas era sobre cómo llevar los negocios. No le voy a engañar, es verdad que David no siempre administraba sus asuntos de la manera que yo le inculqué. E incluso puede que hubiera aspectos personales en los que yo no estaba de acuerdo. Pero de ahí a que…

Incómodo por la preocupación que le sugiere la opción que Mateo acaba de poner encima de la mesa, Víctor Quiroga vuelve a buscar la mirada del inspector.

—¿De verdad cree que la muerte de mi hijo tiene algo que ver con el vino?

Es la incredulidad la que mueve la cabeza del anciano a uno y otro lado.

25

Este es un coche comunista

A Mateo le gustaría poder contar algo, decir lo que fuera que ayudase a tranquilizar al hombre en la soledad de su pequeño palacio colgado sobre el río. Porque por más cosas que haya oído sobre el poderoso Víctor Quiroga, la verdad es que la persona con la que acaba de reunirse se parece más a un hombre asustado ante las posibilidades señaladas por el cuerpo frío de su hijo muerto que a un temible tiburón del vino. Pero también sabe que no puede hacerlo. Maldita sea, hay cosas de su trabajo a las que el inspector Mateo Romano jamás se acostumbrará.

Con todo, Quiroga insiste en acompañarlo hasta la salida. Cuando ambos regresan al patio posterior descubren algo nuevo: alguien da vueltas alrededor del coche de Mateo. Se trata de un tipo alto y fuerte, corpulento, de pelo cano y mirada errática. Víctor no aparta los ojos de él. Y sí, Mateo también lo reconoce.

—Este es un Lada Niva del año setenta y siete —comenta para nadie, en realidad, con la mirada perdida entre algún detalle del todoterreno y ninguna parte en concreto, sin dejar de gesticular con ambas manos en el aire—, de mil setecientos centímetros cúbicos y cuatro velocidades. Cuatro. Y tiene un par de torsión de ciento

treinta newtons metro. Porque es el modelo 1700 L. Es un Niva. Lada. Niva. Y yo sé conducirlo.

—Odilo, por favor.

—No pasa nada, don Víctor. Hola, Odilo, cuánto tiempo.

Pero este no responde al saludo.

—Este coche es soviético.

Mateo sonríe ante la insistencia mecánica del grandullón.

—Tienes razón. De estos ya casi no se ven, ¿verdad?

—No —asiente—, de estos ya casi no se ven. En el cañón solo hay uno, y tres en el valle.

—Vaya, qué precisión.

—Me fijo mucho en las cosas. Me fijo, mucho. En las cosas.

—Odilo, por favor, no molestes al señor.

Pero Mateo no parece tener prisa por acabar la conversación con Odilo.

—¿Te gustan los coches?

—Sí, pero este no.

Mateo sonríe ante la franqueza de la respuesta.

—Vaya, hombre. ¿Y este por qué no?

—Porque es un coche comunista. ¡Y yo a ti te conozco! ¡Eres el hijo del señor Romano!

—¡Odilo, ya está bien! —le reprende don Víctor—. ¡No seas impertinente! El inspector Romano está aquí para tratar asuntos muy graves como para que te comportes de esta manera…

Es justo entonces, en ese preciso instante, cuando algo cambia en la expresión de Odilo.

—Inspector —repite—. De los de la policía, ¿verdad?

Mateo asiente. Y entonces, sin previo aviso, Odilo echa a correr de nuevo hacia los viñedos, en la misma dirección en la que Mateo había sentido el movimiento al llegar.

—¡Ese es un coche de los rusos! —vuelve a oír desde el follaje—. ¡Un coche comunista!

26

Deberías haber estado más atento

A estas horas apenas hay clientes en el bar de Candela. Una pareja de chavales charla con las manos entrelazadas y un par de sonrisas, cruzando miradas cómplices en una de las mesas alejadas de la luz. Un tipo mayor, flaco y mal afeitado, sin demasiada prisa por regresar a su casa, conversa en silencio con su cerveza en uno de los extremos de la barra. Nadie que reclame la necesidad de mayores iluminaciones hace que el local esté bien como está, en una penumbra solo interrumpida por las lámparas que asoman entre las copas y las jarras que cuelgan sobre la madera. Y al otro lado de la barra, en el centro de su pequeño altar de vidrio y luminosos de cervezas, ella, secando los vasos con un trapo al ritmo de la música, tranquila y discreta como el mismo bar.

—Hombre —sonríe al ver entrar a Mateo—, mi cita perdida. ¿Qué, cómo te ha ido?

Mateo ladea la cabeza y encoge un poco los hombros, a la vez que se quita la parka y se acomoda en el taburete que queda justo delante de Candela.

—Bueno…

Aún sin dejar de frotar el vaso que tiene en la mano, ella arquea una ceja y sonríe.

—No me digas más. Ya has molestado a alguien, ¿no? Desde luego, en este mundo incierto es bueno ver que hay cosas que no cambian nunca, niño.

—No —sonríe también Mateo con gesto cansado—, no es eso. O por lo menos no esta vez.

—¿Entonces?

—Bueno, las cosas no siempre van como a uno le gustaría.

—Me hago una idea. —Candela baja la cabeza.

—Además —continúa Mateo—, no te vas a creer lo que me ha pasado.

Se gira sobre el taburete para buscar algo en uno de los bolsillos de su abrigo.

—Mira —dice a la vez que deja el hatillo envuelto sobre sí mismo encima de la barra—. Esto me lo enrollaron ayer en la puerta del coche.

—Una piel de zorro —contesta Candela casi al instante.

De hecho, lo rápido de la respuesta llama la atención de Mateo.

—Pues sí, creo que sí. ¿Cómo lo sabes?

Candela vuelve a dejar correr una sonrisa a la vez que aparta la mirada.

—Porque no es la primera vez que lo veo.

—¿Esta misma piel?

—No, hombre, esta misma no. Pero sí cosas parecidas.

Mateo vuelve a observar los restos del animal, inmóvil sobre la madera de la barra.

—Ya, claro. Porque aquí es tradición esto de ir dejando partes de bichos muertos en los coches de la gente, ¿no? Como un tipo de saludo o algo así.

—Por supuesto. En vez de darte la bienvenida al barrio con una cesta de frutas, lo hacemos con el pellejo de una zarigüeya atropellada.

Candela deja el vaso al otro lado de la barra y posa las manos sobre la madera para observar a Mateo con gesto divertido.

—Pero mira que eres idiota. ¿Qué te pasa a ti, que todo este tiempo en la ciudad ha hecho que te olvides de dónde vienes?

Mateo también mantiene la mirada de Candela.

—Perdona, pero no creo que…

—Que esto es otra cosa, bobo. Esta —explica a la vez que abre los brazos en el aire— es tierra de brujas.

—¿Brujas? —A Mateo se le escapa una suerte de sonrisa descreída. Como si de algún modo estuviera a punto de decir «Venga ya, Candela».

—Por supuesto. Brujas —repite ella—. Y sí, puede que hoy parezca cosa de otro tiempo. Pero aquí, y más en Sober y más aún en el cañón, siempre ha habido mucha fe en este tipo de cosas. Y, sobre todo, mucho respeto, niño. De hecho, tú también deberías saberlo.

—¿Yo?

—Por supuesto. ¿O es que de verdad ya no te acuerdas de nada? Deberías haber estado más atento, que aún ayer hablábamos de la casa de la bruja.

«La casa de la bruja…». Es verdad.

—La casa de la señora Senda.

—Eso era antes, ahora es la de su nieta. O sea…

En ese momento Mateo encaja un par de recuerdos cercanos.

«Esa es una vieja loca». «Una bruja». Joder.

—La casa de Antoñita.

—Bravo, tigre. La arregló como pudo al regresar al pueblo. Y no ha dejado de hacerlo desde entonces.

—Claro…

Candela coge la piel de zorro y la extiende ante sus ojos.

—Pues tú mismo, niño, pero si alguien te ha dejado esto en tu coche, tal vez deberías hablar con ella. Al fin y al cabo, presume de ser la última heredera de las brujas del cañón.

—¿En serio?

Candela arquea una ceja en un gesto un tanto extraño, casi ambiguo.

—Eso dice ella —responde a la vez que le guiña un ojo.

Mateo la observa de medio lado, suspicaz.

—¿Crees que pudo haber sido ella?

—¿Antoñita? —Candela arruga el entrecejo, como si la pregunta de Mateo le pareciera de lo más absurdo—. Hombre, no. O, a ver, desde luego yo no la veo haciendo algo así. Tan solo te lo digo porque ella siempre se ha enorgullecido del pasado de su familia, le encanta sacar el tema siempre que tiene ocasión. O que alguien le da pie. Si de verdad esta piel tiene algo que ver con la brujería, estoy segura de que a ella le encantará contártelo.

—Bueno —murmura él, también con la mirada puesta en la piel del animal—, eso ya no lo tengo tan claro…

—¿El qué?

—Lo de que le encante hablar conmigo.

Y sí, en ese instante Candela concede.

—Es verdad —admite—, a mí también me sorprendió su reacción al saber quién eras.

—No —la corrige Mateo—, no fue al saber quién era yo, sino al saber quién era mi padre.

Candela levanta una ceja y asiente.

—Tienes razón…

Por un instante, ambos se quedan en silencio.

—Bueno, venga, va —resuelve ella—, que ahora estamos aquí. ¿Qué, te pongo lo de siempre?

Y Mateo vuelve a sonreír.

—No me digas que aún te quedan Mirindas…

27

El sonido de las uñas arañando la pizarra

Es medianoche ya. Las nubes que mantienen el cielo cerrado hacen que no haya luz, ni siquiera una luna de guardia que rompa el negro de las horas. La niebla que sube desde el río en lo profundo del cañón lo envuelve todo en esta suerte de paz, fría y lenta. Pronto empezará a llover.

Todo parece recogido, apagado. Excepto por ese pequeño fulgor, la luz tenue de una bombilla vieja, de esas de filamentos de baja potencia, que se filtra a través del cristal, sucio y polvoriento, del cobertizo que hay justo en uno de los extremos más apartados del terreno. Lo más parecido a un hogar propio que Odilo se ha ido construyendo en los viñedos, desde que lo trajeron aquí, hace ya tantos años que ha perdido la cuenta.

A estas alturas de la noche, Odilo suele llevar ya unas cuantas horas en su camastro, durmiendo en paz. Pero hoy no.

No, hoy Odilo no puede dormir. ¿Y cómo iba a ser capaz? En lugar de hacerlo, permanece todavía en pie. Inquieto, no hace más que moverse de un lado a otro. Da vueltas sobre sí mismo, caminando en pequeños círculos de manera obsesiva. Porque ahora sabe algo más.

Que no se ha ido.

En realidad, lo reconoció tan pronto como lo vio en Lobios. Y sí, es cierto que le llamó la atención volver a verlo allí, después de tanto tiempo. En ese momento aún no sabía que se hubiera hecho policía. Pero después sí. Y ahora también sabe algo más, algo mucho más importante.

Que tampoco parece que se vaya a ir.

—A ver, esto complica las cosas, ¡esto complica mucho las cosas! Esto lo complica todo… Y lo pone en peligro. ¡Lo pone en peligro!

Odilo se golpea la cabeza una y otra vez.

—Hay que hacer algo. Hay que pensarlo, hay que reflexionarlo, ¡hay que hablarlo! Sí, esto hay que hablarlo. Y hacer algo. Algo más…

Nervioso, Odilo da vueltas sobre sí mismo a la vez que, sin darse cuenta en realidad, se muerde el puño de la camisa. Porque esto complica las cosas. Justo ahora.

—De acuerdo, hay que hacer algo. Y hay que hacerlo ya. Mañana. Mañana mismo.

28

La casa de la bruja

Martes. La aldea de San Xillao de Lobios se protege bajo un cielo gris plomizo de nubes tan bajas como pesadas, cargadas de pura agua. Ha llovido toda la noche y, a pesar de la tregua, es evidente que de un momento a otro volverá a descargar. Mateo desciende por el camino que bordea el ábside de la iglesia románica sin dejar de mirar hacia arriba. Puede que se haya librado de la nieve, pero no lo hará del diluvio, que a todas luces está a punto de caer.

Dobla la esquina en la primera curva del camino y enseguida se encuentra con el viejo portal, un par de hojas ahora forradas con planchas de aluminio, entreabierto. Se asoma y, de golpe, viaja en el tiempo, muchos años atrás.

Esta era la casa en la que los niños del pueblo se retaban los unos a los otros. Abandonada, casi en ruinas, a los ojos de los críos parecía haber sido así desde siempre. Un fantasma de otro tiempo. El eco de una época pasada pero, de algún modo, viva.

Como si fueran capaces de percibir algún tipo de amenaza oculta, agazapada en la penumbra de aquel interior arrasado por el abandono, los niños se desafiaban a ver quién se atrevía a adentrarse más en las ruinas. Y, cuando uno de ellos estaba ya en el interior, allá donde en realidad el riesgo más probable era que

alguna viga podrida o una teja rota se desprendiera sobre sus cabezas, los demás críos gritaban «¡La bruja! ¡Está a tu lado!», y todos salían corriendo, tan divertidos como, en el fondo, asustados.

«¡La bruja! ¡Está a tu lado!».

Y ahora aquí está. Mateo, de nuevo en la casa de la bruja. Solo que esta vez se la ve de otra manera.

Arreglada, lo primero que llama la atención de Mateo es el tamaño. Como siempre sucede con las memorias guardadas en la infancia, en realidad es mucho más pequeña de lo que la recordaba. Siguiendo por el camino, justo a continuación del portal están las escaleras de piedra y, en lo alto, la puerta de madera desconchada que una vez estuvo pintada de color azul. Se contaba que allí dentro la vieja Senda se reunía con sus hermanas alrededor del fuego.

Mateo pone un pie en el primer escalón y enseguida descubre que no está solo. Por la puerta entreabierta de las cuadras, en el bajo de la casa, un montón de gatos salen a recibirlo.

Los hay de todos los tamaños y colores, pero sobre todo son pequeños. Cachorros. De entre todos, Mateo reconoce al que un par de días atrás venía acompañando a Antoñita. Entre un pequeño revoltijo de gatos negros y grises, este es el único de pelaje anaranjado. Se acerca a él y se agacha para acariciarlo.

—¡No lo toque! —le advierte de repente una voz tan severa como seca—. Ni se le ocurra tocarlo…

29

Antoñita

Mateo vuelve a levantar la vista hacia lo alto de las escaleras, el lugar de donde ha venido la orden. Y sí, ahí está. Con la expresión tan dura como el sonido de su voz, Antoñita observa a Mateo desde arriba, con una manzana a medio pelar en una mano y, en la otra, un cuchillo.

—No lo toque —repite, aliviando un poco la dureza en el tono de su voz—, es lo mejor.

—¿Por qué? —pregunta a la vez que vuelve a incorporarse—. ¿Acaso es peligroso?

—No. Pero podría estropearlo usted con su contacto.

Mateo arquea una ceja.

—¿Estropearlo? —Baja la cabeza buscando de nuevo al animal—. ¿A un gato?

—Ese no es un gato cualquiera. Es un murador. O lo será en breve.

Mateo extraña aún más la expresión.

—¿Un murador? Vaya, no lo había oído nunca —murmura, aún sin dejar de observar al pequeño felino, como si intentara extraer alguna conclusión de su aspecto—. ¿Es algún tipo de raza?

—Claro que no. La gente como usted ya no sabe de estas cosas, pero es la verdad. Un gato murador es un animal preparado para ser un buen cazador de ratones. Algo que, como sin duda será capaz de comprender incluso usted, en lugares como este sigue siendo muy necesario. Y si ahora lo acaricia a cambio de nada, entonces entenderá que justamente eso, nada, es lo que tiene que hacer para llevarse el premio. Así que no —vuelve a recuperar la dureza de su voz—, no lo toque.

—Claro, claro —concede Mateo, consciente de toda la agresividad encerrada en la respuesta de la mujer—, no se preocupe.

—¿Y qué es lo que le trae entonces por aquí, joven Romano? —pregunta mientras corta un trozo de manzana que se lleva a la boca —. Esta no es la casa de Candela…

Mateo encaja la pulla con una sonrisa.

—Me gustaría hablar con usted con respecto a algo que, como sus gatos, tampoco entiendo.

Antoñita esboza una sonrisa, en este caso cargada de una cierta suficiencia.

—¿Acaso quiere usted interrogarme por alguna de las muertes?

A Mateo le llama la atención la respuesta, no solo por lo que ha dicho, sino sobre todo el tono empleado, lleno de claridad arrogante. De algún modo siente que alguien vuelve a desafiarlo en la casa de la bruja.

—Veo que aquí las noticias también corren como ratones delante de gatos muradores.

Antoñita asiente, aún sin abandonar su sonrisa, ya casi soberbia.

—Por supuesto, inspector. Sobre todo si una de las muertes es la de ese cerdo repugnante. Ya sabe —lo señala con el cuchillo—, el

cabrón del Álvaro Maseda.

—No parece que lo tuviera usted en la más alta de las estimas.

—De ninguna manera —responde al instante—. Además de ser un miserable, siempre fue un oportunista. De hecho, estoy segura de que ya lo sabrá usted, pero en su momento se aprovechó de cierto conflicto con uno de mis parientes para quedarse con una parte importante de nuestro patrimonio familiar.

Mateo recuerda la conversación con los vecinos de Maseda.

—Se refiere usted al pazo de Santiorxo.

A Antoñita se le escapa entre los labios una mueca de desprecio.

—Sí —masculla a la vez que escupe un trozo de manzana—, o a lo que queda de él, mejor dicho. Fue una jugada rastrera, se aprovechó de nuestro desacuerdo para negociar la compra solo con mi primo, que con tal de hacerme la puñeta a mí estuvo dispuesto a vender por cuatro perras. Ya le digo —resuelve—, un miserable. Pero bueno, eso fue hace años, ya está más que superado. No vaya usted a pensar que le guardo tanto rencor como para matarlo. Ni a él… Ni a nadie.

Aún desde el patio, Mateo no deja de observar a Antoñita con asombro. Su mirada, la manera en que mastica la manzana, la forma en que da vueltas al cuchillo en su mano derecha. ¿A qué demonios ha venido semejante desafío?

—Ya, claro. Pues no, pierda cuidado, en realidad he venido por otro motivo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál, entonces?

—Verá, como sin duda ya sabe, anteayer estuve en la casa de mi padre.

—Sí, lo sé. Lo vi entrar.

Mateo asiente.

—Sí, yo también la vi a usted. Estaba hablando con alguien.

Antoñita se limita a asentir con la cabeza.

—Era Odilo, ¿verdad?

La mujer vuelve a mantener la mirada de Mateo.

—¿Hay algún problema con él?

—No. Tan solo es por confirmarlo.

—Pues sí, lo era. De hecho, por si también lo quiere confirmar, sepa usted que Odilo y yo charlamos mucho. Es una buena persona, mucho más inteligente y capaz de lo que la gente cree. Y desde luego alguien que se merece mucho más cariño del que le dan… En nuestra casa siempre nos hemos preocupado mucho por él.

—No lo dudo. Tan solo se lo comento porque, al regresar a mi coche, me encontré con algo que no comprendo.

—¿Con qué?

—Con esto —responde Mateo a la vez que saca la mano del bolsillo y muestra la piel en el aire.

—Vaya, veo que le han dejado a usted una piel de zorro.

—Eso parece, sí.

—Pues muy bien. ¿Y puede saberse por qué viene a preguntarme a mí?

A Mateo se le pasa por la cabeza una respuesta. «Porque usted estaba junto a mi coche antes de que me la encontrara, vieja loca». Pero se decanta por una diferente.

—Porque Candela me dijo que tal vez usted podría explicarme su significado.

Antoñita levanta una ceja.

—Vaya, ¿Candela le ha dicho eso?

—Sí. ¿Acaso se equivoca?

Antoñita se limita a bajar los escalones que la separan de Mateo.

—Por supuesto que no —responde cuando llega a su altura—, Candela no es de las que vayan por la vida equivocándose, muchacho. A ver —le indica mientras hace un ademán en su dirección—, deje que le eche un vistazo de cerca.

La mujer arroja lo que queda de la manzana al suelo y, aún con el cuchillo en la mano, toca la piel del animal. Entorna los ojos y la observa con atención. Aparta el pelo aquí y allá, e incluso se la acerca a la cara.

—Oh, no…

—¿Qué ocurre?

Pero la mujer no responde. En lugar de hacerlo, aproxima un poco más la piel a su rostro y la roza con su mejilla. La huele y, de repente, incluso le pasa la lengua.

—Oh, no, no —repite—. Esto es grave, muy grave.

—¿Por qué?

—Dígame, joven, ¿quién cree que podría querer echarle semejante mal de ojo?

Mateo frunce el ceño, por completo extrañado.

—¿Mal de ojo?

—Sí, por la cruz de Caravaca y todos los santos del cielo, ¡el mal de ojo!

Y, de pronto, Antoñita rompe a reír.

—¡Por favor, muchacho, no sea usted ridículo! —responde a la vez que le devuelve la piel, casi arrojándola sobre él—. ¿En serio? ¿De verdad piensa que todo se reduce a esto?

De pronto, el desprecio se ha hecho ya a todas luces evidente en la forma en que la mujer le mantiene la mirada. Desconcertado, Mateo vuelve a observar la piel en sus manos. Y, de pronto, no sabe qué pensar. En cierto modo, se siente hasta ridículo.

Aún sin apartar la hostilidad, pero tal vez cambiando el desprecio por cierto cansancio, Antoñita vuelve a observar la piel del animal en las manos de Mateo y esboza una sonrisa minúscula, una cargada de desgana.

—Hace usted lo que todos, muchacho. Temer aquello que ignora, reaccionar con miedo ante lo que no comprende… Cuando esto es todo lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Por supuesto. Esto no es ninguna amenaza, ni para usted ni para nadie, sino un mensaje bien distinto: sea quien sea la persona que le ha dejado esto en su coche, lo que le está diciendo es que ya no hay peligro.

Como si de pronto su pensamiento estuviera en algún otro lugar, Antoñita vuelve a coger la piel del zorro y la contempla entre sus manos.

—Verá, deje que le cuente algo.

30

Por qué vuelan las escobas

—Imagínese esta situación: si ahora mismo tuviera que explicarle a alguien que jamás hubiera visto a una bruja delante ni tan siquiera supiera qué demonios es eso, dígame, inspector, ¿cómo se la describiría usted?

Mateo duda, desconcertado.

—Perdone, pero creo que no la entiendo.

—Pues es muy fácil, muchacho. Lo que le pregunto es cómo cree usted que un niño le dibujaría una bruja a otro niño.

Mateo lo piensa por apenas dos o tres segundos.

—Bueno, pues, no sé… Supongo que como una mujer anciana, encorvada sobre algún tipo de olla o marmita, siempre vestida de negro, con un sombrero largo y puntiagudo y una escoba, claro.

Antoñita sonríe con aire satisfecho.

—Por supuesto —asiente—. De hecho, si tuviera que añadirle algún animal de compañía, ese sería…

—Un gato.

—Un gato —repite Antoñita, aún sin dejar de afirmar con la cabeza—. Y ya que estamos, no se olvide usted de la verruga en la nariz.

—Exacto.

—Exacto… Veo que lo tiene usted clarísimo, Romano. A pesar de que con toda seguridad nunca jamás se haya cruzado usted con una mujer que responda a semejante descripción en la vida real, más allá del cine y los cuentos infantiles, ¿verdad?

Mateo guarda silencio esta vez.

—Pues ahora haga un esfuerzo y piense, joven. ¿Alguna vez se ha parado a considerar de dónde puede venir semejante descripción? O, mejor aún, deje que se lo pregunte de otra manera: ¿acaso ustedes los policías no desconfían cuando todos los testigos coinciden en dar una misma descripción exacta en el escenario de un crimen?

Esta vez Mateo entorna los ojos.

—¿A dónde quiere llegar?

—Por el amor de Dios, ¿pero de verdad no lo ve aún? ¡Se trata de un montaje, muchacho!

Mateo frunce el ceño.

—¿Un montaje, la descripción de las brujas?

—¡Por supuesto! Uno, de hecho, mucho más viejo que cualquier historia que le hayan contado sobre ninguna bruja. Verá, muchacho, esas mujeres que acaba de dibujar no eran brujas ni nada que se le pareciese. ¿Sabe usted a qué se dedicaban, en realidad?

El inspector niega con la cabeza.

—A la cerveza.

Silencio.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

—Las malvadas y temidas brujas que usted conoce eran en realidad artesanas cerveceras. En la Europa del siglo XIII.

—Disculpe —Mateo mueve las palmas de sus manos ante la mujer —, pero creo que me he perdido. ¿De qué demonios me habla?

—De que las primeras personas que empezaron a elaborar cerveza en Europa no fueron esos frailes gordos y bonachones que aparecen en tantas historias, carteles e incluso en etiquetas de botellas todavía hoy. Esos, de hecho, vendrían algún tiempo después.

—No comprendo…

—Pues es la verdad, muchacho: la historia de la cerveza en Europa la empezaron ellas, mujeres que se vestían con ropa oscura para poder elaborar la bebida en esas marmitas que usted ha mencionado, en las bodegas de sus casas. Bodegas, por supuesto, llenas de cereales y, por extensión, de ratones. Piense, Mateo, ¿cuál es desde siempre el mejor remedio para los ratones?

Mateo asiente.

—Un gato…

—Bien por usted, jovencito.

—Pero ¿y todo lo demás? La escoba, el sombrero…

—La escoba era la manera de señalar el producto. Como si de una especie de rótulo se tratase, donde los caminantes vieran una escoba colgada sobre la puerta de una bodega, sabían al instante que allí se vendía cerveza. ¿Lo ve? Allá donde hubiera una escoba colgada sobre una puerta había cerveza. Una escoba que hacía volar…

—¿Y el sombrero?

—Las ferias.

—¿Cómo?

—Las ferias —repite Antoñita—. Era en los inmensos mercados abiertos en las grandes plazas donde las artesanas vendían su

producto. Pero, como sin duda ya sabrá usted, las mujeres siempre han tendido a ser más bajas que los hombres. Imagínese usted una plaza abarrotada de gente y, ahora, dígame, inspector, ¿cómo puede hacer usted para destacar entre la multitud y lograr que se le vea a distancia?

Mateo vuelve a comprender.

—Con un sombrero más alto que los de la mayoría.

—Exacto. Igual que hoy reconoce usted a un chef de cocina o a un bombero por su vestimenta, estos sombreros largos y puntiagudos no solo eran una especie de atuendo gremial, sino que además servían como reclamo para poder divisarse entre la multitud en aquellas plazas abarrotadas de gente.

—Pero ¿y entonces los frailes?

Esta vez la mueca de Antoñita se llena de desprecio.

—La Iglesia, muchacho… Aquella gente vio que el negocio era demasiado rentable como para dejarlo pasar, de modo que ellos también empezaron a elaborar cerveza en los monasterios y en las abadías. Pero para asegurarse el éxito, antes tenían que deshacerse de la competencia. Y así fue como comenzaron una brutal y despiadada campaña de desprestigio. De pronto, desde el púlpito empezó a contarse otra historia. Una en la que lo que hacían aquellas mujeres no era sino adorar al diablo y elaborar pócimas prohibidas. De ahí que siempre lo hicieran así, a oscuras, ocultas de la mirada de Dios. Y así fue como las artesanas se convirtieron primero en mujeres sospechosas y, después, ya para siempre en brujas. Mujeres temibles, feas, grotescas… y llenas de verrugas. ¿Lo comprende ahora, muchacho?

Mateo asiente en silencio.

—Siempre es la misma historia, Romano. Allá donde alguien le venga con cuentos de brujas, lo más probable es que exista alguna otra razón menos fantasiosa y más pragmática detrás. El problema, muchacho, siempre somos nosotros, que escogemos temer aquello que desconocemos. Como ahora usted con su piel de zorro. Nadie le está amenazando.

—Pero entonces ¿qué ocurre con ella? ¿Qué significa?

Antoñita coge aire.

31

Un pequeño zorro

—Antiguamente, si los ratones suponían un problema, un zorro ya ni le cuento. Un animal como ese suelto en el gallinero implicaba la pérdida de todas las gallinas, de modo que nadie los quería cerca. Así que, cada vez que uno de los vecinos cazaba un zorro cerca del pueblo, iba casa por casa exhibiendo su cuerpo. Y, para que los demás vecinos vieran que la amenaza había pasado, luego esa persona dejaba la piel del zorro expuesta en algún lugar visible. A cambio, los vecinos le ofrecían algún tipo de compensación en señal de gratitud. De hecho, yo misma lo hice alguna vez.

—¿Ah, sí?

—Sí. Todavía era una niña, no debía de tener más de seis o siete años, cuando una tarde me encontré con un pequeño zorro en el bosque. Era un cachorro, una cría de apenas meses. Estaba solo, así que supuse que su madre habría caído a manos de algún cazador. Después de jugar un poco con él ya no había manera de sacármelo de encima, de manera que cuando regresé a la aldea el animal caminaba junto a mí. Y entonces se me ocurrió una idea.

—¿Cuál?

—Llamar a todas las puertas de la aldea, claro. Que vieran que yo también había atrapado un zorro. Y sí, la mayoría de los vecinos,

sobre todo las mujeres, me sonreían y luego me daban algo. Un par de huevos, una naranja… Al final me hice con un pequeño botín, pero había un problema: todos me habían visto en compañía del zorrito vivo.

—Claro —entiende Mateo—, ahora debía confirmarles que la amenaza había desaparecido.

—Exacto, joven, exacto.

—Lista como es, estoy seguro de que se le ocurrió una solución, ¿verdad?

Antoñita vuelve a sonreír sin ocultar una cierta dosis de arrogancia.

—Salí de la aldea por los antiguos caminos de ribera, los que por aquel entonces aún corrían paralelos al río, alejada de las miradas curiosas. Sabía que en Santa Marta había un cazador al que podía convencer de que me dejara llevar la piel de alguno de los zorros que él hubiera cazado. De regreso a la aldea, dejé a mi pequeño amigo en el mismo lugar donde lo había encontrado y, a continuación, clavé la piel en la puerta de nuestra casa.

—Muy astuta.

Antoñita concede con orgullo.

—Así que ya ve, inspector. Puede que yo no fuese del todo honesta con mis vecinos, pero ese es el mensaje que se esconde tras una piel de zorro dejada a la vista. Por el motivo que sea, alguien le está diciendo que, fuera cual fuese el peligro, el pueblo está libre de toda amenaza.

Antoñita observa a Mateo con gesto sereno, como si acabara de abrirle los ojos al ignorante. En silencio, él se limita a mantener la mirada de la mujer.

—O sea, que lo que me está diciendo es que ya no hay peligro.

—Es lo que le acabo de explicar.

Esta vez es Mateo el que le devuelve una sonrisa cínica.

—En realidad no lo ha hecho.

Antoñita arruga la frente.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Lo que oye. Quiero decir, ¿y si en realidad fuese como en su relato?

Ahora es ella quien le sostiene la mirada a Mateo, que, sinceramente, parece haberse cansado de todo esto.

—Me refiero a que alguien pretenda hacer conmigo lo mismo que entonces hizo usted con sus vecinos. Engañarlos.

—Oiga, no le consiento que…

—No es necesario que me consienta nada, señora, usted misma lo ha dicho: engañó a todos sus vecinos. ¿O acaso no lo tenía claro desde el principio? Cuando clavó la piel del animal a la vista de todos, usted ya sabía que el zorro corría libre por el monte.

Silencio.

—Así que, dígame, ¿cómo sé yo que esto no es lo mismo?

Mateo percibe el enfado, la furia, de hecho, en la mirada de la mujer.

—¿Acaso es esta su intención, muchacho? ¿Venir a insultarme a mi casa?

Con gesto decidido y paso firme, Antoñita vuelve a subir las escaleras, dejándole claro a Mateo que la visita ha terminado.

—Hay que tener mucho cuajo para venir a la casa de una mujer honrada a llamarla mentirosa —advierte de nuevo desde lo alto—.

Sobre todo, viniendo de una familia tan llena de mentiras como la suya.

Mateo se detiene.

—¿A qué se refiere?

La mirada de Antoñita se ha vuelto desafiante.

—¿De verdad no lo sabe? —Lo observa desde una mezcla de enojo y desprecio, agarrada a la puerta azul—. Pues tal vez vaya siendo hora de que hable usted con su padre.

—Mi padre —repite Mateo con gesto incómodo—. ¿Por qué, qué ocurre con él?

Pero Antoñita no responde al instante. Como si de pronto disfrutara de la incertidumbre sembrada, se limita a contemplar a Mateo desde unos ojos que, de pronto, parecen haberse llenado de dureza. De frío. De hielo.

—Pregúntele qué ocurrió realmente con su madre.

32

La sombra de la madre muerta

Ha comenzado a llover. Mucho, y Mateo debería haberse ido ya. O por lo menos haberse puesto a resguardo. Pero no lo ha hecho. En lugar de regresar a su coche, se ha quedado en el camino, de nuevo inmóvil y perplejo ante la casa de la bruja. Como cuando era niño…

¿Qué acaba de pasar?

Aturdido, mantiene la mirada fija en la puerta cerrada. Y no, no es por el más que sonoro portazo con el que Antoñita ha saludado su despedida. Sino por lo que ha dicho antes de empujar con furia la hoja de madera desconchada.

«Pregúntele qué ocurrió realmente con su madre». Es entonces cuando algo saca a Mateo de su abstracción. Una vibración, un sonido. Un teléfono. Su teléfono. Como si por fin saliera de un mal sueño, Mateo reacciona y extrae el móvil de uno de los bolsillos superiores de su parka, a la vez que se seca la cara. En la pantalla, el nombre del subinspector Veloso aparece bajo las gotas de lluvia.

—Dime, Jacobo.

—Acabo de hablar con Durango, el forense. Ya está con la autopsia de Maseda.

—¿Ha encontrado algo?

—No me lo ha dicho. Pero lo que sí me ha confirmado es que a última hora de la tarde tendrá los resultados.

—Vale, de acuerdo. Nos vemos allí.

Al colgar, y ya de camino al coche, Mateo no puede evitar lanzar una vista hacia su derecha. A lo lejos, al otro lado de la cortina de agua que ahora mismo difumina el mundo, intuye las ruinas de su antigua casa. Las mismas que, en silencio, parecen repetirle lo mismo una y otra vez. «Vete, vete. Aquí no hay nada para ti. Nada que no sea dolor».

Tiempo atrás. Septiembre de 1975

Nosotras seremos tu miedo

Es tarde, noche cerrada. Hace tiempo ya que todos se han ido a sus casas, y en la bodega tan solo queda una luz encendida. Desde el exterior se puede ver con claridad el tenue resplandor que se escapa por una de las ventanas de la primera planta. Es la misma de tantas otras noches. La del despacho de Víctor Quiroga.

Siempre hay documentación que repasar, contratos que firmar… Y aunque se ha asegurado de que los abogados de la bodega sean los mejores, él prefiere revisar todo eso personalmente. Al fin y al cabo, es su apellido el que va en esas botellas. El suyo, ya no el de su padre. Mejor asegurarse antes que volver a cometer ningún error.

Como en tantas otras ocasiones, también hoy la noche se ha convertido ya en madrugada, y Víctor acusa las horas. Cansados, los ojos no enfocan con claridad, y en la espalda muerden las lumbares. Quiroga deja las gafas y la pluma sobre los papeles en el escritorio y, con las manos en los riñones, se levanta para estirar las piernas y echar un vistazo que lo ayude a despejarse.

De día, desde su ventana goza de una panorámica completa de los viñedos en toda su extensión, derramados cañón abajo desde los muros de la bodega hasta el río, a casi un kilómetro y medio de la rectoral.

Pero la de hoy es una noche negra. Y en madrugadas como esta, ciegas y sin luna, la oscuridad es absoluta.

O debería serlo.

No, desde la ventana del despacho de Víctor Quiroga no debería verse nada más que unas tinieblas sin fin. Y sin embargo…

Casi de manera instintiva, Víctor se descubre a sí mismo frotándose los ojos. Como si no fuera más que una mala lectura de su vista cansada. Pero no. Es evidente que, *sin embargo*, ahí hay algo.

No es gran cosa en realidad, tan solo un pequeño punto de luz aislado. Pero sea del tamaño que sea, lo que resulta indudable es que está ahí, suspendido en medio de los viñedos. Justo donde no debería haber más que oscuridad.

Por un instante, Víctor piensa que tal vez no sea nada importante. Un farol olvidado por alguno de los trabajadores. Una linterna, tal vez. O quizá… Otra cosa. Al fin y al cabo, en estos días están en plena vendimia. ¿Será acaso alguien intentando robar sus uvas?

«O, si cabe, tal vez sea algo peor…».

Sí, una vez más Víctor reconoce la voz de su mala conciencia, de nuevo susurrándole cosas al oído.

«Bueno, piensa lo que quieras. Pero tú sabes que aquí la gente es muy rencorosa, y aún queda quien no se resiste a olvidar la historia de tu padre. ¿Y si fuera alguien envenenando tus uvas?».

De pronto muy enojado, decide bajar a ver de qué se trata.

Armado nada más con una linterna en una mano y una vara de madera en la otra, Víctor Quiroga abre uno de los portales de los viñedos y avanza con paso firme en dirección al punto en el que ha visto la luz.

Pero al llegar allí no hay nada.

Ni farol, ni luz, ni alma que la soporte. Nada. Por el camino, el resplandor que vio con toda claridad desde la ventana de su despacho ha desaparecido.

—¿Quién anda ahí? —le grita a la oscuridad—. ¡Sal y da la cara si eres hombre!

Algo se mueve tras él, y Víctor se gira, de nuevo en dirección a la rectoral.

—¡Quién eres, cobarde! ¡Da la cara, no te tengo miedo!

—Pues deberías.

La voz proviene de detrás de su espalda, y Víctor se vuelve otra vez hacia el río. Y entonces sí, ahí está la luz.

Se trata de uno de esos viejos candiles de aceite que alguien mantiene elevado en el aire por encima de la cabeza. La sombra proyectada no permite ver con claridad de quién se trata. Tan solo que es una figura delgada, por completo envuelta en un conjunto de telas negras.

—¿Quién eres? —repite Víctor, a la vez que echa a andar, dispuesto a encararse con quien sea que sostiene el farol en alto—. ¡Déjate ver, miserable!

—Los hombres como tú siempre dais por sentado que no será sino otro hombre quien os haga frente —murmura la voz—. Y eso os hace ser todavía más vulnerables de lo que pensáis.

La lámpara desciende ligeramente, lo justo para quedar a la altura del rostro. Y entonces, para su sorpresa, Víctor comprende.

—Tú… Espera, yo a ti te conozco, te he visto alguna vez en la aldea. Tu nombre —intenta recordar—, ¿cómo era?

—Mi nombre es Senda Solina —responde—. Y estas son mis hermanas.

De la oscuridad a su alrededor surgen ahora cuatro nuevas luces, y Víctor se descubre de pronto rodeado por las hijas de Mamá Dolores. Las cinco vestidas de negro, las cinco con la cabeza cubierta. Y, ahora ya, las cinco con sus faroles encendidos.

—¿Qué queréis de mí?

—Que pagues, Víctor Quiroga.

Es Senda la que habla, sin apartar sus ojos de los del bodeguero.

—Lo que hiciste tuvo consecuencias, tú lo sabes. Y estas exigen responsabilidades.

—¿Otra vez con eso? —se atreve a protestar Quiroga, casi ofendido—. Ya está, ¡mi familia ya pagó! Hubo un juicio, y no fue poco el dinero que desembolsamos. ¿Qué pasa, que ahora queréis más?

Senda mantiene sus ojos, del mismo naranja que refleja el fuego de su candil, clavados en los de Víctor.

—Crees que con dinero todo se arregla, ¿verdad? —La mujer perfila una rapidísima sonrisa cargada de desprecio—. No te imaginas cuánto te equivocas. No son tus cuartos lo que nos trae aquí, ni tampoco los pecados de tu familia, sino los tuyos, Víctor.

—¿Mis pecados? Pero ¿de qué hablas? ¡Marchaos, viejas locas! Salid de mis tierras si no queréis que…

Pero Senda no le deja continuar. En lugar de arredrarse ante las amenazas, da un paso adelante y se acerca a Víctor, tanto que su rostro queda apenas a un palmo del de Quiroga. De hecho, la mujer se ha acercado tanto aún con el candil en alto, que ahora Víctor puede sentir el calor del aceite quemándose casi junto a su piel.

—Tienes una responsabilidad —repite apenas en un susurro—, y esa responsabilidad tiene nombre.

A tan poca distancia, Víctor puede sentir el aliento agrio de Senda.

—No sé de qué me hablas.

—Ella nunca te pidió nada, por más que tú se lo debieras. Y ahora su tiempo se acaba, Quiroga.

Y, entonces sí, Víctor comprende.

—Sara…

—Sara. —Asiente despacio la mujer—. Hasta hoy ella ha cuidado al niño. Y por más que tú les hayas dado la espalda, de sobra sabes que esa criatura es carne de tu carne, como es tu sangre la que corre por sus venas. Es tu obligación hacerte cargo.

—No —responde Víctor a la vez que niega con la cabeza—. Todo el mundo sabe que a ese niño no le espera más futuro que la desgracia. No tiene entendimiento.

El fuego en el candil parece encender aún más los ojos de Senda, que ahora han venido a morder los de Víctor como dos lobos hambrientos.

—Tampoco tú tienes corazón, Víctor Quiroga, y sin embargo has podido vivir todos estos años.

Víctor sigue negando.

—No… No puedo hacer lo que me pedís.

—No —le sonríe la mujer—, no te equivoques, que aquí nadie te está pidiendo nada. Tan solo te estamos diciendo lo que harás: cuando su madre falte, tú serás quien lo cuide. Que siempre tenga un techo, así como alimento y ropa limpia.

Senda acerca su cara todavía más a la de Víctor.

—¿Lo has entendido, bodeguero?

Quiroga no responde, y tan solo se limita a mantener la mirada de la mujer.

—Interpretaremos tu silencio como una afirmación. Y más te vale que así sea. Porque nosotras siempre avisamos una vez. Pero solo una. Después de esta no habrá otra. Y tú sabes que el camino está lleno de pozos de cal, en donde los paisanos arrojan a las bestias muertas. Créeme, Víctor Quiroga, nadie quiere bajar ahí para ver a qué almas pertenecían esos cadáveres.

Todavía en silencio, Víctor observa a las otras mujeres. Pero tampoco por ahí obtiene nada parecido a ningún tipo de alternativa. Tanto Senda como sus cuatro hermanas mantienen sus ojos clavados en Quiroga.

—Puede que no siempre nos veas venir —murmura una de ellas a su espalda.

—Pero nosotras ya estaremos ahí —susurra otra—. En tu comida…

—En tu bebida…

—En tu sombra.

—Nosotras seremos tu miedo.

—Así que ya lo sabes —vuelve a advertirle Senda—. Haz lo que tienes que hacer.

Y ya está. Transmitida su advertencia, Senda apaga la luz del candil, y de nuevo regresa la oscuridad. Por más que Víctor intente forzar la vista, no logra ver nada. Entonces siente cómo una de las que estaban detrás de él también apaga la luz de su farol. Y luego otra, y otra. Y otra más. Para cuando quiere darse cuenta, Víctor Quiroga ha vuelto a quedarse solo, inmóvil en medio de sus viñedos.

Parado en mitad de la oscuridad.

33

El árbol de la muerte y la resurrección

El tiempo no pasa del mismo modo en el interior de los hospitales. Por lo menos, no como ahí fuera. Por más que la noche y la lluvia ya hayan impuesto su particular toque de queda en las calles de Monforte, la sala de autopsias de Marcos Durango sigue suspendida en ese punto del tiempo en que siempre es la hora de los tubos fluorescentes, las lámparas de cirugía, los azulejos blancos y los cuerpos sin vida sobre superficies de metal.

—Perdonen que haya tardado tanto en avisarles —se disculpa el forense—, pero ya comprenderán que por aquí no estamos acostumbrados a este tipo de urgencias, ni tampoco tenemos los medios para mayores celeridades.

—No se preocupe, doctor —le responde el subinspector Jacobo Veloso—, el inspector Romano es de los que comprenden.

—Por supuesto —admite Mateo, aún sin acabar de entender demasiado bien a qué se refiere Jacobo—. ¿Qué tiene? ¿Ha encontrado algo?

—Sí —responde Durango a la vez que abre sobre su escritorio el informe de la autopsia—. Es cierto que la causa de la muerte es casi la misma que en el caso de Quiroga.

—Un desnucamiento —se adelanta Jacobo.

—Por así decirlo, sí. Fractura de la segunda vértebra cervical del axis, con su consiguiente sección de la médula espinal. Muy doloroso… De haber estado consciente, claro.

Un momento. ¿«De haber estado consciente»?

—¿Acaso no lo estaba?

Durango tuerce el gesto.

—Yo diría que no.

Y Mateo comprende.

—Porque en su caso también ha encontrado restos de alguna sustancia.

El forense asiente.

—¿De nuevo la escopolamina?

Durango coge aire y arquea las cejas en un ademán cargado de desconcierto.

—Pues no —responde—. Esta vez se trata de otra sustancia. Taxina.

—Taxina…

—En efecto, inspector. Como la escopolamina, la taxina también es un alcaloide. Pero en este caso mucho más peligroso que el anterior. Sobre todo, porque la cantidad necesaria para convertirlo en una sustancia letal es bastante menor.

Mateo se pone en alerta.

—¿Quiere decir que Maseda murió envenenado?

El forense ladea la cabeza.

—Bueno, según se mire. Como ya le he dicho, Álvaro Maseda murió por una fractura cervical. Cuando murió lo hizo con ciertas dosis de veneno en su cuerpo, de manera que sí, supongo que podríamos decir que estaba envenenado cuando falleció.

Jacobo niega con la cabeza, aún sin apartar la vista de la mesa de autopsias, como si todavía pudiera ver sobre ella el cuerpo de Maseda.

—Vamos, que a este también lo quisieron matar dos veces.

—O tal vez no —comenta Durango—. En realidad, aunque la taxina puede resultar fácilmente letal, la dosis presente en el cuerpo de este hombre no podría haberle provocado efectos fatales.

—¿Entonces?

—Tan solo se trataba de la cantidad necesaria para provocar un aturdimiento. Severo, cierto, pero no letal.

—Oiga, ¿y de dónde procede? Quiero decir, ¿se trata de algo que se pueda conseguir con facilidad?

Durango vuelve a coger aire. Y por su gesto Mateo comprende: sea lo que sea lo que venga ahora, esto es de lo que el doctor quería hablar con ellos.

—Pues justamente esto es lo que quería comentar con ustedes, señores. ¿Saben qué es el tejo?

Mateo y Jacobo intercambian una mirada dubitativa.

—Pues una planta, ¿no?

Ha sido Jacobo el que ha probado suerte.

—Un árbol, en realidad. Una conífera, para ser más exactos. Y tiene una particularidad bastante singular.

—¿Cuál?

—Que todo en él es venenoso, inspector. Los frutos, las hojas, su raíz… Todo. Y, sin embargo, está por todas partes.

—¿Aquí también?

—Sí. Es cierto que no de una manera abundante, pero sí. De hecho, y por lo que he podido averiguar, no es difícil verlo todavía en

los terrenos de antiguas iglesias y monasterios.

—Comprendo. Pero deduzco por su expresión que esto no es lo único que le preocupa, ¿verdad, doctor?

Durango baja la mirada a la vez que asiente.

—Verdad, inspector. Por lo visto, esta no es la primera vez que se registra el uso del tejo en esta zona. Verán, dejen que les cuente algo.

Al parecer, cuando Marcos Durango tomó posesión de su plaza como responsable del departamento de medicina forense en el hospital de Monforte, se encontró con que su predecesor en el cargo, el doctor Matías Fontana, era un hombre de lo más metódico. Jubilado a mediados de los noventa después de más de cuarenta años de servicio, el buen doctor se había preocupado de tomar nota de todo cuanto caía en sus manos, algo enormemente valioso en un tiempo en el que el registro informático era poco menos que una fantasía. Así, con la intención de ponerse al día, aunque nada más fuera en cuanto a los usos y costumbres mortuorios del lugar, Durango se pasó una buena temporada leyendo y organizando las notas del forense anterior.

—Por eso, cuando esta tarde he visto los resultados de toxicología, algo ha resonado en mi memoria. La taxina… El tejo. He ido a buscarlo y… —El forense encoge los hombros—. Bueno, como se suele decir en estos casos, bingo. Miren.

En ese instante, Marcos Durango abre uno de los cajones de su escritorio y saca otros papeles. Una especie de cuartillas, bastante antiguas a juzgar por el tono amarillento de las hojas.

—Esto es lo que quería enseñarles. ¿Lo ven? Son las anotaciones de Fontana sobre varias muertes registradas en el cañón entre los

años sesenta y setenta del siglo pasado. Vean —señala—. Todos varones y, en varios casos, fallecidos por envenenamiento con tejo.

—No me jodas…

—Nunca se me ocurriría tal cosa, subinspector. Pero eso no es todo: la taxina no es la única sustancia que aparece en las notas de Fontana.

—La escopolamina —deduce Mateo.

—Entre otras muchas, sí.

—Pero en aquella época…

—Si lo que va a decir es que en aquella época aún no existía la burundanga, ya le digo yo que no. Y tampoco es que la cosa tuviera nada que ver con la Buscapina.

—¿Entonces?

—Beleño y estramonio —responde el forense—. Si la cosa tenía que ver con el mal uso de plantas, entonces supuse que nuestra amiga la escopolamina también debía de tener un origen similar. Busqué, y… *voilà*: la escopolamina está presente en plantas como la *Datura stramonium* o el beleño negro.

Jacobo cruza los brazos sobre el pecho.

—Plantas de brujas…

—Como la piel de zorro —comprende Mateo.

El médico se limita a encoger los hombros.

—Eso ya es cosa suya, señores.

—¿Y sabe si en algún caso se abrió algún tipo de investigación?

Durango niega.

—Hasta donde yo he podido comprobar, no.

—¿Y eso por qué?

Esta vez el forense abre los brazos en el aire.

—¿Y por qué habrían de hacerlo, inspector? Pónganse ustedes en situación, señores, en aquellos años el cañón no era como ahora, una invasión constante de turistas venidos de todo el mundo. Por aquel entonces aquello sí estaba perdido de la mano de Dios y de todos los santos. ¿A quién le iba a importar la historia de cuatro o cinco aldeanos borrachos? No, claro que nadie investigó nada.

—Ya, claro…

—De hecho —continúa Durango—, y por lo que ustedes mismos me comentaron, con estos dos de ahora también estuvieron a punto de no investigar nada, ¿no es así? Y eso que uno de ellos pertenecía a una buena familia, ¿me equivoco?

Mateo niega con la cabeza.

—Pues imagínense ustedes cincuenta o sesenta años atrás. No, por supuesto que nadie hizo nada.

—Porque a nadie le importaba toda aquella gente —comprende Jacobo.

—Exacto.

Silencio.

—Ah, y por cierto: hablando de borrachos… —Durango vuelve a coger el expediente de Maseda—. A este pobre desgraciado tampoco es que le quedara mucho.

Mateo extraña el gesto.

—¿Cómo dice?

—Que sin tejo o sin caída, a nuestro amigo Álvaro Maseda tampoco le quedaba demasiado tiempo en este valle de lágrimas. Sepan ustedes que, de hecho, este pobre diablo tenía los días contados.

—¿Y eso por qué?

—Su hígado. —Señala en los papeles—. Presenta una cirrosis masiva en estado muy avanzado. Es más, si me apuran, les diría que, con lo mucho que este infeliz se había estado castigando a base de alcohol, era poco menos que un milagro que aún no hubiera muerto.

En ese momento, el teléfono de Mateo comienza a sonar en su bolsillo. Lo saca, y ahí está, el nombre en la pantalla. Se echa a un lado para responder.

—Candela, perdona, ahora mismo estoy un poco liado, te llamo yo en cinco… ¿Qué? Espera. Espera, Candela, ¿qué dices? Candela, escucha… No, espera, más despacio. Candela, por favor, no te entiendo… ¿Qué?

Se hace un nuevo silencio. Uno, de hecho, acompañado de una expresión grave. Algo que no pasa inadvertido ni a Durango ni a Jacobo.

—¿Qué ocurre, señor?

Pero Mateo no responde más que con un gesto de la mano, indicándole que espere, y la mirada perdida en ninguna parte, concentrado en lo que sea que Candela le está diciendo.

—Vale, de acuerdo. Escucha, no te muevas de ahí. Voy ahora mismo.

Cuelga a la vez que se pone en marcha, acelerado, en dirección a la salida de la sala de autopsias.

—Me voy.

—¿Señor?

—¡Llama a Vigo! —indica Mateo ya desde la puerta—. ¡Diles que quiero a todo mi equipo aquí! ¡Ya!

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre, señor?

—¡El niño! —responde, su voz retumbando ya por el pasillo—. ¡Nico, el sobrino de Candela! ¡Ha desaparecido!

34

En algún lugar del cañón hay una casa

El cañón es una serpiente salpicada de aldeas, todas pequeñas en realidad. Breves conjuntos de construcciones que, en algunos casos, hacen que una mano sobre para contar las almas que viven en ellas. Casas de piedra, casas vacías, casas con vida, casas abandonadas…

En una de esas aldeas hay una casa. En esa hay un sótano y, en él, una puerta de madera. Tras ella, una galería desciende abriéndose paso ya entre la roca fría y húmeda del cañón.

Aquí dentro no deja de escucharse una y otra vez la misma sinfonía monocorde.

Tap. Tap. Tap…

Gotas de agua exudadas por la misma piedra que, una tras otra, caen golpeando el mineral.

Tap. Tap.

Tap.

Oscuridad, frío y…

Y, al fondo de la galería, un niño.

SEGUNDA PARTE

Las grimonias

35

Algo personal

Lo primero que hizo el subinspector Jacobo Veloso fue avisar a Ana Santos. En ausencia del inspector Romano, la subinspectora Ana Santos es la persona al cargo de la Brigada de Investigación Criminal en Vigo y, tal como le había explicado Mateo, si de ahora en adelante iban a tener que hacer frente a la desaparición de un niño, entonces Romano prefería hacerlo ya de manera oficial, en la compañía de su equipo habitual: los subinspectores Ana Santos y Antonio Laguardia, y el responsable de informática Raúl Arroyo.

De hecho, a continuación, y tras recibir desde Sober la primera confirmación por parte de Mateo de que, en efecto, el niño había desaparecido, Jacobo también se encargó de notificar la situación a sus superiores, así como de habilitar el espacio principal de la comisaría de Monforte para el operativo.

De manera que cuando Mateo entra a la sala dispuesta, apenas unos minutos antes de las ocho de la mañana y después de toda una noche sin dormir, se encuentra con que todo su equipo ya está allí. Los subinspectores Santos y Laguardia conversan con Jacobo y con la comisaria Carlota Serrano, mientras Arroyo consulta algo en su ordenador portátil.

—Buenos días a todos —los saluda Mateo—. Comisaria.

—Buenos días —le devuelve el saludo Carlota.

—Muchas gracias por su ayuda.

—No hay de qué. Es nuestro trabajo.

—De acuerdo, perdonad que os haya hecho venir con tanta urgencia. Pero creo que esto acaba de convertirse en algo mayor.

—Estamos informados, jefe —responde Santos—. El subinspector Veloso nos ha puesto al día.

—Gracias, Jacobo. Pues entonces ya sabréis por dónde van los tiros, ¿no?

—No del todo —responde Laguardia—, pero sí lo bastante como para hacernos una idea. Dos muertos y un niño desaparecido, ¿no es así?

Mateo asiente ante la siempre objetiva frialdad de Antonio Laguardia.

—*Grosso modo*, Antonio. A ver, como ya sabéis todos, yo llevo unos cuantos días investigando la muerte de dos vecinos de Sober, que en principio se habían registrado como accidentes, aunque a la luz de las últimas averiguaciones parece que de accidentes han tenido más bien poco.

—Más bien nada —apostilla Jacobo.

—Correcto. Pero si os he pedido que vengáis es porque ayer las cosas se complicaron bastante.

—El niño…

—En efecto, Ana. El niño. Se trata de Nicolás Somoza, que falta de su casa desde ayer a última hora de la tarde.

—Deduzco que si estamos aquí es porque cabe la posibilidad de que ambas situaciones estén relacionadas, ¿no es así, señor?

Mateo tuerce el gesto.

—Aún no te lo puedo asegurar, Raúl. Pero algo me hace pensar que sí.

—¿De qué manera, jefe?

—Diría que como una medida de presión, Ana.

—Entonces ¿nos enfrentamos a un secuestro?

Mateo aprieta los labios a la vez que niega con la cabeza.

—En teoría no. Tal como me confirmó ayer… la tía del niño, nadie se ha puesto en contacto con la familia.

—Vosotros ya lo sabéis —continúa Jacobo—. Por más que todo apunte a esa posibilidad, si no hay comunicación ni exigencia de ningún tipo no podemos hablar de secuestro, sino de desaparición. Así que de momento ese es el protocolo que hemos puesto en marcha, en colaboración con la Guardia Civil de Lobios. Hemos organizado batidas tanto en la zona de la aldea en la que viven el niño y su familia como en los alrededores, con especial atención al río, que es la parte más… Bueno, ya os imagináis.

—La más peligrosa —comprende Santos.

Pero Raúl, que todavía mantiene la mirada puesta en Jacobo, se ha quedado con otro matiz.

—Pero en realidad, si estamos aquí no es porque se trate de una desaparición, ¿verdad, señor? Me refiero a lo que acaba de decir el subinspector, lo de «por más que todo apunte a esa posibilidad».

Mateo asiente esta vez.

—En efecto, Raúl. Por una parte, Candela Somoza, su tía, dice que su sobrino nunca haría algo así, desaparecer sin avisar. Se trata de un niño tranquilo, calmado. De hecho, y como ella misma me lo ha descrito esta madrugada, es incluso demasiado sensato para su edad.

—¿De qué edad estamos hablando, exactamente?

—Trece años, Antonio.

—Caramba, casi no parece un niño.

—No —rechaza Mateo—, no es eso. Ya os lo explicaré con más detalle, pero lo cierto es que al pobre crío tampoco es que la vida se lo haya puesto fácil. Pero de todos modos hay algo más. —El inspector muestra sobre la mesa la piel de zorro—. Mirad, hace un par de días me dejaron esto en el coche. Al parecer, y según me han explicado, se trata de una antigua manera de mostrarles a los demás que el peligro, de la naturaleza que fuese, ya había pasado. Cazado el animal, se acabó el riesgo.

—¿Una alusión a las dos muertes anteriores?

—Eso mismo pensé yo cuando me lo explicaron, Antonio. Pero ahora, y teniendo en cuenta lo que ha pasado, creo que cabe otra interpretación.

—Un aviso —comprende Arroyo.

Y Mateo vuelve a asentir.

—Exacto. La advertencia de que ya hay en la zona cazadores suficientes para encargarse de sus propios asuntos.

—Vamos —continúa Santos—, que alguien le estaba diciendo que no metiera las narices en donde no le habían llamado.

—Mucho me temo que sí. Pero como no le hemos hecho caso…

—Han decidido presionar de otra manera.

—Eso es, Antonio. Por eso estamos convencidos de que se trata de un secuestro, aunque de momento nadie haya confirmado nada.

Por un instante los seis permanecen en silencio. Hasta que Arroyo vuelve a intervenir:

—Pero ¿por qué ese niño, señor? ¿Acaso guarda alguna relación con los dos fallecidos?

Tampoco esta vez Mateo responde al instante.

—No. Creo que podría tratarse de algo más… personal. Por eso insisto en que no debemos descartar ninguna posibilidad.

Es Ana Santos quien capta esta vez lo implícito en la respuesta del inspector Romano.

—¿Hay algún tipo de relación entre usted y la familia del niño?

Mateo mantiene la mirada de la subinspectora.

—La hubo —responde—. La… hubo.

36

Estoy aquí

Apenas una hora más tarde, Nico se despierta dolorido y, todavía desconcertado, mira a su alrededor. Está echado en un colchón viejo, nada más tapado con una manta deshilachada, y un debilísimo hilo de luz le hace entender que ya es de día.

El pequeño se incorpora y busca sus gafas. Ahí están, justo donde él mismo las dejó, exhausto, la noche anterior. Se las ajusta para descubrir dos cosas. La primera es que están tan sucias que apenas logra ver a través de ellas. Y la segunda, que uno de los cristales se ha roto en una esquina, probablemente con el ajetreo.

Hace por limpiarlas con la tela de su camiseta, intentando no romperlas aún más, y, por fin, se levanta, pero sin dejar de envolverse en la manta. Hace frío aquí abajo, y Nico se abraza con fuerza bajo la tela. Mira a su alrededor.

—¿Hola?

Nada.

—¡Hola!

Pero la respuesta es la misma: el silencio. Tan solo un rumor. El sonido claro y reconocible del agua.

O, mejor dicho, del agua cayendo con fuerza.

37

Nosotros

Tan pronto como ha finalizado la reunión, Mateo ha tenido un breve aparte con la comisaria Serrano, solo para confirmar que Jacobo siga siendo su interlocutor en todo el operativo, y a continuación se ha despedido de ambos para volver a reunirse con su equipo.

—¿Cómo habéis venido?

—Con mi coche, jefe.

—Perfecto. Yo he dejado el mío en Sober.

Una vez más, es Ana Santos quien cae en la cuenta.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

Mateo aparta la mirada.

—Me han traído. Vámonos —resuelve—, quiero hablar con vosotros.

La carretera desde Monforte hasta Sober no es la mejor del mundo. Hoy, a la estrecha sucesión de curvas cerradas y baches como trincheras se le ha sumado esta niebla gris e interminable, una combinación que no hace sino dificultar la conducción y aconsejar la prudencia. A no ser que seas la subinspectora Santos, claro. A estas alturas, si algo tienen claro los demás miembros de la Brigada de Investigación Criminal es que Ana conduce, tal como ella misma lo ha descrito en tantas ocasiones, «a toda hostia, técnicamente

hablando». Y, si alguien tiene alguna opinión al respecto, lo mejor que puede hacer es guardársela y agarrarse fuerte, no vaya a ser que el suelo se llene de dientes rotos.

—A ver, la cosa está así —intenta explicar Mateo—. Delante de los superiores de Jacobo no puedo decirlo con tanta claridad, pero es evidente que esto tiene que ver conmigo.

Santos lo observa a través del retrovisor, ubicado junto a Arroyo en el asiento trasero.

—¿Con usted, jefe?

—Sí, Ana. Sea quien sea la persona que está detrás de esto, no me quiere aquí. De no haber venido a meter mis narices en esta historia, las dos muertes anteriores habrían pasado por simples accidentes domésticos.

—Nadie habría investigado nada —comprende Arroyo.

—Y nuestro amigo se habría salido con la suya.

—O nuestra amiga —corrige Ana a Laguardia—. Recuerda, no sería la primera vez…

—Así es. Pero el problema para quienquiera que esté detrás de esas dos muertes es que lo hicimos: investigamos, y ahora está claro que aquí hay algo mucho más serio. Y no sé si todo esto es para ganar tiempo o qué, pero estoy seguro de que el movimiento no es casual. Primero fue la piel del zorro, y ahora el niño. Sea quien sea la persona responsable, es evidente que el causante de esto soy yo.

Ana Santos no deja de observar a su superior por el espejo.

—Antes dijo que hubo algún tipo de relación entre usted y la familia del chaval…

—Así es. Yo soy del mismo pueblo que ellos. Nos conocíamos bien.

Santos mantiene la mirada de Mateo a través del cristal.

—Pero hay algo más. ¿Verdad, jefe?

Y Ana lo ve asentir.

—Sí —admite—. Candela, la tía del niño, y yo fuimos pareja. Hace muchos años, es verdad. Pero…

Mateo aparta la mirada hacia los campos a su derecha y niega en silencio.

—¿Qué pasa con Veloso y la gente de Monforte? ¿Podemos confiar en ellos?

Mateo agradece el pragmatismo de Laguardia, aunque nada más sea para sacarlo de la emboscada en que lo han metido sus propios pensamientos.

—Sí —confirma con voz segura—, Jacobo es de fiar. Y creo que su gente también. De hecho, le he pedido que sean ellos los que se encarguen de investigar el entorno familiar. Otra cosa son nuestros amigos de Sober.

—La Guardia Civil —entiende Arroyo—. ¿Qué ocurre con ellos, señor?

Mateo retuerce una mueca de incomodidad en su expresión.

—No sabría qué decirte, Raúl —responde mientras niega con la cabeza—. Ahora mismo se están encargando de coordinar con los de Protección Civil las batidas para buscar al niño. Pero… —Se calla—. Mirad, si por ellos fuera, todo estaría ya cerrado y enterrado desde la semana pasada. Literalmente.

—¿Fueron ellos quienes acudieron a los levantamientos?

—Sí. Y también los mismos que insistieron en lo accidental de ambas circunstancias. Aunque… —Mateo vuelve a esbozar la duda en su gesto—. No sé, pero si os digo la verdad, en algún momento

incluso tuve la sensación de que mi presencia los incomodaba de algún modo. Como si no fuera más que una molestia innecesaria.

—¿Para los familiares?

Mateo asiente.

—Sí, Antonio. Pero también para ellos.

—¿Cree que están encubriendo algo?

—No lo sé. —Mateo vuelve a dudar—. De lo que sí estoy seguro es de que aquí está pasando algo. Sobre todo, por la parte relacionada con David Quiroga. El agente que me atendió el primer día se esforzó mucho en señalar la honorabilidad del tal David. Cosa, por cierto, que no ha tardado en venirse abajo.

—Vaya, qué raro —murmura Santos con cinismo—. Será el primer caso de un tipo que no es tan bueno como otros hombres dicen… ¿Tenía antecedentes?

—Sí, pero nada demasiado serio en realidad. Antecedentes policiales por delitos leves. Un par de altercados por peleas en bares cuando era poco más que un chaval. Vamos, las típicas fanfarronadas de niño malcriado.

—¿Entonces?

—No sé, hay cosas que no me dan buena espina. Por lo que me ha contado su viuda y luego me ha confirmado su padre, el tipo no es que fuera un dechado de virtudes, precisamente.

—Comprendo. ¿Quiere que Antonio y yo nos encarguemos de eso?

—Sí —indica Mateo a la vez que el todoterreno de Santos entra en Sober—. Empezad por el puesto de la Guardia Civil y preguntad por el sargento Javier Saldaña.

—Saldaña —repite Santos.

—Exacto. Cuando yo hablé con él le faltó tiempo para dejar claro que Quiroga era un tipo de lo más honorable. Antes siquiera de que yo hubiera dicho nada.

—*Excusatio non petita…* —murmura Laguardia.

—Eso mismo pensé yo. Tengo curiosidad por averiguar cómo respira ahora que las cosas ya no están tan claras como él mismo decía, a ver a qué viene tanta defensa de su persona. A mí me conoce, y prefiero mantener distancia con él, por lo menos de momento. Veamos cómo reacciona con vosotros.

—De acuerdo, jefe.

—¿Y yo, señor?

—Para ti tengo dos misiones, Raúl. La primera es que te hagas cargo de la logística. Confío en Jacobo, pero al fin y al cabo esta no es nuestra comisaría, y aquí todo el mundo se conoce.

Arroyo comprende.

—Teme usted que pueda haber filtraciones.

—Exacto. Y por eso vas a hablar con esta persona. —Mateo busca un nombre en la agenda de su teléfono—. Aquí está, te lo paso.

Raúl recibe al instante el contacto en su móvil.

—¿Alfonso Campos?

—Así es. Se trata de un historiador local, alguien que ya ha colaborado con Jacobo en alguna ocasión. Por lo que me ha explicado, es un buen tipo, cabal y cooperativo. Y además es de aquí. Conoce bien el pueblo y sus alrededores. Habla con él, pídele que nos ayude a encontrar algún espacio seguro y discreto en el que podamos montar una base de trabajo para nosotros cuatro.

—Sí, señor. ¿Y la segunda misión?

—Tan pronto como lo tengas, ponte con los expedientes de ambas muertes, la de Maseda y la de Quiroga. Si algo dejan claro sus autopsias es que no se trató de ningún accidente, y de ninguna manera creo que esa sea la única coincidencia entre los dos casos. Tiene que haber algo más, algo que de momento estamos pasando por alto. Averigua qué es, Raúl.

—Por supuesto, señor.

—¿Y usted, jefe?

—Acercadme a Lobios. Quiero ver si cazo a una bruja.

Tiempo atrás. Enero de 1976

Es el momento

Senda sabe que su advertencia no ha caído en saco roto. Víctor Quiroga le ha confirmado que, cuando llegue el momento, él se hará cargo del crío.

—Vendrá conmigo, podrá quedarse en la bodega —le aseguró—. Pero nunca, nunca jamás, será un Quiroga. Ni mucho menos heredará nada de lo que tan solo me pertenece a mí. O a mi familia.

Víctor parecía morder con rabia cada sílaba que pronunciaba, pero Senda no se esforzó en absoluto por ocultar lo ridícula que la advertencia del bodeguero le parecía.

—¿Por qué te empeñas tanto en señalar que esa criatura no pertenece a tu familia? ¿Para convencerme a mí… o tal vez a ti?

Víctor no respondió nada. Se limitó a masticar su ira en silencio.

—No te preocupes, bodeguero, que no se trata de eso. Tú haz lo que te hemos pedido, y duerme en paz. Si tu mala conciencia te lo permite, claro.

Y se acabó. Víctor Quiroga salió de la casa de la señora Senda tal como había entrado, en plena noche y sin que nadie lo viera.

Por eso ahora, con ese asunto resuelto, Senda ha vuelto a convocar a sus hermanas alrededor del fuego. Porque todavía queda algo que solucionar.

—Ahora sí, es el momento.

—¿Herminia?

Senda no responde. Pero tampoco es necesario. De nuevo con la mirada perdida en el fuego, las cuatro ven que su hermana mayor vuelve a mover la pieza de tejo en sus manos.

—Sí, Herminia —murmura al fin, aún sin apartar la vista del fuego —. Pero esperad, dejadme que hable yo primero con ella. Necesito que comprenda que, si finalmente intervenimos, luego no habrá vuelta atrás.

38

El padre en la horca, el niño pequeño

Las cuadras bajo la cocina donde antiguamente la abuela Senda se reunía con sus hermanas permanecen ahora en penumbra. Tan solo el resplandor de la vela que Antoñita ha encendido junto al pozo rompe la oscuridad. Y ahora, por fin, la mujer ya está lista para comenzar el ritual.

Antoñita repasa todos los elementos necesarios, los mismos que ha reunido desde primerísima hora de la mañana. Comenzando por la propia vela, un enorme cirio pascual. Cerca de él, varias de las plantas que cultiva en el patio, recolectadas aún con el rocío de las primeras luces. Y algo más. Ahora, alineados todos como si se tratara de los ingredientes para algún tipo de receta extraña junto a la boca del pozo abierto, se dispone a comenzar. Uno a uno los va arrojando al interior del pozo al tiempo que murmura algo. Una especie de oración, un recitado apenas inteligible.

—Ángeles cautivos, luz prisionera…

Al tiempo, una tras otra, arroja las distintas hojas. De laurel, de datura, de tejo… Tras cada una de ellas, inclina el cirio hacia el interior del pozo y derrama tres gotas de cera en la profundidad de la boca negra.

Y, al final, una hoja de papel. Antoñita saca un bolígrafo de un bolsillo del mandilón y, despacio, con una suerte de caligrafía antigua, casi aún escolar, escribe un nombre sin dejar de murmurar la extraña oración.

—El padre en la horca, el niño pequeño…

Antes de arrojar el pedazo de papel al interior del pozo acerca una de las esquinas a la llama del cirio y espera. Tiene que asegurarse de que prende bien. A medida que el fuego arrasa el papel, las letras se vuelven incandescentes.

«Nico», rezan.

Y, entonces sí, lo tira al pozo. Luego se asoma a su interior, como si quisiera adivinar algo en su oscuridad.

Con los ojos clavados en la hoja que se pierde y se apaga mucho antes de llegar al fondo, Antoñita no deja de murmurar, sin apartar la vista del fondo negro, a la vez que, lentamente, cierra los ojos. Como si de alguna manera ella misma quisiera convertirse en esa misma oscuridad. Y así permanece durante un buen rato. Con los ojos cerrados, murmurando esta especie de responso casi indescifrable.

—Por el fuego que prendiste, por el hábito que vestiste…

Hasta que, de pronto, algo la saca de esta suerte de trance en que se encuentra.

De súbito en guardia, Antoñita vuelve a abrir los ojos y, con una mirada tan atenta como afilada, busca en la dirección en que ha llegado el ruido.

Alguien está llamando fuera, a la puerta de la casa.

Y Antoñita maldice para sus adentros.

39

Trampas para el diablo

Mientras espera en el camino, Mateo contempla el espacio frente a él. La puerta pintada de un azul desconchado en lo alto, las imágenes en latón del Sagrado Corazón de Jesús clavadas sobre la madera, los siete escalones de piedra que llevan hasta la entrada. La pequeña columna de castaño que soporta el porche. Y, entonces, cae en la cuenta de algo.

En esa columna, una pieza de madera más que rudimentaria, hay algo. Una especie de círculo, labrado como a metro y medio del suelo. Y, ahora que se fija, distingue que dentro de ese círculo hay otro. Mateo roza ambos grabados con la yema de los dedos y al momento descubre otro más. Un poco más abajo, encuentra varias líneas rectas, cruzadas entre ellas, formando una rejilla. Mientras las toca, alguien se le acerca por la espalda.

—Trampas para el diablo, inspector.

—¿Cómo dice?

—Trampas —repite Antoñita— grabadas en la madera muchos años atrás.

—¿Y con qué fin?

—Para despistar a los malos espíritus. ¿Acaso no sabe usted que el demonio y sus soldados son tan curiosos como obsesivos? Si se

encuentran con alguna de estas marcas, se quedarán prendidos en ellas, intentando desentrañar el laberinto en el que ellos mismos se han metido. Y, para cuando quieran darse cuenta, las puertas de esta casa ya se habrán vuelto a cerrar para ellos… ¿Qué me dice, quiere entrar?

Mateo sonríe.

—¿Cree que podré?

Antoñita le devuelve el gesto, pero sin el más breve asomo de cariño.

—Descubrámoslo.

La mujer sube las escaleras por delante de él, al tiempo que Mateo echa un vistazo al lugar por el que esta ha aparecido. La puerta de las antiguas cuadras ha quedado entreabierta, pero ella le indica que suba.

—¿No la cierra?

—Ahí dentro ya no queda nada que pueda escapar, y nosotros estaremos más cómodos arriba, en la cocina. ¿Le apetece algo? Puedo ofrecerle un vaso de agua, que eso no se le niega a casi nadie. O tal vez un café, incluso.

—No, gracias —responde Mateo mientras también él sube las escaleras—. Seré breve.

—Pues a ver si es verdad —murmura Antoñita a la vez que atraviesa el pequeño pasillo de la casa.

Por fin dentro, Mateo observa el espacio abierto frente a él. En efecto, se trata de la antigua cocina de la casa. Y aunque se nota aquello que le había dicho Candela, lo de que Antoñita había ido arreglando la casa por su cuenta, en esta parte de la vivienda el cambio parece haber sido mínimo con respecto al estado original.

Una vieja cocina de hierro al fondo, desde luego muy antigua, hace que la nevera que a duras penas se mantiene en pie en la pared de enfrente, un cacharro que tal vez fuera nuevo en los años setenta, parezca de lo más moderno a su lado, casi futurista. A la derecha, junto a la cocina de leña, hay una pila de loza blanca, también anciana como el mismo tiempo. Y, mirando a su alrededor, Mateo no acierta a decir de qué color son realmente las paredes, porque el humo de muchos años les ha dado una especie de pátina gris, ocre en las partes más bajas y negra en las más altas. Tanto como en el suelo, en realidad, una superficie formada por piezas de granito en las que los restos del hollín y la carbonilla acumulados durante años delatan la presencia de una cocina de suelo, por más que ahora el centro de la pieza esté ocupado por una mesa de madera, frágil y endeble como un suspiro, cubierta por un hule. Sobre sus cabezas, se cruzan dos vigas de madera, saetadas de ganchos para curar embutidos y secar hierbas, y poco, muy poco más.

—No se imagina cómo me alegra que mi cocina le resulte tan interesante. Pero si ahora me dice qué es lo que quiere…

—Nico —responde Mateo a bocajarro, aún con la mirada perdida en el techo de la estancia, pero buscando algún tipo de reacción por parte de la mujer—. Me imagino que ya estará usted enterada de que ha desaparecido.

Pero Antoñita apenas se inmuta.

—Por supuesto, muchacho. ¿En dónde se cree que vivimos? La Guardia Civil ya ha pasado por aquí, junto con los de Protección Civil. Todo el mundo lo sabe. De hecho, algunos vecinos ya lo están buscando por su cuenta.

—Pero usted lo sabe desde antes, ¿verdad?

—Sí. Candela me llamó ayer a última hora de la tarde, preguntándome si estaba conmigo. Le dije que no, y enseguida me di cuenta de que ocurría algo. Le pedí que me mantuviera informada, pero, como no lo hizo, esta mañana he vuelto a preguntarle.

—¿Ayer no estaba a su cargo?

—No, inspector. Ayer por la tarde Candela no trabajaba. ¿Acaso no lo sabe usted?

Mateo no entra al trapo de la provocación.

—El martes es el día de descanso en el bar de Candela, de modo que nadie queda a cargo del niño.

—¿Y no lo vio?

—Sí, eso sí, claro. A primera hora de la tarde andaba por el pueblo, eso seguro.

—¿Lo vio en la aldea?

Antoñita asiente.

—Sí. Estaba jugando aquí al lado, alrededor de la iglesia grande. Y algo más tarde…

Se detiene, como si estuviera haciendo memoria.

—¿Sí?

—A ver, lo vi desde lejos, pero juraría que era él.

—¿Dónde?

—En el porche de la capilla de los Ángeles.

—¿A qué hora?

—Recuerdo que me costó verlo con claridad, porque ya empezaba a oscurecer, así que debían de ser las seis o seis y media como mucho.

—¿Y estaba solo o con otros niños?

—Aquí no hay muchos más niños con los que jugar, muchacho. Pero no, en ese momento no estaba solo.

—¿Y con quién estaba, entonces?

—Con Odilo.

—¿Odilo? Pero ¿y por qué no se lo dijo a Candela?

—Se lo dije, claro que se lo dije. Pero eso no tiene mayor importancia.

—No, señora. La tiene, y mucha. Sobre todo, si Odilo resulta ser la última persona con la que fue visto Nico.

Antoñita se queda callada por un instante, como si de algún modo le costara procesar lo que Mateo le está diciendo.

—Pero de verdad cree usted que… —De nuevo, silencio—. ¡Por favor, no sea usted ridículo! Odilo es un bendito, ¿me entiende? ¡Un bendito! Déjese de sandeces, que Odilo nunca, nunca jamás, le ha hecho ningún mal a nadie. Bastante tiene con lo que tiene el pobre…

—Ya, claro. —Mateo opta por darle la razón a Antoñita, pero en realidad su mano ya ha cogido el teléfono móvil en el interior del bolsillo—. ¿Y después?

La mujer le sostiene la mirada.

—Después nada, inspector. Después Nico desapareció.

40

¿Qué pasa, que no nos creen?

Al mismo tiempo que Mateo llama a Jacobo para que acuda a Lobios y se centre en encontrar a Odilo, Santos y Laguardia entran en el puesto de la Guardia Civil en Sober.

—¿El sargento Saldaña, por favor?

—Javier Saldaña —les confirma—, para servirles. ¿En qué les puedo ayudar?

—Somos los subinspectores Antonio Laguardia y Ana Santos, de la comisaría de Vigo.

—Ah, sí —responde Saldaña, y estrecha la mano de Antonio primero y de Santos después—, son compañeros de Mateo, ¿verdad?

—En cierto modo —responde Antonio—. El inspector Romano es el jefe de nuestra brigada.

—Ya, claro.

La verdad es que Saldaña no parece especialmente interesado en el encuentro.

—Supongo que vienen por el asunto de la desaparición, ¿no? Ahora mismo vamos un poco desbordados, pero si les podemos ayudar en algo más, yo…

—Sí, lo sabemos. Pero no es por eso por lo que hemos venido a hablar con ustedes.

—¿Ah, no? —El sargento alterna una mirada de desconcierto entre Laguardia y Santos, que se mantiene seria y distante. Casi incluso desafiante—. ¿Y de qué se trata, entonces?

—Álvaro Maseda y David Quiroga. Supongo que estará usted enterado de que han aparecido una serie de cuestiones que desmontan la primera hipótesis.

—Ya sabe —apostilla Santos—, aquella que los describía como accidentes. Por supuesto, erróneamente.

Santos ha hecho un hincapié especial en pronunciar de la manera más nítida e inteligible la última palabra. Esfuerzo que, por supuesto, no ha pasado inadvertido para el sargento.

—Sí —admite Saldaña, incómodo por el matiz empleado—, algo he oído. ¿Y en qué les puedo ayudar yo, si se puede saber?

—¿Podría decirnos si tienen ustedes algún tipo de información nueva sobre estas personas? No sé, algún dato que tal vez haya aparecido en los últimos días…

La de Laguardia sigue pareciéndose más a la vía de la diplomacia.

—Y que por lo que sea no hayan compartido con nosotros.

La de Santos no.

—Sí, bueno —reconduce Antonio—, o si tal vez han encontrado algún tipo de relación entre ambos.

El sargento, más incómodo cada vez, frunce el ceño.

—¿Algún dato? Oigan, ya se lo dije a Mateo cuando estuvo aquí el sábado. Ahí no hay nada, ¿me entienden? Nada. ¿Qué pasa —se incomoda—, que ahora su jefe ya no confía en nosotros o qué?

—Hombre, visto lo visto —responde Santos—, comprenderá usted que tanto como para confiar no está la cosa, amigo.

No, a Saldaña no le ha gustado nada este último comentario.

—¿Y eso por qué, amiga?

—Por las autopsias —responde Antonio, siempre frío.

—¿Las… autopsias?

Santos y Laguardia se dan cuenta de que esta es una cuestión de la que Saldaña no estaba informado.

—Vaya —murmura Ana—, parece que la comunicación no está fluyendo demasiado bien por aquí.

Saldaña prefiere no responder esta vez.

—Díganos —continúa Laguardia—, ¿sabe usted si David Quiroga estaba metido en algún tipo de problema?

—Por lo que hemos ido viendo —comenta Ana—, si el muchacho fuera trigo, parece que le haría falta un buen lavado, ¿no le parece?

En realidad, todas las provocaciones de Santos no buscan más que algún tipo de reacción por parte de Saldaña. Y sí, por un instante el sargento casi parece ceder y dejar correr su enojo. De hecho, a punto está de decir algo entre sus dientes apretados. Pero se detiene al ver que alguien que estaba haciendo algún tipo de trámite en el interior del puesto se acerca en su dirección. Al pasar junto al grupo ambos cruzan una mirada, rápida e incómoda, porque es evidente que esta persona se ha percatado de la tensión entre los tres. Saldaña guarda silencio mientras espera a que el hombre, un tipo mayor de pelo blanco y cazadora gris, acabe de pasar cerca de ellos.

—Escuchen —muerde más que habla Saldaña cuando se asegura de que el viejo ya se ha alejado lo suficiente—, si el otro día hablé con su jefe fue porque pensaba que lo estaba haciendo con un amigo. Un antiguo vecino, ¿me entienden? Pero ahora me da la

sensación de que al inspector Romano le parece que los compañeros de la Guardia Civil no hacemos bien nuestro trabajo, ¿no es así?

—Yo no creo que sea eso, sargento…

Pero a estas alturas Saldaña ya no está por la labor de considerar las apreciaciones de Laguardia.

—Pues si es o no es así, que venga él y me lo diga a la cara. Entretanto, ya se pueden ir ustedes dos por donde han venido, y dejen de tocar los huevos. Se lo dije a Romano y se lo digo también a ustedes: David Quiroga era un buen tipo. ¿Les entra en la cabeza? Un empresario ejemplar, además de un muy buen amigo personal. Déjenlo en paz de una puta vez, cojones ya.

Santos está a punto de responderle algo. Pero una negativa rápida por parte de Laguardia le advierte de que mejor se quede callada. Al fin y al cabo, ya tienen lo que habían ido a buscar.

—Y ahora, si me disculpan, les dejo, porque yo sí tengo mucho que hacer. A lo mejor a ustedes les importa un carajo, pero aquí tenemos un niño desaparecido. Y él sí es uno de los nuestros.

41

Siempre la misma canción

Todo en ella es parquedad. Cinismo, dureza. De alguna manera, desprecio… Mateo aún no conoce el porqué, pero es evidente que está muy lejos de gozar de nada que se parezca a la simpatía de Antoñita. De hecho, ella no hace ni lo más mínimo por prolongar el encuentro. Sabe que, si por ella fuera, ya lo estaría corriendo a escobazos de su casa para despedirlo con la música de un portazo, quizá incluso mayor que el de la vez anterior. Pero también sabe que esta vez es distinto.

Esta vez no se trata de ningún difunto al que Antoñita haya odiado tanto en vida como celebrado en muerte, tal como parecía sucederle con Álvaro Maseda. Ahora se trata de un niño. De uno que ella conoce bien. Y no, hoy Mateo no está para historias. De modo que ambos se miden con cautela.

—Hay algo más por lo que me gustaría preguntarle.

—Usted dirá.

—Tenemos motivos para pensar que tanto la muerte de David Quiroga como la de Álvaro Maseda podrían guardar relación con casos de algún modo semejantes ocurridos en esta misma zona muchos años atrás.

Antoñita entorna los ojos.

—¿Como cuántos años atrás?

—Medio siglo, década arriba, década abajo.

—Ajá. No sé si lo sabe, muchacho, pero en aquella época yo vivía en Barcelona con mi madre, de modo que si está usted intentando insinuar algo…

—No, no —la ataja—, no es con usted con quien guardan relación, sino supuestamente con las viejas brujas del lugar.

Esto último sí provoca la tensión de Antoñita. Ha intentado disimularlo, pero lo ha hecho tarde y Mateo se ha dado cuenta.

—Brujas con las que, según tengo entendido, usted parece estar emparentada. ¿Me equivoco?

—No —responde muy despacio—, no se equivoca usted. Mi abuela y sus hermanas…

—La abuela Senda.

La mujer vuelve a clavar sus ojos en los de Mateo. No, a Antoñita no le gusta que la interrumpan.

—Exacto, inspector. Ella y sus hermanas eran las cinco hijas de Mamá Dolores, mi bisabuela. Y sí, estoy muy orgullosa de ser la última descendiente de una familia de brujas. Pero lo que todavía no comprendo es qué tienen que ver mi familia materna y todas sus compañeras con sus difuntos, señor Romano.

—Las autopsias —vuelve a responder Mateo, de nuevo a bocajarro —. Tanto Quiroga como Maseda presentaban muestras de haber sido envenenados. Pero no de cualquier manera, sino con medios naturales. Plantas, al parecer, fáciles de conseguir en la zona.

—Ah, claro, comprendo. —Antoñita esboza una nueva sonrisa cargada de cansancio—. La vieja música de siempre, ¿no es eso? —Suspira con desgana—. Sí, señor, tiene usted razón. Es muy cierto

que antiguamente las mujeres sabias utilizaban todo tipo de plantas para elaborar sus remedios. Las de mi familia, y todas aquellas que estaban en contacto con los poderes de la madre tierra. Elaboraciones que usted y todos los ignorantes que lo siguen reducen a supercherías y, en el peor de los casos, a venenos. Pero se equivocan, señor.

—Ah, ¿sí? Pues el informe de toxicología no dice lo mismo.

—¡Me da igual lo que digan sus informes! Puede que ahora ya quedemos muy pocas aquí. Apenas somos dos, quizá tres. Pero entonces eran muchas, muchas las mujeres que conocían la manera de combinar las plantas con todo lo que hiciera falta para elaborar los preparados. Y sí, dependiendo de lo que se quisiera hacer con ellas podían resultar letales, por supuesto. Pero eso es como todo. Hasta lo más sano puede volverse mortal si se administra de la manera equivocada.

—¿De qué plantas estamos hablando?

Antoñita abre los brazos en el aire, como si le pareciera imposible resumir todo aquello.

—¡De todo un mundo, señor! Desde las más sencillas, de las que tenemos en la huerta, como el laurel y el romero, o la flor de la amapola, la salvia, el manto de la Virgen… Y si quiere que le diga alguna de esas otras, ya sabe, esas que igual le suenan más por los cuentos de viejas que por otra cosa, pues también: está la belladona, el beleño negro, el estramonio… ¿Quiere más?

Mateo capta el desafío en la pregunta, pero no se arredra.

—Por favor —concede.

—Pues por si lo prefiere, sepa que también se usaban otros elementos que a ustedes igual les parecen tan escandalosos como ridículos, como la sangre o los excrementos de algún animal, o incluso la tierra pisada por alguna persona en concreto. Pero para nosotras todas esas cosas tenían valor, ¿sabe? Lo tenían.

Lejos de entrar a la provocación, Mateo tan solo asiente en silencio.

—Ha mencionado usted algunos de los nombres que me interesan: el beleño y el estramonio. ¿Para qué los utilizaban?

Antoñita encoge los hombros.

—Pues para muchas cosas. El estramonio, por ejemplo, funciona muy bien como relajante y, en mayor cantidad, como analgésico. Ayuda a aliviar ciertos dolores.

—¿Y si se aumenta la dosis?

Antoñita calla por un instante.

—Podría ser alucinógeno.

—¿Y en una aún mayor?

Esta vez la mujer le mantiene la mirada con gesto evidente.

—Usted ya lo sabe —concede—, podría ser letal.

—Podría ser letal —repite Mateo—. Pues esto mismo me lleva a la siguiente cuestión. ¿Está usted familiarizada con el uso del tejo?

El impacto es evidente.

—¿Ha dicho usted tejo?

Mateo asiente.

—¿Acaso estaba en el cuerpo de alguno de los fallecidos?

—En el de Álvaro.

—Álvaro… —repite Antoñita, casi en un murmullo a la vez que arruga el entrecejo—. Dígame, inspector, ¿había algo más?

Mateo se da cuenta del interés que el detalle ha provocado en Antoñita.

—¿Qué ocurre?

—¡Responda! —lo apremia—, ¿había algo más? Ya sabe, me refiero a si Maseda presentaba alguna otra característica especial. ¿La había?

—Sí —le contesta—. Según nos han explicado, si hubiera sobrevivido a esto tampoco habría durado mucho más.

—Porque se estaba muriendo…

—Así es. Al parecer, tenía una cirrosis muy avanzada y los días contados.

—Comprendo.

Antoñita se da la vuelta y se apoya en la cocina de hierro.

—Se estaba muriendo —murmura para sí, todavía de espaldas a Mateo—. Pues esto cambia por completo las cosas, joven. Y sí, puede que guarde alguna relación con mi familia.

Esta vez es Mateo quien alerta su expresión.

—¿De qué manera?

Antoñita parece pensárselo por última vez.

—De acuerdo —decide, a la vez que se vuelve de nuevo hacia Mateo—, siéntese y escuche. Pero hágalo con atención. Y, sobre todo, con la mente abierta…

42

Ustedes no son de aquí

—Coño, pues yo creo que el encuentro con el Saldaña este ha ido muy bien, ¿no?

—Desde luego —admite el subinspector Antonio Laguardia—. De hecho, y si me apuras, diría que no has podido tocarle más las narices en menos tiempo, Ana.

La subinspectora Santos no disimula una sonrisa satisfecha.

—Que se joda, por gilipollas. Qué, ¿tomamos algo?

Una vez fuera del puesto de la Guardia Civil, el bar más cercano es La Bodeguiña de Marce, y un vistazo rápido por parte de Santos y Laguardia sirve para identificarlo como uno de esos lugares que hay en todos los pueblos y que lo mismo sirven para comer unas cuantas raciones, echar la partida o quedar para ver el partido y comentar la jornada.

—Buenos días, jefe.

—Buenas, señores. ¿Qué va a ser?

—Para mí un café solo.

—¿Y para usted?

—Uno con leche sin lactosa.

—Nenaza —murmura Santos.

—Marchando.

El camarero es un tipo alto y fuerte, corpulento. A juzgar por la calma con que se toma la comanda, lo más probable es que sea el propio Marce, el dueño del negocio.

—Desde luego —continúa Santos—, lo que sí podemos confirmarle al jefe es que Saldaña tenía alguna relación mucho más estrecha de lo que aparenta con Quiroga.

—Por supuesto —admite Laguardia—. ¿A qué viene, si no, todo ese empeño en dejar claro que el fulano era una bellísima persona?

Ambos vuelven a callar cuando ven que el camarero regresa con los dos cafés.

—Aquí tienen —les ofrece al tiempo que deja las tazas sobre la barra.

—Muchas gracias.

—Oigan —añade, aún sin levantar la vista de los cafés—, perdonen que les pregunte, pero…

—¿Sí?

El tipo levanta la vista y, con aire curioso, alterna la mirada entre Santos y Laguardia.

—Ustedes no son de aquí, ¿verdad?

Antonio mantiene la mirada del hombre.

—¿Tanto se nos nota?

El camarero sonríe.

—No me digan más: son ustedes funcionarios.

Y esta vez es Santos la que le devuelve una suerte de sonrisa cómplice. Como la de quien se sabe descubierta. «Funcionarios» es el eufemismo que muchos policías emplean para referirse a sí mismos cuando no quieren especificar cuál es su trabajo.

—Vaya —responde Ana—, ¿y qué nos ha delatado, si puede saberse?

Él encoge los hombros, como si la respuesta fuera de lo más evidente.

—Bueno, hombre, ustedes ya saben. Esto es un pueblo, aquí las noticias vuelan. El sábado pasado vimos por aquí al hijo de Saúl, del que todos sabemos dos cosas: que es policía y que no se lleva con su padre.

—Vamos, que no se les escapa una a ustedes.

—A ver, tampoco es eso. Lo que pasa es que si aparece por el pueblo después de tantos años justo cuando mueren dos vecinos, pues… ¿Qué quiere que le diga? Por un ataque de morriña familiar está claro que no es.

—Ya.

—Y claro, ahora ustedes dos…

—Blanco y en botella, ¿no?

—Más o menos. Además, espero que no me lo tomen a mal, pero…

—¿Sí?

El tipo parece dudar.

—A ver, no se me vayan a incomodar, ¿eh? Pero la verdad es que no he podido evitar oír lo que decían ahora.

Santos asiente con gesto socarrón.

—No ha podido evitarlo, ya.

—Bueno, oigan, el bar está vacío, no hay nadie…

—Y usted tenía la oreja puesta…

El camarero se acerca un poco más desde el otro lado de la barra hasta inclinarse sobre el mármol.

—Miren, si me lo permiten, voy a darles un consejo.

Santos arquea una ceja.

—De estar en su lugar, yo no me molestaría demasiado.

—¿A qué se refiere?

—Ustedes ya lo saben. De hecho, es de lo que estaban hablando.

—David Quiroga.

—Exacto. Miren, puede que alguien les cuente algo del Alvarito. Al fin y al cabo, ese desgraciado no era más que un macho triste, como le decimos aquí.

—¿Un macho triste? —pregunta Laguardia.

—Sí, hombre. Un tipo gris que apenas hablaba con nadie. Una mala sombra, un *nin vou alá nin fago falta*. Pero el Quiroga pequeño…

El camarero se detiene. Aprieta los labios y menea la cabeza a un lado y a otro, en un ademán cargado de incomodidad.

—Miren, por aquí no encontrarán a nadie que les cuente demasiado. Por no decir nada.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque hay cosas en las que es mejor no meter las narices, señora. Sobre todo, si luego uno no quiere líos. Y la del Davidiño es una familia a la que aquí, en Sober, todo el mundo le tiene mucho… —El camarero vuelve a detenerse por un instante—. Respeto —continúa—. Ustedes ya me entienden.

—Claro —comprende Ana—. Diga usted respeto, diga miedo.

—Bueno —concede—, esa es otra manera de verlo. Cuente usted que aquí quien más, quien menos le debe algo a los Quiroga.

—Ya.

—De manera que no —resuelve el camarero al tiempo que vuelve a apartarse—, o mucho me equivoco, o aquí nadie les va a decir nada.

—Pues qué bien.

Desganada, Santos se gira en dirección a la calle. En realidad, lo ha hecho más por distanciarse de la conversación que por ninguna otra cosa. Pero entonces cae en la cuenta de algo curioso. A pesar del frío, alguien se ha sentado fuera, en una de las mesas de la terraza. Es un hombre mayor, un tipo grueso, de cabello cano, envuelto en una cazadora gris. Y no, no hace nada más que observarla fijamente. Como si quisiera llamar su atención.

—¿Qué coño…?

Y entonces lo reconoce. El pelo blanco, la cazadora gris… Es el mismo individuo que pasó junto a ellos cuando estaban hablando en el puesto de la Guardia Civil, quien provocó el silencio de Saldaña y quien ahora asiente en silencio. Es un gesto sencillo. Nada más una ligera inclinación de cabeza. Pero lo bastante clara como para transmitir un mensaje. Tan pronto como ve que ha captado la atención de la subinspectora, se levanta de la mesa y echa a andar calle arriba.

—Paga —ordena Santos, aún sin apartar la mirada de la calle.

—¿Qué?

—Que pagues, Antonio. Que nos vamos. Ya.

—¿Qué pasa?

—Aún no lo sé —responde Santos ya desde la puerta—. Pero puede que sí hayamos encontrado a alguien con ganas de contarnos algo.

43

La Casa del Inglés

Alfonso Campos ha resultado ser tal como Jacobo se lo había descrito a Mateo, una persona afable y colaborativa. Cuando ha respondido a la llamada de Arroyo, el historiador le ha preguntado si le importaría acercarse al instituto de Sober, en la parte alta del pueblo. Al parecer, Campos trabaja ahí como profesor de geografía e historia. Al llegar, Raúl se encontró con que este, un tipo alto y fuerte, de pelo tan canoso como escaso y sonrisa franca, ya lo estaba esperando junto a la conserjería.

—Pues usted dirá en qué se le puede ayudar.

Tan pronto como Arroyo le ha transmitido las necesidades de la brigada, lo único que ha respondido ha sido «Deme un segundo» y, acto seguido, ha echado mano de su teléfono móvil para, luego de buscar un contacto en su agenda, realizar una llamada.

—¿Mari? Hola, soy Alfonso. Oye, mira una cosa, ¿sabes si está libre la Casa del Inglés? ¿Sí? Perfecto. Es que tengo aquí un amigo al que le hace falta. Sí, sí, un asunto importante. Mira, ¿te encargas tú de avisar a tus padres? Estupendo. Gracias, gracias. Sí, diles que vamos para allá.

Cuando Arroyo se ha querido dar cuenta, él y el historiador ya estaban en la carretera, conduciendo en paralelo al cañón.

—Me imagino que están ustedes investigando las muertes de Álvaro y del Quiroga pequeño, ¿me equivoco?

Arroyo se limita a encoger los hombros desde una sonrisa lo más amable posible.

—Entienda usted que no le puedo decir mucho al respecto.

—Claro, claro —asiente—. Comprendo. Pero…

Alfonso se detiene.

—¿Ocurre algo?

El historiador retuerce los labios en una duda a la vez que menea la cabeza a un lado y a otro.

—A ver, no sé. Es que hay algo ahí que…

—Qué.

Se pasa una mano por la nuca.

—Yo qué sé. Mire, si le puedo decir la verdad, a mí toda esa historia no acaba de parecerme normal, qué quiere que le diga.

—¿Por?

Alfonso chasquea la lengua y coge aire, como si le estuviera dando vueltas a algo.

—No sé, hombre. Este es un lugar tranquilo, dos muertos tan seguidos, esas formas… Mire —señala hacia delante—, es ahí.

El lugar de Sampil, en la parroquia de Pinol, es uno de esos espacios que provocan el asombro de quien los visita por primera vez. Cuando el coche se aparta de la carretera principal comienza el descenso hacia la aldea, en realidad un grupo formado por poco más de media docena de casas. Una isla de calma en medio de un mar verde de prados, nada más limitado por un bosque de pinos al sur que hace de frontera natural entre la tranquilidad de los campos y la montaña que se arroja contra la profundidad del río.

—Bueno, pues ya hemos llegado —indica el historiador a la vez que detiene el coche a la entrada de la aldea—. Aquí es.

Tan pronto como se baja del vehículo, Raúl repara en que uno de los portales frente a ellos acaba de abrirse y del patio interior asoma una pareja ya mayor, en la ronda de los ochenta años.

—Mire —los señala Alfonso—, ahí están. Carmen y Moncho, los dueños de la casa.

—¿Podemos confiar en ellos?

—Absolutamente. Son dos personas maravillosas, buenas y generosas. Y sus hijas también. Mari es la farmacéutica de Sober, y sus hermanas, Marián y Saleta, también son de mi total confianza. Créame, no podrían estar ustedes en mejores manos.

Por fin en el exterior, y una vez hechas todas las presentaciones, Carmen y Moncho guían a Raúl y al historiador por el interior de la finca, a través de un segundo portal levantado junto a la casa principal.

—¿A dónde vamos? —pregunta Arroyo con discreción.

Pero Alfonso le devuelve una sonrisa llena de firmeza, a medida que bordean la construcción. Por fin en la parte posterior de la finca, Raúl comprende.

—Bienvenidos a la Casa del Inglés.

Y Arroyo también sonríe.

Según le explican, la del Inglés es una casa que alguien levantó hace años junto al prado. Rodeada de magnolios y rosales, estuvo ocupada hasta que aquel inglés, que había llegado junto con su pareja, fascinados ambos por la belleza del cañón, falleció. Su marido decidió marcharse, y Carmen y Moncho le compraron la vivienda.

—Así que ahora aquí la tenemos —explica Carmen—, para nosotros.

—O para cuando algún amigo la necesita —puntualiza Moncho, sin dejar de sonreír en ningún momento.

—Eso es —confirma su esposa—. Y si Alfonso dice que usted es amigo suyo, pues entonces también es amigo nuestro. ¿Qué le parece? —pregunta volviendo a señalar la casa—. ¿Cree que les servirá?

Raúl vuelve a sonreír, satisfecho.

—Haremos que sirva.

44

La verdad sobre todas las cosas

Sentada a la mesa de su cocina, Antoñita se ha pasado un buen rato en silencio, con la mirada perdida en el hule, con toda seguridad asomada a sus propios recuerdos a los que trata de poner orden.

—Pues esa es la verdad, inspector —murmura al fin—. Desde aquellos tiempos, la gente ha seguido pensando en las brujas como mujeres locas y peligrosas. Ancianas de cabellos blancos y miradas desquiciadas removiendo un enorme puchero burbujeante. Pero la realidad es otra. Una mucho más compleja y, por supuesto, valiosa.

Mateo se limita a asentir y, en silencio, sigue escuchando.

—Todas aquellas mujeres y, aunque ahora ya nadie parezca recordarlo, también hombres, no tenían otra razón de ser que la de ayudar al prójimo. De hecho, y si me apura usted, le diría que aquello que los ignorantes y los soberbios acabarían despreciando como brujería no era sino en realidad puro pragmatismo.

Esta vez el inspector frunce el ceño.

—¿Pragmatismo?

—Por supuesto. ¿O a qué se cree usted que se dedicaban todas aquellas mujeres? Tan solo se trataba de ayudar en todo lo que fuera necesario. Sobre todo en una época en la que los médicos, sin

ir más lejos, no eran tan accesibles como hoy en día. Ni por distancia ni, aún peor, por coste.

—Entiendo —dice Mateo—, se refiere usted a que las brujas eran los médicos de los que no tenían uno a mano.

La mujer asiente en silencio.

—Algo así, muchacho. Esas mujeres eran la ayuda que siempre estaba ahí. Las *parteiras*, sin ir más lejos, eran las que ayudaban a las nuevas almas a encontrar su camino al mundo. O incluso, si esa era la necesidad, también eran ellas quienes ayudaban a derramar un hijo.

—¿Derramar?

Antoñita encoge los hombros a la vez que ladea ligeramente la cabeza.

—Abortar.

—Comprendo.

—Las brujas no solo eran los médicos de los que no podían tenerlos. Eran la ayuda de quienes no poseían ninguna otra ayuda. Para todo. ¿Me entiende, inspector? —Se detiene—. Para todo.

Y Mateo capta la intención.

—¿A qué se refiere?

Pero Antoñita no responde al punto. Por un instante permanece en silencio. Como si estuviera haciendo una última valoración de los riesgos antes de hablar.

—En ocasiones, Romano pequeño, la ayuda consistía en hacer algo más.

—¿Algo… más?

Antoñita afirma con la cabeza.

—Sí, algo más. Sobre todo, cuando la situación se veía despojada de toda esperanza.

Casi sin darse cuenta, Mateo ha comenzado a observar a Antoñita de medio lado.

—Espere, espere… ¿A qué clase de situación se refiere?

La mujer le mantiene la mirada.

—Usted ya lo sabe, inspector. Me refiero a que las mujeres de esta casa no solo ayudaban a las almas a encontrar el camino de entrada a este valle de lágrimas. En ocasiones, señor, también las ayudaban a abandonarlo.

Y en ese instante, ambos se quedan en absoluto silencio, comprendiendo la gravedad de lo que sea que está por pronunciarse.

—Dígame, inspector, ¿ha oído usted hablar de la buena muerte?

45

Los ojos de las casas

Entretanto, el subinspector Jacobo Veloso, que ha recibido el mensaje de Mateo, llega a Lobios y detiene el coche junto al lugar donde, según Antoñita, Nico fue visto por última vez.

La capilla de los Ángeles es un templo relativamente pequeño, una construcción rectangular levantada justo al lado de la carretera. Vista desde el exterior, lo más llamativo de ella es su porche, una gran pieza de piedra y madera.

Jacobo se acerca y recorre el espacio con calma, prestando atención a cada detalle: los accesos, las losas del suelo, los bancos de piedra en los laterales. Pero nada en ningún rincón delata la presencia del niño de ninguna manera, y el subinspector se vuelve hacia la fachada.

El acceso al templo está protegido por dos hojas de madera de color marrón. Jacobo las empuja, pero solo para comprobar que están cerradas. Aún sin apartar la vista de ellas, repara en un detalle: ambas presentan sendas aberturas, dos pequeños óvalos recortados en la madera.

Se agacha para echar un vistazo al interior, pero el resultado es el mismo. Unas pocas filas de bancos de madera separadas por un

pasillo central y, al fondo, el retablo. Pero nada más. Y, desde luego, ni rastro de ninguna presencia en su interior.

—¿Hola?

Jacobo no recibe más respuesta que el silencio.

El subinspector Veloso retrocede un par de pasos y vuelve a considerar sus opciones. De espaldas a la carretera, a la derecha se levanta un imponente crucero, justo antes de la primera curva del asfalto. A su izquierda, un camino se pierde hacia la parte alta de la aldea.

Jacobo avanza en esa dirección y se detiene ante un indicador. O Peral, A Telleira, O Rodeiro… Y justo a continuación, nada más asomarse al camino, un grupo de casas.

Decide observarlas. Son construcciones de piedra, encaladas de blanco la mayoría de ellas, encintadas algunas otras y todas cubiertas por tejados anaranjados.

Inmóvil ante la boca del camino, siente cómo el aire frío que baja del norte le corta la cara y, en silencio, observa a su alrededor.

Es una sensación extraña, como si de pronto la aldea se hubiera convertido en un pueblo fantasma. Sabe que un poco más arriba, en una de las últimas casas, es donde vive el niño con su tía. O en donde vivía. Pero ahora mismo parece no haber nadie. Ni en esa casa, ni en toda la aldea. Ni siquiera en el mundo entero. Desde que ha bajado del coche no se ha cruzado con nadie, ni ninguna persona le ha salido al paso.

Echa a andar aldea arriba, pero sabe que el resultado será el mismo. Lobios se ha convertido en un día en una aldea vacía, en la que parece no haber nadie. O, más bien, nadie que se deje ver. Aunque él sabe que están ahí.

En silencio, pero sin llegar a detenerse, mira a uno y otro lado del camino, casi desafiante. Y a medida que asciende, no deja de observar las ventanas y los porticones entornados. Y lo sabe, todos están ahí. Observándolo también a él, ocultos en el silencio. Tras cada visillo, tras cada persiana a medio bajar. Igual que ella lo observa a él, también Jacobo busca la mirada de la oscuridad, consciente de que, aunque lo parezca, no está solo. Ni mucho menos.

En los pueblos, hasta el viento tiene ojos.

46

Los muertos bajo la alfombra

En realidad, apenas se ha alejado. Por fin fuera, los subinspectores Ana Santos y Antonio Laguardia ven que el hombre de la cazadora gris tan solo ha remontado la calle unos cuantos metros. Lo justo para alejarse de la terraza del bar y de cualquier mirada indiscreta, hasta quedar al amparo de unos cuantos árboles. Se ha detenido junto al tronco de un platanero, y ahora espera la llegada de los dos policías.

—Desde donde estaba me ha parecido oír que Marcelino, ya saben, el dueño del bar, les decía que aquí todo el mundo les tiene mucho respeto a los Quiroga.

Ese es todo el saludo que reciben Santos y Laguardia, quienes cruzan una mirada rápida.

—Bueno, yo juraría que en realidad era miedo lo que quería decir.

El tipo de la cazadora, un hombre bajo y fuerte, con toda probabilidad ya muy cerca de los setenta, asiente.

—Por supuesto —le confirma a Laguardia—, justo esa es la palabra: miedo. Al fin y al cabo, se trata de una familia muy poderosa. O, por decirlo de una manera más pragmática, una con mucho dinero. Y ya saben lo que dicen al respecto, ¿verdad?

Santos arquea una ceja.

—¿Que el dinero no da la felicidad?

El hombre asiente con gesto grave.

—Exacto, señora. Pero ayuda a comprarla. Y quien dice felicidad dice también personas. Y, créame, de eso los Quiroga saben mucho.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero, caballero, a que todo tiene un precio. Hace muchos años, Víctor Quiroga supo comprar, por ejemplo, a un tribunal entero primero y después también el silencio de todo un pueblo. Y, qué quieren que les diga, cuando creces viendo ese tipo de cosas…

Antonio comprende.

—Quiere decir que su hijo también lo hacía.

—Obviamente —responde al cabo—. Comenzando por uno o dos guardias civiles.

Santos vuelve a buscar la mirada de Laguardia.

—Saldaña…

—Claro. Pueden intentarlo todo cuanto quieran, por ahí no harán más que perder el tiempo. Al igual que su padre, David Quiroga también sabía qué bolsillos tener contentos para, llegado el momento, asegurarse de que nadie miraba en la dirección inconveniente.

—Cabrón…

—Bueno, ya saben lo que dicen, ¿no? Los negocios son negocios. A fin de cuentas, ¿para qué sirve el dinero, si no es para tapar todo lo que haya que tapar? Lo malo es que, a veces, las cosas también pueden acabar torciéndose.

—¿A qué cosas se refiere?

El hombre primero mira cauteloso a uno y otro lado antes de responder:

—Pues a que la alfombra de los Quiroga llevaba ya mucho tiempo ocultando demasiados bultos. Incluso muertos, si me apuran. Y claro está, cuando es así, tarde o temprano acaba oliendo mal.

Ana arruga la frente.

—¿Muertos? Pero vamos a ver si nos entendemos. ¿De qué nos está hablando?

El tipo clava su mirada en los ojos de Santos.

—Le estoy hablando de las verdaderas razones por las que aquí nadie les dirá nada acerca de los Quiroga.

47

Cueva, dulce cueva

La Casa del Inglés resulta ser un lugar mucho más acogedor que los espacios a los que los miembros de la brigada están acostumbrados. Se trata de una casa de tres dormitorios, uno de ellos de matrimonio y los otros dos con sendos pares de camas individuales. Baño, cocina… Y, lo que para Arroyo es realmente importante, un salón amplio que poder convertir en una zona de trabajo cómoda y, sobre todo, con buena recepción para la señal del satélite.

Por fin instalado, Raúl pone sus ordenadores en marcha y, mientras se inician, intenta familiarizarse con la información recogida en las carpetas a las que le han dado acceso Mateo y Jacobo. Comienza por las de las autopsias de Álvaro Maseda y David Quiroga.

—De acuerdo —murmura al tiempo que las abre ante él—, veamos qué escondéis, sinvergüenzas…

Tiempo atrás. Enero de 1976

Nuestras manos conocen la oscuridad

El camino desde Lobios hasta Portabrosmos no resulta en absoluto complicado. En realidad es poco menos que una línea recta que desciende en dirección al río. De día, el recorrido a través de campos y prados apenas lleva algo más de una hora. Pero hoy Senda prefiere hacerlo de otra manera. Una distinta, discreta. Una que evite su paso por Casar de Cima o por Lamas de Brosmos, aldeas en las que, a pesar de no ser en ningún caso más que un puñado de casas, alguien podría verla pasar.

No, en lugar de ir por el trayecto más corto, Senda da un rodeo por el este. Por As Cortiñas, por Amandi. Y, una vez abajo, ya a la altura del río, continúa por lo que queda de los viejos caminos de *ribeira*, las antiguas rutas que corrían pegadas al río, mucho tiempo antes de que la crecida provocada por la construcción del embalse de Santo Estevo acabase engullendo también esos trazados.

Hoy, esos caminos ya apenas son poco más que senderos junto al cauce del río, peligrosos para quien no los conozca, apenas visibles durante el día y prácticamente invisibles en la noche. En ellos, allí donde las más viejas del lugar aseguran haber visto encendidas mil veces las luces procesionales de la Santa Compaña, un paso en falso

podría ser el último. Uno que provocara la caída fatal a las aguas negras del Sil, donde ya no habría vuelta atrás.

No, nadie se atreve a aventurarse por aquí cuando el sol ya se ha puesto. Y esa es la razón de que Senda haya permanecido en su casa, sentada en silencio junto al fuego, hasta ahora, cuando ya todas las almas del cañón se han recogido de la noche oscura en el abrigo de sus casas.

Porque, aunque todos en el lugar conocen el motivo por el que Senda tantas veces ha tenido que salir de su casa al amparo de la oscuridad, también es cierto que, en realidad, todos se comportan como si no supiesen nada al respecto. Tanto es así que, en la noche, si alguna vez alguien la ha visto acercarse en su dirección, todos han hecho como si no estuvieran allí, como si no vieran a Senda en el camino.

De noche, Senda se vuelve invisible a los ojos de todas las almas del cañón.

Todas, excepto una, claro: la que la ha reclamado. Aunque nada más sea por última vez.

Y esta noche es a la puerta de Herminia a donde la llevan sus pasos. Puede que, aunque el efecto acabe siendo el mismo, la causa sea otra. La menos habitual. Pero una que Senda y sus hermanas conocen bien por desgracia…

Es un trabajo difícil, duro y doloroso. Pero también necesario. Y alguien tiene que hacerlo.

48

La buena muerte

Mateo le ha respondido que no, ni ha oído hablar de la buena muerte, ni sabe en qué consiste. Pero en lugar de aclararle nada, Antoñita se ha quedado en silencio y ahora mira a uno y otro lado de la cocina, como si el permiso para hablar se escondiera en alguna de las muchas grietas abiertas en las paredes cubiertas por el humo.

—Escuche, inspector —responde al fin—. Se lo voy a explicar. Pero le ruego que lo tome por lo que es, una tradición ancestral. Una que no solo desconoce, sino que, además, le resultará difícil de creer cuando la descubra. Pero, insisto, esto que le voy a contar es cierto. Ocurrió —afirma—. Se practicaba, y no solo aquí.

—De acuerdo —concede Mateo—, comprendo.

Antoñita vuelve a clavar su mirada en el inspector con gesto serio, grave.

—Más vale que así sea —le advierte—. Porque de algún modo esto que le voy a revelar también podría inculparme a mí. Pero, insisto, es la verdad.

—La escucho.

Antoñita coge aire una vez más. De acuerdo, vamos allá…

—Verá. En ocasiones, alguien debía resolver aquello que ni Dios ni los hombres sabían cómo solucionar. De eso se trataba, de acabar

con el dolor, con la angustia, no solo de la persona que agonizaba, sino también de todo su entorno. Eso era lo que hacía la abuela Senda: terminar, por fin, con el sufrimiento de toda aquella gente. Eso, muchacho, era dar la buena muerte.

Ambos se quedan en silencio y, durante unos segundos, nadie dice nada en la cocina de la mujer. Mateo permanece observando a Antoñita, y la mujer contemplando el vacío ante ella.

—Le ruego que me disculpe, pero necesito asegurarme de que lo estoy entendiendo correctamente. ¿Lo que usted me está diciendo es que su familia se dedicaba a la práctica de algún tipo de eutanasia popular?

Pero la mujer no contesta. ¿Para qué hacerlo? De sobra sabe que Mateo ha entendido a la perfección lo que acaba de decirle. Pero también comprende que, como otros antes que él, necesita su tiempo para asimilar lo que acaba de oír.

—Puede usted llamarlo como quiera —le responde al fin—, puede incluso pensar lo que usted quiera. Pero nada más se trataba de pura humanidad.

—Humanidad…

—Por supuesto, señor Romano. Recuerde, si no, lo que le he dicho hace un momento: aquí, como en medio país, apenas había recursos. Y en ocasiones ni siquiera la muerte nos igualaba a todos. Es verdad que todo hijo del hombre ha de morir, muchacho. Pero a veces, cuando la hoja de la guadaña ya nos ha alcanzado, la hora última se hace de rogar.

—Entiendo.

—En la vida de todos nosotros hay un punto sin retorno, uno en el que los médicos ya han agotado sus medicinas y los curas ya no

tienen más oraciones. No, de ese instante en adelante uno sabe que ya no va a volver, y lo único que queda es aceptar lo inevitable, rezar por que la oscuridad llegue pronto y cerrar los ojos, abandonados a la fe. Mis antepasadas tan solo ayudaban a que cada cual recorriera su trance de la mejor manera posible.

Mateo niega lentamente.

—No deja de ser de matar a una persona de lo que me habla.

—No —lo ataja Antoñita, seca y rotunda—. Es de aliviar una agonía insoportable, de acabar con el sufrimiento, no solo del moribundo, sino también de toda esa casa.

El inspector extraña la mirada.

—¿De la casa?

—¡Por supuesto! ¿O qué se cree que es morir en unas circunstancias como las que se daban aquí hace cincuenta años? ¡Qué digo! Sesenta, ¡setenta años atrás!

Antoñita clava sus ojos, encendidos, en los de Mateo.

—Entonces no era como ahora. No había ambulancias ni unidades de paliativos, sino dolor, agonía y dientes apretados contra el capricho de un Dios cruel que no se decidía a llevarse de una vez por todas a un hijo que sufría.

—Pero ha mencionado usted la casa.

—¡Por supuesto! Piense en la tuberculosis, por ejemplo. Usted no se imagina cómo golpeó aquí en los años cincuenta… Dígame, inspector, ¿acaso sabe usted lo cara que podía llegar a ser la penicilina en aquellos casos? —Ambos se mantienen en silencio hasta que la mujer decide romperlo—. No, claro que no lo sabe… Pero ya se lo digo yo: si afectaba a varios miembros de una misma

familia, la enfermedad podía provocar la ruina de toda la casa. Por eso era necesario tomar una decisión, por dolorosa que fuera.

Esta vez Mateo se limita a asentir callado.

—Y ahí era donde entraba su familia.

—En efecto.

—¿De qué manera?

Antoñita coge aire.

—Cuando la situación llegaba a ese punto, las mujeres de la casa llamaban a la puerta de mi abuela. A veces era el propio moribundo quien lo encargaba. Otras, si la dolencia ya se había vuelto incapacitante, era alguien de la casa quien daba el paso. Y entonces, mi abuela y sus hermanas actuaban.

—¿Cómo lo hacían?

Antoñita se echa hacia delante sobre la mesa para acercarse un poco más a Mateo.

—Usted ya lo sabe.

Mateo comprende.

—Con el tejo.

La mujer asiente muy despacio.

—Así es, señor. Así es… Usaban el estramonio para provocar primero la sedación del moribundo y, a continuación, un remedio del que no hubiese retorno posible.

—Entiendo.

—Como ve, era un poco más complejo de lo que se imagina, de manera que, una vez aceptado el encargo, las cinco hermanas elaboraban el preparado.

—¿Y se lo entregaban a la familia?

—Claro que no. Ese era el trabajo de la abuela. Ese mismo día, Senda esperaba a que oscureciese y, llegado el momento, se echaba a la noche. Por completo vestida de negro, convertida en una sombra invisible, siempre buscaba los caminos más apartados, aquellos en los que sabía que no se cruzaría con nadie. Y no se detenía por nada hasta llegar a la casa, donde las puertas estarían abiertas. Una vez dentro, tenía la seguridad de que nadie le saldría al paso, de que ya todos los miembros de la familia se habrían recogido en la cocina, o en las cuadras, o donde fuese. Porque nadie podía ni debía verla allí. Sola y en silencio, la abuela Senda no era sino un fantasma negro, una sombra sin más luz que la de su candil de aceite, que avanzaba muy despacio a través de la penumbra de una casa tan solo iluminada por un par de velas, lo justo para guiar sus pasos hasta la habitación del moribundo.

—¿Y entonces?

—Una vez allí, Senda cerraba la puerta tras de sí y, con todas las imágenes de santos y vírgenes cubiertas bajo telas negras, para asegurarse de que ningún espía de Dios pudiera relatar nunca lo que allí estaba a punto de suceder, la abuela se acercaba a la cama.

—¿Y?

—Y rezaba, señor. Rezaba en silencio por la salvación del alma que estaba a punto de ser liberada, a la vez que administraba pequeños sorbos del preparado con tejo en la boca del moribundo. Hasta que, por fin, todo quedaba consumado.

Ambos callan y los rodea un silencio largo y denso.

—Una vez administrada la buena muerte, y con el mismo silencio y quietud con que había llegado, Senda se marchaba, de nuevo sin

cruzar sus pasos con los de nadie. Ni en la casa, ni en el camino, ni en la noche. Hasta regresar aquí.

—Y ya estaba.

—Así es. A veces sucedía al día siguiente; otras, lo recuerdo bien, era a los dos o tres días. Pero inevitablemente, una vez que mi abuela salía de casa por la noche, las campanas de la iglesia acababan sonando a muerto. Entonces, y también con discreción, alguna de las mujeres de la casa, ya tocada por el luto, dejaba alguna muestra de gratitud en la puerta de las cinco hermanas y volvía a desaparecer.

—¿Dinero?

—Por supuesto que no. Comida, embutidos, algún producto de su cosecha… Pero no, jamás dinero.

Todavía perplejo, Mateo no deja de asentir en silencio.

—¿Y dice usted que siempre era Senda quien se encargaba de dar la buena muerte?

—Aquí sí. Pero no se vaya usted a pensar que era la única. Esto se ha hecho siempre, no solo aquí.

El desconcierto de Mateo provoca en Antoñita una sonrisa cargada de suficiencia.

—Veo por su reacción que nunca antes se lo había imaginado.

—Por supuesto que no.

De pronto, la mujer entorna los ojos y deja que su sonrisa se llene de algo diferente. Curiosidad. Tal vez incluso algo… mordaz.

—Pues ahora que lo pienso, no sería la primera vez que le toca de cerca, inspector.

El comentario pilla por sorpresa a Mateo.

—¿A mí? Perdone, pero no…

—Candela —responde Antoñita al instante.
El cuerpo de Mateo se tensa, alerta.
—¿Candela? ¿Qué ocurre con ella?
Y Antoñita vuelve a sonreír.
—¿Acaso no era usted amigo de su padre?

49

La agonía de Matías

Mateo arruga la frente.

—¿Que si era amigo del padre de Candela? Sí, claro.

—¿Y no sabe usted cómo murió?

Mateo se concentra en el recuerdo.

—En aquel entonces yo no estaba aquí. Pero juraría que fue de un cáncer.

—En efecto —le confirma la mujer—. Uno de páncreas, tan terrible como fulminante, es verdad.

—Creo que no se pudo hacer nada por él.

—Así es, no se pudo. Aunque lo intentaron todo. Al bueno de Matías le dieron todos los cuidados y atenciones posibles. Hasta que ya no se pudo hacer más.

—Eso había oído, sí.

—¿Y lo demás? ¿Alguna vez oyó lo que vino después? O sea, lo imposible…

Desconcertado, Mateo observa a Antoñita de medio lado.

—No sé de qué me habla.

La mujer vuelve a bajar la cabeza.

—Le hablo de que al final, comprendiendo por fin la derrota, el viejo pidió regresar. Si de verdad había llegado su día, que la hora

última lo cogiera en su aldea, en su casa.

—Comprendo.

—No, amigo —vuelve a sonreír Antoñita, esta vez con gesto cansado—, no comprende usted nada. Porque el viejo Matías se echó en su cama y se dispuso a morir. Pero sucedió que la muerte, caprichosa, no quiso venir, aunque tampoco permitió que el padre de su amiga dejara de sufrir ni por un instante. Hasta que alguien tomó una decisión, claro.

Mateo no se da cuenta de cómo la boca ha comenzado a entreabrírsele.

—Pero ¿a qué se refiere? Quiero decir, Senda…

Antoñita niega con la mano.

—Por favor, muchacho. Usted sabe de sobra que todo esto ocurrió hará unos once o doce años. Cuando mi abuela ya llevaba décadas enterrada.

—Exacto. De manera que… ¿de qué me está hablando?

La mujer no responde. Como si de algún modo prefiriera esperar a que Mateo deduzca la respuesta por sí mismo.

—Un momento, un momento. ¿Qué es lo que me quiere decir? ¿Acaso está insinuando que Candela…?

—No estoy insinuando nada, inspector. Como ya le he explicado, mi abuela no era la única persona que daba la buena muerte. Aquí, quien más, quien menos, todos sabemos algo al respecto. Candela, su madre, yo… Quién sabe cuánta gente más. Aunque nadie se lo reconocerá nunca, claro. Nadie, excepto yo. Y ya le digo que yo no tuve nada que ver en aquello. Ni en aquello —resuelve— ni en nada.

Y ya está. En ese instante, Mateo comprende que, por más que lo intente, Antoñita no le contará nada más al respecto. Porque,

teniendo en cuenta que el padre de Candela murió hace menos de veinte años, hacerlo sería, o bien confesar por su parte un crimen todavía no prescrito, o bien delatar a otra persona. De modo que no, ese camino se acaba ahí.

Ese…

Pero entonces Mateo comprende que aún queda otro más. Otro que, a pesar de todo, aún no le ha explicado nadie.

50

Algo más

—Entiendo por qué me ha contado todo esto. El tejo, claro. Eso es lo que le ha hecho relacionar ambas historias. Pero no solo el uso del tejo, sino la cuestión de la cirrosis. De algún modo, Maseda también era un enfermo terminal, un moribundo.

—Según se mire, sí, podría interpretarse de esa manera.

—Ya —concede Mateo—. Sobre todo, para alguien que además conozca el ritual.

Antoñita arquea una ceja.

—Se lo dije —señala—, sé que esto podría incriminarme. Pero es la verdad, tan cierta como que yo no he hecho nada.

Mateo asiente sin dejar de observarla.

—El problema —murmura— es que aquí hay algo más.

—¿Más todavía?

—Sí. Tanto en ese caso como en el de David Quiroga, los venenos nada más se administraron en la cantidad justa, no para matarlos, sino para aturdirlos.

—¿Quiere decir que no murieron por causa del veneno?

—No. Es cierto que en ambos casos se administró una cantidad de veneno, pero, según el informe del forense, tan solo con la intención de provocar el desvanecimiento de las víctimas. O, como usted

misma acaba de decir, una especie de sedación. Pero la causa de sus muertes fue otra.

—¿Cuál?

—Fractura cervical —responde con tanta rapidez como sequedad —. Tanto a Maseda como a Quiroga les partieron el cuello.

Por supuesto, lo brusco en la respuesta de Mateo no es sino pura estrategia. Una suerte de maniobra con la que provocar alguna nueva reacción en la mujer. Sin embargo, Antoñita permanece inalterable.

—Señor, qué atrocidad.

—Desde luego. Pero qué me dice, ¿le suena de algo ese procedimiento?

La mujer le mantiene la mirada.

—No —resuelve al fin—, desde luego que no, muchacho. Eso no es cosa de meigas…

Tiempo atrás. Enero de 1976

Sabes a qué vengo

La casa de Hipólito y Herminia es la última de la aldea. Apenas unos metros más abajo ya corre el río, silencioso como una amenaza y a estas horas oscuras de luna negra casi invisible. Porque esa es otra de las cosas que han cambiado con los años: Senda todavía recuerda con claridad la voz del Sil, cuando sus aguas bajaban con fuerza y sonido, silbando entre las rocas del cañón. Sin embargo, ahora… No, tan pronto como se inauguró, la inmensa presa de Santo Estevo silenció para siempre al río, que desde entonces pasó a convertirse en una enorme balsa de agua casi estancada, aunque nada más sea en apariencia. Porque, a pesar de que en la superficie el agua parezca apenas moverse, todos los vecinos del cañón saben que en realidad el río es un animal peligroso que oculta en su profundidad corrientes tan violentas y feroces como invisibles.

Es ahí, junto al río, donde Hipólito y Herminia volvieron a levantar su casa pegados al fantasma de la otra. Aquella que sumergieron las aguas, engullida por la crecida del Sil, una casa muerta que, en ocasiones, a Hipólito aún le parece adivinar en lo más profundo y negro del agua. Y ahora es Senda quien llama a la puerta de la casa en la superficie.

—Pase —le da por todo saludo Herminia—. Él aún tardará en regresar.

Senda entra en la casa y se descubre la cabeza, protegida por una enorme pañoleta negra.

—¡Buh! —bromea con dos de los niños de Herminia, los más pequeños, que la observan curiosos desde el cuarto junto a la cocina, apenas separado por una tela que cuelga del techo. Ríen y salen corriendo a esconderse.

—Siéntese —le ofrece Herminia, a la vez que separa una silla junto al calor de la cocina de hierro—, debe de estar agotada.

—No tanto como tú —le responde Senda, ya desde una mirada cargada de gravedad—. Mírate…

Senda niega con la cabeza a la vez que repasa las marcas, visibles y evidentes, en el rostro y en las manos de Herminia. Los ojos enrojecidos, las señales de sangre, la piel amoratada… Los coágulos y hematomas.

—Esto no puede seguir así, hija.

La voz de Senda es apenas un susurro, pero uno de hierro, firme y grave.

—Esto no puede seguir así —repite—. Si no haces algo, esa mala bestia acabará contigo.

Angustiada, Herminia aparta la vista en otra dirección.

—¿Y qué quiere que haga? Es más fuerte que yo…

Por un instante, Senda se pregunta si Herminia se refiere a la fuerza bruta de su marido o, tal vez, a la incapacidad por parte de la mujer para resolver la situación. A su propia impotencia.

—Algo, hija mía. Lo que sea, pero algo tienes que hacer… Mira a tus hijos —le advierte mientras señala a la especie de cortinón por

detrás del que han corrido los pequeños—, ¿acaso quieres dejarlos con ese animal?

Herminia no responde.

—Dime —insiste Senda—, ¿qué crees que será de ellos si tú faltas? No, Herminia, no puedes rendirte…

—Pero ¿qué puedo hacer yo?

—Deja que te ayudemos.

Las dos mujeres permanecen en silencio, observándose fijamente.

—Ustedes…

—Sí. Mis hermanas y yo.

Todavía con gesto preocupado, casi asustado, Herminia aparta la mirada, como si estuviera considerando algo.

—No puedo, yo… —duda—. No puedo hacer eso.

Senda se levanta y se acerca a ella.

—Corres mucho, hija mía. —La anciana ha suavizado el tono de su voz—. No nos pongamos en lo peor. Todavía no. Sabes que se pueden hacer muchas cosas. Muchas —repite a la vez que toma las manos de Herminia entre las suyas—, antes de eso.

Entonces Herminia se da cuenta de que Senda le ha dejado algo en las manos.

—¿Qué es esto?

—Beleño negro.

Por un instante, Herminia casi horroriza la mirada.

—Pero esto… es veneno.

—No. Si lo preparas y se lo das como yo te diga, lo que hará será calmar un poco esa furia negra que tu marido lleva en los puños, por lo menos mientras esté aquí, con vosotros. Vamos a intentar calmar todos esos demonios que viven en su alma. Y luego ya veremos.

Herminia, que hasta ese momento había permanecido observando las hojas en su mano con el mismo temor con el que un fiel miraría al demonio atado junto a sus pies, levanta de golpe la cabeza y busca la mirada de Senda.

—¿Luego? —pregunta asustada—. ¿Qué quiere decir usted con eso de luego ya veremos?

Pero Senda no responde al instante. Seria, impenetrable, mantiene sus ojos grises clavados en los de Herminia, tan magullados como aterrorizados.

—Tú ya lo sabes, mujer. Mis hermanas y yo no te dejaremos sola con la bestia.

51

Mamá Dolores

—No, muchacho, ese tipo de brutalidades no eran propias de estas mujeres. Ya se lo he dicho, las brujas utilizaban todo tipo de recursos naturales: plantas, flores, hierbas y setas. Beleño negro, estramonio, belladona, lechuga virosa, amanitas…

—¿Amanitas? ¿Esas setas no son letales?

—No todas. Y, de todos modos, no olvide usted que la letalidad de todo está en la cantidad. Si una sabe cómo administrar qué remedio y en qué dosis, lo que en según qué manos podría ser mortal de necesidad en las de una mujer sabia resultaba curativo, reparador. Sanador…

—¿Y de dónde sacaban ese conocimiento? Esa sabiduría —se corrige Mateo al instante—, como usted la llama. Al fin y al cabo, se trataba de algo potencialmente muy peligroso.

—De Mamá Dolores. La maestra grimonia.

Mateo arruga la frente.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

Pero Antoñita no responde enseguida. En lugar de hacerlo, se limita a apretar los labios en una duda. Sabe que lo que está a punto de contar es el límite. La raya en el suelo a partir de la cual los paganos comienzan a cuestionar el relato.

—Las grimonias —explica al fin— eran las brujas que no solo conocían las magias negras, las prohibidas, sino que también las practicaban. Y de todas las que había en el cañón, la más sabia era Mamá Dolores, la madre de Senda. Y también la más poderosa.

Mateo entorna los ojos a la vez que intenta poner un poco de orden en todo esto.

—Pero sigue usted sin responder a mi pregunta, señora. Entiendo que Senda y sus hermanas aprendieron de su madre, Mamá Dolores. Pero ¿y qué pasa con ella? ¿De dónde sacó sus conocimientos?

Antoñita responde con una sonrisa afilada:

—De *El Libro de los Ángeles*.

Pero su respuesta no provoca el efecto esperado en Mateo, que se limita a coger aire, paciente.

—De *El Libro de los Ángeles* —repite, sin demasiado entusiasmo.

—Puede usted pensar lo que quiera. Pero ese libro es real. Lo trajo Papá Felipe, el marido de la bisabuela Dolores, hace más de siglo y medio desde el extranjero. Yo lo he tenido miles de veces en mis manos y sé que todo lo que ponía en él era cierto.

—Cierto —reitera Mateo, ahora ya sin apenas disimular su escepticismo.

—No pretenda jugar conmigo, niño.

—No pretendo nada, señora. Pero ha de comprender que… —Mateo se detiene a tiempo. No le conviene cerrar esa puerta—. Dice usted que lo ha tenido miles de veces en sus manos.

—Sí. Se guardaba aquí, en la capilla de los Ángeles.

Mateo sacude la cabeza.

—¿Un libro de magia negra guardado en una capilla?

—¿Y por qué no? —responde la mujer, desafiante—. ¿Acaso el vino no se convierte en la sangre de Cristo en las manos del cura? Muchos escépticos dirían que eso también es magia, ¿no le parece? Lo del color, blanca, negra o púrpura, ya es cuestión de cristales con los que mirar.

—Ya, claro. Y, hablando de mirar, ¿le importa si le echo un vistazo a ese libro? Tal vez encontremos en él algo que arroje un poco de luz sobre los casos que nos ocupan…

—No —responde taxativa Antoñita.

—¿No? ¿Qué ocurre, que no soy digno?

—Por supuesto que no lo es, pequeño cínico. Pero, aunque lo fuera, tampoco podría verlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque el libro desapareció hará cosa de un año, quizá algo más.

—Desapareció —le responde Mateo, aún sin apartarle la mirada ni ocultar ya su incredulidad de ninguna manera—, el libro desapareció.

—Se lo acabo de decir, inspector. Desapareció, alguien se lo llevó, lo robaron, subió al cielo. No sé qué pasó con él. Pero le aseguro que ya no está ahí.

—Claro…

Antoñita vuelve a cargar de desprecio su sonrisa, y también de cansancio.

—No sé para qué insiste en venir a mi casa si no hace más que obstinarse en no creerme.

—Comprenda usted que no es fácil, señora.

—Pues ese es su problema. Yo ya le he contado todo lo que sé. Así que ahora usted verá qué hace —resuelve a la vez que se pone

en pie—. Pero haga algo. Al fin y al cabo, le recuerdo que nos sigue faltando un niño.

52

El lugar más peligroso de todos

Todavía sin la más breve noticia de Nico, el subinspector Jacobo Veloso ya se ha pateado toda la aldea. Pero el resultado sigue siendo el mismo. Ninguno. Lobios se ha convertido en un pueblo fantasma, donde todos fingen no estar en sus casas. Ahora el subinspector ha cogido el coche y, despacio, muy despacio, ha conducido guiado nada más que por el instinto, que sabe bien hacia dónde guiar los pasos.

Hacia el peligro.

Jacobo rueda intentando fijarse en todos los detalles. El palomar junto a la aldea de Casar de Cima. El bosque por detrás de Lamas de Brosmos. Los caminos de Sampil… Y por fin, de golpe, el río. Desde lo alto de un montículo al que llaman O Castriño, el subinspector Veloso se da de bruces con la panorámica del río, allá abajo. Eso es.

A más de trescientos metros de profundidad, el río es un laberinto de curvas y rincones, arroyos que se precipitan en su cauce, partes del bosque que se meten en el agua, caídas… Sí, el instinto le está señalando la parte más peligrosa del espacio. Por supuesto, ya hay gente buscando ahí abajo. Pero no solo por tierra, también hay que hacerlo desde el agua.

Jacobo se da la vuelta ya con el teléfono en la mano.

53

Santa Madonna

Raúl Arroyo también ha estado intentando abrirse camino a través de los informes de las autopsias, en busca de algo que lo ayude a comprender el escenario desde un punto de vista diferente. Y, por fin, acaba de encontrar algo. Algo, de hecho, bastante curioso…

Es cierto que, como ya todos saben a estas alturas, los dos informes de toxicología confirman la presencia de diferentes sustancias sedantes en ambos casos. Escopolamina en el de David Quiroga y taxina en el de Álvaro Maseda. Y, tal como el doctor Marcos Durango, el médico forense, les había explicado a Mateo y a Jacobo, fue justo esta última la que lo hizo recordar antiguos casos, recogidos por su antecesor en el cargo, en los que también aparecía esta misma sustancia. El problema estaba, como casi siempre, en el tiempo y el espacio.

Tal como años atrás dejó anotado el doctor Matías Fontana, la taxina se había detectado en casos ocurridos en la zona del cañón entre los años cincuenta y setenta. Lo cual da a entender que se trataba de un elemento conocido por los habitantes de la comarca. Y esto, como no tardó en deducir Arroyo, provocaba el descarte de la primera posibilidad que Mateo y Jacobo habían considerado.

Porque en su momento, y como el inspector le explicó al grupo, cuando Durango les mostró los resultados de la primera autopsia todos asociaron la presencia de la escopolamina con otros procesados más actuales, desde la cotidiana Buscapina hasta la exótica burundanga. Pero, por supuesto, esta cualidad no coincidía con las circunstancias asociadas a la taxina, de modo que Raúl decidió buscar en otra dirección, aunque nada más fuera por confirmar la teoría que ha empezado a tomar más fuerza en su mente.

Porque, al igual que ocurre con la taxina, la escopolamina también tiene un origen natural. De hecho, y tal como Raúl ha podido confirmar, este alcaloide se obtiene de varias plantas como, por ejemplo, el beleño negro y un tipo de datura muy concreto: el estramonio.

—Estramonio… —murmuró Arroyo al verlo.

De modo que sí, al mismo tiempo que Mateo avanzaba en una dirección semejante de la mano de Antoñita, Arroyo también ha podido confirmar que, en efecto, tanto el beleño como el estramonio comparten espacio en un recetario muy concreto, el de las brujas.

—Por supuesto —se dice en voz alta.

Así pues, a estas alturas Raúl Arroyo también sabe que ambas plantas eran —o puede que incluso lo sigan siendo— de uso común en las preparaciones elaboradas por las antiguas *menciñeiras*, brujas dedicadas a la práctica de la medicina popular. De manera que sí, ahí está el nexo: fuera cual fuese la razón para acabar con las vidas de Maseda y Quiroga, ambas muertes están unidas por las formas de la brujería y las antiguas creencias del pueblo. Bien, hasta ahí todo claro. O por lo menos en parte.

Porque el problema hasta este momento seguía estando en que, más allá de todo esto, en la línea de investigación abierta por Arroyo continuaban faltando las respuestas para esa otra cuestión.

—Pero entonces… ¿a qué viene eso de partiros el cuello?

En efecto, esa era la pieza que no encajaba. Allá donde Arroyo buscaba aparecían plantas, preparados, remedios de todo tipo y hasta oraciones a la luz de la luna llena. Pero nada, nada en absoluto, que hablara de cuellos fracturados.

Hasta este momento, Raúl no ha hecho más que introducir todo tipo de parámetros y variables sobre ejecuciones rituales en Galicia. Pero el resultado arrojado siempre era el mismo.

—Nada.

Nada. Nada. Nada. Nada.

Y entonces se le ha ocurrido otra idea. ¿Y si…?

—De acuerdo —murmura a la vez que teclea algo diferente en su portátil—, abramos el círculo.

Y, de pronto, ha aparecido un resultado.

Está lejos. De hecho, bastante. Pero está.

Una entrada. El nombre de un pueblo en una isla del Mediterráneo. Ese nombre lleva a una casa, una que ahora es un museo.

—El museo de la Femina…

Arroyo entra en la página. Y sí, ahí está.

Esa mujer.

Una por completo vestida de negro, la cara cubierta por un velo oscuro. Y, en las manos, un par de herramientas de madera. Una es una especie de cuña y la otra…

Un mazo.

—Espera, espera. ¿Para qué quieres tú estas cosas?

Arroyo sigue leyendo. Y, entonces, la verdad aparece ante él.

—*Santa Madonna*…

Y, por fin, sonríe al comprender y, satisfecho, asiente en silencio.

—*Ciao, signora*. Un placer conocerla.

Tiempo atrás. Febrero de 1976

Al diablo le ha cambiado la voz

Hipólito Meixide lleva un par de días sintiéndose extraño. Es… No sabría decirlo. ¿Aturdido? Sí, eso podría ser. Aturdido, sí. Y de alguna manera espeso, lento. Como si la cabeza se le hubiera llenado de algún tipo de sustancia densa y pesada. ¿Qué le ocurre? Intenta reconocer el espacio a su alrededor y por momentos incluso parece que el río, el cañón o el mundo entero se estuvieran deteniendo de alguna forma. Su pensamiento se ha vuelto como piedras de molino a las que de repente les cuesta girar…

No, Hipólito no entiende qué le pasa. Y, lo que es aún peor, ella parece haberse dado cuenta. De hecho, juraría que Herminia lo observa de un modo diferente. Uno atento, pero también desconfiado. Como quien examina a un animal que, por algún motivo, se encontrara extraviado. Desorientado. O, tal vez peor, atrapado en algún tipo de trampa. Sí, eso es…

De vez en cuando, su mujer baja a la bodega y, a veces, no se detiene. Hace como si estuviera de paso, como si hubiera bajado ahí por cualquier otro motivo. Pero al pasar se lo queda mirando. Como si lo estuviera analizando. Como si se estuviera asegurando de algo. Pero ¿de qué? Y entonces, uno de los demonios que viven y beben

en la cabeza de Hipólito le susurra algo a lo más negro de su pensamiento.

«Fíjate bien, Hipólito, tu mujer te observa como el cazador a su presa, cuando quiere asegurarse antes de tocarla de que no tiene escapatoria. ¿No lo ves?».

Sí, claro, eso es. Y entonces Hipólito intenta reaccionar.

—Mujer… —masculla a la vez que extiende la mano hacia ella, pero no logra alcanzarla—. ¿Qué…? ¿Qué me pasa?

—Es el vino ese, Hipólito. Tú lo sabes —le responde ella desde una mezcla de hastío y cansancio—, esa ponzoña acabará matándote.

Y entonces a él se le incendia el pensamiento.

Porque no, él sabe que eso no es.

Hipólito conoce bien este vino, reconoce la voz del diablo que bracea en él. Y sin embargo aquí hay algo más. Desde hace un par de días, la voz que ladra, aúlla, blasfema y se retuerce en la oscuridad que inunda a Hipólito por dentro es una diferente. Suena hueca, sorda, extraña. Y entonces comprende.

Desde hace un par de días.

El fuego negro que le arde dentro logra encenderse otra vez, e Hipólito se pone en pie. ¿Dónde están sus hijos? Los pequeños, los dos pequeños. Sí, es a esos dos mocosos a los que quiere coger por banda. Estúpidos, se van a enterar de quién manda aquí…

54

Ustedes no saben quién soy

Mientras, Ana Santos y Antonio Laguardia siguen hablando con el tipo que les hizo un gesto desde la terraza de La Bodeguiña de Marce.

—Los Quiroga llevan muchos años siendo los dueños de todo esto, no se imaginan ustedes hasta qué extremo.

—¿En qué sentido?

El tipo mira a uno y otro lado.

—Me imagino que conocerán ustedes el vino de Amandi.

—Por supuesto —responde Santos—. Es uno de los más importantes de la zona.

—Sí —asiente el hombre—, hoy sí. Pero solo porque una serie de bodegueros a los que aquí todos conocemos como *os sete tolos* se encargaron de proteger y conservar la receta tradicional. Esa elaboración fue la que resultaría determinante para que en el año noventa y seis se nos concediera nuestra propia denominación de origen.

—La Ribeira Sacra —se adelanta Antonio.

—Correcto. Y ahí fue donde los Quiroga vieron la oportunidad de subirse al carro para hacerse todavía más ricos de lo que ya eran.

—¿A qué se refiere?

—A que esos desgraciados no habían seguido nunca esa tradición, para entonces casi perdida, ni tampoco disponían de la uva correcta en la cantidad necesaria, de manera que lo que hicieron fue aprovecharse de un vacío legal existente en aquel momento para completar la producción añadiendo uvas más propias de otras denominaciones.

Santos y Laguardia vuelven a mirarse.

—Aunque esos vinos no tuvieran nada que ver con la tradición del cañón, claro.

—Ni mucho menos. Y de ahí que no tardaran en provocar el malestar y las protestas de otros bodegueros.

—Comprendo —responde Laguardia.

—El problema para estos era que ellos tenían muchos menos recursos y, lo que es siempre más importante, menos contactos que los Quiroga. Y eso favoreció que el magnífico don Víctor respondiese de la única manera que esa gente siempre ha sabido hacer.

—¿Cómo?

—¿Pues cómo va a ser, señora? Haciéndoles la vida imposible a todos. De pronto, los bodegueros que se atrevían a levantar la voz contra los Quiroga recibían visitas de Sanidad, que por supuesto encontraban algún motivo para un cierre, aunque nada más fuera temporal. O inspecciones de Hacienda, que siempre detectaban alguna irregularidad que acababa en una multa desproporcionada, cuando no directamente inasumible. O los distribuidores dejaban de representar sus productos. O las viñas se echaban a perder, o… Yo qué sé.

Laguardia aprieta los labios en un ademán dubitativo.

—Se trata de acusaciones muy graves. ¿Está usted seguro de ellas?

Como si fuera Antonio quien acabara de decir algo gravísimo, el tipo pasa a clavar sus ojos en los del subinspector.

—Ustedes no saben quién soy.

—No hemos tenido el gusto de ser presentados —le responde Santos.

—Mi nombre es Fernando Seoane, y yo era uno de aquellos bodegueros que intentaba salir adelante haciendo las cosas bien.

—¿Era?

—Así es señor, era. De hecho, dejé de serlo tan pronto como Víctor Quiroga decidió que mi bodega le estorbaba. Acabó con nosotros como quien atropella a un perro en la carretera. Sin pararse tan siquiera a echar la vista atrás.

Seoane permanece en silencio por un instante.

—No —resuelve—, aquí nadie les dirá nada sobre esa gentuza porque todos les tienen mucho miedo. Primero al viejo, y desde hace unos años también al joven, a ese cabrón de David Quiroga, que tuvo de quién aprender. De hecho, no sé si lo saben, pero…

Pero nada. Porque de repente Fernando Seoane enmudece, como si acabara de ver aparecer un fantasma por el otro extremo de la calle. Laguardia también se vuelve en la misma dirección, para descubrir que un todoterreno dobla la esquina y se acerca desde el fondo de la calle. Es uno de los vehículos de la Guardia Civil. En concreto, uno conducido por otra cara conocida.

—¿Qué hay, Fernando? —pregunta el sargento Javier Saldaña al tiempo que detiene el coche junto al grupo—. ¿Acaso estás molestando a estos señores?

Seoane tarda en responder. De hecho, a Santos le parece verlo tragar saliva.

—No —responde el viejo—, claro que no. Tan solo charlábamos.

—Ah. Sin embargo, hace un rato en el cuartel todo eran prisas por que te atendiéramos. ¿Qué pasa, que ya no hay tanta urgencia?

Santos está a punto de intervenir, pero un tirón rápido por parte de Laguardia hace que se detenga.

—Sí, sí —concede el bodeguero—, tan solo les estaba contando un par de curiosidades del pueblo. Pero ya me iba.

—Eso me parecía a mí también —apunta Saldaña, a la vez que vuelve a poner en marcha el todoterreno—, que ya te ibas.

—Sí, sí. Me tengo que ir —resuelve Seoane a la vez que comienza a caminar calle abajo, a todas luces incómodo, nervioso—. Saldaña tiene razón, se me hace tarde.

Santos intenta retenerlo agarrándolo por el brazo.

—Oiga, espere.

Pero Laguardia vuelve a indicarle que lo deje.

—Suéltalo —advierte, a la vez que con el mentón le señala en dirección contraria. Calle arriba, Saldaña ha vuelto a detener el coche y observa por el retrovisor—. Deja que se vaya.

Cuando por fin se ve liberado, Fernando Seoane echa a andar con paso apurado. Pero antes de irse todavía le da tiempo a murmurar algo, aunque sea sin levantar la mirada del suelo.

—Busquen a *os sete tolos*.

—¿A quién?

—A los siete locos —traduce—. Hablen con alguno de ellos. Tal vez así comprendan mejor a qué clase de gente se están enfrentando.

55

Un poco de calor

Cuando el subinspector Jacobo Veloso llega por fin a la Casa del Inglés, a última hora de la tarde, se encuentra a los cuatro miembros de la Brigada de Investigación Criminal reunidos en el salón.

—Buenas tardes a todos. Perdone el retraso, señor, organizar la búsqueda por el río me ha llevado más tiempo del que esperaba.

—¿Está en marcha?

—Sí, señor. Todo en orden.

—¿Alguna novedad sobre el niño?

Jacobo se limita a negar con la cabeza y Mateo aprieta los labios en una mueca incómoda.

—De acuerdo…

Junto a él, Ana Santos y Antonio Laguardia permanecen de pie alrededor de una mesa de nogal, en la que descansan varias hojas, fotocopias y documentos expuestos. De entre todos ellos, Jacobo identifica los informes de las autopsias realizadas por el doctor Marcos Durango.

Al fondo del salón, sentado en un enorme sofá de color rojo, Raúl Arroyo mantiene una expresión concentrada a la vez que teclea algo en su ordenador portátil. Pero, la verdad, no es eso lo que ha

llamado la atención de Jacobo en esa dirección, sino el calor. En la chimenea el fuego arde con fuerza. Y Jacobo lleva toda la tarde metido en el río, así que sus huesos agradecen la temperatura.

—Ana y Antonio estaban a punto de explicarnos algo, Jacobo.

—Sí —confirma la subinspectora Santos—. De hecho, tal vez nos puedas echar un cable con esto, Veloso.

—Por supuesto —responde Jacobo, aún sin apartar las manos del fuego—. ¿De qué se trata?

Santos y Laguardia relatan el curioso encuentro que han tenido con el hombre que los siguió hasta el bar.

—Total —concluye Santos al llegar al final del relato—, que la cosa pinta rara, jefe. De ser cierto lo que nos ha soltado, los Quiroga parecen tener más peligro que un mono borracho con dos pistolas cargadas. De hecho, el amigo estaba a punto de largarnos algo sobre el tal David cuando se detuvo de golpe.

—Sí —confirma Laguardia—. Y eso también ha sido extraño, porque se paró en seco al ver aparecer a su amigo, el sargento Javier Saldaña, señor.

—Exacto. No sé, jefe, pero a mí el picoleto ese no me da buena espina.

—Ya —admite Mateo—. ¿Y cómo lo has visto tú, Jacobo? ¿Qué dices, conoces al tal Seoane?

—Sí, sé quién es. Y alguna vez he hablado con él también.

—¿Y? ¿Es de fiar?

Jacobo aprieta una duda en los labios.

—A ver —responde al fin—, Fernando no es un mal tipo. Y es cierto que fue bodeguero, sí. Pero hasta donde yo sé, el problema de su bodega no fueron los Quiroga.

Mateo entorna los ojos.

—¿Cuál fue, entonces?

—Él mismo, señor. Por lo que tengo entendido, un poco más y se ventila entera su propia bodega.

—O sea, que nuestro amigo bebe.

—Más que los peces en el río, subinspectora. Y ese solo es el principio de su problema.

—¿Por?

—Porque cuando bebe más, Seoane tiene la mala costumbre de sacar la lengua a pastar. A veces, más de la cuenta.

—Y déjame adivinar —pide Santos—, su tema favorito son los Quiroga.

—Correcto. Comenzando por el patriarca, Rogelio Quiroga.

—¿Y eso?

—El padre de Fernando Seoane fue una de las primeras víctimas del famoso alcohol metílico, señor. Se quedó ciego de un día para otro, y a la mañana siguiente estaba muerto.

—Comprendo.

—Usted sí, pero él no. De hecho, algunas de las cosas que Fernando Seoane no comprende es que no se puede difamar a gritos a la familia Quiroga, ni en la plaza del pueblo, ni mucho menos en el portal de su casa a las dos de la mañana y borracho como una cuba. Ni tampoco hacer todo tipo de aguas sobre el capó del coche de don Víctor.

—No jodas —se asombra Santos—, ¿de verdad hizo eso?

Jacobo asiente.

—Menores y mayores, subinspectora.

—Joder con el viejo, ¡menudo campeón!

—Pues sí, todo un campeón, pero con vocación de plusmarquista. Si yo lo conozco es porque alguna vez le ha dado por liarla en Monforte. Pero su escenario favorito es este, Sober. De modo que no me extrañaría nada que esa fuera la razón para el marcaje tan estrecho por parte del sargento Saldaña, señor.

—¿Y qué pasa entonces con eso de los siete locos? —interviene Laguardia.

—¿Los siete locos? —Jacobo arruga la frente.

—Sí, fue lo último que nos dijo, que habláramos con esos a quienes se refirió así. ¿Acaso esto también se lo ha inventado?

—No, no. Los siete locos es como se conoce en el cañón al grupo de bodegueros que desde el principio intentaron seguir elaborando el vino de Amandi de la manera tradicional. Ya sabéis, sin mezclar las uvas propias con las de otras denominaciones.

—Sí —confirma Santos—, eso fue lo que él también nos explicó cuando estaba a punto de decirnos algo sobre David Quiroga.

—Entonces tal vez sería bueno consultarlo con ellos. ¿Se te ocurre alguien?

Jacobo lo piensa por un instante.

—A ver, yo tengo buena relación con uno de ellos. Tino Alonso. Es un tipo un tanto peculiar…

Santos levanta una ceja.

—¿Acaso hay alguien aquí que no lo sea?

—¿De qué clase de peculiaridad estamos hablando, Jacobo?

—Yo creo que está como un cencerro, señor. Pero es buena gente, eso seguro.

—Bueno, algo es algo —acepta Mateo—. ¿Crees que podrías organizar un encuentro con él para mañana?

—Lo llamo ahora mismo, señor.

56

El nombre con el que todo acaba

Mientras Jacobo habla con el tal Tino Alonso en el exterior, Mateo informa a sus compañeros de todo lo que le ha contado Antoñita en Lobios. Y Arroyo comprende.

—El empleo de las plantas que le ha descrito la mujer se corresponde con lo que yo he encontrado, señor.

—¿De qué manera?

Raúl pasa a relatar todo lo que ha averiguado acerca de los alcaloides identificados en las autopsias de Maseda y Quiroga.

—Al parecer, no se trataba de burundanga ni de nada por el estilo: era estramonio, señor. Estramonio —resume—, o beleño.

Y Santos comienza a arrugar toda su expresión a la vez que niega en silencio.

—Pero, un momento, a ver si le he entendido bien, jefe. Lo que nos está diciendo es que la muerte de estos dos desgraciados está relacionada con alguna antigua forma de eutanasia popular… ¿practicada por brujas?

Y ahí está el problema. Aunque nada más fuera por poder avanzar un poco en la investigación, a Mateo le encantaría poder responderle a Santos que sí, que, en efecto, esa es la relación que vincula todas

las piezas. Pero no puede hacerlo. Porque sigue habiendo algo que no encaja.

—No —responde a la vez que chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Lo que nos ha explicado Raúl corrobora la historia de nuestra amiga Antoñita. De modo que sí, por más sorprendente que nos pueda parecer, todo apunta a que ambos casos guardan algún tipo de relación con antiguos cuentos de viejas e historias de brujas.

—¿Y entonces?

—Entonces, Ana, el problema está en que nada de todo esto, ni las historias de Antoñita, ni las plantas de Arroyo, explican el porqué de los desnucamientos. En ninguno de los cuentos de esas mujeres se menciona ningún tipo de fractura cervical, de modo que…

—Pero en otras sí —vuelve a intervenir Arroyo.

Y Mateo no tarda ni un segundo en clavar su atención en él.

—¿Cómo has dicho?

Raúl no se resiste a dejar escapar una sonrisa entusiasta.

—Que tal vez yo sí haya encontrado algo al respecto, señor. Puede que en otras historias, puede incluso que en otros lugares. Pero sí, creo que he hallado la relación.

—Habla.

Y, ahora sí, la sonrisa de Raúl Arroyo se hace mucho más grande.

—Señor, ¿ha oído usted hablar de las acabadoras?

Tiempo atrás. Febrero de 1976

El infierno desatado

Herminia tarda en darse cuenta de lo que ocurre. Lo primero que identifica es el olor, rancio y agrio, del aliento de su marido en la nuca.

—Ay —intenta disimular, nerviosa—, me has dado un buen susto…

—¿Qué me has hecho, mujer?

Cuando Herminia termina de secarse las manos y volverse sobre sí misma, lo primero que se clava en ella son los ojos de Hipólito. Rojos y acuosos, vacíos de toda expresión y vida. Esos que tanto terror le producen.

—Los críos me lo han contado —masculla.

—¿Los críos? —titubea—. ¿Qué… qué es lo que te han contado?

—Que has vuelto a verla.

Herminia retrocede despacio todo cuanto puede, que es nada, al mismo paso al que Hipólito avanza hacia ella. Ahora, con los riñones ya pegados a la cocina de hierro, no puede recular más. Y sí, nota el calor. De hecho, siente cómo empieza a quemarse. Pero prefiere eso que lo que tiene delante, el rostro áspero, huesudo y maloliente de su marido ya encima del suyo.

—¿Que he vuelto a verla? —Herminia intenta disimular el pánico bajo una sonrisa absurda—. ¿A quién?

—No te hagas más estúpida de lo que ya eres, mujer. De sobra sabes de quién te hablo: de la puta de la bruja esa con la que tanto hablas.

—¿La bruja? ¿De qué bruja me hablas? No, Hipólito, yo no…

—Tú sí —la ataja el animal—. Tú sí… Solo que esta vez, encima, la has dejado entrar en mi casa, ramera.

Hipólito sigue acercando su cara a la vez que Herminia intenta apartar la suya, aterrorizada. Porque ella sabe lo que está a punto de suceder de nuevo. De desatarse.

—¡En mi casa! —brama de repente Hipólito—. ¡Has dejado entrar a la puta de Satanás en mi casa!

Y en ese instante, todo en Herminia es humedad. La de la saliva de su marido, esparcida por toda su mejilla, y la de su propia orina, derramada sin aviso ni contención entre sus piernas hasta formar un charco tibio alrededor de sus pies, en el suelo de la cocina.

—¡¿Qué has hecho, puta?! —ruge Hipólito—. ¡Qué has hecho! ¡Zorra!

Y con el último insulto llega el primer golpe, un puñetazo que proyecta la cara de Herminia contra el canto de hierro de la cocina.

La mujer no tarda en sentir la siguiente muestra de humedad, la de la sangre que brota de su sien, empapando, también tibia, su frente y sus ojos. Pero apenas tiene tiempo para calibrar la temperatura de su sangre, porque el siguiente golpe es aún más brutal, una patada en el estómago que, ya en el suelo, le hace doblarse sobre sí misma.

—¡Qué me has hecho, puta del demonio! —sigue gritando Hipólito, ya por completo fuera de sí—. ¡Qué me habéis hecho, perras del diablo!

Pero, aunque quisiera, Herminia ya no puede responder. Porque Hipólito ha puesto el acento de la palabra «perras» con una nueva patada. Una que ha descargado sobre la cabeza de Herminia, empujándola con tanta fuerza contra el suelo que le ha hecho perder el sentido, y ahora la conciencia de Herminia vaga a la deriva, naufragando en un mar de sangre, orina y lágrimas.

Un mar tibio, con la misma calidez de un pensamiento que se desvanece entre el dolor y la nada.

57

Las acabadoras

Cuando Jacobo regresa al salón de la Casa del Inglés, su primer impulso es confirmarle a Mateo que acaba de cerrar una reunión con Tino Alonso para mañana por la mañana. Pero no lo hace. Por las caras con las que todos observan a Raúl, está claro que Arroyo está a punto de compartir algo importante con el grupo.

—En realidad, la historia de estas mujeres guarda mucha relación con la que usted mismo acaba de contar, señor. De algún modo, aunque ellas vivían en el norte de Cerdeña, las acabadoras también se dedicaban a dar la buena muerte. La diferencia tan solo estaba en el método: en lugar de aplicar sedantes y narcóticos y esperar a que estos hicieran efecto, estas mujeres sardas eran mucho más expeditivas.

Y Mateo comprende.

—Acababan el sufrimiento de los moribundos de una manera más rápida. Les…

—Sí, señor, les fracturaban el cuello.

Arroyo detalla cómo las acabadoras de Fonni, Gallura, Luras y tantos otros pueblos del norte de Cerdeña se valían de un par de piezas de madera para acabar con la vida de aquellos para los que se reclamaban sus servicios.

—Solas en la habitación en la que yacía el moribundo, lo primero que hacían era colocar una pieza de madera, una especie de pequeño yugo, bajo el cuello de la persona, entre la segunda y la tercera vértebra cervical. A modo de cuña, para mantener la cabeza en una posición elevada. A continuación, con una mano sujetaban el pecho y con la otra levantaban en el aire la segunda pieza: una gran maza hecha con raíz de castaño u olivo. Un golpe seco contra la frente del perdido bastaba para que la cabeza bajase con tanta fuerza como para provocar la fractura instantánea de las cervicales. Y, con ella, la sección del bulbo raquídeo. La muerte —concluye Arroyo— era instantánea. Dolorosa, sí, pero inmediata.

Por un instante, todos permanecen en silencio, y hasta Laguardia, siempre frío, se descubre a sí mismo echándose lentamente la mano a la parte posterior del cuello.

—Desde luego —murmura Santos—, está claro que donde hay que hacer un trabajo duro, ahí estamos las mujeres.

—Pero…

Por la forma de observar a Arroyo, aún desconcertada pero también dubitativa, queda en evidencia que el sentido común de Antonio Laguardia ha vuelto a ponerse en marcha.

—Pero hay algo que no entiendo, Raúl.

—Dime.

—Has dicho que se trata de una tradición sarda.

—Bueno, tradición igual es mucho decir —puntualiza Arroyo—, pero sí, al parecer, consistía en una práctica recogida en algunas aldeas al norte de Cerdeña.

—Pues eso mismo —insiste el subinspector—, algo que se practicaba en Cerdeña. Y eso es Italia.

—Muy agudo, Antonio…

Laguardia ignora el comentario de Santos.

—E Italia —insiste— queda muy lejos de Sober. De modo que ¿qué nos estás diciendo? ¿Que esa tradición, práctica o como lo quieras llamar también se daba aquí?

Arroyo duda.

—Sí, yo también me lo he preguntado —admite—. Y no, todavía no lo sé. Pero sí sé quién lo puede saber.

—¿Quién?

—Alfonso Campos, señor.

—¿El que nos ha conseguido la casa?

—Sí, Ana, el mismo que, además, también es historiador. Mañana mismo me reúno con él.

58

El niño en su agujero

En el silencio más absoluto, sin tan siquiera emitir un murmullo, Nico hace todo lo posible por adaptar sus ojos al espacio a su alrededor. Ya es noche cerrada, y hace horas que el breve hilo de claridad que llegaba hasta él durante el día ha desaparecido por completo. La oscuridad, tan profunda como aplastante, resulta sobrecogedora, hasta el punto de que, por un instante, casi puede sentir el peso de la noche sobre él.

Sentado en el suelo, sobre el colchón viejo y sucio, Nico cierra los ojos y se concentra en los sonidos a su alrededor. Al principio le parece no oír nada. Pero poco a poco va identificando los rumores que le llegan. Más allá del constante goteo de la humedad condensada en la galería, lo primero que reconoce es la lluvia. Sí, a pesar de la profundidad, Nico percibe el sonido de la lluvia, que vuelve a caer con ímpetu. Si ahí fuera hay alguien buscándolo —algo que Nico espera con todas sus fuerzas—, tiene que estar mojándose mucho. Pero también hay algo más.

Nico se tumba de costado, con la cabeza por fuera del colchón. Despacio, acerca la cara al suelo y, con la oreja pegada a la tierra, escucha.

Y sí, ahí está.

Por debajo del goteo constante y del sonido de la lluvia hay algo más.

Es un rumor, grave y profundo, que parece llegar a través del suelo. De la tierra, de la roca viva. De la montaña. El canto de algo, salvaje y constante, que retumba contra las entrañas del propio cañón.

Y no, no es el río.

Nico lo conoce bien, sabe que el río tiene una voz diferente. Tal como le han contado tantas veces su abuela, la señora Antoñita y otros ancianos de la aldea, hace mucho tiempo que el río ya no suena como antes a su paso por Lobios. Dicen que cuando construyeron la enorme presa de Santo Estevo el río enmudeció, convertido desde entonces en una enorme balsa de agua aparentemente estancada. Y no, Nico no sabe cómo podía sonar el río antes de aquello, pero sí que, por más que digan los viejos, el río sí tiene voz. Una apenas ruidosa, como un murmullo amplio y constante. Sí, el río sí tiene voz. Y no, no es esta que ahora llega hasta él. Este es el rugido de una bestia desatada, la furia de un elemento golpeando con fuerza. De modo que… solo puede ser una cosa.

Nico vuelve a incorporarse, ahora con la cara húmeda por el contacto con el suelo. Hace frío aquí abajo y, además, tiene hambre.

«Hambre», piensa. Claro, tal vez así… Pero no, espera, todavía no.

Aterido por el frío, vuelve a encogerse sobre sí mismo. Aprieta con fuerza las piernas flexionadas contra su pecho y se hace un ovillo sobre el colchón. La manta no abriga demasiado, pero no hay otra cosa. Por un instante siente el impulso de llorar. Se frota los ojos bajo los cristales de las gafas. Y las nota al roce de sus nudillos

contra los cristales. Están destrozadas, al final las gafas están destrozadas. Aunque pudiera ver algo, desde luego que de nada le servirían. Están rotas…

Ahora mismo, Nico daría lo que fuera por estar en su cama. En su casa. Pero no.

—No te preocupes —se dice a sí mismo—, tienes que ser fuerte…

Nico es pequeño, lo sabe. Pero ya no es un niño. O por lo menos así lo siente él. Está en ese punto en que uno deja de ser un crío para empezar a convertirse en lo que sea que venga después. En otra cosa. Y ahí hay que ser fuertes. Ya no sirve de nada llorar. A su corta edad, la vida ya le ha enseñado que hay que ser fuertes. Resistir. Nico aprieta los dientes con fuerza y se concentra en las sacudidas de su propio cuerpo. Tiene que dejar de temblar. Tiene que aguantar. Tiene que llegar hasta mañana. Y, sobre todo, no mostrar ninguna señal de debilidad. De nuevo en pie, se acerca a la puerta y asoma la cabeza al exterior.

59

La catedral bajo el agua

Por fortuna no hay viento. Llueve con fuerza y el frío corta la piel de la cara en la proa de la lancha, pero por lo menos no hay viento, lo cual es casi un alivio para Javier Saldaña.

Porque el sargento ya lo ha visto en otras ocasiones. En circunstancias como estas, si además sopla el viento, las altísimas paredes del cañón lo concentran y lo canalizan con ímpetu contra el agua. Y entonces todo se vuelve mucho más peligroso de lo que ya es. No, uno no sabe lo que puede llegar a ser un temporal en el río hasta que lo vive. Y no, maldita sea, cuando el río se enfada, no tiene nada que envidiarle al mar más enfurecido. Si lo sabrá Saldaña, que ha crecido junto a este y lo ha visto hundir hasta casas enteras.

Pero esta noche, por fortuna, no hay viento. Llueve con fuerza, es verdad, pero las aguas se mantienen lo bastante estables como para que la pequeña embarcación de la Guardia Civil pueda navegar avante poca.

Desde la proa, Saldaña ilumina con el cañón de luz cada curva, cada roca, cada caída del agua precipitada contra la piedra, en esta noche cerrada de lluvia todavía más negra, más impenetrable que de costumbre. No hay viento, pero tampoco luna, y la humilde lancha

se balancea de un lado a otro como el pequeño cascarón que es en realidad en medio de semejante inmensidad, entre los balcones de Santiorxo y O Boqueiriño.

Porque aquí lo evidente es que las paredes son descomunalmente altas, con las cumbres a más de trescientos metros de altura sobre el nivel del agua. Pero lo que casi nadie sabe es que, de hecho, hacia abajo tampoco falta profundidad. En esta parte del cañón, bajo el mirador de A Cividade, el fondo del río se encuentra a más de ochenta metros de profundidad. Y no hace sino alejarse más a medida que se acercan al embalse, donde el lecho descansa a más de ciento veinte metros desde la superficie.

Saldaña apunta el haz de luz hacia la inmensidad oculta frente a la proa, y no le gusta lo que siente. Porque sabe que ahí delante, bajo sus pies, podría permanecer oculta una catedral, siempre y cuando tuviera los cimientos lo bastante fuertes como para soportar las brutales corrientes subacuáticas que se generan cuando la presa desagua.

A la altura de los bancales de Os Chancís, a poco más de un kilómetro y medio de los muros del embalse, la pequeña patrullera de la Guardia Civil comienza a navegar con dificultad.

—¡Mi sargento! —le grita el piloto—, ¡si los aliviaderos de la presa están abiertos, podríamos tener problemas! ¡Deberíamos virar! ¡Ya!

Pero Saldaña no parece escuchar. En silencio, sin dejar de apuntar con el cañón de luz e intentando apartar el agua de la lluvia que le impide ver con claridad a través de los prismáticos, el sargento Javier Saldaña escudriña cada curva, cada roca. Tampoco para de maldecir entre dientes. Porque sabe que ahí abajo podría esconderse una catedral, y ellos están buscando el alfiler que es un niño.

—¡Mi sargento, me cago en la puta!

—¡Joder! —muerde Saldaña—. ¡Vira! Vira…

La patrullera comienza la maniobra de viraje con Saldaña por completo empapado, aún aferrado a la barandilla de proa. Frustrado, no deja de observar la ribera, buscando algo. Un destello, una marca. Algo.

Y, la verdad, es una pena que no pueda ver más allá. Porque de hecho al mismo tiempo alguien los observa a ellos desde lo alto de los bancales. Alguien que, agazapado en la oscuridad de las vides, mira cómo el haz de luz se refleja en la superficie del agua, iluminando bosque y piedras. Alguien que sabe que este es el momento de dar el siguiente paso.

60

La noche sobre Sampil

Por fin, la noche se ha convertido en madrugada y, en Sampil, la Casa del Inglés se ha ido quedando en algo parecido al silencio. Pero nadie duerme, en realidad. Ni mucho menos. A pesar del cansancio evidente en cada miembro de la brigada, nadie se ha acostado todavía.

En la casa hay tres dormitorios. Uno con una cama de matrimonio, otro con dos individuales y, al fondo, un tercero, con tan solo uno de los dos lechos preparado. Tanto Raúl Arroyo como los subinspectores Ana Santos y Antonio Laguardia guardaron un respetuoso silencio cuando se preguntó por el reparto de las habitaciones, dando por sentado que la de la cama de matrimonio sería para el inspector Romano. Pero como Mateo dijo que a él le daba igual, Santos no lo dudó ni por un instante.

—Coño, pues si nadie lo quiere, ¡entonces para mí!

Por supuesto, ninguno dijo nada. Mateo asintió en silencio y tanto Arroyo como Laguardia sonrieron por lo bajo.

De modo que ahora Ana y Antonio conversan en el primer dormitorio, todavía a vueltas con el asunto del vino, mientras que Raúl sigue trabajando junto al fuego del salón, intentando averiguar

algo más sobre las acabadoras italianas y cualquier posible conexión con algún tipo de tradición local.

Mateo, por su parte, tampoco se ha retirado a su cuarto. Le han guardado para él el del fondo del pasillo, el individual. Pero, a pesar del agotamiento, ya que él sí que no ha dormido apenas nada desde el día anterior, ni se le pasa por la cabeza meterse en la cama.

Tenso e incómodo, abre la puerta que da al jardín y se asoma al porche de la casa. Fuera no deja de llover, y Mateo busca el cielo con la mirada. Los nubarrones no permiten ver nada en absoluto, pero por un instante intenta distinguir algo más allá. No sabe por qué, pero de pronto ha recordado con claridad el cielo nocturno de su infancia, un manto encendido de estrellas, aún más sobrecogedor en noches de invierno como esta. Por más que ahora mismo no se vea nada. En silencio, enciende un cigarro cuyo humo aspira con fuerza y se pregunta dónde estarán. El cielo, las estrellas de su infancia, un tiempo en el que todo parecía todavía fácil. O, por lo menos, no tan amargo como ahora. Lobios, Candela, su madre… La vida. Y entonces es otra persona la que regresa a su pensamiento.

Su padre.

Sí, se reprocha a sí mismo que no es en ese viejo en quien debería estar pensando, sino, en todo caso, en Nico. Un día completo tras su desaparición y todavía no ha logrado ningún avance, más allá de esa posibilidad señalada por Antoñita, la de que Odilo pueda ser la última persona con la que se vio al chaval.

Pero tampoco puede olvidar que él llegó aquí llamado por su padre para investigar dos muertes. Dos accidentes que, al final, han resultado no serlo. Y en medio ha aparecido esa mujer. Antoñita. La misma que se ha mostrado hostil desde el primer instante en que le

presentaron a Mateo. Primero vino la sorpresa. Y, acto seguido, el rechazo. La distancia. Y toda esa hostilidad… Pero ¿por qué?

Por su padre, sin duda.

Sea por el motivo que sea, está claro que hay algún asunto pendiente entre esa mujer y él.

De hecho, ella se lo dijo incluso el día anterior, cuando se enfadó porque sentía que Mateo la había llamado mentirosa. «Hay que tener mucho cuajo —le había dicho— para venir a la casa de una mujer honrada a llamarla mentirosa».

«Sobre todo —añadió—, viniendo de una familia tan llena de mentiras como la suya».

¿A qué se refería?

«Pues tal vez vaya siendo hora de que hable usted con su padre».

Se refería a la muerte de su madre… Mateo se desespera por momentos. ¿Qué es lo que no sabe?

¿Qué pasa con su padre? ¿Qué es lo que Antoñita conoce y él no? Es más, ya puestos a hacerse preguntas incómodas bajo la lluvia, ¿por qué lo ha llamado en realidad? ¿Porque las víctimas eran sus amigos? Mateo recuerda las palabras de Saúl al llegar a Sober, esa certeza que tenía sobre que aquí había algo más que dos accidentes. Y vaya si lo había. Todas estas historias de brujas…

Pero espera un momento… ¿Y cómo sabía él eso? ¿Su padre preocupado por antiguas leyendas y creencias absurdas? No le pega. Sin embargo…

Por otra parte, es evidente que Antoñita tampoco parece guardarle demasiado aprecio. ¿Por qué?

De acuerdo, tal vez haya llegado el momento de tener esa conversación con su padre. Será mañana, a primera hora. Por fin.

Después de tanto tiempo.

Después de demasiado tiempo.

A los pies de Mateo, aún inmóvil en el porche de la casa, una pequeña salamandra de manchas negras y amarillas ha venido a protegerse de la lluvia.

61

La noche sobre Lobios

Por fin, la noche se ha convertido en madrugada y, en Lobios, la casa de Candela se ha ido sumiendo en algo parecido al silencio. Pero aquí tampoco hay espacio para el sueño, en realidad. Ni mucho menos.

Inmóvil ante la puerta de la casa, Candela mantiene la mirada perdida en la lluvia, que ahora parece amainar un poco, a la vez que no deja de darle vueltas a un papel en su mano derecha. Lo marea entre el índice y el pulgar, haciéndolo girar sobre sí mismo mientras atisba en la oscuridad, como si de algún modo fuera capaz de mirar más allá. De la lluvia, de la noche. De todo. Hasta que de pronto se detiene. Deja de juguetear con el papel y, una vez más, vuelve a abrirlo. Despacio, muy despacio, baja la cabeza y dirige la mirada hacia él mientras lo desdobla.

Se trata de una hoja pautada, probablemente arrancada de algún cuaderno escolar. Y tiene algo escrito en ella.

> Aquí siempre ha habido quien se preocupe de nuestros asuntos. No debiste traer a tus amigos de la policía. Ahora atente a las consecuencias.

Es una letra hecha a mano, torpe, burda. Casi infantil. Impertérrita, Candela dobla la hoja de papel una vez más. La guarda en el bolsillo posterior de su pantalón vaquero y, de nuevo, levanta la cabeza para clavar los ojos en la penumbra. En lo que sea que se esconda más allá de la lluvia, al otro lado de la noche.

A sus pies, un pequeño tritón la observa desde la humedad del jardín.

Tiempo atrás. Febrero de 1976

Ni el cuerpo de Cristo

El padre Secundino es un párroco joven. Cuando apareció por Lobios, dispuesto a hacerse cargo del rebaño del viejo don Verísimo —quien de tan anciano que era ya pareciese que el mismísimo Dios se hubiera olvidado de él—, sus ovejas lo miraron con recelo.

Para los hombres de la aldea, el tipo no era más que un imberbe, por mucho que desde el seminario dijesen lo contrario. ¿Qué podía saber aquel pimpollo del cielo y el infierno, si aún tenía pinta de llevar el sabor de la teta materna en la boca?

Sin embargo, las mujeres lo recibieron de manera diferente. Con expectación. Quién sabe, tal vez él, criado y formado en un tiempo distinto al del viejo Verísimo, sí se mostraría más abierto, más comprensivo. Más colaborativo que su predecesor. Quizá, por fin, el Señor, en su infinita sabiduría, se había decidido a enviar a alguien en su ayuda.

Dos años más tarde, la decepción era absoluta para con todas las partes.

Bien al contrario de lo que las mujeres de aquella parte olvidada del mundo esperaban, lo que Dios, en su infinita indiferencia, les había enviado no era más que otro pusilánime. Un timorato que, si bien era consciente de los golpes y los abusos por los que todos

aquellos moratones y cardenales clamaban bajo los velos de las mujeres, nunca jamás movió un dedo para ayudarlas.

En todo caso, lo más que el padre Secundino hacía era apartar la mirada cuando tenía que dar la comunión a alguna de ellas.

—El cuerpo de Cristo —murmuraba al tiempo que mantenía la vista sobre la patena.

Algunas mujeres bajaban la cabeza, avergonzadas, como si algo de todo aquello fuera culpa suya.

Pero otras no.

Las más valientes buscaban el contacto visual con el padre Secundino. Aunque nada más fuera para que las reconociera, para obligarlo a, por lo menos, contemplar lo que aquellos lobos que apenas se molestaban en disfrazarse de ovejas les estaban haciendo.

Mujeres valientes como Senda, que hoy también se ha acercado a comulgar.

—El cuerpo de Cristo.

Pero ella no se ha movido. Todavía con la hostia en la boca, ha permanecido inmóvil. Quieta, forzando la mirada del cura. Aunque solo sea para obligarlo a mirarla a los ojos. Al frente, al rebaño. Para que vea que, una vez más, Herminia no ha venido.

62

Esto lo cambia todo

Es jueves por la mañana. Mateo ha decidido hablar con su padre, aclarar las cosas de una vez por todas, aunque nada más sea para comprender la relación que pueda haber entre su viejo conflicto y lo que sucede ahora mismo. Y por eso acaba de aparcar su Lada Niva junto a la capilla de los Ángeles, en Lobios. Para tener esa conversación con Saúl. Pero antes, por supuesto, debe comenzar por otro sitio.

Cuando Candela le abre la puerta de su casa, Mateo siente que el primer impulso por su parte es positivo. Algo parecido al alivio, incluso tal vez el comienzo de un abrazo. Pero entonces algo cambia. Por algún motivo, cuando ya ha comenzado el movimiento en su dirección, ella se detiene.

—¿Qué ocurre? —le pregunta.

Pero no le responde al momento. De pronto inmóvil, Candela tan solo mantiene la mirada de Mateo desde una expresión extraña, algo que a él lo desconcierta aún más. Está a punto de repetir la pregunta cuando se da cuenta de que la mujer mira con discreción a uno y otro lado.

—Pasa —resuelve por fin, manteniendo la distancia.

—Ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Sí —responde a la vez que cierra la puerta a su espalda—. Ayer no podía dormir y salí a fumar al porche.

—¿Fumas?

—Ahora sí. Vi que alguien había movido una de las plantas de la escalera, y al principio pensé que tal vez hubiera sido alguno de tus compañeros, de la policía o de la Guardia Civil, cuando estuvieron aquí ayer. Pero entonces me di cuenta de que bajo el tiesto había algo.

—¿El qué?

—Esto.

Candela saca la hoja de papel doblada que lleva en el bolsillo posterior de su pantalón vaquero y se la ofrece a Mateo.

—«Aquí —lee él en voz alta— siempre ha habido quien se preocupe de nuestros asuntos. No debiste traer a tus amigos de la policía. Ahora…».

—«Atente a las consecuencias» —concluye Candela con gesto grave—. ¿A cuáles crees que se refiere?

Pero Mateo, que sigue con la mirada fija en el papel, no responde.

«Aquí siempre ha habido quien se preocupe de nuestros asuntos…».

—Es una letra extraña, ¿no te parece?

«No debiste traer a tus amigos de la policía…».

—Sí —responde Candela—, a mí también me da esa sensación. Parece letra de escuela, pero…

—De la vieja escuela.

—Algo así, sí.

—No es la de Nico, ¿verdad?

«Ahora atente a las consecuencias».

—En absoluto.

Candela se da la vuelta y se pierde en el interior de la casa. No tarda ni medio minuto en regresar con una libreta en la mano.

—Mira —señala a la vez que se la tiende a Mateo—, este es uno de los cuadernos del cole de Nico.

Lo abre y Mateo lo observa por encima. No es necesaria mucha más atención para ver que, en efecto, ambas letras no tienen nada que ver.

—De acuerdo —murmura—, pues… Esto cambia las cosas. Ya no estamos hablando de una desaparición, sino de un secuestro.

—Por el amor de Dios…

—No te preocupes, mi equipo se hará cargo.

Candela se da cuenta de que Mateo le ha respondido sin mirarla a los ojos.

—Mateo.

—Tranquila, Candela, seremos discretos. Y no te preocupes, ya me voy.

—Ya, pero, Mateo —insiste a la vez que le agarra el brazo—, «las consecuencias». ¿A qué crees que se refiere?

Mateo lo ignora, pero algo retumba en el fondo de su pensamiento.

«Aquí siempre ha habido…».

La historia de Antoñita.

—No lo sé —responde—. De verdad, no lo sé.

Y entonces recuerda algo más, algo incómodo.

«Aquí, quien más, quien menos, todos sabemos algo al respecto».

«Candela, su madre, yo…».

—Escucha, yo…

Mateo duda.

—Escucha, ¿qué crees que significa eso de «siempre ha habido quien se preocupe de nuestros asuntos»? ¿Tienes alguna idea de a quién podría referirse?

Candela extraña la expresión.

—¿Cómo?

—Verás, Antoñita me contó ayer una historia.

Mateo duda mucho.

—¿Una historia?

—Sí, algo acerca de unas mujeres que, al parecer, se dedicaban a dar algo llamado la buena muerte. ¿Sabes de qué te hablo?

Esta vez Candela arruga la frente, por completo confusa.

—¿La buena muerte? Sí, no sé, me quiere sonar de algo, pero… No sé, Mateo. Oye, no entiendo, ¿a qué viene esto ahora?

En ese momento, el gesto de Candela se vuelve todavía más grave.

—Oh, Dios, no estarás insinuando que a Nico lo van a…

—No, no —la ataja—. No es eso. Tan solo es que ella me dijo que tú sí sabrías de qué te hablo. O tal vez tu madre.

—¿Mi…? Mateo, perdona, pero te juro que no entiendo nada. Yo no sé de qué me hablas, mi madre lleva más de un año muerta, joder. ¿Se puede saber qué coño pasa?

Pero en lugar de responder, Mateo se limita a mantener la mirada de Candela. Y ella reconoce la desconfianza en su expresión.

—Espera, espera… ¿En serio? ¿De verdad dudas de mí?

Mateo aprieta los labios.

—No, Candela, no es eso. Pero comprende que yo tampoco entienda mucho. Desde que he llegado todo son silencios, secretos,

historias a medias, miradas hurañas, venenos y pieles de bichos muertos en la puerta de mi coche.

Mateo se detiene. De acuerdo, allá vamos.

—Una piel, por cierto, que tú reconociste al instante, casi antes incluso de que te la enseñara. Comprende que por momentos no sepa qué pensar.

Candela entreabre los labios.

—No puedo creer que de verdad me estés diciendo esto.

—No te estoy diciendo nada —se revuelve Mateo—, tan solo te pido la verdad. ¿Qué sabes sobre estas cosas?

—Que qué sé yo sobre… —Candela niega con la cabeza, perpleja —. ¡Pues lo mismo que todos aquí! ¡Ya te lo dije entonces, son cuentos de viejas! Joder, Mateo, puede que tú te hayas ido a tomar por culo de aquí, y que allá donde coño quiera que te hayas ido no existan estas cosas. Pero esto es una aldea, joder, ¡una puta aldea! Y en las aldeas creen en estas cosas. ¡Claro que sabía que eso era una piel de zorro! ¡Porque si vives rodeada de monte sabes cómo es un puto zorro, Mateo! —El silencio los envuelve hasta que Candela se decide a continuar—: No me lo puedo creer, Mateo. ¿En serio dudas de mí?

Pero Mateo no responde. No puede.

Porque ahora no cabría más respuesta que la verdad. Y Mateo no puede darla. No ahora. Porque él siempre ha odiado a su padre y, en el fondo, a su madre también. Porque si nada de todo aquello hubiera ocurrido, Mateo sabe que habría sido ella. En realidad, y aunque nunca se lo haya dicho a nadie, Candela es la verdadera razón por la que, en su momento, cuando recibió la llamada de su padre, accedió a venir. Porque sabía que por fin tenía una excusa

con la que disimular ante sí mismo para volver a verla. Para encontrarse con ella. Y, si se daban las circunstancias, para pedirle perdón. Porque no, por más que nadie conozca la historia al completo, él sabe que no se portó bien con ella. No estuvo a la altura, la defraudó, le falló. La traicionó. Y, sin embargo, Mateo nunca la ha olvidado.

Porque, en realidad, Mateo jamás ha dejado de estar enamorado de Candela.

Pero ahora es policía.

Vino aquí pensando que lo de su padre no sería nada, y ha resultado ser mucho más que eso.

Dos muertes que son en realidad dos asesinatos.

Quién sabe cuántas más en el pasado.

Y un niño desaparecido.

Un secuestro.

Y ella.

No, por más que le duela, ahora Mateo no puede ser solamente el hombre que siempre ha estado enamorado de Candela. Ahora es un inspector de policía que debe permanecer atento a cualquier posibilidad. Y Candela es una posibilidad.

—Sal de mi casa, por favor.

—Candela, yo…

—No —lo corta—. Déjalo estar. Vete. Tú y yo no tenemos nada más que hablar.

63

Mateo desde la distancia

A Mateo le cuesta caminar. Tiene un dolor en el pecho con forma de vacío y un «lo siento» atascado en la garganta. Tantos años esperando y ahora…

Niega en silencio con los dientes tan apretados como para partirse las muelas de pura frustración. Lloraría, me cago en la puta. Lloraría… Pero no puede hacerlo. Se pasa una mano rápida por la cara y saca el teléfono, lo justo para avisar a Santos de que dé la orden para el cambio de protocolo. Esto ya no es una desaparición, sino un secuestro. «Retiramos las batidas de búsqueda», «De acuerdo, jefe, todo bien». Sí, todo bien. Y de repente, por fin, aquí está.

Casi sin darse cuenta, Mateo se descubre a sí mismo parado ante la casa de su padre. Levanta la vista. Sí, hay luz en una de las ventanas. La de la cocina, juraría. De acuerdo, vamos allá. Que sea lo que tenga que ser. Hoy ya todo vale.

Determinado, Mateo sube los cinco peldaños que lo separan de la verdad y, con el peso de todo un universo sobre su espalda, llama a la puerta.

Y ahora toca alejarse, aunque nada más sea por un instante. Observar el cuadro desde otra perspectiva. Una un poco más

apartada. Porque de lo que nadie se da cuenta es de que en esta escena hay alguien más. Una persona que permanece agachada, oculta en las sombras del monte. La misma que ha visto entrar y salir a Mateo de la casa de Candela. La misma que ahora lo ve meterse en la casa del señor Saúl.

La misma que ahora aprieta con fuerza algo en el interior de uno de los bolsillos de su abrigo. De acuerdo, es el momento de utilizarlo.

Pero no aquí, claro.

Tiempo atrás. Febrero de 1976

Santo Dios, que no tienes corazón

Tan pronto como el padre Secundino ha dado permiso para ir en paz, Senda sale de la iglesia y toma el camino que lleva a Portabrosmos. Sabe que es un buen momento, porque a estas horas de la mañana Hipólito ya estará perdido en su propia travesía alcohólica, intentando encontrar la barra de cualquier taberna a la que amurarse, de modo que no hay ni un minuto que desaprovechar.

Por fin, en la casa, junto al río, el panorama resulta desolador. Senda ha entrado sin llamar, y la pequeña cocina es un rosario de derrotas. Platos rotos, un par de sillas caídas, caldo derramado y, sobre todo, silencio.

—Hola.

Demasiado silencio.

—¡Herminia!

Desde el cuarto, al otro lado de la cortina que separa la cocina, llega un ruido. Es algo sutil, apenas perceptible, pero Senda lo reconoce. El chirriar de un muelle viejo. Alguien se mueve en el colchón.

—Herminia…

Descorre la tela y lo que ve arrasa y enciende cada gota de sangre que corre por su cuerpo. Más que tumbada, derramada en la cama, yace la mujer. Apenas un pañuelo bastaría para cubrir el suspiro al que poco a poco se ha ido reduciendo su cuerpo. Y su cara…

El rostro de Herminia se ha convertido en un mapa del dolor, el atlas en el que Hipólito ha ido grabando la cartografía de toda su furia a base de golpes, puñetazos y, probablemente, también cintarazos. Una carta de navegación hecha a trazos de rabia y, sobre todo, de sangre, mucha sangre.

Senda se acerca al costado de la cama para comprobar primero que Herminia sigue viva y, a continuación, para intentar acariciar algo en su rostro que no esté magullado, abierto o lacerado… Difícil, muy difícil. Las muecas que Herminia alcanza a devolver le advierten a Senda que hasta el cariño le duele.

—Criatura —murmura a la vez que niega muy despacio—, esto no puede seguir así. No, esto no puede seguir… Dime, ¿dónde están los niños?

La mujer en la cama intenta responder, pero no alcanza más que a balbucear algo y señalar, no sin toda una montaña de esfuerzo, algo en dirección al exterior. Lo suficiente para que Senda comprenda.

—¿En el campo?

Herminia asiente, apenas con el más ligero movimiento de cabeza.

—De acuerdo —le responde Senda—, de acuerdo. Mejor así…

Senda se pone en pie y regresa sobre sus pasos, lo justo para volver a asomarse a la cocina. Desde allí observa los restos de la batalla. Los platos rotos, la olla con el caldo derramado… Y una botella de cristal verde, con nada más que un culo de vino.

—De acuerdo —resuelve.

La anciana regresa junto a la cama y, con el mayor de los cuidados, coge la mano de Herminia entre las suyas.

—Ya está, hija, no sufras más, que esto se va a acabar. Ahora te pondré una compresa con hierbas de San Juan, y rezaremos un padrenuestro, aunque nada más sea para saber cuándo ponerte la siguiente. Ya verás, esto te aliviará el dolor. Y después pelea, pero contigo misma, criatura. Lucha por recuperarte. Mientras tanto, no le lleves la contraria. Solo cuando sientas que las fuerzas te regresan, aunque solo sea para permanecer en pie, envíame aviso por alguno de tus chiquillos.

Herminia asiente con los ojos, hinchados y amoratados, fijos en los de Senda.

—Cuando llegue el momento —continúa la anciana—, te haré salir de esta casa. A tu regreso, todo se habrá solucionado, ya lo verás.

Las dos mujeres permanecen observándose durante un buen rato más. En silencio, sin cruzar ni una sola palabra. Tan solo dos mujeres que se miran, contemplándose, en silencio, con las manos cogidas.

—Ahora intenta descansar —resuelve Senda al fin—. Pronto el dolor se habrá acabado. Para siempre.

64

Ping-pong

Desconcertado, Alberto Pacheco, el cabo de la Guardia Civil que ha atendido la llamada en el puesto de Sober, todavía tiene el teléfono en la mano después de que quienquiera que fuese la persona al otro lado de la línea haya colgado.

—Vamos, no me jodas…

El comentario, murmurado para nadie, y la perplejidad en su cara llaman la atención de su compañera, la cabo Dolores Silva.

—¿Qué ocurre?

Pero Pacheco no sabe qué responder. Porque duda.

—Oye, Loli, ¿tú sabes si se ha notificado alguna novedad en el caso del crío desaparecido?

—¿El niño de Lobios? Pues… —Como si se tratase de una gripe incómoda, de pronto Loli también se contagia de la duda—. No, que yo sepa no.

—Pues mucho me temo que ahora sí la hay —replica Pacheco—. A ver, ¿quién tiene el mando del asunto?, ¿nosotros o los de Monforte?

Ahora es Silva la que extraña la mirada.

—Monforte —responde—. El subinspector Jacobo Veloso, creo. ¿Por?

—Porque o nos están tomando el pelo, Loli, o lo mismo ya sabemos quién tiene al chaval.

—¿Cómo dices? —La cabo Silva arquea las cejas.

—Como que me pases el número del tal Jacobo ese —la apremia Pacheco—. ¡Ya!

65

El más loco de todos

Tino Alonso es un tipo peculiar. Fuerte, de pelo gris y piel a todas luces curtida bajo el sol de muchas horas de trabajo. Aunque, la verdad, a primera vista podría dar una impresión equivocada. Su porte, la seguridad del paso con el que ha salido de su coche, un precioso deportivo clásico alemán, y su forma de mirar a los subinspectores Santos y Laguardia tan pronto como se los ha encontrado, esperándolo en el interior de la finca. O hasta su chaleco, uno de esos de plumas tan de moda ahora mismo… Sí, Tino podría pasar por el típico empresario de éxito. Y desde luego que lo es, eso seguro, aunque nada más sea a la vista de las impresionantes instalaciones de las bodegas El Comendador.

Pero la mirada atenta y experimentada de quien sabe dónde observar enseguida revela otro tipo de cuestiones. Aspectos, en realidad, mucho más relevantes. Como sus manos, por ejemplo. Su apretón las descubre gruesas y labradas, palmas callosas que delatan que Alonso no es de los que huyen del esfuerzo. Para probarlo, ahí están sus dedos, cuarteados y llenos de cicatrices, marcas de haberlos hundido muchas veces en la tierra, la última de ellas no hace demasiado tiempo.

—Me ha dicho el sinvergüenza ese de Veloso que están ustedes interesados en los negocios de los Quiroga —da por todo saludo.

—Así es —le confirma Antonio Laguardia—, pero en los suyos también. Por lo que nos han explicado, parece ser que, al contrario de lo que hace don Víctor, su manera de trabajar todavía responde al método tradicional.

Tino Alonso asoma una mueca extraña a su expresión.

—Si lo tradicional tiene algo que ver con la dignidad, entonces sí. A ver, acompáñenme.

Tino avanza hacia el interior de la bodega con paso tan decidido que, casi sin darse cuenta, Santos y Laguardia tienen que acelerar el suyo.

—El de la tierra es un trabajo digno —explica a la vez que entran en un pequeño despacho—. Una dignidad, por supuesto, que los Quiroga no conocen ni, en realidad, les ha importado nunca un carajo, ¿me entienden? Esos —resuelve mientras toma asiento al otro lado del escritorio— son todos unos hijos de puta.

Laguardia se esfuerza por disimular el asombro que la sinceridad de Alonso le produce, y Santos le hace una señal discreta con los ojos. Lo justo para indicarle algo sobre la mesa del despacho. Y sí, Antonio lo ve al momento: en el borde del escritorio, una pequeña placa, como esas en las que habitualmente iría el nombre de la persona al otro lado, luce dos señales de prohibición. La primera veta el uso de teléfonos móviles. La otra, el de pistolas.

—Miren —señala al tiempo que se acomoda en su silla—, yo no sé qué les habrán contado sobre esa panda de mamones. Pero lo cierto es que a los Quiroga todas esas historias de la tradición o la dignidad les importan tres carajos.

—¿Usted cree?

Esta vez es Tino el sorprendido por la respuesta.

—Coño, ¿y por qué se lo habría de decir si no? ¡Pues claro, señorita! Para esa gentuza no hay nada más importante que su nombre y, sobre todo, el dinero. Y si para conseguir un poco más de ambas cosas hay que dejar a un lado los escrúpulos… Bueno, ya les habrán contado cómo fue la historia, ¿no? Ya saben, lo del patriarca y el metílico.

Laguardia asiente.

—Sí, estamos al tanto.

—Pues eso mismo, coño. Al viejo Rogelio no le importó un carajo llevarse a toda aquella gente por delante, como a Víctor tampoco le supuso ningún trauma pasarse por el arco del triunfo la pureza de un vino tradicional si con ello se hacía un nombre.

—Se refiere usted a la cuestión de emplear uvas no autóctonas para aumentar la producción.

Tino se queda mirando a Santos, como si no alcanzara a entender el comentario de la subinspectora.

—Pero me cago en la puta, ¡pues claro que me refiero a eso! ¿O a qué si no? El cabrón ese de Víctor Quiroga lleva años aprovechando sus contactos en Ourense para engordar la producción con uvas traídas de fuera. ¡Y eso ni es Amandi ni es nada, coño! ¡Eso es una puta mierda!

—Comprendo —murmura Laguardia.

—Pues eso, hombre, eso… Como ven, una absoluta falta de escrúpulos que, por cierto, también había heredado el pequeño de la saga, el Davidito —pronuncia sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su desprecio—, Dios lo tenga en su seno. Bueno, si es que Dios tiene

estómago suficiente para semejante bicho, claro. Ya me entienden, por decirlo de una manera sutil.

66

No te va a gustar

Saúl tarda en abrir la puerta.

—Hijo —murmura al encontrarse a Mateo al otro lado—, qué sorpresa.

Hay algo semejante a lo afable, casi a lo familiar en la sonrisa con la que Saúl recibe a su hijo. Sin embargo, Mateo no está para escenas entrañables.

—Sorpresa fue la que le dio la Virgen a san José cuando le dijo que tenían que hablar. Esto es otra cosa. ¿Puedo pasar? —pregunta al mismo tiempo que entra en la casa.

—Sí, claro… Claro. Tan solo es que no contaba contigo —explica casi como en una excusa aún sin dejar de lado lo amable de su disposición; luego alcanza a Mateo, que ya está en el mismo salón en el que se vieron la vez anterior—. Pero bueno, dime, ¿qué te trae por aquí? ¿Es por lo del niño de Candela o…?

—Es por la verdad.

Inmóvil ante su hijo, Saúl Romano frunce el ceño.

—¿La verdad?

—Sí, la verdad. La que sea, la que tenga que ser. Pero la verdad. De una vez por todas.

El viejo aparta la mirada y niega en silencio, desconcertado.

—Perdona, pero no entiendo a qué…

—¡Basta! —lo ataja Mateo—. Ya está bien, viejo, ya está bien. Se acabó. No puedo con más secretos ni más historias. De acuerdo, tenías razón, tus accidentes no han tenido nada de accidental, pero ahora además hay un niño desaparecido al que, en realidad, también han hecho desaparecer. Por más que te empeñes en defender la honorabilidad de esos amigos que dices tener, que también son tus socios, todo a su alrededor huele a podrido desde lejos. Y de algún modo que no alcanzo a comprender, todo, absolutamente todo, pasa por la familia de una mujer que, por el motivo que sea, parece querer escupirme cada vez que me acerco a ella.

—Antoñita.

—Sí, papá, por supuesto que se trata de Antoñita, esa vecina tuya que, por cierto, me ha dejado claro que, antes de pensar nada por mi cuenta, debería asegurarme de conocer bien qué fue lo que ocurrió en realidad con mamá.

Esta vez sí, algo cambia en la expresión de Saúl, que incluso hace el ademán de dar un paso atrás.

—Tu madre…

—Sí, viejo —le responde Mateo, grave y seco—, mi madre. Así que acabemos de una puñetera vez con nuestra larga historia de silencios. Hasta aquí hemos llegado. Cuéntame lo que sea que sepas, ya. Y, te lo advierto, ni se te ocurra mentirme.

El padre de Mateo baja la cabeza y no deja de mirar a los lados. Como si la respuesta se le hubiera caído rodando por el suelo y ahora no fuera capaz de ver adónde ha ido a parar.

—No te va a gustar —murmura, aún sin devolverle la mirada.

—De algún modo, eso lo he sabido siempre. Pero ahora no estamos aquí para hablar de mis gustos, sino de lo que Antoñita parece saber de ti y, por extensión, de lo que tú también pareces saber sobre ella y su familia. Dímelo, ¿qué hay entre tú y la historia de las Solina? Y sobre todo… —Silencio—. ¿Qué pasó con mamá?

Cada vez más incómodo, el viejo ha comenzado a apretar los labios, la boca, la mandíbula. A rezongar algo, a mascullar entre dientes lo que al final acaba convirtiéndose en un «Maldita sea».

Para cuando vuelve a levantar la mirada y clava los ojos en los de su hijo, Saúl Romano ya ha tomado una decisión.

—De acuerdo…

Y de pronto, ahí está. O mejor dicho, ya no está, no hay ni rastro de la afabilidad con la que ha abierto la puerta, nada de la familiaridad, de lo cordial. El tono del viejo se ha vuelto grave y seco, como el del hijo. Pero, a diferencia del de Mateo, el de Saúl también suena de algún modo hostil.

—¿Quieres saber qué pasó con tu madre? Muy bien —concede, casi en un desafío—, te lo contaré. Siéntate, ponte cómodo. Pero, si aún estás dispuesto a aceptar el consejo de un padre, deja que te diga algo: en tu lugar, yo intentaría controlar un poco toda esa dignidad de la que te haces envolver.

Esta vez es Mateo quien frunce el ceño.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿O qué te creías? ¿Que no sé que tú también la cagaste? —Saúl mantiene la mirada de su hijo desde una expresión cansada —. Anda, siéntate.

Tiempo atrás. Abril de 1976

De entre los muertos

De tan desatada que se vio la violencia, de tantos que fueron los golpes y tan profundo el dolor, por veces Herminia llegó a pensar que, quizá, en esa ocasión no habría regreso posible, y que su descanso ya estaba más en el cielo que en la tierra. Pero siempre, en el último instante, la mujer se resistía a dejarse llevar por los ángeles que en algún momento incluso creyó ver junto a su cama. Y en ese fino hilo que es el delirio entre ambos mundos, Herminia se aferraba a la vida. Porque tenía dos razones fuertes para hacerlo: ni sus hijos quedarían sin madre, ni su marido sin castigo. Y así, ya casi de entre los muertos, Herminia volvió a levantarse.

Tan pronto como el más pequeño de la casa llevó a Lobios la noticia de su recuperación, Senda regresó a las profundidades de Portabrosmos y, tras comprobar con sus propios ojos la mejoría de Herminia, le dijo lo siguiente:

—Ahora, hija, ya tan solo tenemos que esperar un poco más.

—¿Cuánto?

— Pues lo justo para que todos te vean marchar. ¿Qué día es hoy?

—Lunes, día diecinueve.

Senda dejó correr una sonrisa satisfecha.

—O sea, que el sábado que viene es veinticuatro.

—Lo sabe usted bien. Día de feria grande en Monforte.

Y Senda hizo todavía más grande su sonrisa.

—Mira qué bien… Dime, hija, ¿tienes algo que vender?

A Herminia también se le escapó una sonrisa al comprender.

—Sí —respondió al cabo—. Algo de vino.

—Bien —respondió Senda sin dejar de asentir con la cabeza—. Muy bien…

67

Alguien que no quiere líos con nadie

Con el teléfono pegado a la oreja, el subinspector Jacobo Veloso frunce el ceño, intentando comprender lo que le están diciendo. Un momento, un momento… Pero ¿de quién coño es la casa?

—A ver, espere un segundo, que no sé si le he entendido bien. ¿Sería tan amable de volver a explicármelo?

—¿El qué?

—Pues mire, le diría que todo, pero en especial esto último.

Pacheco resopla contra su aparato, incómodo por la incapacidad del policía para entenderlo. Coño, pero si está clarísimo…

—A ver, lo que le digo es que, quienquiera que sea la persona que acaba de llamarnos, dice que no quiere líos con nadie, pero que juraría haber visto esta misma mañana al niño que estamos buscando de la mano de…

El cabo Alberto Pacheco intenta no emplear la frase «el tonto del pueblo». Pero Jacobo se le adelanta.

—Sí, de Odilo, sí.

—Es lo que iba a decir.

—Vale, pues eso ya me ha quedado claro. Pero lo que nos importa es el lugar.

—Barantes —señala Pacheco.

—Barantes…

—Y lo que le estaba diciendo es que eso es lo que nos ha llamado la atención, subinspector. Porque si era con Odilo con quien estaba el niño, Loli, o sea, mi compañera…

—Sí, sí —lo apremia Jacobo—, la cabo Silva. ¿Qué es lo que dice su compañera?

El guardia civil vuelve a mostrarse incómodo.

—¡Pues lo que ya le he dicho, subinspector!

—¡Pues dígamelo otra vez, coño! ¿No ve que no le entiendo? ¡Haga un esfuerzo, y explíqueme de una manera inteligible por qué debemos darle crédito a esa llamada! Va, ¿de quién cojones era la casa?

—¡De la madre, coño!

—¿Del niño o de su compañera?

—¡No, me cago en la puta! ¡La casa era de la madre de Odilo!

—¡Vale! —exclama Jacobo al ver que por fin parecen entenderse —. ¡Pues de puta madre, coño! ¿Y están ustedes seguros de eso?

—¡Pues eso mismo es lo que estaba intentando explicarle, subinspector, me cago en la puta de oros!

Muy al contrario de lo que pueda parecer a simple vista, Jacobo es una persona tranquila. Fuerte como un camión, con un par de brazos capaces de volver a poner el mundo en marcha si algún día este dejara de girar y a pesar de lo intimidatorio de su aspecto, el subinspector Veloso es un tipo templado y dialogante. Pero, dicho esto, la verdad es que ahora mismo le encantaría plantarse en el puesto de la Guardia Civil de Sober y darle un tortazo con la mano abierta al puto picoleto este, que no hay Dios que le entienda una maldita palabra.

—Vale —responde a la vez que hace un esfuerzo de contención y recupera un tono de voz más relajado—, de acuerdo. Pues ahora que ya le he entendido, vamos a ver si nos tranquilizamos y lo intentamos otra vez: explíqueme, ¿qué pasa con esa casa?

—Que tal como a mi compañera, la cabo Silva, le acaba de explicar su madre, que también es de la zona, parece ser que la casa en la que fueron vistos el niño y Odilo es la misma en la que, en tiempos, vivía la madre del tal Odilo, Sara Moure. ¿Me ha entendido ahora, subinspector?

Jacobo asiente para sí.

—Joder, ¿y por qué no nos lo han dicho antes?

Al otro lado del teléfono, Alberto Pacheco coge aire a la vez que aprieta los labios para no volver a levantarle la voz al puto madero este.

—Ya se lo he dicho, subinspector, le hemos llamado tan pronto como hemos recibido la llamada.

—Ya, ya, vale. Y la persona que ha llamado, ¿no ha dicho nada más? De quién se trataba, qué estaba haciendo cuando los vio o…, no sé, lo que sea.

—No, subinspector. Ya le he explicado que se trataba de alguien que, por toda presentación, lo más que llegó a decir es que no quería líos con nadie. Más allá de eso, si me apura, no sabría decirle siquiera quién nos ha llamado. Fuese quien fuese, era evidente que se estaba esforzando por impostar la voz. Lo mismo podía ser un hombre, una mujer o el Pato Donald.

—Ya, vale —concede Jacobo—, alguien que no quiere problemas, ya. Viva el compromiso… Y entiendo que no se ha podido localizar la llamada, ¿verdad?

Pacheco suspira con desgana.

—A ver cómo se lo cuento… Mire, no sé cuánto hace que no viene usted por aquí, pero esto es un puesto de pueblo, no CSI Sober. ¿Cómo quiere que localicemos las llamadas? Coño, subinspector, aún menos mal que tenemos teléfono, hombre.

—Ya, entiendo. Pero bueno, por lo menos tendremos el número desde el que ha llamado, ¿no?

—Sí, claro.

—¿Y coincide con alguno que tengan registrado?

—No, subinspector. Y antes de que me lo pregunte, ya se lo respondo yo: sí, al mismo tiempo que yo lo llamaba a usted, mi compañera ha intentado volver a ponerse en contacto con ese mismo número.

—¿Y?

—A ver si adivina.

—Apagado o fuera de cobertura.

—Correcto, subinspector. Correcto.

68

Si es que Dios tiene estómago suficiente

La idea de lo que Tino Alonso entiende por sutil hace que el subinspector Antonio Laguardia arquee una ceja.

—Cualquiera diría que no sentía usted una especial simpatía por el difunto.

—¿Por el cabrón ese de David Quiroga?

El bodeguero se responde a sí mismo escupiendo al suelo, y Laguardia esboza una mueca con los labios al confirmar que no, que definitivamente eso de la sutileza no va con este hombre.

—Miren, señores, no sé qué van a pensar ustedes de mí, pero Tino Alonso siempre dice la verdad. Y no, coño, claro que no me caía bien. Pero me cago en la puta, ¿cómo quieren que sienta simpatía por un sinvergüenza como ese?

—¿Podría concretar un poco más el motivo de su antipatía?

Alonso mantiene la mirada de la subinspectora Ana Santos, como si de algún modo le sorprendiera la petición.

—¿Un poco más, dice? Pues mire, el Quiroga pequeño era un saco de estiércol, coño. ¿Le vale así de concreto?

—Podría ser —concede Santos.

—Bien, porque esa es la verdad. David Quiroga era un pedazo de mierda, al que no le bastaba con malgastar el dinero de su familia,

que encima parecía que disfrutase de ir por ahí dándole por culo hasta al último desgraciado que tuviera la mala fortuna de cruzarse en su camino.

—Vaya —interviene Laguardia—, eso no se parece mucho a lo que nos habían contado de él.

—No, claro. —Esta vez Tino escoge una sonrisa cínica como complemento para su respuesta—. Porque supongo que lo que les habían contado es que David era un hombre de negocios, un emprendedor, un empresario de éxito…

Sin mencionarlo en voz alta, Santos recuerda la conversación del día anterior en el puesto de la Guardia Civil, cuando el sargento Saldaña les describió a David Quiroga como «un empresario ejemplar, además de un muy buen amigo personal».

—Pues mire, sí —le responde, más por provocarlo que por otra cosa—, la verdad es que nos habían dicho que se trataba de un empresario ejemplar para la comarca.

—¡Pues mire usted qué bien, coño! —exclama Tino, dejando claro que tampoco es que necesite demasiada provocación para encender su poca mecha—. Oiga, y mire una cosa, ¿quién cojones le ha contado semejante mentira, si no es mucho preguntar? No, esperen —se adelanta a cualquier respuesta—, déjenme ver si acierto esta vez: me apuesto lo que quieran a que ha sido cualquiera de las autoridades a las que David les llenaba el bolsillo de billetes para asegurarse una vista bien gorda cuando el payaso este estuviera haciendo sus chanchullos. ¿Qué, me he equivocado?

Santos y Laguardia responden con el silencio del que otorga.

—Pues claro que no, coño, claro que no me equivoco. Miren —resuelve por fin el bodeguero—, ya pueden venir a contarles a

ustedes todas las milongas que quieran, que aquí la única verdad es que David Quiroga era un miserable. Un cabrón con pintas que se sentía todopoderoso por venir de la familia que venía, y que por eso se atrevía a meterse en todos esos jaleos en los que se metía y, lo que es peor, en los que obligaba a entrar a tantas otras personas.

—¿A qué jaleos se refiere?

Esta vez la sorpresa de Tino parece sincera.

—Coño, ¿que no lo saben?

—No —le responde Santos—. Pero no pasa nada, porque estoy segura de que usted nos lo va a contar todo.

—Pues me refiero a lo de todos esos licores que fabricaba por su cuenta, coño.

—¿Licores?

—Sí, hombre, licores. ¿Qué pasa, que aquí su compañero no oye bien o qué, señorita? Sí, David Quiroga se dedicaba a elaborar licores por su cuenta. Era como una especie de marca propia o algo así, a la que a él le gustaba referirse como «series artesanas». Pero ya le digo yo que, de ser algo, aquello era mierda pura. No sé si muy artesana o qué, pero mierda, eso seguro.

Antonio Laguardia frunce el ceño.

—Curioso, ¿no le parece? Quiero decir, no es muy lógico que un tipo con los medios y los recursos como los que sin duda tenía David Quiroga necesitase meterse en esa clase de asuntos, ¿no cree?

—¿Y me lo pregunta a mí? Hay que joderse… ¡Y yo qué sé! Igual es que al tipo no le llegaba con todo lo que ganaba a través de las bodegas de su padre, o que de alguna manera necesitaba tener sus propios negocios, o… Qué quieren que les diga, a lo mejor es que la

cabra tira al monte y, al fin y al cabo, la del Quiroga pequeño siempre fue una familia de piratas.

—¿Piratas? —Esta vez es Santos quien pregunta.

—Bueno, *carallo*, otra sorda… Sí, piratas, sí. ¿O qué pasa, que la historia del abuelo tampoco la conocen?

—Sí, sí —se le adelanta Antonio—, la conocemos. Pero lo que no comprendo es qué tiene que ver eso con su nieto.

Alonso sonríe en un ademán escéptico.

—¿Pues no se lo he dicho ya? ¡Que de tal palo de monte, tal astilla de cabra, coño! Miren, no me crean si no quieren, pero ya les digo yo que lo del cabrón ese no era más que fachada. No digo que hiciera lo mismo que su abuelito, que envenenó a medio país, y si no hizo lo propio al otro medio fue porque lo trincaron antes. Pero todos esos aguardientes supuestamente artesanos que colocaba David más valdrían para matarratas que para desinfectante. Todo mentira, háganme caso. Ni emprendedor ni empresario de éxito ni hostias en vinagre. El malnacido ese era como el rey del cuento aquel, solo que este, en vez de en oro, lo que hacía era convertir en mierda todo lo que tocaba. O, lo que era peor, a todos con los que se cruzaba. Como cuando lo del asunto aquel del aguardiente, claro.

Santos y Laguardia cruzan una mirada rápida. ¿El aguardiente?

—Perdone, pero ¿de qué asunto del aguardiente habla?

Esta vez el bodeguero alterna su incredulidad entre las miradas de Santos y Laguardia.

—Pero me cago en la puta, ¿que eso tampoco lo saben? Ay, la madre que me parió… Pero ¿qué clase de policías son ustedes?

—Pues de los que tienen mucho que hacer, poco tiempo para hacerlo y, encima, no cobran lo bastante para toda la paciencia que

les hace falta con algunos testigos, de modo que, si nos hace el favor, explíquese. A ver, ¿qué pasa con el aguardiente ese?

—Pues pasa, señora, que nuestro amigo Davidito tenía la costumbre de viajar con cierta regularidad a Portugal. No sé si lo saben, pero eso, al otro lado de la frontera, está lleno de alambiques ilegales, donde por cuatro perras gordas te dejan llevar todos los barriles de aguardiente de mierda que quieras, hombre.

—Pero, a ver, un segundo —interviene Laguardia—. ¿Lo que nos está diciendo es que David Quiroga se dedicaba a comprar un aguardiente cualquiera para luego venderlo aquí como un producto de calidad?

—¡Veo que es usted un lince, amigo!

—Pero eso… ¿Acaso nadie estaba al tanto de lo que era realmente?

—¡Hombre, claro! Aquí lo sabía todo cristo, coño.

—¿Y entonces? —Laguardia no entiende nada—. Quiero decir, ¿quién se lo compraba?

—¡Ah! —exclama a la vez que encoge los hombros—. ¡Como decía aquel, esa es la cuestión, *carallo*! Aquí, saber lo sabía todo el mundo, pero… ¿Y quién era el guapo que le decía que no al mamarracho ese? O, si me dejan que se lo diga de otra manera, ¿quién podía permitirse el lujo de meterse en líos con un Quiroga? Porque eso es lo que hacía el cabrón este, hombre: con los grandes hosteleros no se metía, pero con los pequeños… ¡A esos los traía por el camino de la amargura!

—¿De qué manera?

—¿Y de cuál va a ser? ¡Con amenazas, hombre! Miren, si alguien se negaba a comprarle esa basura, el muy sinvergüenza daba a

entender que igual hacía un par de llamadas a unos cuantos distribuidores, y entonces a ver qué iban a dar de beber en esos bares.

—Comprendo —asiente Laguardia—. Lo que nos está diciendo es que David Quiroga extorsionaba a los pequeños hosteleros locales para que le compraran sus productos.

El bodeguero mueve la cabeza arriba y abajo.

—Miren, lo que les estoy diciendo es que David Quiroga era un cabrón, hombre. Y si no me creen, vayan y pregunten, que casos tienen a patadas. Otra cosa es que la gente se atreva a hablar con ustedes, pero bueno, algún valiente habrá. La chica esa de Monforte, sin ir más lejos.

Santos entorna los ojos.

—¿A qué chica se refiere?

Alonso arruga el entrecejo, concentrado en recordar.

—Coño, pues esta que… ¿Cómo era? —Chasquea la lengua a la vez que asiente con la cabeza—. Sí, hombre, esta que tiene el bar que era de su padre… Coño, si no estaré harto de saber cómo se llama, hombre.

Molesto al no recordar, Tino Alonso cruza los brazos sobre el pecho y se queda mirando a Santos y a Laguardia.

—Una que es de aquí, hombre. De Lobios…

Es la subinspectora Santos la que se atreve a decirlo en voz alta.

—¿Candela?

—¡Esa, esa es! Candela, coño, Candela Somoza. Me cago en la madre que la parió, esa sí que es una mujer con un par de huevos bien plantados, eh.

Tino se da cuenta de que Antonio y Ana no dejan de observarse.

—¿Qué pasa? —pregunta, desconcertado—. ¿La conocen o qué?

Tiempo atrás. Abril de 1976

El burro nunca sabe cuándo es día de feria

Sábado. A pesar de ser inicio de fin de semana, todos en la ribera de Portabrosmos han visto a Herminia marcharse con la desvencijada furgoneta de la casa en dirección a la feria de Monforte. Iba sola, pero eso es normal. Los días de feria hay que madrugar mucho si no se quiere perder el puesto, y en esas horas negras en que el alba ni siquiera es una idea en el pensamiento de la madrugada, todos saben que Hipólito aún estará durmiendo abrazado a la borrachera que lo haya tumbado en cualquier parte. A Herminia la han visto saludar al pasar por Sober y llegar a Monforte. Allí serán cientos los que puedan afirmar que ha pasado toda la mañana intentando vender un poco de ese vino que hace su marido, negro y malo como sus propios pecados.

Acabada la jornada en la feria, Herminia se ha detenido a comentar lo mal que ha ido el día con unos y con otros y, al final, todos la han visto marcharse de nuevo en dirección al cañón. Despacio, con su furgoneta casi igual de cargada que cuando llegó por la mañana. La vieron volver a atravesar Sober con las últimas luces de la tarde, y ya comenzaba a oscurecer cuando nadie la vio regresar a Portabrosmos.

Porque, en realidad, es ella quien los ve a ellos, todos los vecinos arrimados en corro de curiosos junto a la puerta de su casa, ya casi en el río. Justo al lado del pequeño Renault 4 de la Guardia Civil. Por supuesto, es evidente que ha ocurrido algo.

Todos se dan cuenta de que es la de Herminia e Hipólito la furgoneta Citroën que baja por el camino del río. Y todos comprenden que solo puede ser Herminia la que vaya al volante. Porque todos saben dónde está Hipólito.

Desconcertada, la mujer se baja del coche y atraviesa el corro que ahora la observa en silencio y con gesto grave.

—¿Qué… qué pasa?

Pero nadie le responde. Todos se limitan a abrirle camino y observarla al pasar. Hay mucha más gente que la de Portabrosmos. Reconoce a vecinos de Sampil, carretera arriba. De Casar de Cima, de Tabouzos… Y de Lobios. Como, por ejemplo, a las cuatro hermanas de Senda, abrazando e intentando acompañar a algunos de sus hijos. Sobre todo al pequeño, que llora sin consuelo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta a Julia, la menor de las cinco hijas de Mamá Dolores—. ¿Qué ha pasado?

Pero Julia solo niega en silencio, a la vez que le indica que entre en la casa.

—No llores —oye cómo Julia le murmura a su hijo al pasar—, que tu papá ya está con los ángeles negros. No llores, Javier…

Por fin dentro, el cerebro de Herminia entiende que en la cocina de su casa hay mucha gente. Sus hijos mayores, algunas vecinas, la pareja de la Guardia Civil… La cocina de Herminia se ha convertido en una especie de velatorio anticipado. Pero ella solo es capaz de centrar la vista en un único punto.

En el cuerpo de su marido.

Tirado en el suelo de su cocina en una posición imposible.

Muerto como un perro.

Con el semblante desencajado y la mirada horrorizada en dirección a la puerta que da al camino, Hipólito tiene la cabeza apoyada contra el hierro de la cocina de leña. Solo que en un giro difícil de asumir.

Su cuerpo yace bocabajo, con la cabeza mirando hacia el exterior y, en la frente, una herida profunda, justo en la región derecha del hueso frontal. La sangre que ha brotado desde la fractura ha ido a encharcarle los ojos, que todavía se mantienen abiertos, formando con la mueca de la boca una expresión de espanto absoluto.

Hasta ahí todo parecería comprensible, a pesar de la gravedad. Pero luego está ese pequeño problema de forma: mientras todo el tronco permanece en horizontal, pegado al suelo, su cabeza ha quedado levantada, de lado y en un ángulo de casi noventa grados con respecto al resto del cuerpo. Y así, por completo paralizada, Herminia contempla con horror cómo el cadáver de Hipólito se parece más a las formas de una muñeca desmadejada que al cuerpo de un hombre con el cuello partido.

—Santo Dios…

Desde el cuarto junto a la cocina en el que hace unas semanas cuidaba el cuerpo magullado de la mujer, Senda no ha dejado de observar a Herminia desde que entró por la puerta. Y al instante comprende que la estampa está a punto de desbordarla. De modo que, antes de que la incipiente viuda pueda decir nada, la anciana descorre por completo la tela que separa el cuarto de la cocina y toma a Herminia entre sus brazos tan rápido como le es posible.

—Ay, hija mía, qué desgracia, ¡qué desgracia más grande! —lamenta para mayor sorpresa de Herminia, que ahora la observa todavía más perpleja, pero, lo que es más importante, también en silencio—. Estos señores dicen que, al parecer, tu marido se levantó tan borracho, pero tanto, que cuando fue a bajar de la cama —señala, de nuevo en dirección al cuarto— se trastabilló y se fue a partir el alma contra el canto de la cocina. ¡Qué desgracia, hija mía!

—La herida de la frente —comprende Herminia—. Pero eso otro…

Herminia vuelve a mirar la cabeza de Hipólito, retorcida en un giro sobrecogedor.

—Se partió el cuello, criatura. ¿No lo ves? Con la fuerza de la caída, el pobre desgraciado fue a partirse el pescuezo. ¡Como un animal! —rompe a llorar Senda—, ¡el pobre fue a morir como un animal!

Con el brote de llanto, Senda hunde primero su cabeza contra el pecho de Herminia y, a continuación, aún sin dejar de sollozar, acerca sus labios a la mejilla de la viuda. Como para darle un beso de consuelo. O, tal vez, como para susurrarle algo al oído. Y, entretanto, Herminia no es capaz de apartar la vista del cuerpo de su marido.

Tirado en el suelo de su cocina en una posición imposible.

Muerto como un perro.

Junto a una botella de vino derramado que se mezcla y se confunde con la sangre de Hipólito. Vino, sangre y la voz de Senda, que ha comenzado a susurrar algo en el oído de Herminia.

69

La casa de Sara

El subinspector Jacobo Veloso no tarda en llegar a la localización enviada por el cabo Pacheco, en la aldea de Barantes. Comprueba las coordenadas un par de veces, aunque nada más sea para asegurarse de que este es el lugar. Y sí, no hay duda, es aquí.

Veloso mira a su alrededor. Y nada más se le aparece una posibilidad: la única casa cerca del lugar en el que alguien dijo haber visto a Nico en compañía de Odilo es aquella. O, cuando menos, alguna vez lo fue.

Porque, en realidad, la que todavía hoy aparece registrada como la única propiedad de Sara Moure no es más que una construcción en ruinas, una pequeña casa de planta baja en medio de un prado apartado del camino. Un montón de piedra, madera y tejas rotas en un equilibrio casi imposible entre el cielo y el suelo.

En silencio, sin apenas hacer ruido, Jacobo pasa por encima del murete de piedra, zarzas y alambre de espino oxidado que separa la carretera del prado y comienza a acercarse a la vivienda. Despacio, sin dejar de observar al frente, se dirige hacia la puerta entreabierta de la planta baja, una boca asomada a una suerte de claroscuro incierto.

Por fin junto a la entrada, ligeramente encorvado y todavía con la mano derecha cerca de la culata de su pistola, Jacobo hace un movimiento rápido, el ademán de asomarse al interior. A tan poca distancia, la vista logra aclararse, y los agujeros abiertos en el tejado por los años de abandono y ruina permiten vislumbrar el interior con cierta facilidad: tierra batida, vigas de madera podrida y cristales rotos. Y, desde luego, nadie.

Jacobo entra en las ruinas y, ya en el centro de la estancia, por completo diáfana, relaja la tensión de los brazos. Si alguna vez hubo alguien aquí dentro, ahora, desde luego, ya no lo hay.

De nuevo erguido en una posición más relajada, saca una pequeña linterna de uno de los bolsillos de su cazadora y apunta el haz de luz hacia el espacio a su alrededor.

Nada, aquí no hay nada.

Los esqueletos de cuatro muebles desvencijados, un par de sillas, la estructura de una mesa. El papel descompuesto de lo que parecen ser calendarios por completo destrozados por el paso del tiempo, útiles de cocina devorados por el óxido, marcas de humedad y poco más. No, Jacobo se mueve en pasos tan breves como delicados, convencido ya de que aquí parece no haber nada. Cuando, de repente, siente la fractura.

Crac.

Se detiene cuando nota que algo acaba de romperse bajo su bota derecha. Dirige el haz de la linterna hacia el suelo, y entonces lo ve.

—Mierda.

El subinspector Veloso acaba de romper los cristales de unas gafas a todas luces discordantes con el resto de la tramoya desperdigada por el escenario. Son de pasta translúcida. Y no, es cierto que nadie

le ha explicado en ningún momento cómo son las gafas de Nico. Pero tampoco es necesario. Evidentemente, son estas. O, por lo menos, lo eran. «Mierda», repite para sí. Porque ahora lo que toca es salir echando leches.

Y avisar.

70

Pantocrátor

Sentado en su sillón orejero, la espalda recta y las manos extendidas sobre los reposabrazos, Saúl Romano mantiene la mirada fija en su hijo antes de comenzar a hablar.

—De sobra sé qué piensas de mí.

Hay gravedad en los ojos del viejo, y sí, tal vez algo parecido a un desafío. O quizá más bien cansancio. Sí, eso es, ahora que lo tiene delante, Mateo reconoce la sensación. Es hastío. Hartazgo. La determinación de quien ya se ha sentado demasiadas veces ante una acusación de la que no quiere ni oír hablar.

—Tú, al igual que tantos otros aquí, crees que maté a tu madre, ¿verdad?

En lugar de responder, Mateo opta por callar, esperar y ver hacia dónde se dirige la conversación.

—Sí —se responde a sí mismo Saúl, a Mateo le parece notar que casi con desprecio—, como todos. No hace falta que digas nada, de sobra sé que lo piensas, del mismo modo que sé que entonces todos lo pensaron. Las mujeres lo murmuraban a mi paso. Callaban cuando me veían venir, se apretaban más en el corro de gallinas estúpidas que ellas mismas formaban, se santiguaban y

chismorreaban sin dejar de observarme. Viejas bobas… ¿Y todo por qué?

—¿Cómo que por qué? —se escandaliza Mateo—. Porque cuando la encontraron colgada en el sótano de la casa vieja todos los vecinos vieron que sus pies tocaban el suelo y, además, tenía una mano entre el cuello y la cuerda.

Saúl asiente en silencio.

—Es verdad… Pero yo no le hice nada. O, por lo menos, no lo que todos piensan.

De nuevo vuelve a quedar en silencio, tal vez a la espera de algún tipo de respuesta por parte de su hijo.

—¿Y cómo lo explicas entonces?

Saúl abre las manos en el aire, como si la respuesta a la pregunta de Mateo fuera de lo más evidente.

—Los pies tocaban el suelo porque, al saltar, la madera del techo de la bodega cedió. Por el amor de Dios, Mateo, tú sabes cómo era la casa vieja. Tenía podrida hasta el alma. Por eso nos fuimos de ella, porque se caía a pedazos. ¿O acaso preferiste borrar también ese recuerdo? Estaba podrida, ¿lo entiendes? La madera era todo carcoma, y tu madre amarró la cuerda en el primer sitio que vio, sin pensarlo más. Cuando saltó, uno de los apoyos se partió y la viga cedió, lo justo para que sus pies rozasen el suelo. Y eso fue lo que la alteró.

—¿De qué me estás hablando?

—¡De lo evidente, por los clavos de Cristo! Te estoy hablando de que al verse colgada pero con los pies en el suelo debió de pensárselo mejor, y cambió de idea. De ahí que intentase liberarse. Pero… —Silencio. Uno de esos que duelen—. Pero ya era tarde. Tu

madre se colgó con un cordel de nailon, de los que usamos para los cierres. Tú lo sabes, son tan resistentes como finos y deslizantes. Por más que sus pies rozasen el suelo, el salto apretó el nudo, y cuanto más se movía, más se cerraba y más se ahogaba. De modo que, aunque lo intentase con la mano, ya no pudo liberarse y al final…

—Se ahorcó.

Saúl vuelve a clavar sus ojos en los de Mateo.

—Sí. Eso es lo que intenté decirte siempre: tu madre se ahorcó. Y sí, fue por mi culpa, pero yo no la maté, ¿me entiendes? Te digan lo que te digan todas esas viejas locas, yo no maté a tu madre.

Silencio. Uno de esos que avisan del peligro inminente.

—Pero —Mateo duda— dices que fue por tu culpa.

Saúl mantiene la mirada de su hijo.

—Sí —asiente con gesto firme—, fue por mi culpa.

—¿Por qué?

Silencio. Uno de esos que preceden a la tormenta.

—Porque yo nunca quise a tu madre.

Silencio.

Uno como el del fin del mundo.

71

Nagyrév

Raúl Arroyo llega puntual a su cita con Alfonso Campos en la biblioteca municipal de Sober, un espacio amplio y luminoso, forrado de estanterías de color blanco, a estas horas disponible por completo para ellos dos.

—Así que, según me decía usted por teléfono, parece ser que ha descubierto a las acabadoras italianas, ¿no es así?

—Eso creo.

Campos sonríe con satisfacción, a Raúl le da la sensación de que de la misma forma en que lo haría ante los logros de un alumno aplicado.

—Pues déjeme que lo felicite, muchacho, porque ha de saber usted que esa historia no es que sea de las más conocidas, ni siquiera para los propios sardos, que era donde antiguamente actuaban las acabadoras. No, no se trata de una historia conocida… Pero tampoco única.

—Sí —admite Arroyo—, lo sé. De hecho, eso es por lo que le quería preguntar. ¿Sabe usted si esa misma práctica se llevaba a cabo en otros lugares? Ya me entiende, más cercanos…

—¿Cuál? ¿La de mujeres acabando con la agonía de otras personas? —Campos sonríe a la vez que echa la cabeza hacia atrás,

como si la respuesta fuese de lo más evidente—. ¡Por supuesto que sí, mi querido amigo! Fíjese, sin ir más lejos, en los saludadores españoles. ¿Los conoce usted?

—¿Saludadores? No, la verdad es que no.

—Pues sí, muchacho, sí. Y, créame, la de los saludadores tampoco es una historia precisamente agradable.

—¿Por?

Campos encoge un poco los hombros en un ademán resignado.

—Se trataba de curanderos que se dedicaban a matar a aquellas personas que, supuestamente, habían contraído la rabia a través de la mordedura de un perro afectado.

—¿Y el remedio era la muerte?

—Toda ella, sí.

—Habla usted de otros tiempos. ¿A qué época se refiere?

Campos balancea la cabeza.

—Entre los siglos XVII y XIX.

—¿Los había en Galicia?

Esta vez el historiador niega con rotundidad.

—No. Puede que aquí hubiera algún caso, pero no eran en absoluto habituales. Aquí… Bueno, aquí existían otras prácticas. Pero esa en concreto no.

—Con otras prácticas se refiere usted a la de dar la buena muerte, ¿verdad?

Campos vuelve a sonreír.

—Bravo, muchacho, veo que se ha documentado usted a fondo.

—Bueno, más o menos… Pero hay otra cosa que me gustaría consultarle.

—Usted dirá.

—Verá, todos estos casos de los que me habla tienen que ver con prácticas relacionadas con la piedad, ¿me equivoco? Quiero decir, sean las acabadoras italianas, los saludadores españoles o las mujeres de la buena muerte en Galicia, en todos los casos se trataba de aliviar el sufrimiento. De acabar, aunque solo fuera por piedad, con la agonía del moribundo, ¿no es así?

—Correcto.

—Claro. Pero, dígame una cosa, señor Campos, ¿conoce usted algún caso en el que la decisión de acabar con la vida de la otra persona no se tome por piedad, para librar a esta de su sufrimiento, sino más bien por todo lo contrario?

Campos frunce el ceño.

—¿A qué se refiere, amigo?

—A si sabe usted de algún caso en el que lo que se haga sea matar a los hombres para acabar con el sufrimiento de las mujeres.

A pesar de lo complejo en la solicitud, el historiador responde casi al instante.

—Nagyrév.

—¿Perdón?

—Nagyrév —repite—, un pueblo de Hungría al que los hombres que habían luchado en la Primera Guerra Mundial regresaron convertidos en personas mucho más alcohólicas y violentas de lo que ya eran. Como se imaginará, muchacho, fue a sus esposas a quienes les tocó la peor parte. Hasta que a una mujer que trabajaba como comadrona en el pueblo se le ocurrió un plan.

—Que era…

—Envenenarlos a todos.

—Espere, espere. ¿Ha dicho envenenarlos?

—Así es. Le hablo de memoria, pero juraría que la Tía Susi, que así era como la llamaban en la aldea, envenenó a más de un centenar de personas. Sobre todo hombres, claro.

Arroyo asiente en silencio muy despacio. Señor, cuán cierto es eso de que no hay nada nuevo bajo el sol.

—Dígame una cosa, señor Campos. ¿Tiene usted constancia de que algo semejante, ya sea en la línea de las acabadoras sardas o de las comadronas húngaras, ocurriera más cerca de nosotros?

Campos observa a Arroyo de medio lado, casi con aire desconfiado.

—¿A qué se refiere con más cerca de nosotros? ¿En el tiempo? ¿O tal vez en el espacio?

Arroyo tarda en responder, buscando la manera más clara y precisa de hacerlo.

—Me refiero, señor Campos, a aquí y ahora.

Y el historiador también asiente.

—Sabía que tarde o temprano acabaríamos llegando a este punto.

72

Prepárate para el dolor

Ni Mateo ni su padre han dicho aún nada desde la última revelación de Saúl. «Porque yo nunca quise a tu madre».

—Y, la verdad —continúa por fin el padre—, ella a mí tampoco.

—¿Que mamá no te quería? Venga, papá, por favor… ¡Pero si te lo aguantó todo! Tus desprecios, tus borracheras, tu carácter, que desde luego nunca fue el mejor… ¿Qué es lo que me estás contando ahora?

Saúl coge aire con fuerza, sin hacer nada por ocultar su agobio.

—Esto no es ningún cuento, Mateo. A tu madre y a mí nos obligaron a casarnos cuando éramos poco más que unos muchachos y sin idea de qué era eso de la vida.

Todavía en silencio, Mateo no deja de observar a su padre. De medio lado, con la boca entreabierta y los ojos entornados.

—Pero ¿de qué me estás hablando?

Saúl se echa hacia delante en su sillón.

—Me pediste la verdad, ¿no?

—Sí.

—Bien —asiente con determinación—, pues esta es, aquí la tienes: a tu madre y a mí nos obligaron a casarnos.

Y entonces, por fin y sin piedad, Mateo comprende. Aprieta el labio con tanta fuerza entre los dientes que, de pronto, cae en la cuenta de que el sabor que tiene en la boca es el de su propia sangre. Claro… Al fin y al cabo, en el fondo siempre lo supo.

—Por mí.

Saúl se limita a mantener la mirada de su hijo.

—No me lo puedo creer…

—Pues es la verdad, Mateo. Mira, los años setenta pueden parecer mucho más cercanos de lo que en realidad quedan. Pero no es así. Eran otros tiempos. Más duros, más salvajes. Sobre todo aquí, en el cañón. Tu madre y yo nos equivocamos, y en esta parte del mundo ni Dios ni la gente perdona. Tuvimos que casarnos —resuelve.

Nervioso, Mateo no se da cuenta de que ha empezado a mover la pierna arriba y abajo.

—Y, por más que me duela, a estas alturas poco importa ya si me crees o no —continúa Saúl—, pero lo cierto es que yo lo intenté, ¿me entiendes? Lo intenté con todas mis fuerzas. Sobre todo, cuando tú naciste. Yo siempre te he querido, hijo. Siempre. Pero tu madre…

Saúl Romano vuelve a apretar la boca en un ademán resentido.

—Tu madre era una mujer muy complicada, Mateo. Por no decir difícil. Insegura, inestable. Y muy agresiva.

—Pero ¡qué dices! —replica Mateo, enojado—. Por el amor de Dios, papá, ¿cómo te atreves a hablar así de ella?

Pero Saúl no rectifica. Ni mucho menos.

—Piensa lo que quieras, pero las cosas no eran como tú crees. Tu madre siempre estuvo convencida de que al final me marcharía. Y…

Silencio.

—Por favor… —murmura Mateo a la vez que niega con la cabeza —. ¿Qué es lo que me vas a decir ahora? ¿Que se trató de alguna especie de profecía autocumplida o algo así? De verdad, no te imaginas lo difícil que me estás poniendo mantenerme en los márgenes del respeto que te debo por ser mi padre…

Saúl mantiene la mirada de su hijo. Y sí, Mateo nota que su padre está haciendo un esfuerzo por contenerse. Al fin y al cabo, si algo recuerda de él son sus silencios, sí. Pero también lo demás…

Saúl Romano siempre fue un tipo de apariencia tranquila. Una de esas personas que, aunque otros no lo vean, llevan una tempestad en su interior. Una furia silenciosa de la que nadie sabe nada. Nadie que se mantenga a una distancia prudencial de sus ojos, claro. Porque al fondo de esos ojos grises de río sin fondo siempre ha ardido un fuego. Un incendio encendido como una advertencia. Y, cuando alguien desoía esa advertencia… De pronto, ese mismo silencio que hasta entonces lo era todo se hacía a un lado del mismo modo en que se abren las puertas de toriles justo antes de que el bramido y la furia se desaten y lo tomen todo al asalto. Sí, el padre de Mateo Romano siempre había sido un tipo de aspecto frío e impasible con un huracán encerrado en su interior. Y, Mateo lo sabía, a veces ese tornado se desataba y, con la misma velocidad y violencia de un relámpago, se lo llevaba todo por delante.

Esa es la contención que Mateo advierte ahora mismo, la determinación de un hombre que se esfuerza por mantener amarrados mil toros embravecidos. Y sí, el inspector Mateo Romano sabe que de un momento a otro puede verse frente a las astas y las pezuñas de todas esas bestias de pura sangre y furia.

Pero le da igual.

Porque Mateo, siempre tranquilo, contenido y sereno en medio de los mares más violentos, también está dolido. Y siente que ese dolor poco a poco quiere convertirse en furia. Y se esfuerza, pelea por contener sus mil caballos salvajes de pura sangre y rabia. Pero en el fondo lo nota: él también quiere más. Un motivo. Una chispa. El último detonante para hacer que el mundo salte por los aires.

—Venga —asiente a la vez que anima la respuesta de su padre, casi en un desafío—, cuéntame qué pasó.

Pero Saúl, ahora ya con la frente echada hacia delante, se limita a mirarlo.

—O, mejor aún —vuelve a proponer Mateo, a la vez que también él inclina su cuerpo en el sofá—, ahorrémonos todo este teatrillo. Dime, ¿quién fue ella?

—Lucía —responde de repente el viejo—. Lucía Solina.

Y ahí está. El relámpago. La violencia.

—Has dicho… ¿Solina?

—Sí —le confirma Saúl—, Lucía Solina. Una de las tías de Antoñita.

Mateo abre mucho los ojos por un instante y luego se pasa la mano por el cuello.

—No me lo puedo creer… ¿Cómo pudiste ser tan miserable?

Saúl se retuerce en su asiento.

—Insisto en que no deberías hablarme así. Tú no.

—¿Ah, no? ¿Y por qué yo no, si puede saberse?

Pero Saúl no responde al momento. Tan solo vuelve a clavar sus ojos en los de Mateo y permanece en silencio. Como si de algún modo estuviera considerando si desatar el siguiente movimiento o no.

—Porque —contesta al fin— hay que tener la conciencia muy limpia para señalar según qué pecados. Y los dos sabemos que aquí no hay nadie libre de culpa… ¿No es así?

Una vez más, Mateo aprieta los dientes con rabia.

—Yo nunca le habría hecho algo así a mi pareja.

—Bueno, esa es tu manera de verlo. La nuestra era otra. Una furtiva, desde luego, pero también sincera.

—¿Sincera?

—¡Sí, sí! —explota por fin Saúl—. ¡Y piensa lo que quieras, pero Lucía me hacía feliz! Y sé que yo a ella también… Felicidad que, si me apuras, no recordaba haber sentido nunca.

Mateo niega desde una mueca de rabia y dolor.

—Cómo pudiste…

—Júzgame todo lo que quieras. Pero, insisto, no tienes ni idea del calvario en que se había convertido mi vida para entonces.

—Ya, claro —le responde Mateo, sin ocultar el desprecio que el relato de su padre le supone—. ¿Y qué fue lo que ocurrió, entonces?

—Pues que todo se supo, claro. Por más que intentáramos llevarlo con discreción, al final alguien nos vio, y otro más se fue de la lengua, y… Bueno, ya sabes, esto es un pueblo, y en los pueblos todo se sabe.

—¿Y?

—El primer lugar al que llegó la noticia fue a la casa de las Solina. Y, por supuesto, allí no vieron con buenos ojos nuestras intenciones. Comenzando por Senda, la matriarca del clan. Desde el principio hicieron todo lo posible por impedir nuestra relación. Al ver que por ahí no iban a tener nada que hacer, lo intentaron por otro lado.

Mateo comprende.

—Se lo dijeron a mi madre.

—En efecto. Senda maniobró para que alguna de estas viejas que nunca han tenido nada mejor que hacer le fuese con el cuento. Y, por supuesto, tu madre reaccionó de la única manera que sabía. Con agresividad. El problema es que para entonces yo ya estaba decidido a no seguir aceptando su chantaje. Le dije que lo dejara, que ni sus voces ni sus amenazas iban a conseguir nada ya. Que me iría…

Saúl vuelve a quedarse en silencio por unos cuantos segundos, la mirada extraviada en ninguna parte.

—Pensé que aquel sería el comienzo de un nuevo ataque de ira desatada —continúa—. Pero no. Recuerdo que se quedó mirándome de una manera extraña. En silencio, como si algo hubiera cambiado en ella. O, quizá, como si hubiera comprendido que aquella vez era de verdad. Se dio la vuelta y se fue sin decir nada. Cuando la volví a ver, a la mañana siguiente, colgaba de una viga en el sótano de la casa.

Esta vez es Mateo el que aparta la mirada.

—Y, bueno, ese fue el final. Para todos…

—¿A qué te refieres con eso?

Saúl vuelve a demorar la respuesta.

—A la vieja Senda fue a quien más le afectó la muerte de tu madre. Porque no sé si lo sabes, pero entonces se rumoreaba entre las mujeres del valle que en la casa de las Solina nada más había una única preocupación: ayudar a todas las mujeres que necesitasen auxilio. A todas, siempre. Pero, en especial, a aquellas cuyo sufrimiento tuviera que ver con los hombres. Fuese al precio que fuese.

—Justo el tipo de sufrimiento que vosotros dos habíais provocado en mi madre.

Saúl aprieta los labios en una mueca incómoda.

—No exactamente. Pero supongo que hubo quien lo interpretó así. Que una de las mujeres de aquella casa se hubiera visto envuelta en el dolor de otra mujer como para que esta terminara quitándose la vida era algo por completo inasumible, de modo que ahí se acabó todo. Tu madre murió, Lucía se fue con una de sus primas a Barcelona y yo nunca he vuelto a verla a ella ni a nadie de su familia, quienes, por supuesto, no han hecho otra cosa que alimentar el bulo de que a tu madre la maté yo. Por descontado en sentido figurado. Pero… Bueno, quién sabe qué llegará a pensar cada uno. ¿Lo entiendes?

Pero Mateo no hace sino negar en silencio.

—Siempre supe que había algo oscuro, negro, dentro de ti, viejo… Pero nunca llegué a imaginarme que fuera esto.

Esta vez, Saúl no dice nada al respecto. Es en el mareo de ese silencio que Mateo cae en la cuenta de otra cosa que ha mencionado su padre, casi como de pasada.

—Has dicho algo acerca de ayudar «fuese al precio que fuese». ¿A qué te refieres?

Saúl coge aire.

—¿Has oído hablar de la buena muerte?

—Sí. Antoñita me lo ha explicado. Se trataba de ayudar a acabar con el sufrimiento de los moribundos. Y sí, ya sé que las Solina también lo practicaban.

—Sí, desde luego que lo practicaban. Pero hay algo más.

—¿El qué?

—Tú has dicho que la vieja Senda y sus hermanas se dedicaban a dar la buena muerte para acabar con el sufrimiento de los moribundos.

—Sí —le confirma Mateo—. Eso es lo que me dijo Antoñita.

—Ya, claro. El problema aquí está en qué entendían aquellas mujeres por ser un moribundo.

Mateo arruga el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—A que para las cinco hijas de Mamá Dolores había muchas maneras de estar a las puertas de la muerte.

73

Yo no quiero complicar la vida de nadie

—Porque usted lo sospechó desde el principio, ¿me equivoco? Quiero decir, de algún modo estuvo a punto de decírmelo el otro día en el coche, justo antes de que llegáramos a Sampil, ¿recuerda? Me comentó que había algo en toda esta historia que no acababa de parecerle normal.

—Porque evidentemente no lo es —responde Alfonso Campos, de repente casi como si estuviera defendiéndose de algo.

—Bueno, si yo le contara la de cosas que tenemos que ver en este trabajo, no crea usted que lo tendría tan fácil a la hora de asegurar qué es normal y qué no lo es. Pero los dos sabemos que, en este caso en concreto, usted no se refería a la normalidad del asunto, sino más bien a todo lo contrario.

Alfonso aparta la mirada en un ademán dubitativo. No se atreve a responder de cualquier manera a la pregunta de Arroyo.

—¿Qué ocurre, señor Campos? ¿Qué es lo que sabe?

El historiador vuelve a clavar su mirada en Arroyo.

—Dígame una cosa, muchacho, tan solo una: ¿es cierto eso que se rumorea por ahí? Ya sabe, lo de que tanto a Álvaro como a David los mataron partiéndoles el cuello.

Arroyo también mantiene la mirada de Alfonso.

—Sí, lo es.

Campos asiente en silencio.

—De acuerdo… Pues entonces sí, amigo mío, esto cambia mucho las cosas.

—¿En qué sentido?

—Verá, ha de comprender que este es un tema delicado, muchacho.

—Créame, no es necesario que me lo diga.

—Ya, me imagino. El caso es que no, con esos mismos métodos tan violentos, como el empleado por las acabadoras sardas, no teníamos ningún caso documentado. O por lo menos no hasta el punto de poder considerarlo como parte de nuestra antropología.

—Pero…

Campos vuelve a detenerse por un instante.

—Es que yo no quiero complicar la vida de nadie.

—Señor, hágame caso, la única vida que va a complicar será la suya si sabe algo y no lo dice.

Alfonso Campos vuelve a asentir en silencio.

—De acuerdo, esto es lo que hay. Escuche, y preste atención.

74

La verdad bajo todas las cosas

—Bueno, puede que tuvieran algo de razón —considera Saúl como para sí—, y tal vez sea cierto que hay muchas formas de agonizar… Este cuerpo mío, sin ir más lejos —continúa a la vez que se palpa el pecho—. O incluso el tuyo, ambos consumiéndose sin remedio a pesar de no darnos ninguna señal al respecto, ¿no te parece?

Saúl sonríe con desgana mientras mira a Mateo, pero sigue sin recibir respuesta.

—A veces —continúa—, el final no se ve con claridad. Pero otras… —Saúl asiente—. Uno sabe que se muere, Mateo, sabe que ya no hay salvación posible y que, por todo futuro, nada más queda desaparecer, en muchas ocasiones sin más compañía que la de un dolor insoportable. Y, con todo, esa hora final no acaba de llegar.

—Sí, lo sé, es a esos a quienes se les daba la buena muerte —completa Mateo—. Antoñita me lo explicó todo.

—Claro que sí… Pero de lo que no creo que te haya hablado es de la otra parte de la historia, ¿verdad?

Mateo acera la mirada.

—¿De qué otra parte hablas?

Saúl aún tarda en responder.

—Aunque nadie te hablará jamás de esto, la buena muerte es la que se les da a aquellas personas cuyo cuerpo pertenece ya más al mundo de los muertos que al de la carne viva. Pero también es verdad que hay otras formas de morir. Y también poco a poco, sin que casi nadie lo vea.

Mateo frunce el ceño.

—No te entiendo.

—A veces se da el caso de personas en las que lo que agoniza no es cuerpo, Mateo. Sino su espíritu.

—Su espíritu…

—Por supuesto. Personas que cargan con almas que siempre han sido negras, que ya están muertas, aun cuando ni ellas mismas sabían de toda la oscuridad que arrastraban en su interior. Malas personas, casi siempre hombres, que no hacían sino contagiar el mal de su propia peste, el daño y el dolor, a quienes tenían cerca. Era a ellos a quienes la abuela Senda y sus hermanas daban su propia buena muerte.

—Espera, espera —le pide Mateo—. ¿Me estás diciendo que…?

Pero Saúl ya no está dispuesto a esperar más.

—Te estoy diciendo que, a veces, eran las mismas mujeres que venían padeciendo aquellas montañas de sufrimiento quienes pedían la ayuda de las cinco hijas de Mamá Dolores.

—Por Dios…

—Ni mucho menos —lo ataja—, aquí Dios no tiene cabida. Porque, en otras ocasiones, eran ellas mismas quienes tomaban la decisión de actuar de oficio. Y ahora sí, ya te puedes escandalizar todo cuanto quieras, pero esa es la verdad: durante muchos años, las

mujeres de la casa Solina se dedicaron a acabar con la vida de los hombres que no sabían querer a sus mujeres.

Tiempo atrás. Abril de 1976

El río de las mujeres

Todavía abrazadas, Senda susurra algo al oído de Herminia que nadie más llega siquiera a oír, pero que ella entiende con toda claridad.

—Fue el vino —murmura Senda—. Antes de que se despertara, mis hermanas y yo cambiamos su botella por una de las nuestras. Ni se enteró el muy desgraciado. Cuando se quiso levantar estaba tan mareado que se cayó y se dio contra la cocina, eso sí es cierto. Después no tuvimos más que apoyar su cabeza contra el hierro y…

Como si no estuviera haciendo otra cosa que abrazarse un poco más a Herminia, de pronto la anciana hace fuerza con sus brazos alrededor del cuello de la mujer, tan solo para que ella comprenda.

—Tu problema está solucionado —resuelve—. Este malnacido ya nunca más te hará daño. Ahora, llora. Llora mucho, mujer. Y mañana, en la iglesia, todavía más. Llora tú y que lloren tus hijos. Que todos os vean llorar. Y después ya no sufráis, que mis hermanas y yo nos encargaremos de que nunca os falte de nada. ¿Me entiendes?

Herminia apenas mueve la cabeza en una afirmación minúscula, imperceptible para todos los demás.

—Bien. Entre todas haremos que el río pase por vuestra casa.

Se separan despacio y Herminia comienza a llorar.

Es en ese momento cuando siente el carraspeo de una voz grave a su espalda.

—Perdone, señora.

Cuando se vuelve, es con la mirada, seca y severa, de uno de los guardias civiles con los que se encuentra.

—¿Sí?

—Necesitamos que nos confirme su identidad.

Herminia cruza una mirada nerviosa con la anciana que todavía la retiene entre los brazos.

—Es su esposa —le aclara Senda a la vez que la libera—. Bueno, ahora su viuda.

—Claro, comprendo. Y su nombre es…

Silencio. De repente aturdida, Herminia parece no saber qué responder.

—Señora —insiste el número—, que cómo se llama usted.

—Herminia —responde al fin la mujer, casi como en un susto.

—¿Herminia qué más?

Pero ella, aún aturdida y sobrepasada, vuelve a quedarse en silencio y rompe a llorar nuevamente.

—Perdónela, señor. Está muy afectada —la disculpa Senda—. Tiene que comprender, cualquiera en su situación y ante una imagen como…

Senda mueve la cabeza en dirección al cadáver.

—Ya, entiendo. Pero yo necesito un nombre, señora.

—Sí, claro, apunte, que ya se lo digo yo: Herminia —contesta Senda—. Herminia Saldaña. Sí, anote bien: Saldaña…

75

Muertos los perros

Un momento, un momento. Eso es lo que ha dicho, «acabar con la vida de los hombres que no sabían querer a sus mujeres». Y Mateo lo relaciona al instante, claro. Hombres como…

—Espera, espera —le pide a su padre a la vez que se echa hacia delante en el sofá—, ¿qué es lo que me estás diciendo?

—La verdad. ¿No era lo que querías? Pues eso hacían: Senda y sus hermanas se encargaban de solucionar el problema, ¿me entiendes? Ellas eran quienes vigilaban el espacio a su alrededor, las que ayudaban a aquellas que necesitasen auxilio. Y cuando alguna de las mujeres del cañón llegaba a una situación crítica en la que ya no podía más, entonces intervenían.

Saúl se detiene, aunque nada más sea para que Mateo pueda poner en orden sus pensamientos.

—Mira, por más que ahora pueda parecer otra cosa, este siempre ha sido un lugar duro y, muchas veces, agresivo. En este rincón del mundo la vida nunca ha regalado nada. Pero, cuando esa dureza se convertía en violencia, Senda y sus hermanas solo la toleraban hasta cierto punto. Si iba más allá, actuaban. Como en el caso de Hipólito Meixide, por ejemplo. ¿Lo conoces?

—¿Hipólito? No, no me suena de nada. Pero —Mateo duda—, de ser así…

—Lo era.

—Vale, pues sí, lo era. Pero entonces ¿cómo hacían para salir adelante?

Saúl deja correr una sonrisa desganada, apenas un suspiro.

—Lo hacían pasar por accidentes.

Silencio.

—Accidentes, dices.

Saúl asiente.

—Exacto. Fuera como fuera, siempre le daban la forma de un accidente. Un exceso con el vino, una intoxicación con alguna otra bebida, una equivocación con algo que se comieron por error… O una caída, claro, como en el caso del señor Hipólito.

—Pero eso es absurdo. Quiero decir, ¿acaso nadie sospechaba nada?

Saúl esboza un atisbo de sonrisa.

—Sospechar no es la palabra. Por más que callasen, aquí todo el mundo estaba al tanto de lo que ocurría dentro de cada casa. Desde los curas con los que se confesaban las mujeres hasta los taberneros con los que se confesaban los hombres, todos lo sabían. Y al final, magulladas unas y asqueados otros, todos apartaban la mirada llegado el momento. Al fin y al cabo, muerto el perro…

Atónito, Mateo no logra despegar la mirada de su padre.

—¿Y qué pasa con las autoridades? ¿No hacían nada?

—Venga, Mateo, por favor, no me hagas reír. ¿Es que aún no te has dado cuenta de cómo son las cosas todavía ahora? Dime, ¿por qué crees que te he llamado?

Mateo comprende.

—Porque nadie más estaba dispuesto a investigar los supuestos accidentes.

—Exacto. Y si eso es así ahora, imagínate entonces. El cañón era poco menos que la boca del infierno, y lo que pasara aquí dentro no incumbía a nadie más allá de estas murallas de piedra y agua. No, fuera del cañón a nadie le importaba un carajo lo que sucediera dentro del cañón. Y si los propios vecinos confirmaban la versión de que había sido un accidente, pues había sido un accidente, y aquí paz y después gloria.

Aún con la boca entreabierta, Mateo no deja de asentir.

—Pero… ¿y qué ocurría entonces con las mujeres? Me refiero a que, por más violentos que fueran, al fin y al cabo esos hombres eran los cabezas de familia, los responsables de los trabajos de los que vivía y se alimentaba la casa. Y, además, por lo que tengo entendido no se trataba de pequeñas familias. Así que ¿cómo podían salir adelante?

Saúl vuelve a acomodarse en su sillón.

—Bueno, supongo que eso es lo mejor de todo… Verás, una vez eliminado el problema, Senda y sus hermanas se encargaban de activar y mantener viva una red de ayuda por parte de las demás mujeres.

—¿Una red de ayuda?

—Así es. En cuanto desaparecía el hombre, tanto Senda y sus hermanas como las demás vecinas a las que habían ayudado antes hacían que fluyese lo que ellas llamaban «el río de las mujeres», una especie de canal de apoyo a través del cual se aseguraban de que llegase todo lo necesario para que en la casa de la mujer que se

había quedado viuda no faltase de nada, y tanto ella como sus hijos pudieran sobrevivir. Se ayudaban entre ellas. A veces era con comida, otras con dinero y, siempre, con trabajo. Créeme, Mateo, aquellas mujeres supieron armar y mantener una red de brazos firmes para sostenerse las unas a las otras.

Mateo no puede esconder su perplejidad.

—¿Estás seguro de esto? Quiero decir, ¿por qué lo sabes?

—Porque lo vi. Puede que el paso del tiempo convirtiese en leyenda muchas de aquellas historias. Pero en el caso de Hipólito y Herminia, su mujer, sé que todo ocurrió así porque mi abuela también era de Portabrosmos, y yo estaba allí cuando Hipólito apareció muerto. —Silencio—. De hecho, puede que tú también te enterases de algo con el tiempo, ¿no?

Mateo extraña la mirada.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque el hijo pequeño de aquel matrimonio estaba en la escuela contigo.

—¿Conmigo? No sé…

—Javier —explica—, el que ahora es sargento de la Guardia Civil.

¿Cómo?

—Pero no lo entiendo. ¿No has dicho que el tipo se llamaba Hipólito Meixide?

—Sí.

—Pero Javier se apellida Saldaña. O por lo menos así se me ha presentado.

Saúl encoge los hombros.

—¿Y cuál es el problema? No es que su padre tuviera precisamente la mejor reputación que dejar en herencia a ninguno

de sus hijos. ¿Tanto te extraña que el sargento optase por anteponer el apellido de su madre al de aquella mala bestia? Fue así, Mateo, todo sucedió así. Yo ya era un hombre hecho y derecho cuando todo ocurrió, de manera que sí, lo recuerdo como si fuera ayer. Sobre todo…

—¿Qué?

Saúl traga saliva.

—Lo que más recuerdo es la mirada de la abuela Senda clavada en la de todos los que estábamos allí. Cuando por fin salió al camino, ya noche cerrada, alzó su candil en el aire y se detuvo a observarnos en redondo. Y aunque ya era una mujer mayor, todos pudimos sentir la fuerza de su mirada, la amenaza en sus ojos. Como si de alguna manera nos estuviera advirtiendo. «Tened mucho cuidado con lo que decís y más aún con lo que hacéis. Porque nosotras estamos aquí…».

Saúl vuelve a quedar en silencio y, durante un buen rato, ninguno de los dos dice nada. El viejo parece haberse regresado a Portabrosmos, rememorando aquel momento. Mateo, por su parte, tiene mucho que encajar.

—Espera…

Como por ejemplo…

—Espera —repite a la vez que asiente—, por eso me has llamado en realidad, ¿no es eso?

—¿Qué? —pregunta su padre, todavía absorto en sus memorias.

—Que por eso me has llamado. Claro, ahora lo entiendo todo.

—Perdona, pero no sé a qué te refieres. Yo…

—No —lo ataja—. Me contaste toda esa historia acerca de lo dolido que estabas por la desatención que habían sufrido tus

amigos. Pero en realidad no tenía nada que ver con eso.

—Escucha, no sé qué es lo que crees haber entendido, pero te…

—¿Qué me vas a decir ahora, que me equivoco? Ni mucho menos. Te conozco, papá, te veo. Y ahora sé qué es lo que tanto te preocupa.

Saúl no responde esta vez.

—Tú tenías relación con ambos, tanto con Maseda como con Quiroga. Y si yo no he tardado nada en averiguar cómo eran, tú, que los conocías de antes, también tenías que saberlo.

—¿El qué?

—¿Pues qué va a ser? Que tanto Álvaro como David eran repugnantes. Maseda era un maltratador, un cabrón que, casi con toda probabilidad, acabó llevándose a su mujer por delante. Y Quiroga era otro miserable, un desgraciado que, en el mejor de los casos, engañaba a su mujer con todo lo que se moviera un día sí y otro también. Como tú mismo dijiste antes, ni Álvaro Maseda ni David Quiroga eran hombres que supiesen querer a sus mujeres. Solo que, además, y como acabas de contarme, tú sabías lo que aquí se les hacía a los miserables de esa calaña.

Desconcertado, Saúl Romano encoge los hombros a la vez que abre las manos en el aire.

—No entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—Por favor —suelta Mateo—, no me tomes por imbécil. Tú mismo lo dijiste hace un rato.

—¿Yo?

—«Como todos», eso fue lo que dijiste. Crees que aquí aún queda gente convencida de que mataste a mi madre. O que, en la más amable de las interpretaciones, tampoco supiste querer a tu mujer.

Al igual que Álvaro y David… Como los conocías, diste por sentado, tal vez con razón, que ese era el nexo entre ambas muertes, que ambos habían sido unos maridos despreciables. Y entonces te asustaste. ¿Y qué pasaba si en realidad no eran accidentes? ¿Por qué podrían haberlos matado si no?

Silencio. Saúl se limita a mantener su mirada clavada en su hijo.

—Claro que es eso: te entró miedo. Todo esto no ha tenido nada que ver con tus amigos, sino con tu egoísmo. Como siempre —resuelve—. Como todo. Estás aterrado, y por eso me has llamado, ¿verdad?

Pero Saúl tampoco responde nada esta vez.

—Claro que sí —confirma Mateo a la vez que niega con la cabeza —. Tienes miedo de haber sido tan rastrero como todos esos miserables, y por eso ahora temes que te pueda pasar lo mismo que a David, a Álvaro y a todos los demás antes que ellos.

Saúl continúa sin responder.

—Pues no te preocupes —resuelve Mateo a la vez que se levanta —, que mi gente y yo haremos todo lo posible por atrapar a quien esté detrás de esto. Aunque ya no sea tanto por los Masedas, los Quirogas o siquiera los Romanos de este mundo, sino por el niño que ahora mismo está pagando por todas vuestras culpas. Porque esa es la verdad: todo esto es por vuestra culpa. Por toda esa colección de daños que infligisteis a vuestras mujeres. Pero ¿sabes qué? —concluye ya desde la puerta—. No te imaginas la decepción tan grande que me produces. En el fondo, si acepté venir fue porque pensé que, quizá, esta vez… Pero no —Mateo niega—, he comprendido que sigues siendo el mismo egoísta y miserable de siempre.

Mateo ya ha abierto la puerta de la casa cuando vuelve a oír la voz del viejo a su espalda.

—Resulta conmovedor.

Es una voz serena, baja. Casi neutra. Y por un instante siente esa otra advertencia en su interior. «No hagas caso, no lo escuches. Vete». Pero por algún motivo no logra resistirse.

—¿El qué? —pregunta sin darse la vuelta.

—Lo arrogante de tu superioridad.

Ahora sí, Mateo se vuelve sobre sí mismo.

—¿Mi superioridad?

—Por supuesto —asiente Saúl aún sentado en el sillón—. Tu superioridad. ¿O quién te crees que eres para hablarme así? ¿Acaso piensas que tú eres mejor que yo? ¿Qué pasa, Mateo? ¿Que ahora no sabes a qué me refiero? —Saúl baja la cabeza a la vez que niega en silencio—. Por favor, hijo mío, ¿cómo puedes ser tan soberbio? ¿De verdad crees que no sé lo que hiciste?

—Lo que no sé es de qué me hablas…

—¿Ah, no? —Saúl levanta la cabeza de nuevo y ahora le devuelve a su hijo una mirada seria, grave—. La dejaste embarazada.

Esta vez sí, Mateo parpadea en silencio. Lo sabe… Pero ¿cómo es posible?

—La dejaste embarazada —repite—. Cuando regresaste tras la muerte de tu madre, dejaste embarazada a Candela. Y cuando ella te lo dijo, apenas unos meses después… Dime, Mateo, ¿qué fue lo que hiciste?

Todavía inmóvil junto al marco de la puerta, no responde. Tan solo se limita a mantener la mirada de su padre.

—Nada, hijo. No hiciste nada…

Mateo baja la cabeza.

—O, mejor dicho, le diste la espalda. La dejaste tirada mientras tú huías como un cobarde, ¿verdad?

Mateo sigue sin responder.

—Pensabas que no lo sabía, ¿eh?

Tampoco esta vez hay respuesta.

—Ya te lo he dicho, Mateo, esto es un pueblo, por más que tú insistas en comportarte como si no pasara nada. Aquí todo se sabe. Como también se supo después que, a raíz de la intervención, Candela no pudo volver a quedarse embarazada.

Mateo clava su sorpresa en la mirada de su padre. Y Saúl comprende.

—Veo que de eso tampoco te habían dicho nada, ¿no? —Saúl niega para sí—. Pues lo siento mucho, Mateo. Pero, si te soy sincero, creo que deberías pensarlo un poco más antes de ir por ahí diciendo lo que los demás son o dejan de ser. Porque, de hecho, puestos a ser…

—¿Qué?

Ahora es Saúl el que clava sus ojos grises en los de Mateo.

—Dime, Mateo, a la luz de aquello que hiciste, ¿acaso no eres tú también uno de esos hombres que no supieron querer a sus mujeres?

76

Orden

Como si el río quisiera enseñarle al mundo cómo es vivir bajo sus aguas, la noche se ha vuelto a cerrar sobre Sampil en forma de lluvia intensa, furiosa, mientras todos los miembros de la brigada, junto con el subinspector Jacobo Veloso, se reúnen en la Casa del Inglés.

—Vale —llama la atención Mateo—, pongámonos al día. A ver, comenzando por lo más importante: Jacobo, Candela nos confirma que las gafas que has encontrado son las de su sobrino.

—Entiendo que no tenía otras, ¿no?

—No, son las que llevaba puestas el martes. De manera que sí, podemos asegurar que o Nico o, en su defecto, alguien que se encontrara con él en estos dos días ha estado en esa casa en las últimas horas.

—¿Sabemos de quién es la casa, jefe?

—Hemos confirmado que era de Sara Moure, Ana.

—¿Era?

—Sí. Por lo que hemos podido averiguar en el registro —responde Jacobo—, la tal Sara murió hace ahora cincuenta años. Por eso está en ruinas, porque desde entonces nadie ha vuelto a habitarla. Ni siquiera su hijo.

—Odilo —comprende el subinspector Laguardia.

—En efecto —asiente Mateo—. De manera que sí, creo que a estas alturas ya podemos confirmar que Odilo Moure, o, bueno, como se apellide realmente, está implicado de alguna manera en la desaparición del chaval.

Jacobo asiente.

—La orden de búsqueda ya es efectiva. Se ha organizado un dispositivo amplio, y ahora mismo ya tenemos a toda nuestra gente buscándolo y realizando controles en un radio de cincuenta kilómetros.

—Bien. Pero esperad, porque aquí hay mucho más. Puede que Odilo no sea nuestra única referencia en esta historia.

—¿Por qué?

—Porque hoy me he pasado un buen rato hablando con mi padre, Antonio. Hemos tenido una conversación… Bueno, dejémoslo en que ha sido larga. E intensa —añade Mateo a la vez que se pinza el entrecejo con expresión cansada—. Lo importante es que, según me ha contado, la relación con los Solina, la familia de nuestra amiga Antoñita, es mucho más compleja de lo que cualquiera podría pensar.

—¿En qué sentido, señor? —pregunta Raúl Arroyo.

—¿Recordáis aquello de lo que hablábamos ayer? Ya sabéis, el asunto de la buena muerte y todo lo relacionado con ella.

—Como para olvidarlo, jefe.

—Bien, pues la cosa es bastante más comprometedora. Al parecer, las mujeres de esa casa no se limitaban a dar la buena muerte, sino que, cuando lo consideraban oportuno, actuaban de oficio.

Antonio Laguardia arruga la frente.

—¿De oficio?

—Eso es lo que me ha explicado mi padre. Por lo visto, intervenían cuando detectaban que alguna mujer lo necesitaba. Jacobo, ¿te acuerdas de aquellos casos de los que había dejado constancia Matías Fontana, el anterior forense de Monforte?

—Las intoxicaciones…

—Exacto. Bien, pues todo apunta a que se trataba de sus remedios. De hecho, en el caso que recuerda mi padre ha mencionado a un protagonista que tiene mucho que ver con nosotros.

—¿Quién?

—Javier Saldaña —responde Mateo secamente.

—¿El sargento de la Guardia Civil?

Mateo asiente.

—Te lo dije, Antonio —señala Santos—, ese picoleto no me daba buena espina.

—Por lo visto —continúa Mateo—, desde la intoxicación de metilo que provocaron los Quiroga, el padre de Saldaña se convirtió en una mala bestia que tenía martirizada a su esposa. De hecho, al final incluso estuvo a punto de matarla. De manera que la abuela de Antoñita y sus hermanas decidieron tomar cartas en el asunto.

—Y se lo cargaron…

—Bueno, eso no lo podemos asegurar, Ana. Pero mi padre está convencido de que sí.

—¿Y cómo lo hicieron, señor? Quiero decir, ¿de qué manera lo mataron?

Mateo mantiene la mirada de Arroyo antes de responderle, consciente de que, como siempre, Raúl ha vuelto a adelantarse en la

dirección correcta una vez más.

—Le partieron el cuello.

Por un instante, los cinco permanecen en silencio, asimilando las implicaciones de lo que Mateo acaba de revelar.

—Pero entonces… —Santos niega con la cabeza mientras razona en voz alta—. ¿Cree que esa es la causa por la que Saldaña insistía en dar todos los casos por accidentes? ¿Para que nadie preguntara más de la cuenta?

Mateo encoge los hombros.

—No lo sé, Ana. Pero podría ser una opción, sí. Al fin y al cabo, otra manera de verlo es que las mujeres de Lobios acabaron con un sufrimiento que, en realidad, había comenzado por una caída en desgracia provocada por los Quiroga. —Mateo aprieta los labios en un ademán dubitativo—. No lo sé, podría ser.

—Desde luego, si entonces ocurrió de esa manera —comenta Laguardia, a la vez que señala su propio cuello—, lo que sí podemos afirmar es que ahora estamos ante una situación semejante.

—Sin lugar a dudas —se adelanta Arroyo, rotundo—. Alfonso Campos, el historiador, me ha confirmado hoy mismo que, aunque el desnucamiento es una técnica que no se recoge en la tradición autóctona, sí podría ser conocida por las personas interesadas en la materia.

—¿A quién te refieres?

—Señor, el mismo Alfonso me ha contado que durante mucho tiempo se sospechó que ese podía ser un tipo de final puesto en práctica por primera vez por las antepasadas de las Solina. En concreto por una a quien algunos en el cañón recuerdan como Mamá Dolores.

—Sí, Antoñita me ha hablado de ella. Era la madre de la señora Senda.

—O sea, la bisabuela de Antoñita.

—Eso es —confirma Arroyo—. Por lo que me ha dicho Campos, a las mujeres que tenían acceso a ese tipo de conocimientos se las llamaba de otra manera.

—Grimonias —recuerda Mateo.

—Correcto, señor. Y sí, si alguna vez hubo una grimonia en la familia Solina, entonces es razonable pensar que ese tipo de conocimientos pueda haber llegado hasta la actualidad.

—Antoñita —responde Laguardia.

—Evidentemente. He investigado esa línea, y por ahí también he hecho un par de averiguaciones interesantes. Como algo que tiene que ver con el origen del nombre de la familia. ¿Sabe usted de dónde viene el apellido Solina, señor?

Mateo niega con la cabeza.

—Italia —responde Arroyo—. En concreto, del norte de Cerdeña.

—No me jodas… Entonces ¿qué es lo que estás diciendo, chaval? ¿Que la familia de la tal Antoñita podría conocer la tradición de las acabadoras sardas?

—Yo diría que es más que probable, Ana. Siendo sincero, creo que sería bueno preguntarle a su vecina si ella estaba al tanto de esto, señor.

—Y, de estarlo —vuelve a intervenir Santos—, si alguna vez lo comentó con alguien más.

—Bueno, de hecho, usted mismo dijo que Antoñita solía hablar con Odilo, señor.

—Sí, eso me dijo ella la primera vez que estuve en su casa.

—Pues en ambos casos hay motivos —deduce Arroyo—. Según ella le explicó, Antoñita odiaba a Maseda por la manera en que se hizo con una propiedad que, a sus ojos, siempre debió haber quedado dentro de la familia. Y por parte de los Quiroga…

—Incluso los orígenes de esa familia parecen turbios —apunta Laguardia—. No solo por la parte del patriarca y su asunto con el metílico. Por lo visto, a David Quiroga también le iban esas historias.

—Se ve que aprendió bien del abuelito, jefe. Al parecer, el tipo era un prenda al que no le importaba joder con sus chanchullos a todos cuantos se le pusieran por delante. Por más que Saldaña se empeñara en contarnos lo contrario, no parece que el pequeño de los Quiroga haya dejado muchos amigos en este mundo.

—De hecho, ahora que Santos lo comenta…

Antonio se detiene.

—¿Qué ocurre?

Pero en lugar de responder, Laguardia cruza una mirada con su compañera, quien ladea la cabeza en un gesto de incomodidad.

—Según nos ha explicado Tino Alonso, parece ser que David también tuvo algún problema con su… —Santos deja el sustantivo en el aire—. Con su amiga, jefe.

La respuesta de Santos provoca la extrañeza de Mateo.

—¿Con Candela? Pero… Ella me dijo que lo conocía, sí. Pero del mismo modo que todos sabían quiénes eran los Quiroga en el valle. Nunca me habló de ningún asunto personal.

Santos levanta una ceja.

—Pues por lo visto esos dos tuvieron algo más que palabras, jefe.

Desconcertado por la noticia, Mateo asiente muy despacio. Al parecer, empiezan a ser demasiadas las cosas que ignora con

respecto a Candela.

—Vale, de acuerdo —resuelve—, lo comentaré con ella, a ver qué responde. Pero lo que necesitamos ahora mismo es avanzar —advierte—, porque lo más importante sigue siendo aquello sobre lo que menos información tenemos.

—El niño —comprende Santos.

—Exacto. De manera que recapitulemos. ¿Qué es lo que podemos asegurar hasta ahora?

—De un modo u otro, una buena parte de la historia parece pasar por los Quiroga —resume Antonio Laguardia.

—Pero no tanto por su relación con el vino, sino más bien por las muchas miserias de esta panda de cabrones —matiza Santos.

—Miserias de las cuales —continúa Arroyo— no son pocas las que guardan algún tipo de relación con los asuntos de los Solina.

—Y en medio de todo —apunta Jacobo—, al mismo tiempo que Nico ha desaparecido, la tierra también parece haberse tragado a Odilo.

—Exacto —admite Mateo—. El mismo a quien todos han tratado todo el tiempo como si no fuera más que un pobre diablo. De hecho, recuerdo que cuando era niño, aquí todos se referían a él como el tonto del pueblo, cuando en realidad…

Mateo se calla.

—Por lo que dicen, no parece que los tiros vayan por ahí —apunta Arroyo.

—Ni mucho menos, Raúl. Recordad si no lo que os conté cuando me lo encontré en las bodegas. Su manera de saludarme fue dándome un torrente de datos sobre mi coche. Recuerdo que mencionó hasta el par de torsión del motor.

—¿El qué?

—La fuerza del motor, Jacobo.

—Ah, la potencia.

Santos se vuelve hacia el subinspector Veloso.

—No. El par es la fuerza.

—Ah —repite Veloso, que por supuesto se ha quedado como estaba.

—¿Lo veis? A eso me refiero —señala Mateo en dirección a Jacobo —, no se trata de información popular ni tampoco fácil de entender de entrada. No —resuelve—, Odilo será muchas cosas, pero estúpido desde luego no. Estoy seguro de que se trata de alguien mucho más inteligente de lo que la mayoría de la gente cree. Y por lo que me han explicado, parece ser que nunca ha salido del cañón. Por lo que lo conoce como la palma de su mano. Sobre todo el río… —El inspector se mantiene en silencio unos instantes y resuelve por fin —: De acuerdo, esto es lo que haremos. Raúl, rastréalo todo, a ver si encuentras algo más en el pasado de todas estas personas.

Él asiente.

—Santos, Laguardia, vosotros coordinaos con Jacobo. Aseguraos de que no quede un lugar por revisar.

—Por supuesto, jefe.

—Levantad la tierra, buscad detrás de cada sombra. Vaciad el río si es necesario. Pero tenemos que encontrar a este hombre, porque estoy seguro de que si damos con él también hallaremos al niño. Necesitamos saberlo todo sobre él. Moure, Quiroga o como demonios se llame. Pero quiero saberlo todo. Empezando por quién es en realidad Odilo.

Tiempo atrás. Enero de 1977

Odilo

Ni siquiera transcurrió un año desde la muerte de Hipólito Meixide, y en el cementerio de Lobios volvió a haber una tumba abierta. Corrían los primeros días de 1977, y las mujeres del cañón volvieron a reunirse bajo la lluvia, en aquella ocasión para acompañar a Sara Moure en su último viaje, después de que la enfermedad acabara de roerle las entrañas.

En silencio, todas observaban cómo la última palada de tierra cubría la caja de Sara. Hecho el trabajo, el enterrador se fue y ya no quedó ningún hombre alrededor de la tumba. Ni siquiera don Secundino, el párroco de Lobios, tardó un amén en irse. Miserable y cobarde como la rata que era, se marchó tan pronto como le dio la bendición al féretro de pino, que al fin y al cabo la difunta ni tenía posibles ni tierras ni tampoco una alianza en su anular, por más que cargara con un hijo. No, allí no había nada de valor para Dios ni para su delegado en Lobios, de modo que se fue. Y, aunque se hubiera quedado, seguiría sin haber ningún hombre a la altura de las mujeres del cañón que ahora contemplaban en silencio la tumba fresca de Sara Moure.

Estaban todas. Matilde, la mujer del maestro. Chonchones, que estaba casada con el cabo de la Guardia Civil. Herminia, Claudia,

Moncha, Inés y Julia. Y, en el centro, Senda. Las mujeres de Lobios. Tan solo un elemento rompía la homogeneidad del cuadro.

La presencia de un niño en el centro del escenario.

Arrimado a su costado, Senda guardaba a Odilo, el hijo de Sara. En silencio, el pequeño también permanecía inmóvil, observando sin siquiera abrir la boca cómo la lluvia empapaba poco a poco la tierra de la tumba de su madre. En silencio, sin apenas moverse. Tan solo con la mirada clavada en la tierra.

—Venga —le indicó Senda, casi en un susurro—. Tengo que llevarte a un sitio.

—¿A dónde? —preguntó Odilo.

—A casa.

—A Barantes, entonces.

—No —le respondió Senda con ternura—. De hoy en adelante vivirás en una nueva casa. Vámonos, que aún nos queda un buen trecho hasta Amandi.

—¿Amandi? Pero yo no vivo en Amandi —razonó el pequeño—. Yo vivo en Barantes.

Senda le devolvió una sonrisa cariñosa, a la vez que todo el grupo avanzaba ya hacia el exterior del cementerio.

—Ya no, hijo. Ya no.

Cualquiera que no conociera al niño, un crío de apenas siete años, ocho como mucho, pensaría que la expresión con la que se había quedado observando a Senda era de desconcierto. Pero la anciana, como todos en el cementerio, sabía que esa era en realidad la expresión habitual del pequeño Odilo.

El muchacho nunca pareció la persona más lista del mundo. O por lo menos eso fue lo que el propio mundo se encargó de dejarle claro

siempre que tuvo ocasión. De hecho, y para no olvidarlo, el mismo Odilo podía repetir palabra por palabra lo que aquel señor, el maestro de Sober, le había respondido a su madre apenas un par de años atrás, cuando Sara intentó que lo cogieran en la escuela.

«No es posible, señora, esta no es la escuela apropiada para su hijo, y usted lo sabe perfectamente. Este niño no tiene el entendimiento necesario. ¿Cómo se lo puedo decir? De alguna forma, su hijo es…».

Durante dos o tres segundos el maestro buscó la manera de no emplear la palabra que, en realidad, era la única que por entonces todos usaban para referirse a alguien como Odilo.

«Atrasado, señora, su hijo es atrasado. No solo no entenderá nada de lo que aquí se explique, sino que, lo que es peor, retrasará el aprendizaje de los demás».

Odilo no sabía muy bien qué era eso del «entendimiento necesario», ni tampoco a qué se refería con aquello de ser atrasado o retrasar a nadie. Atrasados eran los relojes, y retrasados venían algunos de los trenes que pasaban por la estación de Santo Estevo. Pero él… Fuera como fuera, lo que Odilo sí tenía claro es que él no era como los demás.

Seguía pensando en estas cosas cuando, de pronto, cayó en la cuenta de que la señora Senda, que en ningún momento le había soltado la mano, acababa de detenerse ante un portal enorme. Porque ya habían llegado a Amandi, claro.

En silencio y sin ninguna otra explicación, la mujer llamó a una campana y, al cabo, fue un hombre el que abrió una de las hojas del portalón. Era alto y delgado, no demasiado mayor pero, curiosamente, de pelo ya algo gris, y vestido con pantalón de traje

marrón, una camisa remangada y un chaleco a juego con el conjunto. Por un instante nadie dijo nada.

Senda se limitó a mantenerse firme frente a él, todavía sin soltar la mano de Odilo. El hombre, por su parte, tampoco abrió la boca, tan solo observaba a la mujer con gesto serio y, de vez en cuando, también a Odilo. El niño, que no acababa de comprender qué era lo que ocurría, se preguntaba si también él debería hacer algo. No sé, tal vez mostrarse igual de serio, como la señora Senda, o recto como… Espera, ¿y quién era este señor? Bueno, quienquiera que fuese, Odilo no dejaba de observarlo. A él y también a la señora Senda. ¿Qué hacían? Odilo no entendía nada.

—Una vez te comprometiste conmigo y con mis hermanas.

Fue Senda quien habló, por fin. Pero el hombre no le respondió. En lugar de eso, volvió a observar a Odilo. Desde arriba, sin alterar para nada lo serio de su expresión. Como cuando Odilo descubría el paso de algún nuevo bicho junto a sus pies. A veces los cogía con curiosidad; otras los pisaba. Odilo se preguntó si aquel señor estaría pensando en pisarlo.

—Bien —continuó Senda—, pues ha llegado el momento. Esta es tu responsabilidad.

Y de repente, la anciana, que en todo momento había mantenido sujeta la mano de Odilo, la soltó y, sin más, dio media vuelta y se fue, dejando al niño allí, inmóvil junto al portal y sin saber muy bien qué hacer.

Por un instante, Odilo pensó en moverse, en echar a andar e ir tras ella. Pero no lo hizo. En realidad, no sabía qué era lo que tenía que hacer, de modo que no hizo nada. Se quedó mirando cómo se alejaba la señora Senda, luego dirigió la vista al hombre del portal,

después examinó el suelo, el cielo, el camino, los pies y volvió a mirar a Senda. Ah, pero ya no estaba. Qué curioso. Estaba allí hace un momento, pero ahora ya no. Era como si hubiera desaparecido. Qué curioso. Contempló al hombre del portal, que seguía ahí, observándolo en silencio. Como cuando Odilo miraba a los insectos del campo. El campo. Odilo buscó algún prado. Desde allí no se veía ninguno. Viñas sí. Pero prados no. Odilo miró sus pies. Y el camino. Y el cielo.

—Entra —oyó de repente.

Ah, era el hombre, que antes no hablaba y ahora sí. Parecía serio. Muy serio. Quizá estuviera enfadado con él. Odilo no sabía qué pensar. Quizá fuese así. Tendría que observarlo con más atención.

—¿Qué pasa, que no me oyes? —preguntó el señor serio—. Te he dicho que entres.

—Sí —le respondió Odilo—. Me has dicho que entre. Y ahora me lo has dicho otra vez. Me lo has dicho dos veces. Si me lo dices de nuevo, serán tres.

Sorprendido por la respuesta, el hombre del portal cambió su expresión. Ya no solo parecía serio, también extrañado y desconcertado.

—No —le respondió—, no te lo diré una tercera vez, así que tú verás qué haces. Si decides quedarte ahí fuera, que Dios y los lobos te pillen confesado.

—¿Aquí hay lobos? Yo creo que aquí no hay lobos.

—Yo creo que sí, aunque eso ya me lo dirás tú mañana.

—Si te lo digo mañana es que no los hay. Porque si los hay me comerán y no podré decírtelo. Porque estaré muerto, y muerto no

voy a poder hablar con nadie. Así que entonces tampoco hace falta que te diga nada, porque si mañana estoy aquí es que no hay lobos.

Atónito, el hombre siguió observando al pequeño sin saber qué responder.

—Pues por eso mismo —le contestó al final— creo que lo mejor es que entres, muchacho. Si decides hacerlo, de hoy en adelante esta será tu casa. Pórtate bien, obedece en lo que se te mande y, sobre todo, no me des problemas. Haz lo que se te ordene en todo momento, y nunca te faltará ni un plato que te alimente ni un techo que te guarde.

—Vale —contestó Odilo mientras pasaba al interior de lo que resultó ser una enorme finca.

Y así, de esa manera tan extraña, con el entierro de su madre, un viaje inesperado a Amandi y una reflexión rápida sobre por qué no sería necesario hablar de lobos al día siguiente, comenzó lo que pasaría a ser su vida de aquella tarde en adelante. Una sin grandes responsabilidades, en realidad, en la que Odilo se convirtió poco a poco en una suerte de mozo para todo.

Carga, limpia, barre. Los sábados lava el coche de don Víctor, y a veces el señor Quiroga también le pide que le haga algún trabajo en la finca. Pequeños encargos de jardinería, podas e incluso el mantenimiento de la piscina. De hecho, eso es algo que le gusta mucho. Porque se le da muy bien. Odilo entiende como nadie el comportamiento del agua, el ir y venir de las corrientes.

Ahora, en donde de verdad le gusta estar es en los viñedos de las bodegas. En verano, Odilo agradece dormir al raso, sobre la tierra. Y en invierno, aunque dispone de un cuarto propio en el garaje de los

Quiroga, siempre que puede prefiere quedarse en uno de los cobertizos de las bodegas, en medio de los viñedos.

Y, entre unos espacios y otros, no son pocas las veces en las que Odilo se encuentra con la mirada del viejo, que, en silencio, lo observa.

A veces, Odilo se despierta y descubre, no sin cierto sobresalto, que él está ahí. De pie, muy cerca, casi a su lado, contemplándolo con la misma mirada escrutadora de quien intenta ver más allá del bicho que acaba de descubrir entre las briznas de la hierba. Como si se planteara pisarlo con su zapato.

Otras, lo adivina inmóvil al otro lado de la ventana de su despacho, en la primera planta de las bodegas. Sí, por algún motivo que al principio no alcanzaba a comprender, don Víctor nunca deja de observarlo, y siempre de la misma manera. En silencio, sin decir nada. Igual que aquella tarde lluviosa de 1977, cuando Odilo le explicó ante el portal de su casa por qué no sería necesario decir nada si al día siguiente seguía estando allí.

Y, desde entonces, desde aquellas primeras veces, nada ha cambiado demasiado, más allá de lo que Odilo ha alcanzado a comprender, claro. Ambos se observan en silencio hasta que, al final, siempre es el viejo el que acaba apartando la mirada y yéndose.

Odilo, que siempre está ahí, también observándolo todo, viendo al que viene, al que se va, al que grita y al que murmura, tal vez no sea el más listo del mundo. Puede que, como aquella vez le dijeron a su madre, que Dios la tenga en su gloria, no posea el entendimiento necesario para asistir a las clases del maestro, e incluso que atrase como si no fuera más que un reloj. Pero sí tiene el conocimiento necesario para entender algo: por más miserables que sean todas

las encomiendas que se le hacen, si está ahí, en esa casa, en esos terrenos, si nunca le falta ni plato ni techo, si ese hombre no deja de observarlo de esa manera, tan solo puede ser por una única razón.

Porque Víctor Quiroga es su padre.

77

La fragilidad

Fuera no ha dejado de llover con intensidad en toda la noche, y la humedad se ha hecho todavía mayor en la galería, donde el frío muerde con furia. Sentado en el colchón sobre el suelo, con las rodillas abrazadas con fuerza contra el pecho para buscar un poco de calor, el niño mantiene la cabeza casi escondida entre las piernas.

—Tengo mucho frío —masculla—, y hambre.

—No es el momento —le advierte Odilo, severo.

Sin embargo, Nico lo vuelve a intentar.

—Pero es que tengo mucha hambre…

—¡Que no es el momento!

Para sorpresa del niño, Odilo ha explotado con violencia y ahora da vueltas por toda la entrada a la galería.

—Ahora no es el momento —repite a la vez que intenta recuperar la calma—, no lo es…

Odilo no deja de caminar en círculos. Mira a Nico de reojo, duda. Farfulla algo ininteligible. Resopla.

—No es un buen momento, no lo es…

—Odilo, por favor —ruega Nico—, esto no está bien…

—Pero ¡es que acaso eres estúpido! —vuelve a estallar—. ¡Ya te he dicho que no es un buen momento! ¡¿Qué quieres que haga?!

¡¿Eh?!

Esta vez sí, Nico rompe a llorar.

—Me dijiste que no tuviera miedo —solloza mientras vuelve a hundir la cabeza entre las piernas, recogido en un ovillo sobre el colchón, sucio y húmedo, al fondo de la galería—. Me dijiste que me ibas a tratar bien.

Odilo se detiene, de pronto con expresión sorprendida. O, tal vez, ida.

—¿Y acaso no lo estoy haciendo? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Eh? —De repente parece furioso, y la saliva que se proyecta entre sus dientes apretados cae sobre la cabeza de Nico, que intenta protegerse hundiéndola aún más entre las piernas—. ¡¿Acaso crees que no te estoy tratando bien?!

—No —responde Nico, aún sin dejar de llorar desconsoladamente —. Las personas de una misma familia se quieren, Odilo, se tratan bien. ¡No se hacen daño los unos a los otros! Me engañaste —llora ya sin freno—, me engañaste, Odilo. ¡Me quiero ir a casa!

—¿A casa? —repite Odilo, ahora con la mirada por completo perdida—. Nosotros no sabemos dónde está eso.

TERCERA PARTE

Madre

Tiempo atrás. Junio de 1982

Si el río te llamara por tu nombre

Sin piedad, el tiempo corre para todos. También para Odilo que, llevado en volandas por el paso de unos años que él no se ha parado a contar, se ha convertido en una suerte de adolescente extraño. Es verdad que todos los adolescentes lo son, sí. Pero en su caso…

Por una parte, Odilo ha desarrollado el cuerpo de un hombre. De hecho, el de uno enorme. El muchacho es alto, pasa ya con creces del metro ochenta y no parece que se vaya a quedar ahí. Ni tampoco su musculatura. Sin que nadie se diera cuenta en realidad de lo que estaba ocurriendo, su cuerpo se ha tonificado a lo largo de todos estos años corriendo por el cañón, subiendo y bajando las pendientes abruptas de los viñedos, desde las bodegas en lo alto hasta el río, allá abajo en lo más profundo. Y no solo ha sido por esta manía de ir corriendo a todas partes: tan pronto como llega el buen tiempo y la temperatura del agua sube apenas lo justo, Odilo corre a bañarse en las aguas del Sil. Por más peligrosas que sean… No importa la potencia del río, ni tampoco las diferencias de temperatura entre las distintas profundidades, responsables de esas corrientes tan traicioneras. De alguna manera, es como si el muchacho hubiera desarrollado algún tipo de capacidad para leer los movimientos del río como nadie más, y Odilo se desliza por él como

un pez en sus aguas. Como uno de esos peces de los que ya no quedan.

Pero es que luego, por la otra, sigue estando ese otro asunto. Su cabeza. Odilo apenas se relaciona con nadie. Toda su comunicación se reduce al saludo de alguno de los empleados de la bodega, tal vez al comentario breve de alguien con quien se cruce en su camino… Y, por supuesto, a ese diálogo silencioso que sigue manteniendo con don Víctor, claro. Pero no mucho más.

También es cierto que nadie ha hecho nada por intentar que eso cambie. Pero, en el fondo, ¿acaso no es mejor así? ¿A quién le puede interesar en realidad el contacto con él? No, ni su manera de relacionarse ni tampoco su comunicación son normales. Antes que hablar, Odilo observa mucho. Todo le llama la atención. Y todos. Casi nunca habla con nadie, pero, cuando lo hace, la mayoría de las veces su conversación se reduce a una especie de monólogo por su parte, retahílas de datos inconexos que nadie entiende a qué vienen. Por supuesto, algo así no haría sino incrementar la… Bueno, ya se entiende, la incomodidad de tener que tratar con alguien… así. Y esto por no comentar la vergüenza que implicaría si alguien llegara a saber que, en realidad, Odilo es…

Lo importante ahora es que, al parecer, hoy cumple años. El señor Maseda, uno de los capataces de la bodega, se lo ha hecho saber esta mañana, a la vez que venía empujando algo junto a él. Desde luego, esto ha llamado la atención del joven.

—Felicidades, chaval, hoy es tu cumpleaños.

—¿Lo es?

—Eso me han dicho. Y si no, como si lo fuera. Toma, aquí tienes.

En realidad, Odilo no tiene tan claro que hoy sea su cumpleaños. Pero la verdad es que esto que Álvaro trae consigo sí que le resulta interesante. Y así se lo hace saber.

—Esta es una SC, Álvaro. Las SC se empezaron a fabricar hace dos años, en el ochenta. SC significa Súper Confort.

Álvaro Maseda arruga el entrecejo.

—¿Qué dices?

Pero Odilo no parece escuchar la pregunta. Como siempre.

—En realidad no tienen nada de superconfortables. Pero tienen llantas de aleación. Sí, eso sí.

Maseda vuelve a echarle un vistazo a las ruedas.

—Pues a mí me parece una Vespino…

—Lo es —le confirma Odilo a la vez que se acerca a él con una sonrisa—. Me gusta mucho. ¿Es para mí?

—Eso me han dicho.

Odilo no deja de sonreír mientras recorre el ciclomotor con la mirada. Hasta que de pronto una duda le frunce el ceño.

—Pero… ¿no necesito un permiso para conducirla?

—No te preocupes por eso, chaval, que don Víctor ya se ha encargado de avisar para que nadie te moleste con esas tonterías.

—¡Qué bien! —vuelve a celebrar Odilo.

—Ya ves —masculla Maseda entre dientes y deja por fin el pequeño ciclomotor en las manos de Odilo—, al final va a ser que el patrón te tiene cariño y todo, ¿eh, bicho raro?

En realidad no.

Desde la ventana del primer piso, la de su despacho, Víctor Quiroga observa la escena con atención. En silencio, las manos cruzadas a su espalda y los ojos clavados en Odilo. Sí, el ciclomotor

se lo ha comprado él. Pero no, no ha sido por cariño, ni nada que se le parezca.

En realidad, si Víctor le ha comprado la pequeña moto no es más que para poder encargarle la realización de recados más apartados. Que conduzca hasta Sober, para llevar algún papel sin mayor importancia al ayuntamiento, o algún aviso o advertencia al puesto de la Guardia Civil. O que baje por las carreteras que llevan a las bodegas más pequeñas que hay sobre el río. O incluso a los viñedos que cuelgan sobre el cañón. O, quizá, para que esté más lejos de la bodega. De hecho, puede que incluso para que…

No, Víctor no lo dirá en voz alta. Pero su mala conciencia sí.

«En el fondo, sabes de sobra por qué le has regalado ese cacharro al chaval, ¿verdad, patrón? Sí, claro que lo sabes: si eso que todos confunden con pocas luces por su parte se juntara con un poco de suerte por la tuya, tal vez…».

Inmóvil, todavía en silencio y sin apartar la mirada de Odilo, contento allá abajo contemplando su moto, Víctor sacude ligeramente la cabeza. Como si quisiera apartar esa verdad de su pensamiento. Pero su mala conciencia es así, pertinaz. Y parece disfrutar de las miserias del bodeguero.

«Los dos sabemos que esa es la verdadera razón, sinvergüenza. Te encantaría que el río llamara a tu hijo por su nombre».

Silencio.

«Al fin y al cabo, tampoco necesitamos tanto, ¿verdad? No, qué va. Tan solo un poco de lluvia, una mala curva y, con algo de esa suerte que siempre te acompaña, tal vez incluso acabe despeñándose por uno de los acantilados abajo».

—¿Y por qué no? —le responde Víctor al silencio de su despacho —. En realidad, ese debió haber sido siempre su lugar. La profundidad del cañón, el frío de la piedra ahogada.

Si tuviera boca para hacerlo, su mala conciencia sonreiría.

«Claro que sí, Víctor. El fondo del río, ese es su lugar…».

78

La puerta del río Cabe

Por fin ha llegado la mañana del viernes. Por fin. De hecho, a Odilo le ha costado muchísimo pasar la madrugada. Tiene la cabeza llena de ruido, y todo ese lamento por parte del niño… Pero claro, algo tiene que hacer. Y por eso ha salido. Por más que le desagrade la idea.

Río abajo, la carretera se retuerce como un problema. No, maldita sea, a Odilo no le hace ninguna gracia tener que conducir tanto por estas calzadas. Es verdad que si algo conoce bien Odilo es esta parte del mundo, y no le faltan caminos por los que perderse en las entrañas del monte para poder recorrer el cañón sin que nadie lo vea. A fin de cuentas, nadie conoce este laberinto de pistas y atajos mejor que él. Pero aquí, en esta parte de la garganta, nada más hay un punto por el que cruzar el río. El puente. Así que no, a Odilo no le hace ninguna gracia tener que pasar por aquí.

En esta zona, el cañón es muchísimo más profundo que río arriba. Muchísimo más, porque el agua queda mucho más abajo, claro. Y lo alto de sus paredes junto con lo estrecho de la garganta a esta profundidad hacen que hasta el más mínimo ruido se vea amplificado. Cualquiera podría oírlo. Y por eso ha cruzado empujando su moto sin encenderla. Pero este es un puente largo.

Uno de tres arcos. Tres. Y angosto, mucho. De hecho, dos coches en sentido opuesto no pasan. No, señor, no pasan. Si uno entra en el puente y ve que viene otro de frente, más le vale esperar a que ese otro acabe de cruzar. Porque no, dos coches no pasan. No, señor.

Odilo empuja la moto tan rápido como puede. Pero es verdad que ya no es tan fuerte como cuando era joven, y ya hace tiempo que todo le cuesta un poco más. Pensar también…

Pero es cierto que el niño no puede estar sin comer. Maldita sea, ¿y cómo no lo pensó antes? Maldita sea, maldita sea. ¿Cómo pudo no haberlo pensado antes?

79

El miedo y la verdad

Mateo llega corriendo por el camino de la iglesia y sube los peldaños de la casa en apenas un par de zancadas.

—¡Me mintió! —grita a la vez que empuja la puerta.

—Buenos días para usted también, joven Romano.

Esta vez es Mateo el que escoge la presión por todo saludo.

—¡Déjese de estupideces! Me mintió —repite a la vez que entra en la vieja cocina de la abuela Senda—, usted sí sabía cuál era la referencia detrás de los desnucamientos.

—¿De qué me está hablando? —se ofende Antoñita, aún sin apenas moverse de la mesa en la que se está tomando algún tipo de infusión.

—Le hablo de que usted, como toda su familia, conocía el trabajo de las acabadoras. Lo conocía porque, de hecho, su bisabuelo era de la misma región que ellas. El tal Papá Felipe aquel del que me habló, el que tenía el libro ese que se perdió, era sardo, de modo que sí, ¡estaba al tanto de esa práctica!

—Por favor, no entiendo a qué viene esto ahora…

Pero él ya no aguanta más.

—¡Basta ya!

La paciencia de Mateo salta por los aires a la vez que un puñetazo sobre la desvencijada mesa de formica a punto está de partirla por la mitad. Un golpe, de hecho, que, esta vez sí, altera la expresión de Antoñita.

—¡Basta! —repite—. Deje de hacerse la ignorante, porque ya no le creo ni una sola palabra más.

Antoñita permanece en silencio al comprender, por fin, que algo ha cambiado en Mateo. No, ahora ya no es el hijo de ese desgraciado que sedujo a su tía Lucía quien le habla, sino el inspector Romano. Y, hablando en plata, no está para hostias. Vale, mejor pasar a la acción.

—De acuerdo, es verdad —admite—. Sí, conocía a las acabadoras. Y la técnica del desnucamiento también.

—¿Y se puede saber por qué no me lo dijo antes?

—¡Porque tengo miedo! —Esta vez es Antoñita la que reacciona con violencia, con rabia, lanzando la taza que aún llevaba en las manos contra la pared a la espalda de Mateo—. ¡¿Lo entiende de una vez?! ¡Porque yo también estoy muerta de miedo!

Por un instante los dos permanecen en silencio. Antoñita con los dientes apretados y los ojos llenos de furia clavados en los de Mateo, y él también observándola a ella, con los puños apretados.

—¿Miedo? ¿De qué?

—¿En serio me lo pregunta? —responde la mujer, aún sin apartar su mirada de Mateo—. ¿De verdad necesita que le responda? —Antoñita niega con la cabeza, incrédula—. De repente, en el plazo de apenas una semana, aparecen dos hombres muertos de una forma que solo yo sé que está vinculada con la historia de mi familia… —Un nuevo silencio se instala entre ambos—. De hecho, una de esas

dos personas estaba directamente relacionada con nosotros. ¿O es que ya no recuerda el asunto de Álvaro Maseda y el pazo de Santiorxo?

Mateo asiente.

—Pues dígame entonces, ¿cuánto cree que habrían tardado en recaer todas las sospechas sobre mí?

Tampoco esta vez contesta nada el inspector.

—Usted no tiene ni idea de lo mucho que me ha costado salir adelante, muchacho. Míreme, ¿acaso cree que para mí ha sido fácil regresar aquí? ¿Que me sobran las oportunidades?

Pero Mateo no comparte el punto de vista de la mujer.

—Debería haberlo dicho. Por lo menos, tan pronto como desapareció el niño. Nos ha hecho perder un tiempo valiosísimo.

—¿Cree que no lo sé? —Antoñita vuelve a negar—. Se lo dije, le conté todo lo que pensaba que podría ayudarle a avanzar. ¿O acaso lo ha olvidado ya? Se lo dije cuando le hablé de la buena muerte, ¿lo recuerda? Sabía que se trataba de algo que podría convertirme en sospechosa, y aun así se lo conté. Y sin embargo… —La mujer se queda callada unos instantes—. ¿Lo ve? Cada vez que pone usted un pie en mi casa, el dolor entra de su mano. Al parecer, es lo único que los hombres de su familia saben hacer con las mujeres de la mía, traernos dolor. Váyase —resuelve, agotada—, salga de aquí y, si es posible, no vuelva nunca más. A fin de cuentas, supongo que ahora ya tiene lo que ha venido a buscar, ¿no es así?

Mateo se limita a pasarse la mano por la cabeza.

—Debió haber confiado en mí.

—Pues no lo hice.

—Pues se equivocó.

—Pues muy bien, ya puede usted estar orgulloso.

—No estoy orgulloso de nada. Tan solo espero que no sea tarde.

Tiempo atrás. Julio de 1983

El segundo primogénito

Cuando el joven Odilo regresó aquella tarde, se encontró con que en las bodegas se estaba celebrando algo. Los trabajadores habían abierto varias botellas y a algunos de los encargados se los veía con un puro entre los dientes. Odilo no preguntó, pero tampoco le hizo falta. Apenas un poco de observación le bastó para comprender qué pasaba. El vino, los puros y, a través de las ventanas del primer piso, pudo ver cómo otros hombres también de traje estrechaban sonrientes la mano de un Víctor Quiroga exultante. Algunos lo abrazaban, otros incluso le palmeaban la espalda. Y todos, todos parecían satisfechos. Al fin y al cabo, no era para menos: por fin, a sus treinta y ocho años, Víctor Quiroga había sido bendecido con lo que más anhelaba en su gran proyecto personal: un hijo.

Es cierto que, para entonces, su mujer ya le había dado a Víctor dos hijas. Y sí, eso estaba muy bien. Sobre todo para ella, que así tenía de quién ocuparse. Pero lo que Quiroga siempre había buscado era otra cosa: un hijo varón. Y no porque, como padre, se muriera de ganas por tener un chiquillo con el que jugar al fútbol o a quien regalarle una escopeta de perdigones. En absoluto… Lo único que preocupaba a Víctor Quiroga era tener un heredero. Alguien en quien, llegado el momento, poder descargar el peso de su incipiente

imperio. Alguien que asegurase la continuidad de su vino, de su obra. De su nombre.

«Pero uno en condiciones —le murmura en la oreja su mala conciencia—, ¿verdad, Víctor? Sí, uno como Dios manda. No como ese desgraciado que tú y yo sabemos…».

Abajo, en las viñas, nadie le ha dicho nada a Odilo, pero él se deja contagiar por esa alegría que hoy parece haber estallado en las bodegas. Todos los trabajadores se alegran, no dejan de abrir botellas ni de brindar a la salud del patrón, que hoy sí está contento. De hecho, hasta Álvaro Maseda se ha acercado a Odilo y lo ha amarrado con su brazo por el cuello.

—¡Venga, bebe! —le ha espetado a la vez que más que ofrecer le enchufa la botella de vino en la boca—. ¡Bebe, bastardo, que te ha llegado la competencia!

Odilo no sabe a qué se refiere Maseda. Pero no le importa. Acepta y bebe con ansia, feliz de formar parte de la celebración. Y le sabe bien, está rico el vino. Y bebe más.

Mareado, Odilo camina entre los trabajadores de la bodega, que lo miran desde sonrisas extrañas al pasar.

—¡A la salud del heredero de Abadía de Quiroga! —lo saluda uno a la vez que levanta la copa frente a él—. Bueno —añade al punto en tono burlón—, ¡del otro heredero!

—¡Calla! —le reprende otra de las trabajadoras—, no digas estupideces, que como te oiga el patrón aún nos vas a meter en un lío.

Todos ríen. Y Odilo también. Porque, al fin y al cabo, ¿a quién no le agrada tener un hermano?

80

Solo somos dos extraños

—Oye, ya sé que ahora mismo no quieres ni verme, pero tenemos que hablar. Ya.

—¿Qué ocurre?

—Que ya está bien, Candela, necesito que me ayudéis a ayudaros. Necesito que alguien me diga alguna verdad. Aunque nada más sea una, pero, por favor, basta ya de mentiras.

—Mateo, no te entiendo. ¿Qué pasa, habéis averiguado algo más sobre Nico? —Candela traga saliva—. Dios mío, no me digas que…

—No, no —la ataja—, no tenemos ningún avance más que el que ya conoces. Ya sabes, las gafas en la casa de la madre de Odilo. Y mucho me temo que seguiremos así por mucho tiempo si no empezáis a decirme la verdad de una puñetera vez.

Candela entorna los ojos.

—¿De qué verdad me estás hablando, Mateo?

—¡De lo que sea que te haya pasado con David Quiroga, joder!

—¿Qué?

—¡Ya está bien, Candela! ¿Quieres que encontremos a Nico? ¡Pues cuéntame la verdad de una puta vez! Cuando te pregunté si lo conocías o si tenías trato con él me dijiste que no. Pero ayer

descubro que no es así. Que de hecho sí que ocurrió algo entre vosotros.

—¿Entre nosotros? ¿Quién te…?

Candela está desconcertada. No tanto por la pregunta, sino por las formas empleadas. Si por lo menos Mateo la advirtiera de la frustración con la que carga desde que ha salido de la casa de Antoñita. Pero, por supuesto, no lo hace. Ni lo hará.

—Eso ahora da igual, Candela. Lo importante es que sé que ocurrió algo entre vosotros dos. Tuvisteis algún tipo de problema, y ahora el heredero de los Quiroga está muerto y tu sobrino ha desaparecido. Venga ya, Candela, ¡no me jodas! ¿En serio no me vas a contar qué coño fue lo que os pasó?

—¡Que me quiso extorsionar, joder! ¡Eso fue lo que pasó!

—¿Extorsionarte?

—¡Sí, joder, sí! El cerdo ese apareció en mi bar y empezó a presionarme para que yo también le comprara ese licor de mierda que fabricaba. Le dije que se metiera su matarratas por donde le cupiese, que en mi casa no iba a vender veneno y entonces me amenazó con hablar con otros distribuidores para que nadie me sirviera. A no ser que yo…

Candela se detiene.

—Que tú qué.

—Que yo accediera a tener un lío con él. Me insinuó que por ser yo estaría dispuesto a discutirlo más… ¿Cómo dijo? Ah, sí: más estrechamente.

—Qué hijo de puta.

—Pues sí. Y luego me soltó que no me podía hacer una idea del morbo que, al parecer, le daba la idea de acostarse conmigo.

—¿Morbo?

—Yo qué sé.

—Menudo pedazo de mierda…

Candela abre los brazos en el aire en un ademán desesperado.

—¿Ahora te das cuenta? ¡Pues bienvenido al club de los damnificados por David Quiroga, Mateo! Pero nada más era eso. ¿O qué te creías? ¿Que sí había tenido algún tipo de lío con él? ¿Que lo había amenazado, tal vez? O, espera. —Silencio—. Espera. ¿Acaso has pensado que yo he tenido algo que ver con…?

Mateo no responde.

—Hostia, no me jodas. ¿En serio? Por favor…

El desánimo se hace fuerte en la cara de Candela.

—Anda, por favor, vete —señala a la vez que vuelve a abrir la puerta de su casa y niega con la cabeza—. Vete. Nico no es más que un crío, y sigue solo ahí fuera.

Tiempo atrás. Verano de 1998

La furia de Caín

Para sorpresa de todos, Víctor Quiroga se ha descubierto como un padre permisivo, algo que nunca antes había sido. En todo caso, el concepto que mejor describiría lo que hasta ahora había sido su idea de la paternidad era la ausencia. Con sus dos hijas mayores, las primeras del matrimonio, apenas llegó a mostrar más que el cariño normal, ese que la naturaleza acostumbra a traer de serie para con los cachorros propios y, en los últimos años, poco más que cierto interés por el desarrollo de la vida social de las mujeres. Quién sabe, si al final les da por casarse, que sea con alguien que no le dé problemas. Pero, sin embargo, con su hijo…

«Por supuesto —murmura siempre su mala conciencia, sin abandonar ese tono cínico que tanto incomoda a Víctor—, cuando te refieres a tu hijo es en David en quien piensas, ¿verdad? Claro. Porque el otro…».

Entonces, Víctor Quiroga sacude ligero la cabeza. No, déjate de historias, que aquí no hay ningún otro en quien pensar. David es la promesa que tanto había esperado, el centro del pequeño universo creado por Víctor. El futuro. Y todo es poco para él. Y si de vez en cuando tiene algún pequeño capricho… Bueno, y qué líder no los tiene, ¿verdad? Al fin y al cabo, David no es más que un niño.

Aunque la realidad sea otra bien distinta.

Para empezar, David ya no es ningún niño. Este verano ha cumplido los quince años. Y, como todo el mundo sabe, a esa edad todos estamos más cerca de ser pequeños tiranos que de cualquier otra cosa. Tanto más si, encima, tienes siempre quien justifique todo lo que haces.

Porque por más que su padre se empeñe en seguir viéndolo como un niño, la criatura está muy lejos de parecerse siquiera a un ser de luz. Y, para muestra, el botón de Odilo.

Hace tiempo ya que Odilo ha optado por no acercarse a David. A él le habría encantado que las cosas fueran de otra manera. Pero, por algún motivo, a Odilo nunca se le ha permitido mantener una relación con el heredero de los Quiroga. No, nunca ha habido proximidad entre ambos. Hasta ahora. Porque, de un tiempo a esta parte, el pequeño de los Quiroga parece disfrutar del contacto con Odilo. Pero no porque sienta ningún tipo de cariño hacia él, sino, más bien, todo lo contrario.

En realidad, de todas las opciones estivales, el pasatiempo favorito de David y sus amigos es perseguir a Odilo, ya sea por los jardines de la casa cuando está haciendo alguna de las tareas encargadas por don Víctor o, lo que más les divierte al pequeño Quiroga y a sus compañeros, por los viñedos. Corren como si de alguna especie de cacería humana se tratase, la panda de mocosos malcriados acecha a Odilo a través de los bancales a voz en grito, aunque nada más sea para meterse con él. Para gritarle, para insultarlo, para ridiculizarlo. Para asegurarse de que no olvida aquello que lo hace diferente, sea lo que sea. Para reírse de algo que, en realidad, ni ellos mismos entienden.

Sin embargo, cuando no hay amigos, David siempre parece enfadado. Con la gente, con el mundo, con la vida… Y, sobre todo, con Odilo, con quien, de hecho, alguna vez se ha mostrado incluso agresivo. Algo que, por más que lo intente, Odilo no logra entender. Como aquella vez en que le preguntó por qué lo trataba tan mal.

—No lo entiendo —le dijo—. Se supone que los hermanos deben quererse y ayudarse entre ellos. ¿No es así?

Le dijo la verdad, Odilo fue sincero. Se lo preguntó porque no lo entendía. Pero, para su mayor sorpresa, la respuesta de David no fue la que esperaba.

Al escucharlo, y en vez de contestarle con palabras, lo que hizo David fue encenderse. Pero de nada bueno. El adolescente cerró los puños con fuerza, enseñó los dientes apretados y empezó a respirar por la nariz con la frente echada hacia delante.

—¿Qué cojones has dicho, puto monstruo de mierda?

Odilo no entendía nada.

—Te he preguntado si los hermanos…

Pero ya no le dio tiempo a nada más. Antes de que pudiera completar su respuesta, David se lanzó contra él con todas sus fuerzas.

—¡No me vuelvas a llamar así nunca más en tu puta vida! ¡¿Me entiendes, tarado de mierda?! ¡Si vuelves a referirte a mí como tu hermano, te mato! ¿Me oyes? ¡Te mato!

Y mientras gritaba, por completo desencajado, David no dejaba de golpear y dar patadas a Odilo, quien, con todo su tamaño, había optado por recogerse en un ovillo en el suelo.

—¡Te mato! —continuó gritando David, por completo fuera de sí—. Te mato…

81

El puente de las circunstancias

A pesar de la dificultad, Odilo ha conseguido atravesar el pequeño laberinto de caminos y pistas forestales hasta llegar al pueblo de Os Peares sin ser visto. No era fácil, pero él conoce como nadie el cañón, que termina justo ahí, en el encuentro con el río Miño. Lejos ya de donde alguien lo pueda identificar.

Por fin al otro lado del río, ha podido hacer algo de compra en la tienda del señor Antonio. Es verdad que no se trata del comercio con la mayor variedad de productos, al fin y al cabo apenas es uno de esos viejos colmados de pueblo. Pero por lo menos tiene un poco de todo, junto con algo mucho más importante: Odilo sabe que, por supuesto, ningún habitante del cañón viene a hacer la compra aquí ni tampoco es conocido por los vecinos. De modo que, por más que su presencia pueda llamar la atención de alguien, nadie lo reconocerá.

Ha comprado cuatro cosas, lo justo para calmar el hambre de Nico e incluso tirar estos días que vienen por delante. Y después… Bueno, después aún hay que tomar unas cuantas decisiones. Por difíciles que sean. Pero eso, en efecto, será después. Cuando llegue el momento.

Ahora, lo importante es regresar.

Odilo ha desandado la ruta anterior. Y sí, todo ha ido bien. En esta parte del cañón, el bosque es una pequeña selva, un secreto impenetrable para quien no lo conozca. Un silencio, apenas un rumor atravesando el monte. Pero una vez aquí…

No, aquí no queda más remedio. Odilo ha vuelto a bajar hasta la altura de la carretera. Hasta el puente.

No hay otra manera. Este es el único paso para alcanzar la orilla norte del Sil. El puente de A Barca.

Ha permanecido por un buen rato inmóvil, oculto tras los árboles del cruce, en la margen sur. Callado, escuchando el silencio. El rumor del río grande, que baja con fuerza desde el embalse. El del río pequeño, que desciende con furia a través de su propia garganta. El sonido de los árboles empujados por el viento, el crepitar de la lluvia contra el asfalto. Nada.

Por más que se concentre, Odilo no logra identificar el sonido de ninguna amenaza. De acuerdo, vamos allá.

Emboca su pequeño ciclomotor en el trazado del puente. No, no puede encenderlo, porque sabe que las paredes y la altura amplificarían el sonido de su motor hasta convertirlo en una delación. Pero ahora ya está a punto de entrar, y no hay tiempo que perder.

Con la moto agarrada con fuerza por el manillar, Odilo empuja su vieja Vespino hacia el puente. Ya está, ya estamos allí, un par de metros más y estará en el puente. Ya está, ya est… ¡Para!

Justo cuando estaba a punto de meter la rueda delantera en el primer metro del puente, ha sentido el ruido. El rumor de un motor acercándose desde el otro lado. Y entonces lo ha visto. Se trata de uno de esos coches grandes. Una ranchera. Sí, una de esas de los

de la empresa de mantenimiento. No, no, no. Justamente ahora, maldita sea.

Sí, es eso.

Se trata de una de las furgonetas que emplean los técnicos de mantenimiento de la estación. Porque sí, ahora ya apenas pasan trenes por la antigua estación de Santo Estevo de Ribas de Sil. Y los pocos que lo hacen discurren en un solo sentido, en dirección a Monforte. Pasan, pero no paran, por lo que ya no queda nadie que trabaje en la estación. Ya no hay venta de billetes, ni hay jefe de estación. Ni siquiera hay cantina. Todo está automatizado, y nadie se detiene allí para nada. Pero, claro, las instalaciones requieren un mantenimiento, por mínimo que sea. Y tenía que ser justo hoy…

Odilo reacciona tan rápido como puede. Antes de que el conductor logre salir de la parte arbolada que baja desde la estación y meta la ranchera en el puente, vuelve a poner en marcha el ciclomotor y vira para salir corriendo en dirección contraria. Aunque por muy poco, juraría haber salido del cruce y girado río arriba justo antes de que el conductor se asomase al puente desde el otro lado. Lo juraría, sí. Lo juraría…

Pero no está seguro.

Tiempo atrás. Agosto de 2011

Así es como el mundo se pudre

Han corrido trece años más. Y aunque en realidad Víctor Quiroga no es de los que creen en la jubilación, su hijo David tampoco parece estar muy por la labor de acompañarlo en el puente de mando de la empresa, ni mucho menos de tomarle el relevo. Tanto es así que a veces a don Víctor le da la sensación de que David no está interesado ya no en asumir ninguna responsabilidad sino, siquiera, en madurar. A sus veintiocho recién cumplidos, para David Quiroga las bodegas de la familia no son mucho más que una fuente de dinero, pero en el sentido más literal que le puede dar a la expresión alguien que conoce la combinación de la caja fuerte del despacho de su padre. El vino, la tradición, el nombre… Todo eso al completo le importa a David un carajo exacto, menosprecio arriba, menosprecio abajo. Porque, en realidad, David tiene su cabeza centrada en otras cuestiones que le exigen entrega a tiempo completo. Como, por ejemplo, la buena vida: mucha diversión, vino gratis, fiesta constante… y mujeres.

De hecho, esto último es algo que al joven príncipe parece gustarle de manera muy especial, tal como Odilo ha podido observar en más de una ocasión. O, sin ir más lejos, esta misma noche.

Si hay algo que a lo largo de los años no ha cambiado es el desprecio, el rechazo que David Quiroga siente y expresa contra él, de modo que ya hace años que Odilo ha renunciado a entablar cualquier conversación con el heredero. De sobra sabe que no lo va a tratar bien. Por más que sea su hermano. Pero, aun así, Odilo nunca dejará de sentir una curiosidad irrefrenable. Por todo. Como esta misma noche.

Es agosto, y la madrugada, cálida y despejada, se presta para otra de esas noches de sueño al raso, observando el movimiento de las estrellas sobre el mundo. Pero entonces ha sentido el ruido. El de ese motor acercándose a toda velocidad. El nuevo deportivo de David es muy especial. Uno de esos americanos, con motor de ocho cilindros. Los coches con motor de ocho cilindros tienen un sonido muy característico. Más cuando rompen el silencio de la noche. Y Odilo se ha levantado corriendo. Porque ese es el ruido de David en la madrugada, acercándose a toda velocidad a las bodegas.

Odilo se ha detenido en el límite entre los viñedos y el edificio principal de las bodegas, en el patio posterior de las instalaciones. Y, en efecto, ahí está.

David ha dejado el coche casi de cualquier manera, junto a la puerta principal. Pero antes de entrar lo ha rodeado para abrir la otra puerta. La del acompañante. O, bueno, la de la acompañante.

Desde su posición, apenas asomado entre las viñas, Odilo ve cómo del puesto del copiloto se baja una mujer que a él le parece guapísima. Alta, delgada, de larguísimas piernas y una melena rubia y ondulada que brilla a la luz de la luna. Es como esa que vio pintada en el cuadro de un pintor italiano. Una Venus que nace del mar. Botticelli, se llamaba. Sandro Botticelli, sí. Pues esta chica es

igual. Es guapa, muy guapa. A ver, por lo general todas lo son. Sí, todas las mujeres que vienen con David son muy guapas. Pero esta parece distinta. Esta es… A Odilo le cuesta encontrar la palabra. Esta es bella. Sí, eso es. Como una especie de Venus. Una Venus del río. Sí. Eso es. Aunque, por algún motivo, parece que le cueste mantener el equilibrio.

—¡Eh, tú!

Es la voz de David la que lo saca de su nueva y sorprendente… ¿ensoñación? Sí, Odilo cree que es así como se le dice a lo que ahora mismo le acaba de pasar.

—¿Se puede saber qué coño miras, atontado?

Sorprendida por las voces de su acompañante, la mujer, la chica, la Venus del río, también se da la vuelta y ahora mira en la dirección en la que David lanza sus voces.

—¿Qué ocurre? —pregunta sin dejar de sonreír y con los ojos a medio abrir—. ¿A quién le gritas?

—¡Al puto bicho raro! —Lo señala con el dedo—. ¿No lo ves? Ahí. ¡¿Qué cojones te pasa, monstruo?!

Y entonces ella también lo ve. Y, para sorpresa de Odilo, le dedica una sonrisa aún mayor, divertida.

—¡Eh! —lo saluda haciendo una especie de ola con los dedos de su mano izquierda a la vez que con la derecha tiene que volver a agarrarse al coche—. ¡Hola, guapo!

Sí, la Venus del río le acaba de llamar guapo. Vaya, qué sensación más curiosa…

—¡Pero que la dejes de mirar, anormal! —le advierte David a la vez que la estrecha contra su cintura—. ¿O qué mierda te pasa? A

ver si ahora te vas a enamorar de mi novia, y aún voy a tener que ir ahí y partirte la cara…

Y entonces a ella se le escapa una carcajada.

—¿Tu novia? —Vuelve a reírse y se gira hacia David—. Ya te gustaría a ti, chaval…

—Yo sí que te voy a darte algo que te va a gustar —le responde David, a la vez que la aprieta contra su cuerpo con una mano en cada nalga—. Anda, vente conmigo, tonta. Que te voy a hacer una visita guiada.

—Ah, ¿sí? —le pregunta la chica con un tono extraño, entre divertido y… ¿bebido?—. ¿De verdad me vas a enseñar los secretitos de los Quiroga?

Sí, eso es. Aunque David la mantiene agarrada con fuerza por la cintura, ahora que la ve caminar en dirección hacia las bodegas, Odilo observa que lo hace con dificultad, trastabillándose a cada paso y como si apenas fuese capaz de mantenerse sobre los tacones. Sí, es evidente que la chica ha bebido mucho. De hecho, parece faltarle más bien poco para perder el sentido. Algo, sin embargo, que a David parece no importarle demasiado.

—Pues claro que sí, cariño. De hecho, te voy a enseñar el secretito más gordo de todos —le responde con una sonrisa llena de babas mientras vuelve a dejar caer la mano izquierda sobre el culo de la chica para apretarlo con fuerza—. Y te lo voy a enseñar a fondo…

82

Te han visto

—Guardia Civil de Sober, dígame.

—Oiga, sí, mire. Tengo entendido que andan ustedes buscando al hombre este, ¿no? Al Odilo, el que trabaja en las viñas de los Quiroga. Ya saben, este que es así como medio retrasado. No sé si es que se ha perdido o qué, pero…

—¿Lo ha visto?

Al otro lado del teléfono el interlocutor duda.

—A ver, muy seguro del todo no estoy, eso no se lo puedo decir, pero… Mire, yo juraría que era él. Lo vi de lejos, eso sí, me pareció que era el que estaba al otro lado del puente. Y se me hizo raro, porque para mí que estaba metiendo la moto esa suya en el puente y que, de pronto, le dio la vuelta. Que si no es por eso ni caso le hago, ¿eh? Pero claro, se me hizo rara la maniobra y al fijarme…

—Pero ¿cree que era él?

Mmm. Joder, para qué coño llamaría. No, si al final aún se va a meter en un lío por intentar ayudar al tontito ese.

—A ver, ya se lo he dicho, yo seguro del todo no estoy, pero juraría que sí. Un tipo tan grande en una moto vieja tan pequeña… Yo qué sé, yo diría que sí.

—¿Dónde dice que lo ha visto?

—Allá arriba, en el puente de A Barca.

—De acuerdo. Enseguida enviamos a alguien, no se mueva de ahí.

—¿Que no me mueva de…? Pero, oiga, que yo venía de hacer la revisión de la estación de Santo Estevo y ya estoy llegando a Os Peares. ¿Cómo que no me mueva de aquí? ¡Que aún tengo que volver a Monforte, me cago en la madre que me parió!

—¡Pues dé la vuelta y regrese al puente, coño! Enseguida envío una patrulla. ¡Y llame si lo vuelve a ver!

83

Dos gorriones en la tormenta

Odilo ha esperado un poco más arriba, en la margen izquierda del río, la que pertenece a la provincia de Ourense, hasta que ha visto cómo el tipo de la ranchera se perdía carretera abajo. Solo cuando ha estado seguro de que no regresaba ha desandado el camino, ha cruzado el puente, ahora sí, y ha continuado avanzando hasta llegar a las casas de la estación.

Porque, en efecto, ahí es donde está Nico. En una de las viejas casas de la estación de Santo Estevo. Donde ya nunca para el tren.

Odilo ha dejado la moto escondida tras los muros de la primera vivienda, la que tiene la cantina abandonada, y ha saltado el murete de piedra. Escaleras abajo, una puerta de madera protege el acceso al sótano de la casa y, una vez dentro, otra de hierro cierra el paso hacia la gruta, una pequeña galería excavada en la roca viva de la montaña.

—Has tardado mucho —se lamenta Nico, acurrucado en el fondo de la galería—. Pensé que me habías abandonado.

Pero Odilo no le responde. Se limita a lanzarle la bolsa de plástico con las cuatro cosas que ha comprado en Os Peares y ahora camina dando vueltas sobre sí mismo.

—Come.

Pero Nico ni siquiera toca la bolsa.

—Ayer tenías mucha hambre. Hoy te he traído comida. Ahora come.

Pero no, Nico no come. Tan solo observa a Odilo.

—No está bien —murmura este sin dejar de caminar—, esto no está bien. No está bien.

A Nico no le cuesta en absoluto identificar la inquietud de Odilo. Incluso su mal humor.

—Creo que me han visto, creo que me han visto, ¡creo que me han visto! —grita de pronto, a la vez que patea con fuerza el suelo y se golpea la cabeza—. ¡Creo que me han visto!

Nico, desconcertado por lo que parece una explosión de furia descontrolada por parte de Odilo, no acierta a responder. Al fin y al cabo, a los ojos de Nico, que siempre ha sido un niño menudo para todas sus edades, el grandullón debe de medir como dos o tres metros.

Y entonces, de repente, Odilo se detiene.

Se para en seco y, sin más, clava sus ojos en Nico.

Firme, decidido.

—Vale, nos vamos.

Nico se echa aún más hacia atrás en el colchón, intentando perderse en el fondo de la galería, de la oscuridad, de todo.

—¿Qué? ¿A dónde? —pregunta vacilante—. ¿A dónde nos vamos?

—Tú ya lo sabes. ¡Venga! —ordena Odilo, y coge con fuerza a Nico por el brazo—. Ahí no nos encontrarán. Jamás.

Tiempo atrás. Agosto de 2011

Génesis

Lunes al mediodía. El sol golpea con fuerza desde lo más alto y, en previsión de posibles molestias, al capataz Maseda se le ha ocurrido que sería buena idea mantener a Odilo ocupado barriendo el porche del patio posterior. Aunque nada más sea para no tenerlo trasteando entre las vides justo ahora, con los enólogos revisando el desarrollo de la producción de cara a la inminente vendimia.

—Asegúrate de que no queda ni una hoja en el suelo —le ha dicho —. Ni una, ¿me oyes?

—Sí, te oigo —ha respondido Odilo—. Ni una hoja en el suelo.

Y así, con el mismo detalle y concentración con que hace todas las tareas que se le ordenan, Odilo se ha puesto a barrer hasta la última hoja de vid que hay sobre el cemento, incluidas aquellas que se fueron a meter entre los raíles del portal cuando Dios construyó el mundo.

En eso está ahora mismo, agachado junto a la inmensa plancha de metal, cuando ve llegar un coche a toda velocidad. Es un Golf de color blanco. Por el sonido solo puede ser el GTI de dieciséis válvulas. ¿A ver?

Odilo se levanta para poder apreciarlo mejor. Sí, lo es. Este modelo ya tiene unos cuantos años. Veintiocho, para ser exactos. Y

sí, lo conoce, porque además con este en concreto ya se ha cruzado en otras ocasiones en distintos lugares a lo largo del cañón. Pero nunca aquí. No, este coche nunca ha estado aquí.

Se detiene sin demasiados miramientos a muy poca distancia del portal. De hecho, ha frenado con tanta brusquedad que casi derrapa y todo. Y de golpe se baja una chica de su interior. ¡Ah, claro! Mira quién era… La otra vez no la reconoció. Claro, no era su coche. Pero ahora sí. Es ella, la chica de la otra noche. Aquella tan guapa. La Venus del río.

—¡Dónde está! —grita.

Sí, es ella. Solo que hoy ya no está tan contenta como la noche anterior.

—¡Dónde está ese hijo de puta!

No, está claro que ahora la chica está muy enfadada.

—¡¿Qué pasa, que no me has oído?! —le grita de repente a Odilo, todavía inmóvil de pie junto al portal—. ¡Que dónde está ese gilipollas! ¡David! —llama ahora en dirección al edificio principal—. ¡Sal, cabrón!

Desconcertado por lo violento de la situación, perplejo y aturdido, Odilo no sabe qué decir y, en lugar de responder, lo único que alcanza a hacer es taparse los oídos, con la escoba entre los brazos aún apretada contra su cuerpo. No, a Odilo no le gusta que la gente grite. Lo más que logra hacer es destaparse una de las orejas e intentar señalar en dirección a la puerta central de las bodegas, donde sabe que David estaba hace un instante. Pero no es necesario que haga más porque, justo en ese momento, David Quiroga aparece al otro lado del portal y avanza hacia ellos con paso apurado.

—¿Se puede saber qué coño pasa, puta loca de los cojones?

No, David tampoco parece alegrarse por la visita.

—¡Dímelo tú, cabrón! ¿Qué coño has hecho?

—¿Que qué coño he hecho? —pregunta a la vez que se acerca a ella—. Pero ¡¿de qué cojones me estás hablando?!

—¡De lo que hiciste la otra noche, hijo de puta!

Dadas las voces, algunos curiosos han comenzado a asomarse desde el edificio, lo cual incomoda aún más a David. Consciente de que no están solos, coge a la chica por el brazo y con la mayor discreción que logra aparentar la empuja en dirección contraria, de regreso hacia su coche.

—Pero ¿a ti qué mierdas te pasa? —masculla entre dientes—. ¿Estás mal de la cabeza, o qué? ¿De qué coño me vienes a hablar ahora, zumbada de las pelotas?

—Pero qué huevos tienes… ¡Para pelotas las tuyas, cabronazo! ¡Te estoy hablando de lo que me hiciste! Recuerdo que cuando estábamos en Monforte te pusiste muy pesado con que viniéramos a las bodegas de tu padre. Sé que llegamos aquí de madrugada. De hecho, me acuerdo de ver a tu hermano…

—Ese no es mi hermano —muerde con rabia David.

—Me importa una puta mierda cómo quieras llamarlo. Lo único que sé es que entramos en las bodegas, pero después… Joder, David, ¡después no recuerdo nada más! ¿Qué hiciste, cabrón?

En ese momento, David Quiroga se relaja. Afloja la fuerza con la que todavía mantiene sujeta a la chica por los brazos, e incluso sonríe. Sí, sonríe. De una manera extraña, pero lo hace.

—No me jodas… ¿Me lo estás preguntando en serio? ¿De verdad me vas a decir que es por eso por lo que has venido?

David niega con la cabeza, como si por fin comprendiera el más tonto de los malentendidos.

—¿Pues qué íbamos a hacer, boba? Nada…

Desconfiada, la chica le mantiene la mirada.

—¿Nada?

Él no despega sus ojos de ella.

—Nada —le repite— que los dos no quisiéramos, claro.

David acrecienta su sonrisa y, en ese mismo momento, los ojos de la mujer vuelven a encenderse. De rabia, de furia. Y al instante reacciona.

—Cabrón —le escupe a la vez que le da un tortazo de lo más sonoro.

Y Odilo lo ve, la sorpresa en la expresión de David, que no se esperaba el golpe y, a continuación, el enfado, encerrado con fuerza en los puños. De hecho, por un instante, Odilo tiene la sensación de que David va a devolverle el golpe. Pero no lo hace. No, aunque nada más sea en realidad porque sabe que no está solo.

—Ni se te ocurra montarme un numerito aquí, puta.

David responde a la vez que enseña los dientes y aprieta la mandíbula, con su mirada también llena de furia.

—Y ahora vete, zorra. No vuelvas a acercarte a mí en tu puta vida. Ni a mí ni a nada que tenga que ver conmigo.

—Pues claro que me voy. Pero no porque tú me lo ordenes, sino porque yo quiero. Eres un pedazo de mierda, David Quiroga.

Y, en efecto, se va. La chica se mete en su coche, cierra de un portazo y vuelve a poner en marcha el motor, revolucionándolo con furia hasta el límite. David también vira sobre sí mismo y regresa al interior de las bodegas.

—¡Y tú qué cojones miras, inútil! —brama al pasar de nuevo junto a Odilo—. ¡Ponte a barrer, tarado de mierda! Que es para lo único que sirves…

De regreso en las bodegas, David comprueba que ya no queda ni un solo curioso. Todos han vuelto a sus tareas antes de cruzarse con su mirada. No, como las gacelas temerosas del depredador, todos han desaparecido ante el retorno del tigre, de manera que ya nadie observa. Nadie, excepto uno de los capataces.

Inmóvil al fondo del cobertizo, junto a los depósitos de agua, Álvaro Maseda no ha dejado de observar toda la escena.

84

Otro río, otro lugar

Es mediodía ya y Mateo Romano lleva un buen rato sentado en el interior de su coche, inmóvil bajo la lluvia que vuelve a caer sobre su antigua aldea, cuando su teléfono móvil empieza a sonar.

—Sí, Jacobo, dime.

—¿Dónde está, señor?

—En Lobios, intentando sacar algo en claro.

—Pues más vale que regrese a Sober, inspector. En el puesto de la Guardia Civil acaban de recibir la llamada de alguien que dice haber visto a Odilo cerca de aquí.

Mateo pone el coche en marcha al instante.

—¿En dónde?

—En el puente de A Barca, señor.

—¿Dónde es eso?

—Hacia el oeste, un poco más abajo del embalse de Santo Estevo.

—Pero eso sigue perteneciendo a Sober, ¿no?

—No, señor. La margen norte pertenece a otro ayuntamiento, Ferreira de Pantón. Y la sur a Nogueira de Ramuín, que ya es provincia de Ourense.

—Pero entonces, esa es otra zona, ¿verdad?

—Sí, señor. Donde el río Sil se encuentra con el Cabe.

Mateo maldice para sí. Esto implicará la coordinación con más responsables de la zona.

—¿Y sabemos si todavía sigue ahí?

—No, señor. Desde el puesto de Sober han enviado una patrulla al lugar, y yo también estoy bajando ya hacia ahí. Pero al parecer el tipo que llamó dijo que, antes de que pudiera cruzarse con él, Odilo giró y continuó camino río arriba.

—Por la ribera orensana.

—Sí. Pero también dijo que le dio la sensación de que esa no era su intención. Que era como si Odilo hubiera cambiado de parecer sobre la marcha.

—O sea, al verlo —comprende Romano—. Vamos, que diría que su intención era cruzar el puente, ¿no?

—Eso pensamos, inspector.

Mateo toma la primera salida hacia la carretera.

—De acuerdo. Recojo a mi equipo y vamos para allá. Mientras tanto, moviliza a todo el mundo. Que peinen la zona. Pero con discreción, Jacobo. No queremos que nadie se ponga nervioso, ¿estamos?

—Por supuesto, señor.

Tiempo atrás. Primavera de 2015

Nuevo Testamento

«¿Pues qué íbamos a hacer, boba? Nada…». Eso fue lo que David Quiroga le había respondido cuatro años atrás, aquel lunes de agosto de 2011.

«Nada que los dos no quisiéramos, claro».

Y tanto que hicieron. O, mejor dicho, que hizo, el muy mentiroso de mierda.

Para empezar, lo primero fue violarla, grandísimo pedazo de mierda. Ella perdió el conocimiento, y nunca jamás sintió ni mucho menos recordó nada. Pero él la violó, hijo de perra, la violó. No le importó en absoluto el hecho de que ella estuviera inconsciente, y la violó.

En el fondo siempre lo supo, comenzando ya por el día siguiente, aquel lunes al mediodía, cuando se presentó en las bodegas de la familia. Lo sabía, lo notaba en su cuerpo, en su dolor, en el asco que sentía. En la rabia, en el rechazo. En la repulsa.

Pero, por si eso no fuera bastante, su cuerpo se lo recordó al poco tiempo. Con la primera falta. Y después se lo confirmó su orina en un tubito de plástico. Estaba embarazada.

Embarazada. De David Quiroga. Grandísimo hijo de puta…

Pero nunca, ni en todo el embarazo, ni después del parto ni en ningún momento, Susana dijo quién era el padre. ¿Y para qué hacerlo? Conociendo como conocía el percal, optó por callar en todo momento. «No lo sé», mentía cada vez que su madre o su hermana le preguntaban por el padre. Susana era una mujer fuerte y estaba decidida a sacar el bebé adelante ella sola.

Su hijo nació la primavera siguiente, un día de mayo en el que, después de semanas de lluvia, el cañón se llenó de sol y de luz. Y sí, se trató de un niño precioso.

Sin embargo, apenas tres años más tarde, Susana ya no tiene ninguna duda. De algún modo que todavía no alcanza a identificar, lo cierto es que su hijo no es como los demás niños. Observa mucho, pero apenas interactúa. Casi no habla, a pesar de que ya ha pasado con creces la edad para empezar a hacerlo. Y por más que se le pregunte, el resultado siempre es el mismo: si él no quiere hacerlo, no responderá de ninguna manera.

No, algo no va bien en Nico.

85

Nos movemos

Urge, urge, urge. Hay prisa. Pero Mateo hará las cosas bien. Poco después de Lobios llega a la rotonda de Pinol. Le resultó extraña desde que la vio por primera vez, el domingo pasado, cuando regresó a la aldea, pero es la verdad: en medio de ninguna parte, hay una rotonda. Y en vez de seguir recto en dirección a Sober, Mateo gira bruscamente y toma la cuarta salida. La que baja a Sampil. Porque sabe que su equipo aún está ahí, en la Casa del Inglés.

—¡Nos vamos! —grita al entrar en la casa amarilla.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Que nos vamos, Ana. Acaban de ver a Odilo río abajo, en un lugar que se llama A Barca.

—¿Dónde está eso?

—Pues en un cristo administrativo de cojones, Antonio. Por lo que me ha explicado Jacobo, el puente en el que lo han visto se encuentra entre tres ayuntamientos, dos ríos y dos provincias distintas.

—Su puta madre…

—Esa misma, Ana. Por eso necesito que nos movamos ya.

—De inmediato, jefe. ¡Yo conduzco!

Tiempo atrás. Mayo de 2017

Deberías saber que la vida no es gratis

Han sido meses de visitas a médicos, de pruebas, de especialistas, de dudas, de incertidumbre, de soportar incluso miradas inquisidoras. Algunas condescendientes, otras reprobatorias. Pero ahora ya lo sabe.

Porque su hijo no es como los demás niños. A ver, ninguno lo es para sus madres, todos son especiales. Pero en su caso…

Nico es capaz de permanecer horas sentado en silencio, observando el mismo juguete sin moverse. Sin emitir un solo sonido, sin tan siquiera tocarlo. Tan solo observándolo. A veces sonríe, otras no. Nico tan solo observa. Y nunca responde cuando lo llaman por su nombre. A sus cinco años recién cumplidos, Nico habla. Oye, ve, se mueve. Todo lo puede hacer como cualquier otro niño de su edad.

Pero no lo hace.

Nico no responde a nada como lo haría cualquier otro chiquillo de su edad. Y hay que estar mucho más pendiente de él. Porque, por ejemplo, si por el motivo que sea se aleja del lugar en donde su madre lo ha dejado jugando, cuando ella vea que no está y, asustada, lo llame por su nombre, sabe que él no le responderá. Porque Nico no es como la mayoría de los niños.

A simple vista nadie se daría cuenta. Pero no, Nico no es como los demás. Y ahora, por fin, Susana ya sabe por qué.

Ha sido todo un año de médicos, de especialistas y de pruebas. Y sí, se trata de un niño muy inteligente. De hecho, bastante más que la mayoría. Pero también manifiesta un claro trastorno mental. Ordinario, pero con una afección notable sobre su personalidad. A pesar de lo feo de su nombre, por lo menos se trata de algo controlado. Pero lo cierto es que está ahí. Y, maldita sea, ahora que tiene un diagnóstico, Susana también tiene una certeza: el mundo no se lo va a poner fácil.

Y con todo…

Y, con todo, ahí está él. El cerdo de su padre.

Susana se ha enterado de que David Quiroga, ese miserable, «ha sentado la cabeza». O esa es la forma que han escogido en el cañón para contar que el heredero de los Quiroga por fin se casa.

Se casa…

Susana entiende que casarse es una cosa, y sentar la cabeza otra muy distinta. Y no, este no es ese caso. Porque, para empezar, ese desgraciado debería tener algo parecido a una cabeza que poder sentar. Pero, así y todo, ahí está. El muy cerdo sonríe ante un nuevo futuro, dispuesto a fundar una familia feliz, mientras su hijo…

No.

Susana no está dispuesta a comprar ninguna de esas sonrisas cuando sabe que a su hijo le espera un mundo mucho más difícil. Por lo menos, que ese cabrón lo sepa. Que haya algo que le roce en la comisura de su conciencia cada vez que sonría ante su nueva familia.

Y por eso Susana ha salido a buscarlo.

El camino hasta la aldea de O Noguedo, en donde David Quiroga ha terminado de restaurar la que de ahora en adelante será la casa familiar, es una larga recta de asfalto estrecho abierta entre prados. De modo que David también la ha visto llegar desde lejos.

—Pero… ¿qué coño quiere esta ahora?

Sin embargo, cobarde como es, no se atreve a averiguarlo. En lugar de esperar ha preferido esconderse en el interior de la casa, pero no sin antes dejarle una indicación a Odilo, a quien desde hace unos cuantos días tiene arreglando el jardín y encargándose de la piscina.

—Hola, Odilo —lo saluda Susana al salir del coche, que ha dejado junto al portal—. ¿Sabes quién soy? ¿Te acuerdas de mí?

—Sí. Tú eres la chica que vino hace seis años, en agosto de dos mil once, a las bodegas. Discutiste con David. Tenías este mismo coche. Me acuerdo de ti. Y de tu coche.

—Caray —le sonríe Susana—, qué memoria tienes.

—Sí, la tengo.

—Pues mira, hoy también vengo a hablar con David. ¿Sabes si está en casa?

—Sí, sé que está en casa. Pero me ha dicho que te diga que no está en casa.

A Susana se le escapa una sonrisa desganada.

—Claro, por supuesto…

A punto está de decir algo más, pero se detiene. Porque en ese momento algo llama su atención a su espalda: el ruido de un pequeño utilitario, acercándose también por el camino de la casa. Y Susana vuelve a sonreír, esta vez al reconocer a la persona que viene al volante. Es Sandra Molina, la prometida de David.

—De acuerdo, pues no te preocupes, Odilo —responde a la vez que vuelve a mirar en dirección a la casa, en voz deliberadamente alta, para asegurarse de que David la oiga desde el interior—. Dile a tu hermano que no se preocupe, que ya me encargo de hablar lo que sea que tenga que hablar con su novia.

Sí, claro, David no solo la oye, sino que también la ve. Oculto tras las cortinas del balcón, en el piso superior, David Quiroga observa cómo Susana se acerca sin dejar de sonreír de una manera extraña al coche de su prometida, que acaba de detenerse junto al portal de la casa, al lado del de la propia Susana.

—Hija de puta —murmura con rabia.

Aprieta los dientes y, mordiendo su propia furia, abandona su escondite. Baja corriendo a la planta inferior y, justo antes de salir de nuevo al jardín, coge unos papeles cualesquiera y, con el paso apurado, avanza a grandes zancadas hacia el portal.

—¡Cariño! —saluda con efusividad en dirección a Sandra, en realidad más para que Susana lo oiga que porque sienta ningún tipo de alegría por la llegada de su novia.

Al verlo, Susana piensa en lo divertido que sería si respondiera ella: «¡Hola, mi cielito!». Por suerte para todos, no lo hace. En lugar de ello, se queda junto al coche de Sandra, que todavía está ocupada en recoger sus cosas del asiento del copiloto, por completo ignorante de la tensión que existe entre Susana y David.

—Aquí tienes —le ofrece David a Susana con la más forzada de sus sonrisas, justo al tiempo que Sandra abre la puerta para salir de su coche—, los documentos que nos pedisteis. Echadles un vistazo ahora, y ya luego me acerco yo por las oficinas.

—Hola, mi amor —lo saluda Sandra a la vez que llega a su lado—. ¿Qué son esos papeles?

—¿Esto? Nada —le responde David, y le da un beso—. Unos informes que nos han pedido desde la Denominación de Origen para el lanzamiento del nuevo vino, ¿verdad, Susana?

Ella asiente con la cabeza, también sin dejar de sonreír.

—Ah, vaya —Sandra intenta adivinar algo en los papeles que ahora Susana dobla en sus manos—, no tenía ni idea de que fuéramos a sacar un nuevo vino… ¿De qué se trata?

—Bueno, nada demasiado importante en realidad —responde David—. No te he hablado de ello porque se trata de una línea menor.

—Bueno, tampoco tiene que ser usted tan humilde, señor Quiroga. Para nosotros todos los vinos que se producen en el cañón son igual de importantes. Todos —remarca Susana—. Y es nuestra obligación velar por ellos. Ya sabe —le sonríe—, de alguna manera todos son hijos nuestros, ¿no le parece?

Susana vuelve a sonreír ante la mirada encendida de David, la misma que ahora se esfuerza por disimular ante el desconcierto de su prometida.

—Sí, claro —le responde aún sin dejar de mirarla—, por supuesto.

—Claro que sí. Pues ya sabe, señor Quiroga, no lo posponga más y venga a vernos cuanto antes. No vaya a ser que se nos pase algo y luego tengamos problemas.

—Así lo haré —asiente David, de pronto serio.

Susana vuelve a ensanchar su sonrisa, sobre todo al mirar a Sandra.

—Pues no les molesto más. Un placer saludarlos… Tortolitos.

A la vez que Susana regresa a su coche, David se apresura a acompañar a Sandra hacia el interior de la finca.

—Caramba, cuánto entusiasmo, ¿no?

—Sí, bueno —le responde David—, ya sabes cómo son los de la Denominación…

La pareja avanza por el jardín en dirección a la casa, sin que ninguno de los dos repare en Odilo, que ha visto y oído todo. En general, Sandra nunca le hace demasiado caso, y David tiene su pensamiento mucho más ocupado en otras cuestiones. De hecho, su rabia no puede resistirse a la fuerza, y mira atrás, una vez más. Un movimiento rápido, uno por encima del hombro. Y ahí está: la mirada fría, determinada y desafiante de Susana, aún inmóvil con las manos sobre el volante de su coche al otro lado del portal.

86

Los mapas del infierno

Al mismo tiempo que conduce a toda velocidad por la carretera que lleva de Sampil a Sober, la subinspectora Ana Santos ha tecleado el destino y el GPS le ha devuelto una ruta al instante. La más rápida pasa por atravesar el núcleo del ayuntamiento y después continuar en dirección al oeste. En lo que nadie repara entonces es en el desnivel.

El camino hasta Sober se hace tan breve que apenas se dan cuenta. Pero, una vez dejada atrás la plaza del pueblo, las cosas no tardan en ponerse bastante más complicadas.

Porque, en efecto, la ruta propuesta es mucho más ardua de lo que en un principio ninguno de los cuatro policías se habría imaginado.

Hasta la aldea de Arxemil la cosa va relativamente bien. A pesar del ligero descenso, la carretera no es muy diferente de la que lleva a Sampil. Estrecha, asfaltada sin mucho esmero demasiados decenios atrás, nada que a Ana Santos no le permita conducir como si el diablo les viniera persiguiendo. Sigue de manera más o menos igual hasta la siguiente aldea, Nogueira. Unas cuantas curvas, algo más de desnivel… Pero para entonces Ana siente que ya domina el espacio. Lo cual no le impide conducir de forma que hasta el

mismísimo diablo se pensara un par de veces ir en su busca. Pero de ahí en adelante todo se tuerce bastante más. De hecho, en sentido literal.

Porque una vez pasado Nogueira, la pequeña carretera, más bien pista forestal con algo de asfalto, se introduce en el monte. Y, por si todo esto no fuese bastante, la lluvia, que ahora ya se ha convertido en aguacero, dificulta todavía mucho más la conducción, sobre todo a estas velocidades. Avanzan a tal ritmo que el mismísimo diablo se haría a un lado al paso de Ana Santos. Y, entonces, la bajada.

El descenso hasta la aldea de A Barca, en la parte más profunda del cañón, allá donde el río Cabe desemboca en las aguas del Sil, es una precipitación vertiginosa por unas pistas de monte retorcidas como el más despreciable de los pecados. La fuerza de la lluvia no hace que Ana reduzca la velocidad en absoluto, pero en el todoterreno nadie hace el más breve comentario. Saben que sería inútil. Y que, además, Ana tiene razón. Urge.

Con todo, en el asiento posterior Raúl Arroyo y Antonio Laguardia se agarran como pueden a las asas de las puertas traseras a la vez que Mateo, en el del copiloto, observa el paisaje a su alrededor.

Aún son más que evidentes las huellas dejadas por los incendios del verano anterior, fuegos provocados que arrasaron con todo sin piedad, arrancándole a la tierra cualquier excusa posible. Porque no, aquí no hay ni un solo incendio casual, natural. Todos son provocados. Los de este rincón del mundo también, de manera que ahora, con el monte por completo desnudo, no queda nada que impida la visión de aquello a lo que se enfrentan. Desde tanta altura, Mateo puede ver con toda claridad la garganta del río Cabe, la

misma hacia la que ahora ya descienden a toda velocidad a través de un bosque sin refugio.

De hecho, por completo despojado de cualquier árbol, el terreno no es más que una masa verdinegra cuya única cicatriz es la de la carretera que se precipita hacia la profundidad y, por un instante, su trazado en zigzag hace que el descenso hacia el río le recuerde a Mateo a uno de aquellos mapas que Arroyo les enseñó unos cuantos años atrás, en aquel otro caso en el que toda la brigada había tenido que aprender a interpretar la construcción del infierno. Y, de pronto, aquí están, descendiendo a tantísima velocidad por un cono invertido. Acelerones, frenazos, curvas y giros bruscos, y Mateo se pregunta qué será lo que se encuentren al final, cuando lleguen a lo más profundo…

—Mierda —maldice Santos a la vez que frena el coche.

—¿Qué pasa?

—Que nos hemos quedado sin carretera, jefe. Y aquí no hay nadie. A no ser que Dios esté en casa, claro.

Tiempo atrás. Mayo de 2017

Apocalipsis

Susana sabía que no tardaría en recibir su llamada. La provocación había sido demasiado grande como para que alguien de sangre tan caliente como David Quiroga fuese capaz de pasarla por alto. Por eso sonrió satisfecha al ver aquella misma tarde su nombre en la pantalla del móvil.

—Hola, mi amor —respondió, remedando el saludo de Sandra.

—Esta noche —le dio por toda respuesta David, seco y cortante—. A las doce, en el mirador de Santiorxo.

Cuando Susana llegó a la pineda sobre el cañón, David ya estaba allí. De hecho, las colillas a sus pies delataban que Quiroga llevaba ya allí un buen rato.

—¡Cómo se te ocurre presentarte en mi casa, puta chalada de mierda!

Pero Susana no se arredra. Indiferente a las voces, continúa avanzando hacia David hasta que, por fin a su lado, se detiene sobre la pasarela de madera. Cruza los brazos sobre el pecho y le mantiene la mirada con la frente en alto.

—A ver —vuelve a morder David, esta vez en un tono ligeramente más calmado—, ¿qué cojones era eso tan importante que tenías que decirme? ¡Habla!

Pero tampoco esta vez Susana responde al momento. Sea lo que sea lo que vaya a decir, la mujer prefiere tomarse su tiempo. Ralentizar la situación para asegurarse de que Quiroga entiende todas y cada una de las palabras que está a punto de pronunciar.

—Mira —responde al fin—, solo vengo a decirte que eres un pedazo de mierda, David Quiroga. Y nada más espero que alguna vez la vida te traiga de vuelta todo lo que mereces. Que no es nada bueno, cobarde hijo de puta.

La furia sigue asomada al rostro de Quiroga, pero ahora también tiene que hacerle un hueco al desconcierto, ya que, por supuesto, David no comprende a qué viene esto ahora.

—Pero ¿se puede saber de qué coño estás hablando?

Ella levanta ligeramente una ceja.

—¿De verdad no lo sabes? —Susana perfila una sonrisa amarga—. Pero qué asco me das… —La mujer niega con la cabeza—. Así que ahora vas a fundar una familia, ¿no es así? Qué bonito, campeón. ¡Miren, ahí lo tienen! —exclama a la vez que señala a David con las dos manos en el aire—, el príncipe del cañón y su puta familia feliz… —Susana niega una vez más desde una sonrisa cargada de cinismo —. Y dime, puto gusano de mierda, ¿acaso planeas tener también tu pequeña prole? Claro, supongo que sí, ¿verdad? Una rémora de pequeños malnacidos como tú a los que un día también podrás dejarles tu asqueroso imperio, ¿me equivoco?

Esta vez es David el que niega con la cabeza, atónito.

—Debería partirte la cara ahora mismo…

—Eso será si yo te dejo, payaso. Ahora, lo que quiero que te quede bien claro es otra cosa. —Susana da un paso más en dirección a David, hasta casi pegar sus caras—. Si realmente esa es

tu intención, cuando llegue el día en que tengas en brazos a tu vástago, a tu heredero, o como cojones lo quieras llamar, cuando lo mires a los ojos, recuerda esto: antes que ese hijo tuviste por lo menos otro más. Otro que, de hecho, tiene problemas. Porque el hijo que ya tienes, David Quiroga, no está bien.

David extraña la mirada.

—¿De qué me estás hablando?

—Te estoy hablando, mamarracho, de que cuando tus hijos tengan la vida tan resuelta como siempre la has tenido tú, vago de mierda, seguirá existiendo en el mundo otra persona a la que el mundo no se lo haya puesto fácil.

David niega, desconcertado.

—¿A qué cojones te refieres?

—Me refiero a mi hijo Nicolás. Me refiero a tu hermano Odilo. Me refiero, puto cabrón, a los Quiroga y a vuestra puta herencia de mierda.

Y entonces, de repente, David parece sorprendido. Casi, incluso, divertido.

—Espera, espera… ¿Qué coño es lo que me estás diciendo? ¿Que a ti también te ha salido un hijo tarado, como al cabrón de mi padre?

De pronto, y como si por fin entendiera algún tipo de cuestión, David Quiroga da una palmada en el aire a la vez que suelta una sonora carcajada.

—¡Pues anda y que os follen, puta loca de mierda! ¿Me has oído, eh? ¿Me has oído bien, Susanita? ¡Escúchame, y escúchame bien, gilipollas! Si tienes un puto hijo tarado es culpa tuya, ¿me oyes? ¡Culpa tuya! ¡Porque aquí la única chiflada que hay eres tú! Y si

ahora le has pasado esa misma chifladura a tu hijo, pues te jodes. ¡Pero a mí no vengas a darme por culo con tus putos problemas! ¿Me entiendes? ¡Que os den por el culo, a ti y al tarado de tu hijo! ¡Y ahora a tomar por culo de aquí, puta loca! Ah, y no se te ocurra volver a tocarme los cojones —concluye a la vez que le enseña los dientes—, si no quieres que te pase algo. A ti… —Se queda en silencio unos segundos antes de rematar—: O a tu hijo.

Ese es el punto.

Ese es el momento exacto en el que Susana ya no puede más.

La mujer libera las riendas que ha mantenido amarradas hasta ese mismo instante y los mil caballos de furia negra que ha estado conteniendo hasta entonces se arrojan contra David en forma de una ira sin límites. Susana quiere agarrarlo, morderlo, golpearlo, empujarlo al vacío. Matarlo.

Pero, para su desgracia, David Quiroga es mucho más fuerte que ella.

David le coge los brazos a la altura de las muñecas e inmoviliza cada uno de los golpes. Incluso se ríe. Pero Susana no se rinde.

Se revuelve e incluso logra darle un rodillazo en el estómago. Uno, de hecho, que ha dolido más de lo que David esperaba, tanto como para doblarlo por la mitad.

Por fin liberada, ahora Susana no se lo piensa dos veces y vuelve a dar una patada. Una certera, entre las piernas, con todas sus fuerzas. Y, aunque la reacción tarda uno o dos segundos en llegar, cuando por fin lo hace es tan intensa que a punto está de hacer que David se desmaye. Aturdido e incluso mareado, arrasado por el dolor, David Quiroga no puede reprimir la náusea y, de rodillas sobre la madera de la pasarela que bordea el altísimo mirador, vomita.

—Mírate —le indica Susana con desdén desde la altura—, esto es lo que eres en realidad. Mierda, vómito y babas. No eres nada, David Quiroga, no vales nada.

Y ese es, una vez más, el instante decisivo.

Pero para su adversario.

El desprecio de Susana es el detonante para barrer toda la poca luz que quedara en el ya de por sí exiguo sentido común de David Quiroga.

Por completo cegado por la ira, por la humillación y la furia, David se reincorpora y se arroja con todas sus fuerzas contra Susana.

El problema con el mirador de Santiorxo es el mismo que el de todo el cañón: esa inseparable mezcla de belleza cautivadora y, al mismo tiempo, peligro salvaje. Todos estos lugares resultan tan hermosos como feroces, y un mal paso puede ser el último. Ese, justo ese, es el que acaba de provocar David Quiroga. Pero no para él.

Sino para ella.

Porque el mirador de Santiorxo es una enorme explanada llena de pinos, pero levantada sobre un vértice de afiladísimas moles de granito. Las mismas que asoman, amenazadoras, justo al otro lado de la pasarela de madera, antes de una caída de más de trescientos metros hacia las profundidades del río.

David empuja a Susana, que ha caído desde lo alto de la pasarela contra las primeras rocas y ha ido a reventarse el cráneo. A David no le ha pasado nada, de hecho ha caído sobre Susana. Pero ha sido justo por esto mismo que ha podido ver de cerca el espanto y el horror en los ojos de la mujer, al comprender el crujido, el estallido

de su propio final, su cabeza destrozada contra la roca fría del cañón.

Y sí, a David también le pilla por sorpresa lo negra que la sangre puede llegar a parecer a la luz de la luna llena.

Tiempo atrás. Mayo de 2017

El ángel negro

Apenas ha pasado una hora y David continúa inmóvil en el mirador de Santiorxo. No ha tocado el cuerpo de Susana. Ni para eso sirve. En todo este tiempo solo ha hecho una cosa: llamar por teléfono. ¿A una ambulancia? ¿A la Guardia Civil, tal vez? Por favor… David es un Quiroga, y si algo tiene claro es que, cuando hay problemas, su familia siempre busca a alguien que le resuelva la papeleta. Como, en este caso, Álvaro Maseda.

Maseda siempre había sido uno de los hombres de confianza de su padre. David no sabe ni cuántos años llevaría ya trabajando en las bodegas. La verdad, él lo recuerda ahí desde siempre. Como capataz, pensaba. Pero, desde hace unos años, sabe que las funciones de Maseda abarcan un abanico de posibilidades que van más allá de las estrictamente relacionadas con el trabajo habitual y exclusivo de las bodegas. De hecho, fue hace casi seis años, en 2011, cuando él mismo se lo hizo saber. Para ser exactos, aquella mañana de verano en que Susana se presentó en las bodegas para pedirle explicaciones por lo ocurrido la madrugada del domingo anterior.

Resulta que Álvaro había visto y escuchado todo el numerito que Susana le había montado junto al portal, de modo que tan pronto como el Quiroga pequeño despachó a la mujer y volvió a meterse en las bodegas, Maseda fue tras él y lo detuvo cerca de los tanques de vino.

—Señorito —lo llamó—, ¡señorito!

David apretó los dientes. Joder, qué puta manía de llamarlo así.

—Te he dicho un millón de veces que no me llames señorito, cojones.

—Perdone, señorito. La costumbre, ya sabe. Mi abuelo llamaba señorito a su abuelo, mi padre al suyo, y yo…

—Pues yo no soy mi abuelo ni tampoco mi padre, así que a ver si se te mete en la cabeza.

—No volverá a ocurrir, señor.

David asiente en silencio, aún sin borrar el enojo, casi la furia, de su expresión.

—Va, ¿qué quieres?

—¿Acaso tiene usted algún problema? Ya sabe, con…

David se lo queda mirando, casi con desconcierto, hasta que comprende.

—¿Lo dices por esa? No, qué va. Una loca, no sé qué es lo que quería.

—Ah, ¿no lo sabe? —De pronto, Álvaro Maseda extraña su expresión hasta casi lo ridículo—. Vaya, hombre… No sé, yo pensé que igual era por algo relacionado con lo que ustedes dos estuvieron haciendo aquí el sábado de madrugada.

Esta vez ambos se observan en silencio.

—¿Cómo coño te atreves a…?

Pero, como si no lo escuchara, Maseda no lo deja continuar.

—De hecho, no es la primera vez que usted visita las bodegas de madrugada con alguna de sus amigas, ¿verdad que no, señorito? —De pronto, la voz de Álvaro Maseda ya no suena tan servicial—. Si me permite que se lo comente, cualquiera diría que siente usted algún tipo de debilidad por follar en el despacho de su padre, señorito…

De acuerdo, hasta aquí hemos llegado. David agarra a Maseda por las solapas de su chaqueta y lo empuja contra uno de los tanques de vino.

—¿Cómo cojones te atreves, muerto de hambre?

—Oh, no, no —repone Álvaro con calma y flema—, no me malinterprete usted, señorito David. Al fin y al cabo, no se trata de nada que no haya hecho antes su padre, sin ir más lejos.

Esta vez es David quien lo mira extrañado. ¿Cómo ha dicho?

—¿Cómo dices?

—Como lo oye, señorito. Ha de saber que, de hecho, fui yo el encargado de ayudarlo en tantas ocasiones con este mismo tipo de… ¿Le parece bien si les llamamos pequeños secretos? Como comprenderá, este tipo de cuestiones no serían del agrado de su señora madre.

David afloja la presión sobre el pecho del capataz, aún sin dejar de observarlo con cierta desconfianza.

—¿De qué me estás hablando, Álvaro?

Sabedor de que, ahora sí, es él quien tiene el control de la curiosidad y, por tanto, de la situación, Maseda aún tarda un poco más en contestar. En concreto, el tiempo que le lleva recomponer con tranquilidad las solapas de su chaqueta.

—Le hablo —responde al fin— de que, aunque ahora todo eso haya pasado a la historia, pues su padre ya tiene una edad, durante mucho tiempo yo fui el encargado de asegurarme de que nadie se enteraba de nada.

—¿De nada de qué?

—Bueno, eso dependía de la ocasión —explica casi con indiferencia—. A veces, mi trabajo consistía en traer aquí a las amigas de su señor padre. E incluso en ocasiones, si don Víctor se encontraba demasiado traspuesto al finalizar, ya me entiende usted, también era yo quien se encargaba de devolverlas a donde hubiera que devolverlas. Generalmente a los mejores burdeles del país. Digamos que yo siempre he sido su hombre para abrir según qué puertas y, si fuera necesario, también cerrar según qué bocas. No sé si me entiende usted, señorito.

Perplejo, David no sabe qué responder.

—Vaya —murmura, aún sin ocultar su desconcierto—, no tenía ni idea.

—Pues ahora ya la tiene.

Muy despacio, David Quiroga asiente con la cabeza.

—Bueno es saberlo…

Y Maseda también asiente a la vez que sonríe.

—No tiene por qué no serlo, señor. De modo que ya sabe, si alguna vez necesita ayuda, seguro que llegamos a algún acuerdo, ¿no cree?

Desde entonces, no han sido pocas las veces que David ha requerido de Maseda y su ayuda, si bien es cierto que en ninguna ocasión

tanto como en esta. Pero con todo…

Álvaro no ha tardado ni una hora en llegar. Y cuando ha aparecido tampoco ha hecho ninguna pregunta. David tan solo ha tenido que señalar el lugar y, luego de un vistazo rápido, Maseda ha tomado la iniciativa.

—De acuerdo, esto es lo que haremos. Ayúdeme a volver a meterla en su coche.

A la vez que David Quiroga y Álvaro Maseda acomodan el cuerpo sin vida de Susana Somoza en el asiento del copiloto del Volkswagen Golf, el capataz echa un vistazo hacia el oeste, allá donde los pinos dejan paso a los viñedos del viejo pazo de Santiorxo.

—Unas tierras excepcionales —murmura—. La verdad es que siempre me he preguntado cuánto costarán…

David Quiroga no responde. Mientras cierra el cinturón de seguridad alrededor del cuerpo muerto de la mujer, comprende que tampoco es necesario hacerlo.

—De acuerdo, yo me llevo el coche de la chica. Usted sígame con el suyo.

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora lo verá. Pero no se confunda, señorito. Yo no voy a hacer nada. Lo vamos a hacer los dos. ¿Estamos?

Incómodo, David entiende que no le queda más opción que asentir.

—Estamos.

Y Maseda sonríe.

—Bien. Pues ahora sígame.

Los dos coches salen del mirador de Santiorxo en su pequeña caravana particular, sin caer en la cuenta de que, desde el principio,

oculto entre los arbustos, alguien lo ha visto todo.

87

Al otro lado

Los cuatro salen del coche para comprobar que, en efecto, han llegado al final de la carretera. El asfalto termina junto a una pequeña ermita, una capilla que en el navegador aparece señalada como la «ermida da Barca». Y sí, justo al otro lado, desde el mirador de la iglesia, se puede ver con toda claridad el lugar indicado por Jacobo. Un imponente puente de tres arcos, de cemento y hormigón, levantado a unos treinta metros sobre las aguas del río Sil.

—Es ese —indica Mateo—, el puente de A Barca. El lugar en el que Jacobo dice que han visto a Odilo. No podemos quedarnos aquí.

—Ya, jefe. Pero es que usted me dijo A Barca. A Barca —repite Santos—, no me dijo nada de ningún puente. Y, como ve, la carretera acaba aquí.

Arroyo ya ha comenzado a teclear algo en su teléfono móvil cuando Mateo gira sobre sí mismo y maldice al comprender su error. En efecto, un poco más arriba se levanta sobre ellos un pequeño grupo de casas. Apenas serán unas seis o siete, quizá alguna más. La aldea de A Barca, claro. Mierda, joder. Ese ha sido el error. Las prisas, las prisas…

—¿Qué hacemos, jefe?

—Arroyo, ¿hay alguna otra ruta?

—En coche no, señor.

—Joder…

Antonio, que se ha alejado para intentar reconocer el lugar, regresa junto a ellos.

—Ahí abajo hay una pasarela.

—¿Podemos cruzarla con el coche?

—No. Es muy estrecha, se trata de un paso peatonal. Pero nos servirá para cruzar, y desde el otro lado no parece que haya mucha distancia hasta el puente.

Al tiempo que los cuatro corren por el sendero que lleva a la pasarela sobre el río Cabe, Mateo llama por teléfono.

—¡Jacobo!

—¿Dónde están, señor?

—Junto a la aldea de A Barca, bajando hacia el río Cabe.

—¿En A Barca?

—Sí. El GPS nos ha traído al otro lado del río. Pero ya estamos cruzando una especie de pasarela.

—De acuerdo. Nosotros estamos un poco más arriba, inspeccionando el antiguo poblado de A Chaira.

Con la lluvia, que ahora cae con fuerza sobre ellos, y el ruido del río Cabe, que corre con ímpetu salvaje bajo sus pies, Mateo apenas puede oír lo que le dice el subinspector Veloso.

—¿El poblado de qué?

—A Chaira, señor.

—¿Y?

—Nada, luego se lo explico. Ustedes sigan cruzando. Enseguida estoy ahí.

Tiempo atrás. Mayo de 2017

De profundis

Al contrario de lo lenta que corre la noticia de una alegría, sobre todo cuando es ajena, las que tienen que ver con las desgracias vuelan. Y si no tuvieran alas, nunca faltaría quien les prestara el impulso de su aliento para hacerlas llegar hasta el rincón más apartado y profundo. Por eso, al día siguiente todo el mundo estaba enterado de la fatalidad: al parecer, esa misma madrugada, un coche se había precipitado al río en una de las curvas del cañón, muy cerca del embarcadero de Os Chancís.

Nada nuevo, en realidad, pues la historia del río está tan llena de accidentes mortales como de curvas sus carreteras. Todo el mundo recuerda alguno y, a veces, incluso lo hace entre risas. Como aquella vez, ya hace muchos años, que el autobús que iba para la feria de Castro Caldelas midió mal la entrada al puente de Doade y todos acabaron en el río cuando casi nadie sabía nadar. La corriente se llevó la vida de la mayoría de los pasajeros y nada más se salvaron aquellos que, una vez en el agua, pudieron amarrarse a alguno de los cerdos que transportaban de camino al mercado y que, de pronto liberados, se vieron en el agua. Y sí, los puercos serán muy marranos, pero todo el mundo sabe que hasta el último bicho sabe nadar mejor que muchos hombres y otras bestias. Sí, como en ese

caso la tragedia ha venido a juntarse con la distancia que da el tiempo, todo el mundo se ríe cuando alguien recuerda el episodio de los cerdos socorristas. Pero esta vez no. Porque esta vez aún es ahora, y dicen que la víctima es una chica del pueblo. Esa, ya sabes, esa que… Tú ya me entiendes, la que tenía fama de… Bueno, no me hagas decirlo, que ya todos lo sabemos. Pero era joven, hombre, y aún estaba en la flor de la vida.

Y además… Además, deja una criatura detrás.

Para el mediodía ya es una pequeña multitud de curiosos la que ha venido a congregarse en el mirador sobre el embarcadero, guiada por el trasiego de los coches de la Guardia Civil y las ambulancias primero, e incluso por una enorme grúa después. Al parecer, el coche está ahí abajo. A pesar de que se trate de un mal sitio para caer al río. De uno, de hecho, muy malo.

Después de mucho maniobrar por parte de los buzos de la Guardia Civil, la grúa por fin logra arrancarle la chatarra al río y, con ella en el aire, Odilo, agolpado entre los curiosos, reconoce el coche. Claro, cómo no lo va a reconocer él… Sí, es el Golf blanco del día anterior. Y el mismo de hace casi seis años. Es el coche de la chica que siempre le habla bien. La que vino a la casa de David ayer por la tarde. Y también la que…

Bueno, es verdad que a él nadie lo invitó a ir, pero escuchó la conversación en la casa. Y luego también oyó cómo David hablaba con ella.

Sabía dónde se iban a ver, de modo que…

Sí, este es el mismo coche en el que la chica llegó al mirador de Santiorxo.

Y el mismo en que Maseda la volvió a meter después.

Después de que David la matara empujándola contra las rocas.

Sí, si lo sabrá él, que lo vio todo. La mató, sí, la mató. La mató porque estaban discutiendo. Por un niño, David y la chica discutieron por algo de un niño.

Pero espera, calla. ¿Y dónde está ella ahora? Porque en el coche…

No, en el coche no hay nadie.

¿Y entonces?

—Mal asunto —murmura para nadie uno de los curiosos que permanece en pie junto a Odilo—. Si la chica no está en el coche, dudo que la encuentre ya nadie.

—¿Por? —pregunta otro.

—Porque si la caída o el río la han arrastrado fuera del coche, lo más probable es que ya no aparezca. Ahí detrás, justo al otro de la curva, ya está el embalse. Y si aquí el río es muy profundo, un poco más abajo ni le cuento.

—Ya —asiente el otro—, pero si ha caído aquí, digo yo que aquí estará, ¿no?

El primero cierra los ojos y niega con gesto seguro a la vez que chasquea la lengua.

—Para nada. Aquí hay unas corrientes tremendas. Si la pobre chica cayó al agua, olvídese, que aquí el río nunca devuelve lo que se lleva. Se lo digo yo: igual está aquí abajo, o igual está ya en el fondo del embalse, golpeando contra los cimientos de la presa. Pero ese cuerpo ya no aparece más.

Y lo cierto es que el tipo tiene razón, el cuerpo de Susana ya no aparecerá jamás. Porque en este lugar el río no devuelve nada. Pero, sobre todo, porque Maseda lo ha arrojado mucho más abajo, en la parte más profunda del embalse, desde los colosales muros de la

presa. Donde las corrientes ya lo habrán arrastrado al fondo para siempre. O donde las turbinas ya lo habrán engullido.

Entretanto, al mismo tiempo que todo esto ocurre, Álvaro Maseda abre las puertas del despacho de Víctor Quiroga.

—Maseda —se sorprende el viejo al verlo entrar sin llamar—. ¿Ocurre algo?

—Mucho me temo que sí, Víctor.

A Quiroga no le pasa inadvertida la familiaridad con la que el capataz acaba de tratarlo.

—Perdone, ¿qué ha dicho?

Pero Maseda no se inmuta. Nada más aprieta los labios a la vez que arquea las cejas antes de responder.

—He dicho que creo que le encantará hablar conmigo —responde sin dejar de asentir con expresión segura—. Amigo…

88

Estaciones de paso

Por fin al otro lado del río Cabe, la pasarela desemboca en un camino empinado de tierra, a estas alturas convertido en un pequeño arroyo de lluvia, protegido por la bóveda que forman las copas de los árboles. Lo suben tan rápido como pueden y, luego de un par de curvas, la subinspectora Santos, que es quien va en cabeza, enseguida sale a una nueva carretera, tan mal asfaltada como, al parecer, casi todas en la zona.

—Pero dónde coño estamos…

Justo detrás de ella, Mateo mira a su alrededor, intentando reconocer algo en el espacio al que han ido a salir. A su derecha, un grupo de casas en ruinas, abandonadas muchos años atrás, parecen mantenerse en pie por algún tipo de milagro. Pero lo más asombroso es la construcción que descubren a su izquierda. Un poco más arriba, en la parte alta de la carretera, tres impresionantes silos de hormigón se levantan contra la lluvia a unos veinte metros de altura.

Están a punto de comenzar a caminar hacia ellos cuando sienten el ruido. Carretera abajo, un coche avanza en su dirección. Y a bastante velocidad a juzgar por el sonido del motor. Apenas unos

pocos segundos más tarde, Jacobo detiene bruscamente su vehículo junto a ellos.

—¿Van hacia la estación?

—¿La estación? —pregunta Ana.

—Sí —le responde Jacobo a la vez que señala hacia la parte alta de la carretera, más allá de los silos—, la de Santo Estevo de Ribas de Sil. A ver, en principio aquí solo hay dos sitios en los que poder esconderse con un chaval. Uno es A Chaira.

—El lugar que mencionaste antes.

—El mismo, inspector. Se trata de un poblado construido hace más de setenta años para los trabajadores de la central eléctrica, pero ahora lleva mucho abandonado a su suerte. Por eso pensamos que sería una buena posibilidad.

—Pero entiendo que no habéis encontrado nada, ¿no?

—No, señor. Por eso le dije que enseguida estaría aquí. Porque la estación de Santo Estevo es la otra opción posible.

—Pero no entiendo —comenta Santos—. ¿Acaso la estación también está abandonada?

—Casi. Hace años que tan solo es una estación de paso. De hecho, esa es la razón de que el hombre que nos ha llamado pasara por aquí, porque el personal de Adif sigue realizando labores de revisión y mantenimiento, pero nada más. Aquí ya no queda nadie, aunque las instalaciones siguen en pie. Y las casas.

—¿Qué casas?

—Las que se levantaron a este lado de las vías, inspector. La del jefe de estación, la de los operarios… Incluso la antigua cantina.

—¿Todo eso sigue ahí?

—Claro —comprende Laguardia—, son las casas que se veían desde el otro lado cuando encontré la pasarela.

—Exacto.

—De acuerdo —admite Mateo a la vez que hace un gesto para que todos suban al coche de Jacobo—, pues no perdamos más tiempo. Adelante.

Tiempo atrás. Verano de 2017

Hermanos de soledad

Así que David tiene un hijo… Vaya, la verdad es que eso es algo que nunca se le había pasado antes por la cabeza. Pero, ahora que lo sabe, Odilo no deja de pensar en ello.

De hecho, desde que hace un par de meses escuchó la conversación en el mirador de Santiorxo entre David y la chica aquella que siempre le hablaba bien no ha podido dejar de darle vueltas. Bueno, a eso y también a que después la chica se murió. Bueno, no, no se murió así sin más. David la mató, es verdad. Pero es lo otro lo que no se le va de la cabeza. David tiene un hijo…

Al principio dudó. Pero al poco la tentación acabó por ser más fuerte que él, y Odilo salió a buscarlo.

Ya el día en que sacaron el coche del río oyó cómo alguien decía no sé qué cosa de que la chica era de Lobios, de manera que, cuando por fin cedió a la fuerza de su curiosidad, Odilo comenzó a reducir la velocidad cada vez que atravesaba la aldea, de camino a Amandi. Hasta que, por fin, un día lo vio.

Las primeras veces no estaba seguro de si sería él. Pero luego, cuando pudo observarlo con un poco más de calma, comprendió que no podía ser otro.

Se trata de un niño pequeño, delgadito y menudo. No tendrá más de cuatro años, cinco como mucho. A veces juega con una chica, una que, de hecho, se parece bastante a aquella otra, la que siempre le hablaba bien. La que se murió. Bueno, la que David… Otras veces va con una señora mucho más mayor. Debe de ser su abuela. Aunque, hablando de parecidos, claro, ellas no lo saben, pero Odilo incluso cree encontrarle cierto aire con David. Bueno, a cuando era pequeño, claro. Sí, no puede ser otro. Ese niño es el hijo de David Quiroga. O lo que es lo mismo…

Ese niño es su sobrino.

Sí, claro, ese es el lazo familiar que existe entre ambos. Sin embargo, al poco de empezar a verlo, tan pequeño, tan desvalido, Odilo ha identificado algo más: ese niño es el hijo que David Quiroga tuvo con una mujer a la que David no quería, como pudo comprobar aquella noche en el mirador, de igual manera que Odilo es el hijo que Víctor Quiroga tuvo con una mujer a la que Víctor no quería. Sí, eso es. En cierto modo, el niño y Odilo son de alguna forma hermanos. Hermanos de tristeza, hermanos de soledad.

Quién sabe, tal vez algún día, cuando el pequeño sea un poco más mayor, Odilo pueda acercarse a él.

89

La puerta oscura

En efecto, tal como acaba de explicar Jacobo, el conjunto de casas al otro lado de la estación resulta bastante más complejo de lo que en un principio Mateo se ha imaginado. A primera vista no se trata más que de cuatro construcciones recortadas bajo la lluvia, las dos mayores al fondo de las vías, otra anterior un poco más pequeña y, adosada a ella, lo que en tiempos debió de ser la antigua cantina. El problema está en que las tres primeras construcciones son en realidad mucho más grandes de lo que aparentan.

Aunque vistas de frente, desde el lado de las vías apenas parecen construcciones de un par de alturas, planta baja y primer piso, un vistazo rápido asomados a uno de los laterales advierte de la verdad. Y del peligro: las casas están levantadas sobre un altísimo desnivel para salvar la altura del río Cabe, que sigue rugiendo allá abajo. De modo que, por la parte posterior, ninguna de las casas cuenta menos de cinco alturas, seis en algunos casos. Y todas lucen la peor apariencia posible.

—Dan la impresión de que se vayan a venir abajo solo con mirarlas, señor.

El subinspector Antonio Laguardia tiene razón.

—Sí, más vale que vayamos con los ojos bien abiertos. Jacobo, tú y Antonio echadles un vistazo a las del fondo. Santos y yo miraremos en estas dos.

—¿Y yo, señor?

—Tú quédate aquí, Raúl. Asegúrate de que nadie se mueve por el exterior.

—A sus órdenes, señor.

—Pero recordad, esto puede ser peligroso, tanto para nosotros como para el niño si de verdad está aquí. Tened muchísimo cuidado.

—Sí, señor —responde Laguardia a la vez que se aleja con Jacobo.

Lástima que para Ana Santos eso del cuidado sea un concepto pendiente de revisión. Cuando Mateo se da cuenta, ya se ha metido por el espacio abierto entre las dos primeras casas.

—¡Aquí, jefe! —indica desde un poco más abajo—. ¡La valla está abierta!

Al principio Mateo no comprende, pero enseguida se da cuenta de que Ana tiene razón. Por algún motivo, el pequeño cierre metálico que protege el acceso a la parte posterior de la casa está abierto. O, dicho de otra manera, es el único acceso abierto en un pueblo en el que todo parece estar cerrado a cal y canto.

Mateo se asoma a lo que resultan ser unas escaleras descendentes y enseguida ve a Santos detenida ante algo, con la mirada puesta en la pared de la casa.

—¿Qué ves?

—Es una puerta, jefe. Una puerta negra, y parece conducir al sótano de la casa.

—Espera —le advierte—, no entres sin mí.

Por fin abajo, Mateo se coloca junto a Ana, que permanece a la espera, con su pistola en una mano y ahora también la linterna en la otra, sin dejar de mirar hacia el interior.

En efecto, se trata de una puerta formada por dos hojas de madera, pintadas de negro muchos años atrás, tantos como para que el tiempo haya desgastado el color y la humedad haya podrido buena parte de la madera. A su vez, la zona superior de ambas hojas está formada por un entramado de largueros dispuestos en horizontal, separados entre sí para que la luz pueda pasar, pero cerrados por una malla metálica al otro lado, y con la parte superior rematada en una suerte de arco de medio punto. En cierto modo, recuerda a algún tipo de puerta antigua, como las que se podrían encontrar en cualquier castillo. En concreto, en sus mazmorras. Pero lo inquietante no es eso.

—Alguien ha estado aquí hace poco, jefe.

En efecto, lo que más preocupa a Mateo es que Ana tiene razón. La puerta estaba cerrada por dos candados que aún cuelgan de una de las hojas. Pero alguien los ha forzado recientemente, tal como se puede deducir por las alcayatas que cuelgan de los candados aún cerrados. Las astillas en el agujero que ha quedado al arrancarlas son mucho más claras que en el resto de la puerta, donde la madera desconchada se ve mucho más oscura.

—No hay ninguna marca de humedad.

—No ha habido tiempo, jefe. Esto lo han reventado hace unos pocos días.

—Ya lo veo —murmura Mateo a la vez que él también echa mano de su pistola y su linterna—. Con cuidado, Ana. Puede que el niño todavía esté aquí dentro.

Nada más entrar, luego de una pequeña estancia que hace las veces de recibidor, Santos y Romano giran hacia la izquierda por un estrecho pasillo que recorre toda la casa a lo largo. Y sí, aquí ya empieza a notarse la falta de luz del exterior. Fuera todavía son las primeras horas de la tarde y, aunque en esta época del año los días son cortos como suspiros y el cielo encapotado de lluvia los hace aún más oscuros, todavía queda suficiente claridad como para caminar por el exterior sin mayor problema. Pero aquí abajo las cosas son muy diferentes. La profundidad a la que se encuentra la casa, la maleza alrededor, la longitud del pasillo… Incluso con ambas linternas, al final del corredor ya apenas se puede adivinar siquiera el color de la siguiente puerta, esta vez una metálica, pero gruesa y entreabierta. No, las cosas no pintan bien.

—Mucha atención aquí —aconseja Mateo mientras señala la puerta.

Romano empuja la enorme hoja de hierro y, de pronto, las cosas pintan aún peor.

Porque al otro lado el pasillo se convierte en una especie de galería, un conducto abierto en las entrañas de la montaña. Y Mateo indica silencio.

Apenas se oye nada.

Sus propias respiraciones.

El rumor del río que cae y rompe con fuerza allá abajo.

Una especie de goteo más o menos constante, probablemente la humedad de la propia montaña golpeando la piedra de la galería.

Y…

Espera, aquí parece haber algo más.

Es… Mateo no logra identificarlo. Es una especie de rumor grave. Una vibración baja, como si la montaña… ¿escondiera algún tipo de maquinaria? No, eso es absurdo. Y sin embargo…

—¿Qué ocurre, jefe?

Santos, a su espalda, se impacienta.

—No sé, ¿tú no lo oyes?

—Sí, algo me parece oír. Pero no lo identifico.

Santos alumbra el espacio alrededor con el haz de su linterna.

—Y tampoco se ve de dónde puede proceder.

Mateo asiente, incómodo.

—¡Policía! —grita—. ¿Hay alguien aquí dentro?

Pero no llega ninguna respuesta. Tan solo silencio y algo de eco.

Mateo vuelve a avanzar, seguido muy de cerca por Santos, los dos pisando con cuidado sobre lo que parece ser una mezcla de roca viva y tierra batida. No, sigue sin verse nada especial. Tan solo la galería estrecha, que reverbera y amplifica el sonido del río, con toda probabilidad mucho más cerca ya de lo que parece, el goteo y, a lo lejos, ese ruido.

Ese…

Y de pronto lo ven.

—Allí —advierte Ana al mismo tiempo que concentra el foco de la linterna en un punto en lo que parece ser el fondo de la galería.

—Lo veo —murmura—, lo veo.

Cuando por fin llegan, en efecto, ahí hay algo. Un colchón viejo. Una manta. Pero ningún niño.

—Mierda…

Sí, al igual que Ana, Mateo también maldice para sí.

Santos lo adelanta para acercarse al colchón. Y, de hecho, ya está a punto de alcanzarlo cuando Mateo, que no ha dejado de seguirla con su propia linterna, le da una voz.

—¡Quieta!

Sorprendida, Ana se vuelve muy despacio, aún sin comprender la razón de la orden, y busca a su superior con la mirada.

—Quieta —repite Mateo—, no te muevas.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Mira —le indica a la vez que apunta el haz de luz hacia el suelo, en la tierra junto al colchón.

Y entonces la subinspectora Ana Santos también lo ve.

—Hemos llegado tarde…

Mateo coge aire con rabia a la vez que da una patada al suelo. Cerca, muy cerca, de donde alguien había dejado una palabra escrita. Una con letra casi infantil.

«Nico».

—Era aquí —maldice Ana entre dientes—, el crío estaba aquí…

Mateo asiente en silencio.

—¡Señor!

La voz viene de fuera.

—¡Inspector!

Son Jacobo y Antonio, que los están llamando desde el exterior.

—¡Aquí abajo! —responde a voces Mateo—. ¡En el sótano!

Los subinspectores Veloso y Laguardia no tardan en alcanzarlos.

—¡Tenemos que irnos, señor!

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—Acaban de avisar por radio. Al parecer alguien ha dado el aviso de que han visto a un par de intrusos saltando las vallas de

seguridad en un espacio en el que a estas horas no deberían saltar ni las ranas, inspector.

Mateo preocupa la expresión.

—¿Qué?

—Que allí no debería haber nadie, señor —explica Laguardia—, por lo menos no después de las tres.

—Exacto. Y si uno de esos dos intrusos es Odilo, el muy cabrón no podía haber ido a meterse en un lugar peor, inspector.

—¿A qué sitio te refieres, Jacobo?

—A uno muy jodido, señor. Al más peligroso de todos.

Tiempo atrás. Septiembre de 2018

Tus treinta uvas de plata

Por fin, aquí está. Es cierto que todavía queda mucho por adecentar. Por arreglar, incluso. En realidad, el pazo, como todos han llamado siempre a la vieja casona de Santiorxo, llevaba tanto tiempo cerrado que el abandono estaba a punto de provocar la ruina. Tan pronto como Álvaro Maseda se ha hecho con él —o, mejor dicho, tan pronto como Víctor Quiroga le ha otorgado las llaves de su silencio—, él y su mujer han realizado las obras justas para acondicionarlo, aunque nada más sea con los mínimos para poder vivir y, con la promesa de que enseguida continuaría con las reformas de la casa, Álvaro se ha entregado a lo único que desde el principio le importaba. Los viñedos de la finca. Y ahora por fin ha llegado: su primera vendimia en propiedad.

Es verdad que esta vez será escasa, que Maseda apenas ha tenido tiempo de preparar unas cuantas vides. Pero para hacerse una idea bien valdrán. Sí, Álvaro Maseda no puede sentirse más exultante. De hecho, todo sería perfecto, de no ser por la mujer esa. Ya sabes, esa de…

A ver, en realidad Maseda no sabe cuál es exactamente su puñetero problema. Al parecer, el pazo perteneció de alguna manera a su familia. Pero, si realmente fue así, eso sucedió ni se sabe ya

cuánto tiempo atrás. Y si lo perdieron, que se jodan. ¡Haber sabido cuidarlo! Ahora es suyo. Pero esa puñetera mujer no deja de tocarle los cojones cada vez que se cruzan. Y siempre es la misma historia: ella lo mira mal, como si fuera una especie de intruso, de invasor. Le tuerce el gesto e incluso alguna vez ha escupido en el suelo a su paso. De hecho, ¡el otro día hasta la vio rondando la casa! Puta mujer de los huevos, ¿qué coño se ha creído? ¡Que ahora el pazo es suyo, cojones! ¡Que se lo ha ganado! No sé, igual en algún momento le tiene que decir un par de cosas. Sabes quién te digo, ¿no?

Claro, esa, claro: Antoñita, la bruja de Lobios.

90

La enormidad

De regreso en el coche de Jacobo, los cinco policías se lanzan de nuevo a la carretera bajo la lluvia, que ahora parece haber arreciado. Por lo visto, y según le acaban de explicar al subinspector Veloso, lo que hace significativo el aviso recibido es que en el lugar en el que han dado la alarma no queda nadie después de las tres de la tarde, de modo que, si Odilo ha sido visto por la zona y algo se mueve ahí dentro, lo más probable es que no sea una gallina despistada.

Cuando Mateo logra ubicarse, Jacobo ya ha enfilado el acceso al puente de A Barca y, por fin al otro lado, gira con tanta fuerza hacia la izquierda que, en el interior del vehículo, tanto Santos en el puesto del copiloto como Mateo, Arroyo y Laguardia en los asientos posteriores tienen que agarrarse como buenamente pueden para no salir disparados hacia el lateral derecho.

De hecho, una vez enfilada la carretera que remonta el río Sil por su margen izquierda, Jacobo conduce tan rápido y en ocasiones incluso derrapa con tanta fuerza sobre el asfalto empapado que, sentado tras él, por un instante a Mateo le parece adivinar una mueca de incomodidad en la expresión de Ana Santos. Puede incluso que haya tragado saliva, y Mateo piensa que, si hubiera tiempo para

la distensión, este habría sido un buen momento para hacerle notar a la subinspectora cómo se sienten los demás cuando es ella quien conduce. Pero, por supuesto, no lo hay, ni para la distensión ni para nada.

—Ahí está —señala Jacobo hacia la izquierda, al tiempo que el coche sale de una curva cerrada.

Y entonces todos la ven.

—Su puta madre…

Es probable que el comentario de Santos no sea el más correcto. Pero, al fin y al cabo, en el fondo es lo que piensan los cinco.

—Es inmensa —murmura Antonio.

—Tanto como el problema que supone —responde Jacobo, aún sin aliviar ni un milímetro el recorrido del acelerador—. Si de verdad se ha metido ahí, vamos a necesitar muchísima ayuda para encontrarlo.

—Pues me temo que sí es verdad —señala Santos mientras el coche se detiene ante un inmenso portalón de metal.

Y sí, todos comprenden que Ana tiene razón, porque en efecto eso que yace tirado junto al portal es el mismo ciclomotor que Mateo ha estado viendo estos días. La vieja Vespino de Odilo.

—Desde luego, o el tipo es un completo descerebrado —comenta Ana ya fuera del vehículo—, o un puto genio. Porque ya me diréis a quién coño se le ocurre organizar un secuestro con una moto de mierda.

Y, una vez más, tiene razón. Es verdad, Mateo también lo ha pensado estos días. ¿Cómo ha podido hacerlo?

De todos modos, ahora mismo eso da igual. Porque, lo haya hecho como lo haya hecho, lo cierto y seguro es que, hasta el momento, Nico ha dejado huellas de su paso por todos los lugares en los que

también ha sido visto Odilo, de modo que, si ahora su secuestrador está aquí… No, ahora no hay ni un segundo que perder.

—Está cerrado —confirma Laguardia al tiempo que empuja el portalón—. ¿Cómo hacemos? ¿Saltamos, señor?

Por supuesto, antes de que Mateo tenga tiempo siquiera de responder nada, Ana Santos ya está saltando el portal. Y, tras ella, el subinspector Jacobo Veloso.

—Me temo que sí, Antonio.

Por fin al otro lado, los cinco echan a correr por una carretera, curiosamente bastante mejor conservada que la exterior. Sin dejar de descender en todo momento, acercándose cada vez más al río, primero dejan atrás un aparcamiento para coches y, un poco más abajo, un par de edificios menores, quizá de mantenimiento o puede que almacenes. Por desgracia, no es aquí donde han visto a los intrusos, sino bastante más abajo, de manera que los cinco continúan avanzando.

A estas alturas, el ruido del agua ya resulta considerable, y por un instante a Mateo le recuerda algo. Aquel otro rumor constante que se escuchaba en el interior de la galería subterránea. No, no es exactamente lo mismo, pero ¿y si…? Apenas tiene tiempo siquiera de asomarse a ninguna conclusión porque en ese momento, y como si por fin llegaran al remate de un gigantesco embudo, el grupo se encuentra con el final de la carretera. Y, entonces sí, toman plena conciencia de la magnitud, de la inmensidad del lugar en el que se encuentran.

Lo primero que se levanta ante ellos, cerrando la carretera, es el impresionante edificio de la antigua central hidroeléctrica. Una construcción descomunal, de unos quince o veinte metros de altura,

cerrada por dos puertas que bien podrían ser las del mismísimo infierno. Sobre él, incrustado en piedra, el nombre de la central. Y, allá, junto a la parte superior, un inmenso laberinto de cables, metal y torres de alta tensión.

Y, con todo, no es esto lo más sobrecogedor.

No, porque detrás del complejo hay algo más.

Como si de un brutal coloso de hormigón se tratase, ahí está el arco de la presa. Una estructura monstruosa de más de cien metros de altura y casi doscientos de longitud de margen a margen del cañón, tan alto y a la vez profundo en este punto.

Por si todo esto no fuese lo bastante sobrecogedor, el inmenso muro está coronado por seis enormes bocas, ahora abiertas, por las que no deja de caer agua. Media docena de lenguas blancas por las que el río Sil se derrama con una violencia salvaje contra el fondo de la gigantesca presa de Santo Estevo.

Tiempo atrás. Mayo de 2024

Cuéntanos una historia

Al principio se limitaba a verlo desde lejos. De hecho, la búsqueda acabó por convertirse en una suerte de rutina. Odilo reducía la velocidad de su ciclomotor antes de entrar en Lobios y, como quien no quiere la cosa, miraba a ambos lados de la carretera. Con el tiempo incluso llegó a conocer las preferencias de las mujeres que cuidaban al niño. A la más joven de las tres, la que al parecer era la hermana mayor de la chica a la que había visto morir, le gustaba más jugar con Nico en el pequeño parque junto a la capilla de los Ángeles. La mayor de todas, la abuela del niño, prefería detenerse en la pérgola de la entrada del pueblo y allí, a la sombra de los arces rojos, merendar en compañía de su nieto.

Y luego estaba Antoñita.

A ella la veía muchas más veces. O quizá tan solo era que, cuando veía que el niño estaba con ella, Odilo reducía aún más la velocidad, ciertamente más confiado, más tranquilo.

Porque Antoñita conocía a Odilo mucho mejor que los demás vecinos de la aldea. Ella sabía del cariño que su propia abuela, la señora Senda, sentía por él. Tal como alguna vez le había contado la propia Antoñita, Senda nunca dejó de repetir lo buena persona que era el grandullón. «Es un bendito —decía—, la pluma de un ángel

arrastrada en la furia del temporal». Y siempre terminaba con el mismo recordatorio: «No dejéis de cuidarlo nunca».

Y por eso Odilo comenzó a detenerse de vez en cuando si veía que era Antoñita quien estaba con el niño. Sobre todo, si se los encontraba sentados junto al crucero, en la entrada de la aldea.

Porque a Antoñita le encantaba repetirle una y otra vez todas las cosas que hacen que esa pieza sea especial, tan distinta a las demás.

—¿Lo ves? Ese de ahí es Jesús nuestro Señor. Y la que está por detrás es la Virgen de los Dolores. Pero lo mejor es esto otro, mira. Fíjate aquí, ¿lo ves? Esto que sube por el tronco es el demonio, ¡pero en forma de serpiente! Pero mira, mírala, ¿tú has visto alguna vez una serpiente con dientes y muelas? Pues… ¡esta los tiene!

Y los dos se echaban a reír.

En cierta ocasión, cuando Antoñita lo vio venir, le hizo un gesto para que se detuviese. Odilo obedeció y, aunque no llegó a bajarse de la moto, ella se le acercó con el niño de la mano.

—Mira, Nico, voy a presentarte a un amigo mío. Este es Odilo, ¿te gusta?

De pronto Odilo se sintió nervioso, casi asustado. Sí, es verdad que se había dedicado a observarlo desde que supo de su existencia. Pero nunca había llegado a estar tan cerca de él. Tragó saliva, aún sin saber qué hacer. Y esperó.

A tan poca distancia, Nico le pareció mayor de lo que aparentaba. Unos cinco años, tal vez seis. Por su parte, el niño se limitaba a observarlo desde una mirada dura, fría. Como quien observa algún animal extraño que le sale al camino. No, la verdad es que Odilo no contaba con eso. Torpe y aturdido, no se le ocurrió nada mejor que

extender el brazo y ofrecerle su mano, como si se tratase de la más formal de las presentaciones.

Pero Nico siguió sin responder nada. Tan solo continuó observándolo en silencio, el gesto serio y concentrado en él, que permanecía con la mano tendida, hasta que, por fin, emitió su veredicto.

—Es bastante feo, ¿no te parece, tía Antoñita?

Al principio Odilo no supo cómo tomárselo. Vaya, ¿de verdad era así? ¿Bastante feo? Por un instante se sintió tan desconcertado que a punto estuvo de volver a arrancar la moto e irse sin decir nada más. Pero se relajó al ver que Antoñita se echaba a reír.

—¡Bueno, hombre! A ver, es cierto que muy guapo tampoco es, pero… Tendremos que quererlo igual, ¿no te parece?

Entonces sí, Odilo también sonrió. Aquella fue la primera de muchas paradas posteriores cada vez que los veía juntos, sobre todo cuando se los encontraba junto al crucero.

Paradas, de hecho, como la de ahora mismo.

Tal como el niño y Antoñita le han explicado al llegar, el fin de semana pasado Nico cumplió doce años. Doce, ya… Hay que ver cómo pasa el tiempo. Sin embargo, es verdad, el niño es tan menudo que sigue aparentando menos edad de la que tiene.

—Bueno —sonríe Antoñita a la vez que da una palmada en el aire —, pues tú dirás, hombrecito. ¿Qué te gustaría que hiciéramos para celebrar que tu edad ya tiene un número tan lleno de magia?

—Cuéntanos una historia —responde al instante.

—¡Sí, sí, eso! —se suma Odilo—. Cuéntanos una de esas historias de tu familia.

—¿Otra más? —les contesta Antoñita sin dejar de sonreír—. ¡Pero si ya os las he contado todas! Mirad, os he hablado de mi abuela Senda, de sus hermanas, de las cosas que sabían hacer con lo que les daba la tierra… ¡Hasta os he contado cómo siempre ayudaban a las demás mujeres de todas las aldeas!

—Pues cuéntanos una nueva. Una que no nos hayas contado nunca…

Antoñita se queda mirando durante un par de segundos al niño. Como si, de algún modo, le pareciera identificar algún tipo de desafío en su mirada.

—¿Una que no os haya contado nunca, dices?

—Sí —le confirma Nico—. No sé, a lo mejor hay alguna que no te hayas atrevido a contarnos…

Odilo, sorprendido, comprende el matiz.

—¡Eso, eso! —exclama—. ¡Una de miedo!

Y entonces Antoñita le devuelve una sonrisa cargada de misterio.

—Así que queréis una que dé un poco de miedo, eh…

—¡Sí!

—¡Sí, sí!

—Pero… ¿y si fuera una de mucho miedo?

—¡Mejor!

—¡Sí! —asiente Odilo—. ¡Cuéntanos esa, esa!

Antoñita sonríe ante el entusiasmo de su reducido público.

—De acuerdo. Al fin y al cabo, tú ya tienes doce años. Y tú, Odilo… Bueno, que ya somos todos mayores, ¿no?

Nico asiente con seguridad.

—De acuerdo, pues vamos allá. ¿Vosotros sabéis qué es la buena muerte?

Al mayor le impresiona el nombre.

—¿El qué?

—La buena muerte, Odilo. La buena muerte…

91

La voz de la montaña

—Esto es descomunal —advierte Mateo, aún con la mirada impresionada en la gigantesca cortina de agua—. Si de verdad Odilo se ha metido ahí dentro, no lo encontraremos jamás sin alguien que nos guíe.

Es Jacobo quien responde.

—Acabo de hablar con Camino Camba, señor, la responsable de comunicación de la empresa. Me dice que un técnico ha salido para aquí tan pronto como han dado la alarma.

Mateo niega con la cabeza, de nuevo con la mirada puesta en la inmensidad de la presa.

—¿Cómo que viene para aquí?

Y entonces el inspector recuerda el comentario de Laguardia.

«Allí no debería haber nadie…».

Mateo mira a su alrededor.

«… por lo menos no después de las tres».

Un vistazo rápido a su reloj. Las cinco menos cuarto.

—No hay nadie —comprende.

—Exacto, señor.

—Pero entonces ¿quién ha visto a los intrusos?

Es Jacobo quien responde.

—El aviso ha llegado desde otra de las centrales del grupo, que es desde donde se hace la vigilancia de la zona.

Romano vuelve a mirar su reloj. En breve empezará a oscurecer.

—Qué hijo de puta —murmura el inspector para sí, de nuevo con la vista puesta en el colosal arco de la presa—, qué hijo de puta más listo…

Porque Mateo acaba de comprender no solo la elección, sino también el movimiento de Odilo.

Para alguien que nunca ha salido del cañón pero que, a cambio, conoce cada curva y cada rincón de la zona, esa es una información de lo más valiosa. A saber cuánto tiempo llevará Odilo observando este lugar. Rondándolo, asomándose a él. Con toda probabilidad, incluso entrando en él. Claro, a lo largo de los años, de sobra habrá encontrado mil y una maneras de hacerlo sin ser visto. Joder, esto complica las cosas, mucho.

—¿Sabemos por lo menos dónde los han visto?

—Por lo que me han explicado, ahí detrás —responde Jacobo a la vez que señala en dirección a la parte posterior del edificio principal —, cerca de la base de la presa.

Por más que Mateo intenta adivinar algo más allá de la imponente construcción rectangular, apenas alcanza a identificar nada.

—¿Y dónde demonios está el técnico? —se desespera Mateo—. ¡No tenemos tiempo que perder!

—Camba me ha dicho que ya está llegando, inspector.

—Pues más vale que así sea. Porque… —Mateo vuelve a negar, frustrado—. Sin él no sabremos ni por dónde empezar.

Por supuesto que no. Porque, por desgracia, Mateo tiene razón.

Vista tan de cerca, la construcción resulta impresionante, sobrecogedora incluso. Más desde aquí abajo, justo a los pies de la inabarcable pared de hormigón. Hay algo casi hipnótico en la contemplación de la estructura desde una perspectiva como esta, tan diferente a la habitual. Y el rugido del agua que rompe a sus pies no hace sino aumentar la sensación de fragilidad del grupo. Inmóvil ante la colosal caída, a Mateo no le cuesta en absoluto percibir su propia vulnerabilidad, tanto frente a la obra como, sobre todo, frente a la naturaleza, inmensa y salvaje, contenida en toda su violencia al otro lado de los miles y miles de toneladas de hormigón.

—¡Ya está aquí, señor!

—¿Qué?

—¡El técnico! —le aclara Jacobo a la vez que señala su teléfono móvil, ahora pegado a la oreja—. ¡Acaba de pasar el portal!

—Bien…

Impaciente, Mateo vuelve a observar el espacio a su alrededor. La bruma provocada por la brutal cascada artificial rompiendo a tan poca distancia lo envuelve todo en una especie de filtro borroso, casi etéreo, así que Mateo se concentra en el sonido. El agua rompiendo con furia, estallando contra el fondo de la presa, luchando un poco más abajo contra las inmensas paredes de roca, que se precipitan hacia el río desde los laterales del cañón. Además, está también el sonido de la propia central, esa especie de tensión constante, de vibración. Es como si de alguna manera se pudiera sentir la energía, la electricidad pura envolviéndolo todo, sobrevolando el lugar. Y el olor a maquinaria pesada, a grasa caliente. Pero espera, espera. Porque…

Aquí hay algo más.

Eso es, eso es. Es un rumor. El…

De algún modo, es el mismo rumor que le ha parecido percibir antes. Más abajo.

—Ana —murmura—, ¿lo notas?

Santos arruga el entrecejo.

—¿Que si lo noto? ¿El qué, jefe?

—La vibración… Es la misma que sentíamos abajo. En la galería bajo la casa de la estación de tren. Es como un temblor grave, bajo.

—Son las turbinas.

Es una voz nueva la que ha respondido a sus espaldas.

Mateo se da la vuelta para descubrir a un tipo fuerte, de piel morena y curtida. La mirada seria y la nariz, quizá rota, le dan un cierto aire de jugador de rugby.

—Soy Rubén Ogando, ingeniero y jefe de producción de la central. Y eso que usted percibe es la vibración de nuestras turbinas trabajando a pleno rendimiento. Impresiona, ¿verdad?

Mateo tan solo asiente en silencio a la vez que estrecha la mano del ingeniero.

—Créame, cuando la vibración de las turbinas se combina con el sonido del agua atravesando la montaña, el rumor puede percibirse a varios metros bajo tierra.

—¿A varios metros bajo tierra? —repite mientras busca la mirada de Santos.

—Ya lo creo. De pronto, es como si la montaña estuviera viva.

Lo cual, piensa Mateo, no resulta nada tranquilizador. Porque todo, absolutamente todo es susceptible de convertirse en un peligro para quien no sepa dónde pisar. El salto del río, la corriente bajo la montaña, la fuerza de las turbinas… Todo. El inspector Romano se

estremece al volver a pensar en que, si Odilo está realmente aquí dentro, se haya escondido donde se haya escondido, esa misma naturaleza salvaje podría arrasarlos a él, al niño y a todo el mundo con tan solo un suspiro. Apenas el más leve zarpazo bastaría para ponerle punto final a todo.

De modo que sí, ahora comprende el comentario del subinspector Veloso al salir de la estación de tren, cuando le explicó dónde habían dado el aviso. «El muy cabrón no podía haber ido a meterse en un lugar peor», había murmurado.

Y, maldita sea, el subinspector tiene toda la razón. Si el río y su cañón son un prodigio de la naturaleza, un espacio feroz y salvaje, este lugar es, sin duda, el más sobrecogedor de todos. La fuerza descomunal de la montaña frente a la fragilidad y la indefensión del niño. De acuerdo, no hay tiempo que perder.

—¿Dónde han visto a los intrusos?

El ingeniero pone mala cara.

—Al parecer, estaban en el acceso a uno de los túneles.

—¿Bajo tierra? —pregunta Laguardia.

—No.

Ogando apunta con toda la fuerza de su barbilla en dirección a la mole vertical.

—¿Ahí dentro? —Santos incomoda su expresión—. Joder…

—La presa cuenta con túneles de conexión entre los distintos sectores.

—¿Hay algún puesto de control desde donde conectarnos al sistema de cámaras?

—Sí. Aquí —señala el ingeniero en dirección al edificio principal—, en la planta baja.

—De acuerdo. Arroyo, tú vete para allí. Conéctate al sistema y ten los ojos bien abiertos.

—Sí, señor.

—Y usted guíenos hacia esos túneles, por favor. No tenemos tiempo que perder.

Tiempo atrás. Diciembre de 2025

Tenía algo que decirte

Nico cree que Odilo es una buena persona. O, bueno, por lo menos eso es lo que aparenta cuando está con él. Sí, Odilo siempre se ha portado bien con él, siempre lo ha tratado bien. También es verdad que a veces se comporta de una manera extraña. Sí, a veces dice cosas que para cualquier otro no tendrían mucho sentido, aunque él sí que se lo ve. Sí, Nico siempre comprende qué es lo que Odilo quiere decir. De manera que esta vez también tiene que haber alguna razón para esto. Por más inesperado que haya sido. Y, en cierto modo, confuso. No, Odilo no siempre se expresa de la manera más clara. Y sin embargo…

A ver, es verdad que Nico tiene ciertas dificultades para relacionarse con la mayoría de la gente. No pasa nada, esto es algo que la tía Candela le explicó hace ya algún tiempo. Por lo visto, lo que él tiene es una especie de trastorno de la personalidad que le dificulta un poco las relaciones sociales. Pero tampoco es nada grave, ni mucho menos. Y, desde luego, no se trata de nada que haga de Nico una persona menos válida que ninguna otra. Esto también es algo que la tía Candela se ha asegurado de remarcarle un millón de veces. Aunque, la verdad, tampoco eran necesarias tantas, porque él ya se había dado cuenta.

De hecho, Nico sabe muchas cosas. Sobre todo, las relacionadas con los temas que más le interesan. Como la geografía. Y las historias de aventuras. Sus favoritas son esas en las que hay algún misterio que resolver. Y también todas esas otras que siempre cuenta la tía Antoñita. Que, a ver, Nico ya sabe que no es de verdad su tía. La tía es la hermana de tu madre o de tu padre, dos cosas que Nico no tiene, por cierto. Porque su madre se murió en un accidente de coche cuando Nico era muy pequeño, y su padre no sabe quién es. Pero a su tía Candela, que sí es su tía de verdad, le gusta referirse a Antoñita así, como la tía Antoñita. De modo que él también lo hace. Pero vamos, que no, que Nico no es para nada estúpido. Es más, alguna vez ha podido escuchar alguna conversación en la que su médico le comentaba a la tía Candela que, de hecho, se trata de un niño muy inteligente. Un poco distante y tal vez algo frío en sus reacciones, como tantos otros en su misma situación, pero muy inteligente. Lo que pasa es eso, que lo de las relaciones personales le cuesta un poco más. Presenta cierta falta de empatía, parece ser.

Por eso ahora le está resultando un poco difícil asimilar esto que le ha dicho Odilo. Lo entiende, eso sí. Pero… ¿de verdad?

92

En las entrañas de la bestia

El subinspector Veloso se ha quedado fuera, coordinando el operativo con las demás unidades que han llegado desde la comisaría de Monforte y también de la de Ourense, así como desde el puesto de la Guardia Civil en Sober. Por su parte, después de que Rubén Ogando le haya dado a Arroyo las indicaciones precisas para llegar al puesto de control desde donde podrá observar todo lo que ocurra a través del circuito cerrado de cámaras, Mateo, Santos y Laguardia han seguido al ingeniero.

Han atravesado el edificio principal para, luego de dejarlo atrás, seguir corriendo hacia el arco de la presa. Por fin ya junto al muro, han subido una pequeña escalera de hormigón y se han detenido junto a una puerta de aluminio.

—Está abierta —murmura el ingeniero con cara de pocos amigos.

—Y no debería —comprende Santos.

—Ni mucho menos. Mire —indica—, han reventado la cerradura.

—Pues entonces ya sabemos dónde está.

—No —ataja Rubén a Ana—. En todo caso sabemos que ha pasado por aquí. Pero, créame, ahí dentro las cosas no son tan sencillas. Estas galerías dan a distintos puntos. Atraviesan el arco

hasta salir al otro lado del río. Pero también descienden a la máxima profundidad, a las válvulas de desagüe del embalse.

—Eso parece peligroso —comenta Laguardia.

—Mucho. Pero no menos que la corona.

—¿La qué?

Rubén señala con la mirada hacia arriba.

—La corona —le repite a Santos—, la parte superior de la presa.

—¿Se puede subir desde aquí, tan abajo?

—Hay un ascensor en el centro del arco.

—Joder… Pues vamos —empuja Mateo—, ¡vamos!

Por fin dentro, la puerta enseguida da paso a un estrechísimo corredor de hormigón, que primero se hunde en línea recta hacia las entrañas de la presa para, al cabo de unos cincuenta metros, girar a la izquierda en una curva constante, húmeda y polvorienta, apenas iluminada por la luz de unos cuantos neones industriales y cubierta por una bóveda de cañón en la que dos personas tendrían dificultades para cruzarse sin tocarse. Mateo comprende que están siguiendo la trazada del arco.

—¿En qué parte de la presa estamos ahora? —pregunta.

—En su base, avanzando hacia el sector cero.

—¿El sector cero?

—El bloque central, inspector. Una zona muy delicada.

—¿Por?

Aún sin aminorar la marcha, Rubén tuerce ligeramente el gesto.

—En su parte más alta es donde se encuentra el control de los aliviaderos. No, no es el mejor sitio para que un par de intrusos se pongan a jugar con las palancas.

—¿Podría ser peligroso?

El ingeniero le devuelve una mirada incómoda a Santos.

—Una mala maniobra ahí arriba podría convertir a Ourense en la nueva Atlántida. ¿Cómo lo ve, le parece lo bastante peligroso?

—Joder, sí.

—Pues eso.

—Arroyo —llama Mateo por su *walkie-talkie*—. ¿Estás ya en el puesto de control?

—Sí, señor.

—¿Ves algo?

—Negativo, señor. De momento no aparece nada extraño en los monitores.

—De acuerdo. Avísanos si ves cualquier cosa.

El grupo sigue avanzando por la galería mientras ahora Mateo intenta que nadie se dé cuenta de la fuerza con la que se muerde el labio. No, no le hace ninguna gracia estar aquí dentro, apenas separado por unos pocos metros de hormigón de una fuerza de la naturaleza tan descomunal. Sin embargo, Rubén sí se percata.

—¿Claustrofobia, inspector?

Mateo está a punto de admitir que no lo está pasando bien. Pero no llega a hacerlo. Porque de repente el ingeniero se detiene en seco.

—Esperen —advierte, aún sin apartar la mirada del fondo de la galería.

—¿Qué ocurre?

—¿No oyen eso?

Mateo intenta afinar el oído, pero no logra identificar más que esa especie de rumores constantes que lleva percibiendo desde que han llegado. El del agua cayendo al otro lado del hormigón, el zumbido

eléctrico, grave, a través del hormigón. Y… Sí, espera. Sí, ahora le parece identificar algo más. La vibración de… ¿un motor?

—¡El ascensor! —grita Rubén—. ¡Alguien acaba de poner en marcha el ascensor!

Ogando echa a correr en dirección al origen del sonido, hacia el sector cero. Y todo el grupo lo sigue. De hecho, Santos no tarda en adelantar a Mateo y al propio Rubén.

—¡Odilo! —le grita al vacío—. ¡Detente, cabrón!

Cuando por fin llega al ascensor nada más tiene tiempo de ver el hilo de luz filtrada por las ranuras que desaparece presa arriba.

—¡Mierda! —maldice a la vez que pulsa los botones de la puerta.

—¿A dónde lleva este ascensor? —pregunta Mateo.

—¡Ya se lo he dicho! —muerde el ingeniero, también preocupado —. Al nivel superior. Al control de aliviaderos. Y de ahí a la corona.

—¿Hay alguna otra manera de llegar?

—Por dentro no, inspector. Tan solo nos queda esperar a que regrese el ascensor. Pero aún le queda un buen rato, la verdad.

—Joder… ¿Y no hay ninguna otra opción? ¿Qué pasa, que este ascensor no se estropea nunca?

Rubén encoge los hombros.

—Bueno —contesta de pronto—, están las escaleras de gato, claro. Pero son peligrosas. Un mal paso y la caída sería mortal.

—¿Dónde están? —pregunta Santos al instante.

—Ahí —le señala Ogando, indicando una especie de abertura en el hormigón por la que, en efecto, se ven los peldaños rudimentarios, hechos de acero retorcido, clavados a la pared—. Pero es una subida de más de cien metros. Y casi otro tanto de caída.

Por supuesto, Ana Santos ya ha comenzado el ascenso.

—¡Yo me encargo, jefe!

—De acuerdo. ¡Pero ten cuidado!

—¡Como siempre! —responde Santos a la vez que su cuerpo se pierde ya en la oscuridad del tubo.

—¿Y desde el exterior? —vuelve a preguntar Mateo—. ¿Es posible llegar a la pasarela?

—Sí, claro. Por la carretera superior.

—¿Lo has oído, Arroyo?

—Sí, señor.

—¡De acuerdo, pues avisa a Jacobo! Dile que dé la orden a sus unidades para que cojan la carretera esa y se dirijan a la pasarela. ¡Ya!

—A sus órdenes.

—Rubén, usted regrese al exterior y asegúrese de guiar a esas unidades para que nadie se nos pierda por el camino.

—De ninguna manera —rechaza con firmeza el ingeniero—. No sé si ustedes se dan cuenta del peligro que supone tener a alguien fuera de control en un lugar como este. Y, por favor, no me lo tomen a mal, pero no lo digo solo por el crío que lleva con él.

—¿A qué se refiere? —pregunta Laguardia.

—Me refiero —contesta Rubén, a la vez que pulsa con insistencia el botón de llamada del ascensor— a que ahí arriba hay una serie de controles manuales. Controles que, en manos inexpertas, pueden generar muchos problemas.

—Los aliviaderos —recuerda Mateo.

—Por ejemplo. Y a ese lado del muro —señala el ingeniero en dirección al hormigón— tenemos doscientos trece millones de metros cúbicos de agua haciendo fuerza por pasar al otro lado.

¿Entienden ustedes lo que eso significa? Una decisión incorrecta, un movimiento equivocado, y serían cientos de miles las vidas que podríamos llevarnos por delante.

Mateo asiente.

—De acuerdo, acompáñenos —concede al fin—. Pero manténgase en todo momento por detrás de nosotros.

Rubén vuelve a negar.

—No, inspector. Para alguien que no sabe qué tocar o, peor aún, qué no tocar, eso de ahí arriba puede ser el fin del mundo. Y, créame, si alguien mete la pata, yo soy la persona que usted querrá ver a los mandos.

Tiempo atrás. Diciembre de 2025

La claridad de las cosas reveladas

Además de inteligente y todavía un poco ingenuo, Nico también es una persona obsesiva. Por eso lleva días sin poder dejar de pensar en esto.

Odilo…

Vale, de acuerdo. Pero ¿y qué hace ahora? ¿Acaso es esta una de esas situaciones sobre las que su tía le ha advertido tantas veces? «Si alguna vez te ves atrapado en un problema del que no sepas cómo salir, habla conmigo. Cuéntamelo, yo siempre voy a estar aquí para ayudarte». Claro, igual esta es una de esas situaciones. ¿Entonces? ¿Debería decírselo a la tía Candela? Aunque ella siempre parece muy ocupada. Pero si no a ella… ¿A quién?

De pronto, el nombre se ilumina en su pensamiento: Antoñita.

Por supuesto, ¿cómo no se le ocurrió antes?

¿Por qué no recurrir a ella?

Sí, claro, esa es la opción correcta.

Al fin y al cabo, Antoñita se lo ha contado un millón de veces.

Claro, eso es.

Al final, en toda historia de misterio siempre acaba habiendo un hombre malo. Lo que jamás se habría imaginado Nico es que, en esta, la maldad estuviese tan cerca de él.

93

Entre el cielo y la tierra

Por fin arriba, Rubén es el primero en salir de la cabina. Y Mateo comprende su urgencia. El ascensor da directamente a un pequeño distribuidor, una sala de enormes ventanales sobre los aliviaderos de la presa, todavía abiertos. Una vez fuera también ellos, Mateo y Laguardia, echan un vistazo al resto del espacio. Pero no, aquí no hay ni rastro de Odilo ni, lo que es peor, de Nico. A ambos lados del distribuidor se pueden ver con toda claridad las seis enormes bocas abiertas de la presa, tres a cada lado de los ventanales, desde donde el río se precipita con fuerza al vacío. Ya ha oscurecido, y desde su posición apenas pueden ver demasiado, mucho menos el fondo del salto, pero el ruido del agua abriéndose paso a borbotones gigantescos resulta atronador, casi ensordecedor y, desde luego, nada tranquilizador. Con todo, Rubén se muestra más aliviado ahora.

—Parece que todo está en orden —murmura, aún sin apartar la vista de las casetas de control sobre cada uno de los aliviaderos.

—¿Cree que puede haber tocado algo?

—No —responde a la vez que niega también con la cabeza—, diría que no.

—Entonces tan solo ha pasado por aquí para escapar. Atento, Antonio, salimos a la corona.

Arrastrada por el río, la noche ha llegado a través del cañón hasta el embalse y, ahora, la gigantesca laguna de la presa está envuelta en la más sobrecogedora oscuridad. A un lado, el orientado al este, el agua refleja como en un ballet de sombras y ecos a través de la bruma todas y cada una de las luces del corredor sobre el muro. Al otro, el occidental, tan solo se advierte el bramido del agua, cayendo con fuerza hacia una oscuridad impenetrable. Mateo se acerca con cuidado a la barandilla exterior para comprobar que allá abajo, a casi ciento veinte metros de profundidad, el salto revienta en una explosión de espuma contra el hormigón del fondo.

—No se asome más —le advierte Rubén, que ahora también ha salido del puesto de control—. Aquí el suelo puede estar resbaladizo, y la caída sería fatal.

Mateo asiente a la vez que retrocede y se coloca de nuevo a salvo en la zona segura a este lado de la barandilla. Y, todavía con su pistola reglamentaria apretada entre las manos, mira a una y otra dirección. Pero no, Odilo no parece estar por ninguna parte.

—Arroyo —le murmura a su radio—. ¿Sigues ahí?

—Sí, señor.

—¿Lo ves?

—Negativo. Sigo rastreando los monitores, pero no se ve mucho, señor. Se trata de un sistema antiguo y con muy poca definición. Con esta luz es poco menos que imposible.

Mateo maldice para sí.

—De acuerdo. Pero permanece atento.

—Por supuesto, señor.

Todavía inmóvil en el centro exacto de la corona, en realidad una suerte de carretera estrecha que atraviesa todo el borde superior de

la presa, Mateo observa la oscuridad a uno y otro lado. A su espalda, el camino se prolonga unos ciento veinte metros más allá, en dirección a la margen norte del embalse.

—¿Hay algún tipo de salida en esa dirección?

—No —le responde el ingeniero—. Tan solo el dique norte.

—¿Ninguna forma de salir al exterior?

—En absoluto. En esa parte el cañón es muy abrupto, no hay escapatoria posible.

—¿Y por el río?

Rubén duda.

—Para nada aconsejable. Aunque el agua parezca tranquila, ahí delante ya estaríamos en la zona de succión de las turbinas. Aquí el río es muy profundo y, aunque no se vean a simple vista, las corrientes pueden ser muy peligrosas. Con los aliviaderos abiertos, el gobierno de cualquier embarcación resultaría complicado a menos de doscientos metros de la presa, tanto más si se trata de una pequeña. Y una caída al agua…

No es necesario que Rubén termine la respuesta. Mateo tiene la experiencia necesaria para saber que un buzo experimentado como los que tienen en la Policía Nacional o en la Guardia Civil tendría serias dificultades para bajar a más de treinta metros, cuarenta como mucho. Descender más allá de esos márgenes implicaría un alto riesgo de narcosis. No, una caída aquí supondría una muerte prácticamente segura.

Pero, maldita sea, si algo ha quedado claro a estas alturas es que Odilo conoce el terreno como nadie…

—La única salida posible —continúa el ingeniero— queda en esa dirección —explica apuntando al frente, hacia la margen sur—. Al

final del camino está el portal que da a la carretera.

—Bien —resuelve Mateo—. Usted espere aquí, nosotros nos encargamos. Antonio, tú avanza hacia el norte y yo iré hacia el sur. Arroyo —vuelve a dirigirse a su radio a la vez que echa a andar.

Sin embargo, esta vez Raúl no responde de inmediato.

—Arroyo —insiste.

Silencio.

—Raúl, ¿estás ahí?

—Un momento, señor.

—¿Qué ocurre?

—Un momento… ¡Está ahí! —exclama de repente—. ¡Ahí!, ¿lo ve? Lo tengo justo en el monitor sur. ¿Lo ve?

—¿Dónde?

—¡Justo delante de usted, señor! Acaba de salir del interior de una de las casetas sobre los aliviaderos. ¡Joder, señor! ¡¿Es que no lo ve?!

94

Flotar en medio de la nada más profunda

Al parecer, tan pronto como llegó al nivel superior, Odilo salió a la corona con Nico y corrió en dirección sur. Pero, inseguro, decidió esconderse en una de las casetas sobre los aliviaderos, donde están los controles de las esclusas, a la espera de ver qué hacía Mateo. De modo que ahora, al comprobar que el inspector se acercaba en su dirección, ha decidido salir de su escondrijo y echar a correr, llevándose con él a Nico.

—¡Alto!

Pero Odilo no responde a la orden. En lugar de hacerlo, ahora coge con fuerza al niño contra su pecho y corre con él hacia el sur. Lo cual, visto el lugar, es una idea de lo más peligrosa.

—¡Odilo! ¡Detente!

Por detrás de Mateo llegan ahora Laguardia y también Santos, que por fin ha alcanzado la corona por la parte más complicada.

—¡Señor, el niño! —advierte Laguardia, que también comprende el peligro.

—¡Lo sé! ¡Lo sé!

—¡Para, cabrón, para!

Pero no, tampoco esta vez Odilo responde a ninguna de las llamadas, ni a la de Mateo ni a la de Santos, tanto más directa y

explícita.

Odilo sigue corriendo, de hecho, con sorprendente agilidad, sobre todo para su edad. Con todo, Romano sabe que lo alcanzarán, por lo menos Ana Santos, que es con diferencia quien se encuentra en mejor forma de los tres. No, no es eso lo que le preocupa, sino lo que pueda pasar antes de que esto suceda.

Porque Odilo avanza sin ningún tipo de control o cuidado sobre una pasarela de apenas unos tres metros de ancho abierta entre dos flancos a cada cual más peligroso. Asfalto irregular, los raíles de la gigantesca grúa de la corona a cada lado, los bordillos de las aceras… Y unas barandillas de cemento tan antiguas como la presa misma, no excesivamente altas, sobre todo para un tipo de la estatura de Odilo. Perder el equilibrio hacia la izquierda supondría caer a un embalse sin fondo, donde ahogarse en las aguas del lago artificial apenas es la menos mala de las diferentes formas de morir ahí abajo. Pero perderlo hacia la derecha tampoco es mucho mejor, precipitados Odilo y, lo que es peor, Nico, en una caída al vacío de más de ciento veinte metros para que, una vez abajo, las seis trombas de agua aplasten lo que pueda quedar de ellos. No, nada de todo esto es bueno. Y sin embargo Odilo no deja de correr ni por un segundo.

—¡Odilo, para, por favor!

Y entonces sí, se detiene casi en seco.

No ha sido por ningún cambio de idea en sus planes, sino porque, ya metidos en la noche, algo ha venido a romper la oscuridad de la central. El destello azul e intermitente de las torretas de luz sobre los dos coches de policía que ahora avanzan desde el lado sur. La gente de Jacobo, que por fin ha llegado y ahora, ya fuera de los coches,

bloquean la salida de la corona hacia la carretera a la vez que lo encañonan con sus armas, protegidos al otro lado de las puertas abiertas de los vehículos.

—¡No! —grita Mateo al instante—. ¡Tranquilos! ¡Que nadie dispare!

Porque sí, ahora sí, Odilo se detiene en el centro del corredor, a medio camino entre Mateo, Santos y Laguardia al norte, y los dos coches de policía, que ahora le cierran el paso al sur. El problema es que, de pronto acorralado, Odilo parece dudar. Mira a uno y otro lado, nervioso, atrapado, a la vez que, para mayor preocupación de todos, aprieta con mucha más fuerza la cara de Nico contra su pecho.

—Tranquilos —vuelve a advertir Mateo—, que nadie dispare…

Silencio. Todos se han detenido, nadie se mueve.

A un lado, Mateo, un par de pasos por delante de Santos y Laguardia. Al otro, Jacobo, junto a cuatro policías nacionales, todos parapetados tras las puertas de los coches. Y, en el centro, Odilo, sin dejar de observar a uno y otro lado, aturdido y acorralado. Y con Nico en brazos, tan paralizado y seguramente asustado que apenas es capaz de apartar su cara del pecho del grandullón.

Es justo entonces cuando las cosas se complican un poco más.

De hecho, bastante más.

—¡Por qué nos hacéis esto! —grita Odilo con la expresión desencajada—. ¡Por qué no nos dejáis en paz!

—¡Nosotros no te hacemos nada, Odilo! —le responde Mateo—. ¡Eres tú el que le está haciendo daño a Nico!

—¡¿Yo?!

—¡Sí, claro! ¡Míralo! ¿No ves lo asustado que está?

Es en ese momento cuando Odilo vuelve a observar al niño. Pero de una manera extraña, como si lo viera por primera vez.

—Eso… ¡Eso no es verdad! —responde—. ¡Está conmigo! ¡Yo nunca le haría daño!

—¡Por supuesto que no, Odilo! ¡Pero este no es lugar para él! ¡Es en su casa donde debería estar! ¡Por favor, Odilo, déjalo ir! ¡No es más que un niño!

—¡Pues por eso mismo! —vuelve a gritar—. ¡Dejadlo en paz!

Y entonces, despacio, muy poco a poco, Odilo da un paso al frente. Pero no en dirección sur, por supuesto. De hecho, al ver que los coches que llegaban desde el otro lado le cortaban el paso, el instinto le llevó a intentar dar la vuelta, y todo se quedó a medio camino de nada. Y por eso ahora Odilo tiene a su espalda el embalse. Y, frente a él, la caída.

Y es en esa dirección en la que Odilo avanza ahora, acercándose cada vez más al borde. A la barandilla de cemento que separa la zona segura de la oscuridad.

—No, no, ¡no! —vuelve a gritar Mateo al adivinar las intenciones de Odilo—. ¡Detente! ¡Detente!

Pero Odilo no le hace caso. No hasta que sus rodillas tropiezan con la barandilla.

—¡Por el amor de Dios, no! —grita Mateo una vez más—. No lo hagas, Odilo. ¡No saltes!

95

Como animales muertos que nunca fueron nada

—Por qué nos hacéis esto —vuelve a lamentar Odilo, esta vez casi en un sollozo.

El problema está en que, a la vez que lo hace, con una mano no deja de apretar con fuerza a Nico contra su pecho mientras, con la otra, se aferra a la barandilla en el borde de la presa.

—Por qué no nos dejáis en paz…

Odilo murmura al tiempo que pierde la mirada en distintos puntos entre la oscuridad al otro lado de la barandilla y la nada mientras, por su parte, el pequeño se aferra con fuerza a su cuerpo. Con la cabeza por completo hundida en su pecho, apenas se le puede entrever un ojo. Pero a Mateo no le cuesta nada en absoluto adivinar el terror, el pánico que ahora mismo estará experimentando el niño. De hecho, de sobra entiende que prefiera mantener la cara hundida contra el pecho de Odilo. Separarse y mirar en otra dirección supone asomarse a la realidad de un escenario aterrador.

—Odilo, por favor, no hagas una locura.

Pero él sigue sin responder a ninguna tentativa de diálogo. Bien al contrario, Mateo se da cuenta de que el hombre asomado al borde parece encontrarse cada vez más alterado, aturdido. Como si

realmente no entendiera qué ocurre. Lo cual, por supuesto, no conlleva nada bueno.

Resulta evidente que, más allá del trastorno habitual que venga padeciendo, en este momento su cabeza, por completo desbordada, es incapaz de asimilar la gravísima complejidad de la situación a la que ha arrastrado a todos, por lo que ahora mismo es sobre Mateo sobre quien recae la mayor de las presiones. Urge el diálogo, pero sin dejar de tener en consideración en ningún momento la certeza de que una mala decisión, un movimiento en falso, podría conllevar el más fatal de los desenlaces.

—Odilo —vuelve a intentar Mateo—, escucha. Apártate de la barandilla. Deja a Nico en el suelo y no le hagas daño.

—Pero ¿por qué insiste tanto en que no le haga daño? —pregunta, visiblemente confundido—. ¿Yo? ¿Por qué se lo iba a hacer?

Es evidente que la percepción de la realidad por parte del hombre está más que alterada.

—No he querido decir eso, Odilo. Me refiero a que estáis en un lugar muy peligroso. Si dejas ahora que Nico se ponga a salvo, nadie te hará daño a ti.

Esta vez, a la confusión de Odilo viene a sumársele algo parecido a una especie de susto.

—¡¿Qué?! Pero ¡¿por qué me iban a hacer daño a mí?! ¡Yo no estoy haciendo nada malo! ¡Yo solo estoy protegiendo a mi sobrino!

Odilo baja la cabeza y se queda en silencio, sin dejar de observar a Nico. Como si esperase algún tipo de respuesta por parte del niño que, por supuesto, no se atreve ni a despegar la cabeza del pecho del hombre.

Es más, lo cierto es que, desde hace un buen rato, Nico no se ha movido en ningún momento.

En ninguno. Y por un instante Mateo siente una punzada en el pecho.

—Odilo, por favor, deja a Nico en el suelo para que todos podamos ver que está bien…

—¡Por supuesto que está bien! —responde Odilo, casi como si la duda le ofendiese—. ¡Está conmigo! En todo caso, sois vosotros los que queréis hacerle daño… ¡A los dos!

Mateo no comprende la respuesta.

—¿Cómo dices?

—¡Que nos dejéis en paz! —grita—. ¡Dejadnos en paz! ¡Nosotros solo queremos estar tranquilos! ¡Vosotros no debíais estar aquí!

Esta vez sí, Mateo comprende. «Vosotros no debíais estar aquí» es el mismo mensaje que le transmitieron al dejarle la piel de zorro en el coche.

—¡Lo sé, Odilo, lo sé! Pero las cosas no van así. ¡Con quien tiene que estar Nico es con su familia!

—¡Yo soy su familia! —estalla de golpe Odilo, ahora sí enojado—. ¡Soy su tío!

—¡Claro que sí! ¡Lo único que queremos es que nadie se haga daño! Por favor, Odilo, deja al niño en el suelo.

Pero el hombre parece no haber comprendido del todo la propuesta de Mateo. De hecho, nada más se limita a asentir con la cabeza, como si de alguna manera la advertencia de Mateo le diera la razón.

—¡Sí, eso es verdad! —grita—. ¡A Nico también le hicieron mucho daño!

—Claro, Odilo, es verdad —le responde Mateo, aunque nada más sea por intentar ganarse la confianza del hombre—. Y por eso no queremos que nadie le haga más daño, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Pues ahora eres tú el que lo está asustando, Odilo. ¡Yo sé que no es tu intención, pero le estás haciendo daño!

Es justo en ese instante cuando el enojo, tal vez incluso el espanto, se hacen fuertes en la expresión de Odilo.

—¡¿Yo?! ¡Claro que no! ¡Fue David! ¡Él fue quien le hizo daño de verdad! ¡Fue él quien mató a su madre! ¡Él! ¡Y Maseda también!

Esta vez sí, la respuesta de Odilo no hace sino desencajar a Mateo. ¿Qué es lo que acaba de decir?

—¿De qué estás hablando, Odilo?

—¡De la verdad! —responde a la vez que da una patada desesperada al suelo—. De la verdad. Yo estaba allí, ¡lo vi todo!

—¿Qué fue lo que viste?

—Vi cómo David mataba a Susana. Y después cómo él y Maseda la metían de vuelta en su coche. Y los seguí, ¿saben? ¡Los seguí! Hasta aquí mismo…

—¿Hasta aquí?

Odilo asiente en silencio.

—¿Qué fue lo que pasó?

Y entonces Odilo se mueve. Aún sin decir nada, el hombre gira sobre sí mismo para dar la vuelta y cruzar la estrecha vía desde el lado de los aliviaderos hasta el contrario, el del inmenso embalse, todavía con el niño en brazos.

—Vi cómo arrojaban su cuerpo al agua —responde—. Fue aquí —señala con el índice apuntando en dirección a la oscuridad de la

laguna—, aquí mismo. La tiraron al río, ¿saben? Como si fuera un animal muerto. Como si no fuera nada…

Silencio, solo interrumpido por más silencio.

—Y después se fueron. Ahí ya no los seguí. Pero no me hacía falta. ¿Para qué? Al día siguiente se enteró todo el mundo de que un coche se había caído al río cerca de Os Chancís. Pero yo ya sabía la verdad. Porque todo el mundo se cree que soy estúpido. Pero no lo soy, ¿saben? No, yo no soy estúpido. Esas dos malas personas se deshicieron del cuerpo de Susana aquí, y luego tiraron su coche al río para que todo el mundo pensara que había sido un accidente. ¡Pero yo sé que no lo fue! Yo sé que no…

—¿Y por eso los mataste?

Odilo clava sus ojos en los de Mateo. Casi con alivio, como si se alegrara de que por fin alguien lo comprendiera.

—Los matamos —lo corrige—. Antoñita sabía qué hacer con los hombres malos que se portaban mal con sus mujeres.

—Antoñita…

Es justo en ese momento cuando, por fin, Nico se mueve. Por el amor de Dios, menos mal. Mateo respira aliviado al comprobar que está vivo.

—Odilo, escucha, todo eso ahora da igual. Por favor, suelta al niño, y ya nos darás luego todos los detalles de lo que hiciste con David y con Maseda.

—¿De lo que hice? —La confusión regresa a la mirada de Odilo—. ¡No lo hice yo solo!

—Sí, sí —le contesta Mateo—, ya te hemos entendido. Pero ahora, por favor, suelta a Nico.

Odilo vuelve a buscar la mirada del niño, un poco más confundido a cada instante.

—Nico —repite a la vez que busca sus ojos—. Nico, diles la verdad, diles que tú y yo somos familia…

Y entonces, de repente, es el pequeño el que estalla.

—¡No! ¡No, no, no! ¡No! ¡Yo no soy tu familia! —exclama Nico, de pronto desbordado por un río de llanto e histeria—. ¡Tú y yo no tenemos nada que ver! ¡Yo quiero irme con mi tía! ¡Déjame, déjame ya! ¡Por favor, quiero irme a mi casa!

Odilo arruga la frente contrariado.

—Pero, Nico, tú y yo…

—¡Que no! —vuelve a gritar el niño—. ¡Tú y yo no somos nada! ¡Tú estás loco! ¡Déjame de una vez, loco! ¡Déjame!

Nico grita y llora por completo desconsolado, fuera de sí. Aterrorizado, empieza a revolverse, a dar patadas en el aire.

—¡Odilo, por favor! —lo vuelve a interpelar Mateo, preocupado por la cercanía al borde de la corona—. Suéltalo, te lo ruego. ¡Suéltalo de una vez!

Pero Odilo no reacciona. Tan solo se limita a observar al pequeño, todavía en sus brazos, como si de alguna manera su negativa le resultara por completo incomprensible.

—Yo…

—¡Tú y yo no somos nada!

—¿Nada? —repite el hombre.

Y entonces, como si por fin acabara de comprender algo en el fondo de su pensamiento, despacio, muy despacio, Odilo comienza a dejar al niño en el suelo.

—Nada…

Y lo deja.

Tan pronto como Nico se ve libre, echa a correr en dirección a Mateo, quien, aliviado, abre los brazos para recogerlo. Mientras se vuelve para entregárselo a Ana, tan solo tiene tiempo de escuchar un grito.

—¡No!

Es la voz de Jacobo, que echa a correr desde el otro extremo de la pasarela. Y sí, al comprender lo que está ocurriendo, Mateo, que poco a poco se había ido acercando a Odilo, también echa a correr hacia él. Pero ya es tarde.

Por más que se esfuerce, no llegará a tiempo.

Aprovechando la confusión generada por la carrera de Nico hacia los policías, Odilo ha dado un paso atrás y se ha colocado al otro lado de la barandilla. En el borde exterior.

—Yo solo quería proteger a mi familia. Pensaba que hacía lo correcto…

—¡No!

Y ya está.

Por desgracia, Mateo solo tendrá tiempo de rozar la mano de Odilo, justo después de que se haya soltado de la barandilla. Pero nada más.

Con el cuerpo casi asomado al exterior, apenas sujeto desde atrás por la fuerza de Jacobo, Mateo no puede hacer más que contemplar horrorizado cómo el cuerpo de Odilo se precipita hacia la profundidad. Primero el contacto con la superficie, el golpe. Y, a continuación, el hundimiento.

Odilo exhala todo el aire de sus pulmones, que ahora sale a borbotones de su boca para que, ya sin apenas resistencia, Mateo

pueda ver cómo se hunde en el agua, descendiendo sin pausa hacia el fondo del embalse. De hecho, la oscuridad solo tarda unos segundos en engullir el cuerpo, hasta convertirlo primero en una imagen difuminada, como la de un fantasma que poco a poco desaparece en las profundidades, y, al final, en pura negritud.

—No…

Pero ya no hay nada que hacer.

96

El desasosiego

Con la noche ya tan cerca de la madrugada, han pasado las horas suficientes para que la Guardia Civil de Sober haya traído a Candela hasta la presa para que pueda abrazar a Nico, quien, todavía conmocionado, apenas ha sido capaz de contarle un par de cosas al juez Bértolo.

También ha transcurrido el tiempo suficiente para que Jacobo y Laguardia hayan detenido a Antoñita en Lobios, no sin recibir por su parte toda una retahíla de protestas furibundas, insultos e incluso alguna que otra maldición fulminante.

Pero, con todo, en la presa aún flota en el ambiente esa sensación incómoda. El desasosiego, el estupor provocado por la reacción de Odilo. No, en ningún momento llegó nadie a considerar la posibilidad de que las cosas pudieran acabar así…

Casi al instante de la caída, Mateo intentó movilizar toda la ayuda posible. Pero enseguida comprendió lo intratable de la situación. Por más que tuviera ya mismo a los buzos de la Guardia Civil o de la Policía Nacional aquí, estos apenas podrían bajar a tres o cuatro decenas de metros de profundidad, como mucho. Y, con todo el esfuerzo, el fondo seguiría quedando a más de setenta metros desde ese punto límite. Sí, alguien le ha dicho que mañana rastrearán la

zona con submarinos teledirigidos. Pero Mateo sabe que es inútil. Si algo cae aquí, el río no lo devuelve jamás. El río jamás revelará el paradero del cuerpo de Odilo, como tampoco reveló nunca el de Susana.

Cansado, agotado, Mateo observa desde lejos cómo Candela abraza a Nico, envuelto en una manta térmica de los equipos de emergencias y todavía con el susto en la cara.

—Mírelo —murmura Santos a su espalda—. Pajarillo. Aún debe de estar muerto de miedo.

—No es para menos —asiente Mateo sin apartar la mirada del pequeño.

—Pues no sé cómo lo verá usted, jefe, pero yo diría que este no es lugar para un niño. Ni, si me apura, para su tía tampoco. Yo qué sé, llámeme loca, pero… ¿no cree que sería bueno que alguien los llevase de vuelta a su casa? Es casi medianoche ya, y los dos tienen que estar destrozados.

—Sí —asiente Mateo—, daré orden de que alguien lo haga.

A Santos se le escapa una sonrisa.

—Usted sabe que yo lo respeto tanto como lo quiero, jefe. Pero…

—¿Qué?

La subinspectora niega con la cabeza, aún sin dejar de sonreír.

—Hay que ver lo bobo que es usted a veces, jefe.

Y Mateo también sonríe al comprender.

—Venga —le susurra Santos, cómplice—, váyase. Yo me encargo de todo.

Por fin de regreso en Lobios, Mateo acompaña a Candela hasta el interior de la casa, aunque nada más sea para asegurarse de que el niño sigue bien cuando por fin lo meta en la cama. Pero, la verdad,

apenas es necesario. Por completo agotado, Nico se quedó dormido en los primeros kilómetros del trayecto, refugiado en el regazo de su tía. Y aunque ha sido Mateo el que lo ha cogido y lo ha llevado en brazos hasta la cama, el niño tan solo ha entreabierto un ojo cuando Candela lo ha arropado.

—No apagues la luz, tía.

—Tranquilo, cielo, te dejo la lamparita de pared, ¿vale?

Pero ya no hay respuesta.

Mientras Candela enciende la ligerísima luz de noche y entorna la puerta del cuarto de Nico, Mateo desanda el camino, de regreso a la puerta principal.

—Oye…

Él se vuelve, aún con la puerta abierta.

—¿Sí?

—Quería darte las gracias. Ya sabes, por…

Candela hace un gesto en dirección a la habitación del niño.

—No hay por qué. Es nuestro trabajo.

—Ya, lo sé. Pero aun así…

—No pasa nada, Candela, está bien.

—Siento mucho haberte hablado tan mal.

—Bueno, eso tampoco tiene importancia. Han sido días muy duros, todos estábamos muy nerviosos… No sé, supongo que yo también me dejé llevar por el estrés. Y, Candela, siento muchísimo todo lo que te hice entonces, cuando…

Pero ella le pone dos dedos sobre los labios para que no siga hablando.

—Ya está, Mateo. Ya está. Ahora lo importante es que Nico esté bien. Bueno, y tú también, claro.

—Claro…

Y por un instante ninguno de los dos dice nada. Tan solo se observan en silencio mientras Mateo baja el pequeño porche de la casa y Candela sujeta la puerta abierta. Hasta que es ella quien rompe el silencio.

—Oye.

—Dime.

—¿Por qué no te quedas esta noche y lo compruebas por ti mismo?

Y Mateo, por fin, deja correr una sonrisa de verdad.

Regresa al interior y, al otro lado, le cierra la puerta a la noche.

97

Por fin

En el silencio de la madrugada, Mateo contempla el cuerpo de Candela desnudo en la cama junto al suyo. Ella duerme desde hace ya un buen rato, pero Mateo es incapaz. Entre otras cosas, porque, después de tantos años de distancia, está aquí. Y ahora que por fin ha llegado este momento, Mateo no quiere que desaparezca. En silencio y con la mayor de las delicadezas para que ella no se despierte, Mateo aparta el cabello que cae sobre su hombro, acaricia su costado, busca el roce de su piel, nota su calor. Y, en silencio, sonríe. Porque se siente bien. Por fin.

De acuerdo, ha sido un día largo, y sí, Mateo sabe que tiene que dormir. Al fin y al cabo, cuando se despierte mañana, lo hará al lado de Candela. Sí, de acuerdo, Mateo se acomoda al calor de ella. La abraza por detrás y hunde su rostro en su cabello. Y, por fin, también él se deja ir.

Por fin, también él se deja ir.

También él se deja ir.

Se deja ir.

Se deja…

Pero no.

No, porque, en realidad, por alguna razón Mateo no logra dormir.

CUARTA PARTE

La verdad

98

Astillas en los párpados

Porque, en realidad, Mateo no logra dormir.

Se abraza con fuerza a Candela, que reacciona acercándose aún más a él al sentir su calor. Y Mateo hunde su rostro en el cabello de Candela. Pero no logra dormir. Se da la vuelta, se acomoda sobre el otro costado. Pero no logra dormir. Se vuelve bocarriba, cierra los ojos con fuerza. Pero no logra dormir.

Mateo no puede dormir porque cada vez que cierra los ojos vuelve a ver los de Odilo, clavados en los suyos a medida que su cuerpo se hunde en el agua, perdiéndose en la profundidad negra del embalse.

«Yo solo quería proteger a mi familia», había dicho antes de dejarse caer.

No puede dormir porque los párpados se le llenan de astillas al pensar en el cuerpo de Odilo, sumergido inmóvil bajo toneladas de agua, allá donde la luz no es ni siquiera una posibilidad.

No puede dormir porque Mateo odia este tipo de finales. No, en ningún momento quiso que la historia acabara de esta manera. La muerte nunca es una buena opción.

No puede dormir porque no se siente bien.

Y porque, de alguna manera, hay algo que se le clava.

Hay astillas en los párpados. En la conciencia. En la comprensión de las cosas.

Porque, a pesar de todo, hay algo que no encaja.

Es verdad que esta vez no han tardado en encontrar a los culpables. Ha sido incluso en cierto modo fácil. Antoñita nunca escondió su historia. Y Odilo… Pobre hombre. No, él nunca lo tuvo fácil. De hecho, una de las pocas cosas que pudieron deducir de las cuatro palabras que llegó a pronunciar Nico una vez a salvo es la razón por la que llegaron a ver a Odilo.

—Tenía mucha hambre —explicó el niño.

Al parecer, el hombre apenas había llevado comida para el cautiverio, y el pobre crío se moría de hambre. Al final, ese mismo día por la mañana Nico ya no pudo más, y le suplicó a Odilo que le diera algo de comida. Pero en la galería bajo la estación de tren de Santo Estevo no había nada, de modo que a Odilo no le quedó más remedio que salir a buscar algo que ofrecerle al niño. Y sí, claro, es cierto que se trata de algo básico, elemental. Algo que debía haber previsto. Pero también es verdad que Odilo había tenido que planificarlo todo con demasiada urgencia. Hasta la llegada de Mateo, Odilo había conseguido que las muertes de Álvaro Maseda y David Quiroga pasaran por accidentes. Pero, al fin y al cabo, sus capacidades son las que son. Bueno, eran… No, las muertes habían sido declaradas accidentales, por lo que ya no contaba con la intervención de nadie más, de manera que la llegada de Mateo hizo que se precipitase. Que cometiese errores de preparación primero y de cálculo después.

Y, sobre todo, de planteamiento.

Porque, como en su momento le habían preguntado Santos y Laguardia a Mateo, ¿por qué el niño? Sí, es verdad que, tal como él mismo explicó en la presa, minutos antes de saltar al embalse, Odilo mantenía un vínculo muy fuerte con Nico, a quien sentía como un miembro de su familia. Una obsesión, tal vez. No, desde luego, esa no era la mejor opción… Con toda seguridad, su intención nunca fue la de hacerle daño.

«Yo solo quería proteger a mi familia…».

No, en absoluto. De hecho, lo dijo varias veces, pidió que los dejaran en paz. A los dos. A él y a quien su cabeza reconocía de alguna manera como un semejante, porque los dos eran hijos de hombres despiadados que, con mayor o menor gravedad, en ningún caso habían tratado bien a sus madres. Señor, pobre gente…

Comenzando por Nico. Por favor, pobre crío. No solo había perdido a su madre, sino que ahora, además, acababa de conocer las circunstancias de la desaparición de la manera más salvaje posible. Pobre Nico…

De hecho, incapaz de conciliar el sueño, pero ahora también con el muchacho en su pensamiento, Mateo da la enésima vuelta. Y deja correr un suspiro fatigado. Es inútil, sabe que hoy no podrá dormir en toda la noche.

Mejor levantarse. Tal vez Candela tenga algo en la cocina que lo ayude a conciliar el sueño.

99

El ángel blanco

Mateo deja la cama con cuidado, recoge su ropa interior y una camiseta que ha ido a parar al suelo y, sin hacer ningún ruido, sale de la habitación.

De camino a la cocina, se asoma antes a la habitación de Nico y echa un vistazo a su interior. Al fin y al cabo, es mucho lo que el crío ha tenido que vivir en apenas tres días. Mucho más de lo que cualquier persona toleraría. Y Nico solo es un niño.

La puerta del cuarto sigue entornada, tal como Candela la dejó luego de arropar al niño en la cama, y la tenue luz de la lamparita de noche ilumina el cuarto, aunque nada más sea lo justo para que Mateo pueda ver que ahora Nico duerme a pierna suelta. Literalmente. En algún momento de la madrugada ha girado sobre sí mismo y ahora duerme bocabajo, con la cabeza en dirección a la puerta. Al menos parece descansar. A fin de cuentas, debe de estar agotado. Con cuidado de no hacer ningún ruido que lo pueda despertar, Mateo arrima un poco más la puerta y se aleja por el pasillo.

Un vaso de agua del grifo basta para calmar la sed, pero no la inquietud. Mateo da un par de pasos sobre la baldosa fría, observa la oscuridad del valle al otro lado de la ventana. Esta vez sí, fuera ha

empezado a nevar, y el impacto de los pequeños copos contra el cristal le provoca un escalofrío. Apaga la luz y sale de la cocina. Pero por algún motivo se siente aún demasiado inquieto como para regresar a la cama con Candela. De sobra sabe que no podrá dormir y lo único que conseguirá es despertarla. No, Mateo no puede dormir…

De vuelta en el pasillo, avanza en dirección contraria a los dormitorios. Hacia el salón.

En la chimenea frente al sofá todavía centellean las últimas brasas del fuego que Candela encendió la noche anterior, antes de que los dos acabaran en la cama. Apenas es un rescoldo, pero sirve para por lo menos ahuyentar la sensación de frío y ofrecer algo parecido a cierto refugio. Mateo entra en la sala y observa el espacio a su alrededor. La chimenea a la derecha, los ventanales sobre el valle al fondo y, a la izquierda, varios anaqueles de castaño convierten toda la pared lateral en una enorme estantería de piedra y madera, llena de libros, fotos, adornos y todo tipo de objetos.

Mateo enciende una de las lámparas de pie que hay junto al sofá en el que apenas unas horas antes volvieron a besarse y se acerca a la estantería, dispuesto a despistar la intranquilidad con un poco de curiosidad.

Al principio le cuesta identificar el sistema que rige el orden en que los libros se entremezclan con las demás piezas. Varios tomos de cocina, una colección de clásicos universales, atlas, adornos de medio mundo, libros sobre cócteles, la historia de la cerveza, la figura de un torso femenino en mármol, fotos de diferentes personas… Pero al cabo lo comprende: el orden no puede ser otro que el de la vida misma, pasando alrededor de la casa y su gente.

Mateo sigue observando toda esa vida, abarrotada en los estantes de la pared, hasta que, de pronto, una de esas fotos llama su atención.

Antes, mientras Candela y él estaban en el sofá, echó un vistazo rápido a esa misma estantería. Y sí, vio que había bastantes fotos. Pero no se fijó en ninguna en particular ni mucho menos identificó a nadie. Pero ahora…

De pronto sonríe, casi tan sorprendido como, en realidad, extrañado.

Porque ahí mismo, en uno de los estantes centrales, Mateo acaba de encontrarse con una foto ya con cierta solera. Los colores están un poco gastados, aunque no tanto como las apariencias. Al fin y al cabo, las dos personas que se observan a sí mismas en el centro de la imagen lucen un aspecto ya unos cuantos años atrás pasado de moda. Como de hace unas tres décadas, por lo menos. Pelo largo, pantalones rotos, camisetas de grupos que tuvieron fama en los noventa… Y, sin embargo, nada de esto parece importarles. Ajenos a la indiscreción del objetivo que les ha robado el momento, ellos se limitan a observarse el uno al otro y, contentos, sonreír.

Tan sorprendido como, en realidad, divertido, Mateo estira el brazo y toma el marco entre las manos. Y, de pronto, ahí están. Durante todo este tiempo, y por alguna razón que todavía no alcanza a comprender, Candela ha conservado una fotografía de ellos dos en el centro de su pequeño memorial particular.

Ahí están Candela y Mateo con poco más de dieciocho años, los dos asomados a la puesta del sol sobre el mirador de Os Chancís, con todo el esplendor del cañón, teñido de naranja, reflejado en sus ojos. Mateo sonríe al recordar aquel día y, con cuidado, casi con

delicadeza, vuelve a dejar el marco en su sitio. Con mimo, como si de alguna manera quisiera que nada desde el presente pudiese alterar la felicidad patente en la imagen.

Acomoda el marco de vuelta en el lugar que ocupaba en el estante y está a punto de seguir avanzando cuando, de pronto, cae en la cuenta de algo.

Un momento.

Un momento…

Puede que él todavía no se haya dado cuenta, pero su cerebro sí. Espera, espera un momento. ¿Qué es eso?

Mateo vuelve a coger el marco, pero esta vez no es para ver la foto, sino para asomarse a lo que sea que hay detrás. De hecho, casi al instante, lo deja a un lado y se fija en los libros que acaban de quedar a la vista, hasta ahora ocultos tras la fotografía. Y sí, en principio podrían parecer más de lo mismo. Un par de ejemplares viejos, de la historia del valle, sobre vino, una antigua guía de viajes. No, nada especial. De no ser por el que queda justo en el centro del espacio que hasta entonces ocupaba el marco. Y sí, ese es el que ha llamado su atención.

Nada más se le ve el lomo, pero lo desgastado de su piel basta para adivinar que debe de tratarse con toda seguridad de uno a todas luces mucho más antiguo que cualquier otro en toda la modesta biblioteca.

Delgado, parece encuadernado a mano en piel de animal y es, desde luego, pequeño. Tanto como para quedar por completo oculto por la fotografía.

Mateo acerca la mano despacio y lo saca al instante de su escondrijo.

Y entonces vuelve a sentir ese estremecimiento. El escalofrío en la columna dorsal, la certeza de que las cosas acaban de complicarse de forma terrible. E irreversible.

Porque tan pronto como lo tiene en las manos, Mateo comprende que, en efecto, este no es un libro más. Lo sabe, en el fondo ya sabe qué libro es… Pero, por si acaso, retrocede. Desanda el camino hasta la puerta y, por seguridad, enciende los halógenos del techo.

De pronto, el torrente de luz lo alumbra todo, más allá incluso del salón. Y Mateo puede revisar el libro con seguridad.

En efecto, se trata de una pieza encuadernada en piel de animal, solo Dios sabe cuántos siglos atrás. En la cubierta luce una ilustración grabada a fuego sobre la piel oscura. Un pentáculo flanqueado por las figuras de dos ángeles, ambos con una vela en cada mano. Visto de canto, enseguida nota que varias de sus páginas están marcadas. No, maldita sea, no…

Abre el libro por una de esas páginas y, muy a su pesar, lee.

Por el amor de Dios…

En la página marcada por la que Mateo ha ido a abrir el libro todo son recetas para el tratamiento de distintos males y dolencias elaboradas con productos naturales.

Hierbas, plantas, venenos…

Estramonio, belladona, beleño…

Tejo.

Por favor, no.

Lo abre por otra página, y ahí están. Señales de protección.

Otra de las páginas marcadas, y…

A Mateo casi se le cae el libro al suelo.

La buena muerte.

Horrorizado, comprende.

Esto que ahora tiene en las manos no es otra cosa que *El Libro de los Ángeles*.

El mismo libro del que Antoñita le había hablado.

El que en su momento trajo Papá Felipe.

En el que Mamá Dolores aprendió a consultar las artes negras.

El de las brujas más peligrosas de todas.

El de las grimonias.

El desaparecido.

Y, entonces sí, por más que Mateo no quiera hacerlo, por más que ni siquiera quiera verlo, la última de todas las piezas, la que faltaba para no dejarle dormir, encaja, lentamente y por sí misma, en su lugar.

Y, por fin, Mateo comprende.

—¿Qué haces?

No la ha oído acercarse. El movimiento de Mateo primero y la luz que se colaba a través del pasillo después han acabado por despertar a Candela, que ahora se ha levantado y también se ha acercado al salón. No la ha oído acercarse… Pero eso ahora da igual. A la vez que cierra el libro y vuelve a levantar la vista, los ojos de Mateo se encuentran con los de Candela, inmóvil en la puerta.

—Has sido tú —murmura Mateo, todavía perplejo—. Siempre has sido tú…

—¿Que he sido yo? —pregunta, aún tan somnolienta como extrañada—. ¿De qué me hablas?

—El libro —le responde—, está todo aquí. Los remedios, los envenenamientos, las muertes… Y lo tenías tú. Tú fuiste quien se lo llevó.

Esta vez sí, Candela extraña la expresión hasta confundirla con una mueca de preocupación.

—Pero ¿qué dices? —pregunta desconcertada—. ¿De qué libro me hablas?

—De este —le enseña Mateo, levantándolo en el aire—. De *El Libro de los Ángeles*.

Cada vez más aturdida, Candela da un par de pasos adelante, en dirección a Mateo. Ahora es ella quien lo coge entre las manos y lo observa con la misma perplejidad con la que alguien se acerca a un bulto muerto en medio de la carretera. Lo abre, lo examina, una página, otra. Pero la expresión sigue siendo la misma. Extrañeza absoluta.

—Mateo, no sé qué es lo que crees haber descubierto. Pero yo no he visto este libro en mi vida.

Él niega en silencio, incómodo. Maldita sea, no quiere tener que enfrentarse a esto.

—Candela, por favor…

—¡Ni por favor ni nada! —se revuelve, de pronto determinada, casi incluso ofendida—. ¡Te digo que yo no he tenido este libro en mis manos en mi vida! ¿De dónde lo has sacado?

Hay algo en la reacción de Candela que lo pilla por sorpresa. Es el reflejo de una actitud que a él le resulta reconocible en ella. La determinación, el rechazo frontal ante la mentira. Esta vez es a él a quien golpea la incertidumbre y, todavía desconcertado, se vuelve de medio lado y señala con el dedo el hueco en la estantería.

—¿Quieres decir que estaba ahí?

—Sí —le responde Mateo—, escondido detrás del marco con nuestra foto.

Pero entonces Candela no responde. En lugar de hacerlo, se limita a dar un par de pasos hacia la estantería. Hasta detenerse ante el estante.

Echa la mano al hueco abierto y a continuación se la lleva a los labios. Cuando se vuelve de nuevo en dirección a Mateo, el enojo ha desaparecido de su mirada y, en su lugar, ahora es otra emoción muy diferente la que invade su expresión.

—¿Estaba aquí?

Mateo asiente en silencio.

—Dios, no…

—¿Qué ocurre?

Silencio.

—Mateo, ese libro no es mío. No he sido yo quien lo ha puesto ahí.

Mateo niega con la cabeza, desconcertado.

—Pero no entiendo. Si no has sido tú, entonces…

Y en ese instante, de golpe y con toda la brutalidad, Mateo comprende. Justo a la vez que, horrorizada, Candela se tapa la boca con las manos. Justo a la vez que ambos llevan sus miradas en otra dirección. Hacia el pasillo. Hacia el fondo del corredor. Al fin y al cabo, esa es la verdad: en esta casa siempre ha habido alguien más. Alguien que siempre ha estado ahí. Escuchando tras cada puerta, observando, midiendo en silencio. Alguien demasiado pequeño para que se lo tenga en consideración. Pero capaz.

En efecto, al fondo del pasillo la luz vuelve a estar encendida en el cuarto de Nico.

Tiempo atrás. Apenas una semana antes

La ira de los ángeles

Al parecer, las Navidades pasadas Odilo ya no pudo más. Sentía que llevaba algo dentro, algo que debía compartir con él. Y se lo dijo. Todo. «Tú no lo sabes, pero yo sí sé quién es tu padre. Y también por qué no tienes madre. Yo estaba allí, yo lo vi todo». Él lo había visto todo… Pero, como no sabía cómo manejar esa información, Odilo siempre optó por callar. Hasta que un par de años atrás, Antoñita decidió que los dos eran ya lo bastante mayores como para empezar a contarles otro tipo de historias.

Primero les habló de la buena muerte. Sí, aquello fue el día que Nico cumplió los doce años. Pero, para su sorpresa, Antoñita no tardó en ver que aquel tipo de historias no solo les gustaban, sino que, incluso, las dos criaturas pedían más. Sobre todo Nico. De modo que la mujer decidió ir un poco más allá. Al fin y al cabo, esa era la historia de su familia, de su casa. De las mujeres que habían vivido, obrado y ayudado a otras antes que ella. ¿Por qué no hacerlo?

Y así fue como en la cabeza de Odilo y, sobre todo, en la de Nico se fue configurando aquella macabra arquitectura, la de cómo tratar a los hombres que no sabían querer a sus mujeres.

De hecho, probablemente este descubrimiento, esta revelación, también le aportara a Odilo la base para terminar de gestionar aquella información que guardaba desde tantos años atrás y que, ahora por fin, comprendía. Exacto, eso era, el verdadero vínculo entre ellos dos, entre Nico y él. No solo eran familiares de sangre, sino, de algún modo, algo más: hermanos de dolor. Y así, por fin, se decidió a compartir con él todo lo que sabía. Por fin, después de tantos años.

Por supuesto, una vez que, gracias a Odilo, Nico completó su conocimiento de la historia, el siguiente paso era obvio: no podía ser otro que el castigo. Para todos. Por obra, por colaboración. Y, llegado el momento, también por omisión.

Por desgracia para Odilo, lo que él no sabía era que Nico también contaba con el conocimiento necesario para ejecutar esa penitencia hasta el último detalle.

Hasta el último…

Porque Nico es una persona muy inteligente. Y, de hecho, una de las principales características de una gran inteligencia es, justo, una gran curiosidad.

Si había algo que desde siempre había fascinado a Nico, eso era sin duda las historias que le contaba Antoñita. Y siempre quería saber más. Más, más, más. Todo.

Una vez, Antoñita le habló de *El Libro de los Ángeles*, uno más de los que se guardaban en la vieja capilla de los Ángeles. Al fin y al cabo, ¿quién se iba a fijar en ninguno de todos aquellos libros, viejos y polvorientos? Nadie… Y Nico jugaba con ventaja.

Porque los niños en las aldeas son como ratoncillos de campo. Todo el mundo sabe que están ahí, pero nadie se preocupa por sus

movimientos. Al fin y al cabo, ellos son niños, inocentes e inofensivos, y esto es una aldea. Un lugar seguro, donde nada malo les puede pasar. No, en las aldeas nadie repara en los movimientos de los niños, como nadie cartografía el vuelo de los gorriones. Nico es un niño, un crío, apenas un muchacho. ¿Quién se va a fijar en si entra o sale de cualquier finca, de cualquier prado, de cualquier iglesia?

Fue así, llevado por la curiosidad, que una vez, hace algo más de un año, Nico se coló una tarde en la capilla de los Ángeles. Para cuando volvió a salir, nadie se dio cuenta de que llevaba bajo el abrigo *El Libro de los Ángeles*. Porque, en realidad, nadie había para verlo.

Ya a solas en casa, en tardes en las que no había nadie, o en noches a la luz de la pequeña lámpara de enchufe, cuando todos pensaban que dormía, Nico se leyó todas y cada una de las páginas, cada receta y conjuro recogidos en el libro.

Es cierto que al principio le costó un poco, pues estaba escrito a mano y, además, en un lenguaje un poco inusual. En castellano, sí, pero uno extraño, entre viejo y raro. Pero si algo caracteriza a las personas como Nico, además de su inteligencia y su curiosidad, es su capacidad para la concentración, su tenacidad, su perseverancia. Su determinación. De modo que apenas un año después Nico ya había conseguido descifrar hasta la última palabra. Conocía el libro de memoria, página a página, y no quedaba ni un secreto de esos mismos ángeles que Nico no comprendiera ya.

Llegado el momento ya no había nada que se interpusiera entre la sabiduría del libro y la lógica aprendida en las historias de Antoñita.

Nico tenía el conocimiento y Odilo la fuerza necesaria para llevar a cabo el castigo. O, por lo menos, dos tercios de este.

Y así lo hicieron.

Entre ambos acabaron con las dos personas que, al final, los habían convertido en hermanos de dolor, como Odilo le había descrito. Él conocía el terreno, sabía cómo entrar y salir de cada lugar sin ser visto si no quería serlo. Y Nico sabía cómo aplicar las soluciones en cada situación, de manera, sobre todo, que siempre pareciera que todo había sido un accidente.

Y así, una vez aplicados los castigos merecidos, todo volvió a quedar en orden. Aunque nada más fuera a la espera de las condiciones adecuadas para la resolución definitiva.

Pero entonces, una tarde de domingo, apareció un nuevo personaje. Un antiguo novio de la tía Candela. Uno que, como el mismo Nico le oyó decir el día que lo vio por primera vez, en Lobios, sabía que las muertes no habían sido accidentales. Uno que, tal como el mismo Odilo confirmó asustado apenas unos días más tarde, era policía.

De modo que urgía un nuevo movimiento. De hecho, y si Nico manejaba bien la situación, podría ser el definitivo. De acuerdo, que se notase quién era el inteligente aquí…

Porque, para mayor sorpresa de Nico, la primera preocupación de Odilo resultó ser él mismo. Al parecer, lo que más perturbaba a Odilo era que este policía amigo de Candela descubriera todo lo que Nico había urdido hasta entonces y, en consecuencia, acabara llevándoselo. De hecho, en realidad fue a Odilo a quien se le ocurrió la idea original: marcharse, desaparecer los dos juntos. Cuando Nico le dijo que aquello era un disparate, que nunca llegarían lejos, fue

también Odilo quien, en un arranque de genio y determinación, pretendió imponerse. «Pues si no quieres venirte por las buenas —le dijo muy serio—, igual me obligas a llevarte por las malas». Y entonces, de pronto, Nico lo vio con claridad… Eso era: en el encuentro de la llegada de Mateo con la ingenuidad de Odilo estaba la solución. Si el amigo de su tía había venido buscando un culpable, pues entonces Nico se lo daría.

En realidad, y una vez descubierta la verdad, en la cabeza de Nico Odilo siempre había sido la tercera víctima. Quizá la más inocente, es verdad, pero no por ello exenta de responsabilidad. Porque, a fin de cuentas, él también se había condenado al conocer la verdad y, sin embargo, habérsela ocultado durante tanto tiempo. De modo que, una vez identificada la ocasión, Nico incluso se alegró al entender que, ahora por fin, todo volvería a quedar en equilibrio. Al fin y al cabo, ya se sabe lo que dicen en los pueblos: siempre tocan a muerto de tres en tres.

Ahora ya tan solo se trataba de diseñar un plan en el que todo apuntara hacia Odilo. Y sí, la idea del secuestro tal vez no fuera tan disparatada. Siempre y cuando todo discurriese de la manera en que a Nico le convenía, claro.

Lo primero, por supuesto, era asegurarse de dejar las pistas necesarias para que todos pudieran ir siguiendo el rastro al ritmo oportuno.

Así, fue Nico quien dictó a Odilo la nota para que después la dejase en las escaleras de la tía Candela, donde de sobra sabía que la encontraría al salir a fumar, como cada noche. También fue él quien impostó la voz para llamar a la Guardia Civil desde el teléfono

de Odilo, del mismo modo que aprovechó para dejar sus propias gafas en la casa que había sido de Sara Moure, la madre de Odilo.

Y sí, también fue él quien sugirió la presa como el escondite final perfecto.

Porque sabía que Odilo se había colado allí dentro un millón de veces, tal como él mismo le había contado. Pero también porque entendía que ese era el lugar ideal para, llegado el momento, desprenderse de Odilo antes de que nadie más descubriera lo que realmente estaba ocurriendo.

De hecho, lo cierto es que urgía hacerlo ya, antes de que el grandullón volviera a tomar la iniciativa. Como cuando se le ocurrió lo de dejar una piel de zorro en el coche de Mateo. Por favor…

Odilo le había explicado que se trataba de una advertencia para que el inspector —de quien se acababa de enterar por Antoñita que era policía— dejara de meter las narices donde nadie le había dicho que las metiera. Por un instante Nico sintió el impulso de estrangularlo con sus propias manos, y si no lo hizo fue porque no tenía la fuerza necesaria y, sobre todo, porque sabía que algo así solo habría complicado las cosas aún más. Sí, Odilo podía echarlo todo a perder en cualquier momento. Y aunque en su primera idea había considerado la opción de envenenarlo como a los dos anteriores, ahora comprendía que, si manejaba bien sus cartas, todo podía acabar mucho antes y con Odilo inculpado e incluso sacrificado ante los ojos de todos.

Así pues, conocedor de la importancia que los vínculos familiares tenían para el grandullón, llegado el momento oportuno Nico tan solo tuvo que alimentarlos y excitarlos un poco más para, en el instante preciso, destrozar ese vínculo.

«¡Yo no soy tu familia! ¡Tú y yo no tenemos nada que ver!». «¡Déjame, déjame ya!». «¡Tú y yo no somos nada! ¡Tú estás loco!».

Nico sabía de sobra que Odilo no lo soportaría. Aun así, y por si acaso, se pasó todo el tiempo que mantuvo su rostro hundido en el pecho de Odilo murmurándole una y otra vez las mismas palabras. Sembrándole una idea. «No nos van a dejar salir», «Tú sabes nadar muy bien, siempre has sabido», «No hay más salida que el río». «Salta, salta, salta…».

Y Odilo saltó.

Y todo acabó bien para Nico.

Aunque, en realidad, no por el motivo que él pensaba…

Porque, satisfecho, Nico creyó que Odilo saltó llevado por el dolor que él le acababa de provocar. Pero no.

Porque como el propio Odilo había advertido tantas veces, por más que todo el mundo creyese que era estúpido, en realidad no lo era. En todo caso, tan solo era un buen tío, ahora sí, decidido a proteger a su sobrino. Hasta las últimas consecuencias…

Odilo saltó al río, sí. Pero tan solo para que, por fin, todos tuvieran un culpable.

100

La verdad

Tan pronto como Candela entra en la habitación, todavía con la expresión desencajada, lo primero que encuentra es la mirada de su sobrino. Inocente, casi asustado.

—¿Qué… qué has hecho, Nico?

Pero el niño no responde. En lugar de hacerlo, se limita a incorporarse hasta quedar sentado en la cama, tirando del edredón contra su pecho, casi a modo de armadura.

—Yo no he hecho nada, tía.

La respuesta de Nico apenas pasa de ser un balbuceo temeroso, desamparado. Pero conoce bien a su sobrino. O quizá no tanto como bien, por lo visto, pero sí lo bastante como para identificar la mentira en el fondo de sus ojos.

—No pretendas engañarme, Nico… Dime la verdad, por favor, ¿qué es lo que has hecho?

—Nada —vuelve a murmurar, casi en un sollozo desvalido.

Pero, para su sorpresa, esta vez es Candela quien estalla.

—¡Que me digas la verdad! —le grita a la vez que se abalanza sobre él y lo coge por los brazos para sacudirlo—. ¡Dime qué has hecho!

—¡Nada! —repite—. ¡Yo no he hecho nada!

—¡Mentiroso!

Y entonces, sin previo aviso, Candela le da un bofetón con la mano abierta que lanza al niño contra su costado derecho.

—¡Candela, por favor!

Es Mateo quien se arroja ahora sobre ella, aunque nada más sea para intentar contenerla.

—¡Qué has hecho! —le vuelve a gritar a su sobrino—. Qué has hecho…

De pronto rompe a llorar. Parece haber perdido por completo el control y ahora solloza con la cara hundida en el pecho de Mateo.

Todavía con el cuerpo de Candela abrazado con fuerza a él, Mateo busca la mirada del niño. Y, para su sorpresa, a pesar del bofetón que acaba de recibir, de repente Nico parece estar más furioso que dolorido. Y Mateo no puede sino extrañarse ante la expresión del joven.

—¿Y tú por qué me miras así? —le pregunta Nico, de pronto desde una voz casi desafiante.

Pero Mateo no responde. Tan solo le mantiene la mirada.

—¿Qué pasa? —insiste el niño—. Decidme, ¿qué es lo que os parece tan horrible?

Es entonces cuando Candela separa su rostro del pecho de Mateo y observa de nuevo a su sobrino.

—Por el amor de Dios, Nico. ¿Cómo has podido hacer algo así? Te hemos dado todo el amor posible. La abuela, yo…

—¿Y por qué te escandalizas tanto, entonces? —vuelve a preguntar el niño—. No he hecho otra cosa más que lo que me enseñasteis vosotras.

—Pero ¡qué dices!

—¡La verdad! ¿O es que ya no te acuerdas, tía? La abuela fue quien mató al abuelo. Antoñita viene de una familia en la que esto es lo que se hacía. Y tú…

—¿Yo qué? ¿Qué pasa conmigo?

—¿Cómo que qué pasa contigo? —replica Nico, como si de verdad no entendiera la pregunta—. Os oí hablar muchas veces, tía, a ti y a la abuela. Sé que contigo tampoco se portaron bien. Es más, tú no puedes tener hijos, ¿verdad?

Candela horroriza aún más su expresión.

—Nico, por el amor de Dios, no…

Pero el niño ya no se detiene por nada.

—Y los dos sabemos por qué.

—Nico, por favor, ¿qué es lo que estás diciendo?

—¡Que es culpa suya! —estalla de repente a la vez que señala a Mateo—. A ti también te trataron mal, tía. ¡Y fue este señor! Fue él —insiste—, él es la razón por la que nunca tendrás hijos. ¡Os oí a la abuela y a ti muchísimas veces! Y, sin embargo, ahora…

Silencio.

—Dime, tía, ¿por qué has tenido que meterlo en nuestra casa? ¡Este hombre no es bueno! —grita—, ¡no lo es!

Candela está por completo desgarrada.

—Nico, por favor…

—¡No! —la interrumpe—. ¡No! Los hombres que no son buenos con las mujeres están condenados. ¿Lo entiendes? Condenados. Y además…

Nico se detiene por un instante, a la vez que mira a uno y otro lado, como si estuviera procesando algún tipo de respuesta.

—Además —retoma—, esta vez se trataba de mi madre. Dime, tía Candela, ¿qué habrías hecho tú?

EPÍLOGO

El mar

La tristeza de Mateo

Ha pasado más de un mes desde aquella noche en Sober. Desde que Odilo desapareció en las aguas negras y profundas del cañón para no volver jamás. Desde que Nico les mostró a todos lo brutal de la lógica que regía su mundo.

Desde que Candela y Mateo vieron cómo toda aquella vida que apenas unas pocas horas antes parecía abrirse ante ellos saltaba por los aires.

Se hace tarde ya. Tal vez para todo.

De regreso en Vigo, y aunque por momentos la ciudad se viste de algo que parece anunciar la primavera, todavía hace frío, y una figura envuelta en una parka se recorta contra la barandilla del mirador, en el paseo de Alfonso XII. El sol se pone ya por detrás de las islas Cíes y abajo, más allá del puerto, la ría parece una balsa de aceite. Mateo se limita a observar el paisaje en silencio. Qué diferente se ve el mundo desde aquí. Tranquilo, recogido. Casi protector.

Y sin embargo…

Es curioso cómo tantas veces podemos esconder bajo capas de aparente serenidad una fractura tan profunda en nuestro interior. A estas alturas, Mateo siente que en su alma ya no hay sitio para un roto más.

Pero…

Inmóvil ante la puesta del sol, Mateo piensa en lo mucho que le gustaría regresar. Abandonarlo todo, dejarse ir. Y perderse para siempre entre los brazos de Candela como quien se deja abrazar por todo un océano.

Pero no puede. No puede ser…

Al ser menor de catorce años, a Nico no le va a pasar nada. En absoluto. Pero también es cierto, bien al contrario de lo que todo el mundo dice, que la verdad los ha hecho miserables. A Candela, a Mateo. A ellos.

Porque más allá de aquellos marcadores que habían servido para diagnosticarle cierta psicopatía a Nico en su primera infancia, la realidad ha resultado ser mucho más devastadora.

Y todo junto ha sido demasiado. ¿O cómo se recupera alguien de semejante epifanía? No, en estas condiciones no hay salvación posible, ni tan siquiera esperanza. Ni tampoco convivencia ni relación. A veces, la realidad es tan brutal que su compañía resulta insoportable y cada uno ha de seguir camino por su lado.

Por lo menos, su declaración sí ha servido para exculpar a Antoñita. Tal como también ha dejado claro el niño, su implicación nada más llegaba a convertirla en inspiradora, por decirlo de algún modo, pero nada más.

Tan solo brutalidad, tristeza y, al final del camino de regreso a casa, soledad.

Al fin y al cabo, algunos de nosotros nacemos con ese sino. Da igual lo mucho que intentemos corregir nuestra derrota, tampoco importa cuánto deseemos cambiarla, nuestro camino no es otro que atravesar la vida en soledad. Algo que, de hecho, Mateo debería haber aprendido ya de su propio padre. Un hombre triste y solitario,

sometido a juicio por sí mismo y temeroso de su propio veredicto de culpabilidad al que nada más el miedo llevó a recuperar el contacto, pero que enseguida volvió a mostrarse como lo que en realidad siempre había sido. Un pobre hombre, un fantasma de mala sombra, tan solo guiado por la angustia y el dolor. Tan pronto como todo se resolvió cesó el contacto entre él y Mateo, y no, desde entonces no han vuelto a hablar. Ni lo harán. Al fin y al cabo, hay decepciones de las que uno no se recupera jamás. Tal vez, de hecho, por ambas partes.

Al final, quizá tuviera razón el poeta y, sí, haya ríos que van a dar en la mar, que es el morir. Pero también es verdad que hay otros, como aquel que se llevó a la madre de Nico, que nunca harán otra cosa que arrastrarnos al fondo. Y, entonces, ya no hay más opciones posibles. Nadar o morir. Y ambas en soledad.

Es tarde ya, quizá para todo. Por si acaso, Mateo se sube el cuello del abrigo, en busca de un poco más de calor, aunque nada más sea eso, un poco, lo justo ante lo que sea que pueda venir, y echa a andar por la calle Elduayen abajo. Quién sabe, con un poco de suerte tal vez aún no sea tarde para una caña y un par de empanadillas en el bar Carballo.

Quién sabe, con un poco de suerte tal vez aún quede algún tipo de refugio en el mundo para aquellos para los que la vida tan solo es una enfermedad con muy mal pronóstico.

Quién sabe…

Agradecimientos

A veces me pregunto si alguien en alguna ocasión sentirá curiosidad por conocer todo cuanto hay detrás de una novela. Por la parte que me toca de manera exclusiva, podría contar muchísimo acerca de las interminables sesiones de documentación, de investigación, de contraste, de confirmación… Montañas de compañía y páramos de soledad separados por un itinerario de viajes sin fin, kilómetros de carretera, billetes de tren, millas aéreas, acantilados, vacas y cañones. Y siempre con una única meta en el pensamiento: conseguir que, llegados a este punto, al otro lado de la lectura alguien sienta que el viaje ha valido la pena.

Esa ha sido siempre mi intención, y si de alguna manera lo he logrado, es de justicia señalar que, una vez más, esta es otra de esas novelas cuya existencia sería por completo imposible de no ser gracias a la ayuda y la colaboración de un gran censo de personas buenas y generosas que me ayudaron a convertir la historia de todas aquellas mujeres bravas y valientes en esta novela.

Así, lo correcto es comenzar esta vez dándoles las gracias a los hermanos Castro Vicente, Cástor y Félix, que fueron los primeros en contarme que hay una mujer en Lobios que dice que… ¡Os debo otra ronda! Por supuesto, a esa están invitadas también Isabel y Soco, que nunca dejan de empujar incluso cuando el cansancio se alía con el desánimo para convertir la meta en una idea borrosa. También, y

de manera muy especial, le queda una cena pagada a Conchita Jácome, que me abrió la puerta de su casa en todos los sentidos, desde la cocina hasta la memoria familiar más íntima. En buena medida, la que aquí se narra quiere ser un homenaje a la historia y la memoria de su familia, hombres y, sobre todo y muy especialmente, mujeres sabias y valientes que se dejaron la piel por ayudar a sus vecinas. Y, antes de que nos cierren también este bar, que alguien le ponga un vino a Manuel Touza, que me enseñó a ver las señales más allá de lo evidente (además de hacer que volviera a estar presente alguien a quien ambos queríamos muchísimo).

Una vez metidos en harina y conjuros, este libro también debería estar firmado por el fantástico equipo de sospechosos habituales que tienen a bien reunirse en conjurada conspiración alrededor de esa casa mágica que es la biblioteca de Verín: Carlos Sueiro, Miguel Losada, Aurora Prieto y Vicente Rodríguez Justo. No os imagináis lo afortunado que me siento por el hecho de que en aquella ocasión, hace ya tantos años, decidierais confiar en Domingo y marcar mi número. Gracias por todo, familia.

Para toda la cuestión forense, no puedo dejar de seguir agradeciendo la sonrisa paciente y siempre atenta del doctor Fernando Serrulla, cuyos consejos me ayudan a continuar matando con precisión quirúrgica.

En cuanto al aparato histórico y antropológico, buena parte de la enorme verdad que se camufla de ficción en esta novela se la debo a Manuel Mandianes, pozo sin fin de sabiduría popular, y a Alfonso Campos, que me ayudó a entender el paisaje de Sober en todos sus sentidos.

Bernardo Padrón me abrió las puertas de la central de Santo Estevo. E Iván Arias y Mónica Lázaro, de Iberdrola, me acompañaron una vez al otro lado de esas puertas. Gracias.

Y, hablando de logística, no os imagináis la cantidad de casas que llega uno a habitar (¡a veces casi hasta a ocupar!) durante todo el proceso de elaboración de una novela como esta. Así pues, no quiero dejar fuera de este inmenso abrazo a Vicente, Mari y Junior, así como a Denise y Clemente, que me dieron campamento, refugio y en ocasiones incluso trinchera para la documentación y composición de esta historia. Y, ya de manera muy especial, toda mi devoción para la familia López-Vázquez en Sampil, con Carmen y Moncho a la cabeza, pero siempre acompañados por Saleta, Marián y María, con quien tuve la fortuna inmensa de compartir tantas horas de confidencias a lo largo de todos los meses que pasé instalado en la auténtica Casa de los Ingleses (que así se referían a ella en realidad), mientras ellos me regalaban toneladas y toneladas de cariño. Guardo a vuestro nombre una pócima de cariño permanente aquí, en algún lugar profundo entre aurículas y ventrículos.

He encargado también un conjuro de agradecimiento por la paciencia infinita para mis editores, tanto de Ediciones B, con Ana María Caballero y Carmen Romero removiendo las marmitas, como de Edicións Xerais, donde Fran Alonso, Noli Moo y Sara Vila se encargan de mantener las escobas voladoras siempre a punto. No os imagináis todos lo mucho que agradezco la confianza que seguís depositando en mí.

Por descontado, tampoco nada de esto sería posible sin tantísimos libreros y libreras que nos ayudan a propagar el hechizo. Mujeres y

hombres de voluntad determinada y poco menos que heroica, amigos en realidad: Elena y Jacobo, Fernando, Vanesa, Xurxo, Xaime, Loli y Pacheco (descanse en paz…), Mercedes, Celia, Marta y Tomás, Eva, Róber y Iago…, y tantos otros que ahora me dejaré atrás y que, con todo, sabrán perdonarme la torpeza. Gracias, de todo corazón, porque sin vuestro apoyo y empuje no podría seguir logrando lo más importante: llegar al otro lado del cielo.

Por supuesto, gracias a todos vosotros y, muy especialmente, a todas vosotras, que estáis siempre ahí, al otro lado. Porque nada de esto tendría sentido sin los miles y miles de lectores (¡sobre todo, lectoras!) que cerráis el círculo. Porque esto siempre es un diálogo, y cuando no haya nadie al otro lado dispuesto a establecer esta conversación será absurdo continuar. Gracias, gracias, gracias y cien mil veces gracias. ¡Nos leemos!

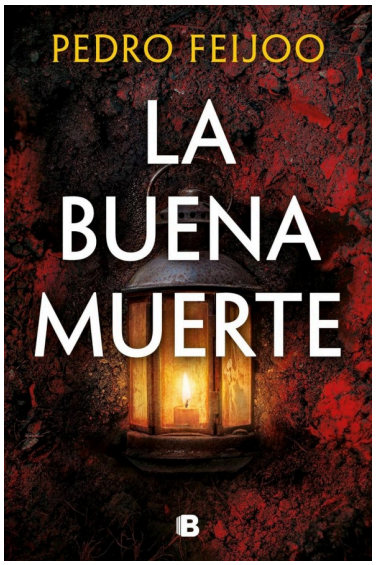
Y ahora sí, ya para acabar, permitidme que el último agradecimiento sea para mi aquelarre particular. Para ese círculo íntimo y cerrado que es mi familia y, de manera muy especial, para mi madre, mi padre y, también, siempre para Marta. Ha sido un año muy duro, con toda seguridad el más doloroso de todos los vividos hasta ahora mismo. Y, con todo, ahí estáis siempre, con el hombro arrimado a la espalda de alguien que —todos lo sabemos— nunca ha hecho demasiado para merecer ni tanto bueno ni tanto amor. Gracias, os quiero mucho. Ojalá que, allá a donde nos lleve el viento a cada uno de nosotros, siempre, siempre podáis sentiros orgullosos de mí.

Ojalá…

Casa de los Ingleses

Lugar de Sampil, Sober
15 de junio de 2026

Solo ellas pueden poner fin al sufrimiento.



Entre los paisajes imponentes de la Ribeira Sacra se ocultan algunas historias que no se cuentan… ni deben contarse. Historias de silencios, violencia y dolor.

Con solo unos días de diferencia, dos hombres han aparecido muertos en la zona. Todo apunta a que se trata de simples accidentes; sin embargo, uno de los vecinos está convencido de que detrás se esconde algo más.

El inspector Mateo Romano será el encargado de la investigación, aunque esto suponga regresar al lugar del que un día huyó y enfrentarse a un pasado que creía enterrado: un padre con el que apenas habla, un antiguo amor que dejó heridas abiertas y, sobre

todo, los secretos y las antiguas leyendas que ni tan siquiera el bramido del cañón del Sil consiguió acallar.

Tras el éxito de *Un fuego azul* y *Donde nacen las bestias*, Pedro Feijoo se inspira para este oscuro thriller en una de las leyendas más tenebrosas del norte: la historia de las acabadoras del Sil, esas mujeres dueñas de la buena muerte.

Pedro Feijoo (Vigo, 1975) es licenciado en Filología gallega por la Universidad de Santiago de Compostela. Su debut literario con *Los hijos del mar* fue un auténtico fenómeno en Galicia, finalista del Premio Xerais de Novela 2011 y ganadora del Premio San Clemente 2014. Su segunda novela, *Los hijos del fuego*, supuso la consolidación de Feijoo como uno de los autores más leídos de Galicia. Desde entonces, su carrera ha estado marcada por el aplauso de los lectores y la crítica, siendo merecedor del Premio Xerais de Novela 2023 por *Nadie contará la verdad*. Sus novelas más populares, *Un fuego azul*, Donde nacen las bestias y ahora *La buena muerte*, forman un fascinante tríptico *noir* que entrelaza crímenes y leyendas en la Galicia más oscura.



Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Pedro Feijoo
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Isa Loureiro, por el mapa

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Leo Flores a partir de las imágenes de © iStock, © Shutterstock y © Trevillion

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8535-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La buena muerte

Primera parte. El vino y la sangre

1. Acabar

2. Volver

3. La llamada del día anterior

4. El hombre al fondo del bar

5. Morir entonces, morir ayer

Tiempo atrás. Verano de 1950. La sed que no cesa

6. Aquí no hay nada para ti

7. Carreteras de invierno

Tiempo atrás. Otoño de 1955. Alguien diferente

8. Un detalle

9. Un buen tipo

10. La vergüenza

11. Me habría pegado con todos por ti

Tiempo atrás. Invierno de 1962. Más

12. No está bien hablar así de los muertos

13. Lo inabarcable

14. No ha nacido hombre

Tiempo atrás. Septiembre de 1963. El señorito

15. Arriba el telón

16. Horizontes como cuchillos

Tiempo atrás. Diciembre de 1968. El revés de las cosas

17. Un gatito

Tiempo atrás. Enero de 1973. Cuando todos callan a tu paso

18. La incomodidad de lo próximo

Tiempo atrás. Enero de 1973. Cuando todos bajan la cabeza a tu paso

19. Al amparo de los ángeles

Tiempo atrás. Enero de 1974. La gasolina con la que arde el infierno

20. Un hombre recto

21. La oscuridad que te observa

22. Matarte dos veces

23. Te veo
Tiempo atrás. Septiembre de 1975. Las cinco hijas de Mamá Dolores
24. El hombre en la penumbra del palacio
25. Este es un coche comunista
26. Deberías haber estado más atento
27. El sonido de las uñas arañando la pizarra
28. La casa de la bruja
29. Antoñita
30. Por qué vuelan las escobas
31. Un pequeño zorro
32. La sombra de la madre muerta
Tiempo atrás. Septiembre de 1975. Nosotras seremos tu miedo
33. El árbol de la muerte y la resurrección
34. En algún lugar del cañón hay una casa
Segunda parte. Las grimonias
35. Algo personal
36. Estoy aquí
37. Nosotros
Tiempo atrás. Enero de 1976. Es el momento
38. El padre en la horca, el niño pequeño
39. Trampas para el diablo
40. ¿Qué pasa, que no nos creen?
41. Siempre la misma canción
42. Ustedes no son de aquí
43. La Casa del Inglés
44. La verdad sobre todas las cosas
45. Los ojos de las casas
46. Los muertos bajo la alfombra
47. Cueva, dulce cueva
Tiempo atrás. Enero de 1976. Nuestras manos conocen la oscuridad
48. La buena muerte
49. La agonía de Matías
50. Algo más
Tiempo atrás. Enero de 1976. Sabes a qué vengo
51. Mamá Dolores

52. El lugar más peligroso de todos
53. *Santa Madonna*
Tiempo atrás. Febrero de 1976. Al diablo le ha cambiado la voz
54. Ustedes no saben quién soy
55. Un poco de calor
56. El nombre con el que todo acaba
Tiempo atrás. Febrero de 1976. El infierno desatado
57. Las acabadoras
58. El niño en su agujero
59. La catedral bajo el agua
60. La noche sobre Sampil
61. La noche sobre Lobios
Tiempo atrás. Febrero de 1976. Ni el cuerpo de Cristo
62. Esto lo cambia todo
63. Mateo desde la distancia
Tiempo atrás. Febrero de 1976. Santo Dios, que no tienes corazón
64. Ping-pong
65. El más loco de todos
66. No te va a gustar
Tiempo atrás. Abril de 1976. De entre los muertos
67. Alguien que no quiere líos con nadie
68. Si es que Dios tiene estómago suficiente
Tiempo atrás. Abril de 1976. El burro nunca sabe cuándo es día de feria
69. La casa de Sara
70. Pantocrátor
71. Nagyrév
72. Prepárate para el dolor
73. Yo no quiero complicar la vida de nadie
74. La verdad bajo todas las cosas
Tiempo atrás. Abril de 1976. El río de las mujeres
75. Muertos los perros
76. Orden
Tiempo atrás. Enero de 1977. Odilo
77. La fragilidad
Tercera parte. Madre

Tiempo atrás. Junio de 1982. Si el río te llamara por tu nombre
78. La puerta del río Cabe
79. El miedo y la verdad
Tiempo atrás. Julio de 1983. El segundo primogénito
80. Solo somos dos extraños
Tiempo atrás. Verano de 1998. La furia de Caín
81. El puente de las circunstancias
Tiempo atrás. Agosto de 2011. Así es como el mundo se pudre
82. Te han visto
83. Dos gorriones en la tormenta
Tiempo atrás. Agosto de 2011. Génesis
84. Otro río, otro lugar
Tiempo atrás. Primavera de 2015. Nuevo Testamento
85. Nos movemos
Tiempo atrás. Mayo de 2017. Deberías saber que la vida no es gratis
86. Los mapas del infierno
Tiempo atrás. Mayo de 2017. Apocalipsis
Tiempo atrás. Mayo de 2017. El ángel negro
87. Al otro lado
Tiempo atrás. Mayo de 2017. *De profundis*
88. Estaciones de paso
Tiempo atrás. Verano de 2017. Hermanos de soledad
89. La puerta oscura
Tiempo atrás. Septiembre de 2018. Tus treinta uvas de plata
90. La enormidad
Tiempo atrás. Mayo de 2024. Cuéntanos una historia
91. La voz de la montaña
Tiempo atrás. Diciembre de 2025. Tenía algo que decirte
92. En las entrañas de la bestia
Tiempo atrás. Diciembre de 2025. La claridad de las cosas reveladas
93. Entre el cielo y la tierra
94. Flotar en medio de la nada más profunda
95. Como animales muertos que nunca fueron nada
96. El desasosiego
97. Por fin

Cuarta parte. La verdad

98. Astillas en los párpados

99. El ángel blanco

Tiempo atrás. Apenas una semana antes. La ira de los ángeles

100. La verdad

Epílogo. El mar

La tristeza de Mateo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Pedro Feijoo

Créditos